

# EL PERIODISMO COMO MISIÓN



# EL PERIODISMO COMO MISIÓN

Compilación y prólogo  
Pedro Pablo Rodríguez



**Pablo de la Torre**  
*Editorial*

© 2002 Centro de Estudios Martianos  
© 2002 Pablo de la Torre, Editorial  
Unión de Periodistas de Cuba  
Calle 11 no. 160 e/K y L, Vedado, La Habana  
Edición: Fermín Romero Alfau  
Diseño de cubierta: Hubert Delestre  
Diseño interior: Tony Gómez  
Diagramación: Gladys Armas Sánchez  
ISBN: 959-259-119-9

*Se agradece la colaboración de Marlén Santiesteban Brizuela  
y Nürka Alfonso Baños, del equipo de la edición crítica de las  
Obras completas de José Martí, del Centro de Estudios  
Martianos y de la biblioteca de esa institución.*



Con este libro la Unión de Periodistas de Cuba rinde homenaje a José Martí por el sesquicentenario de su nacimiento el 28 de enero de 2003. Se ha querido presentar un grupo de estudios y aproximaciones a su labor como periodista, textos algunos ya publicados y otros escritos o entregados especialmente para esta edición, que abarquen en sus contenidos la mayor cantidad de aristas de aquella labor martiana para los diarios y las revistas de su época.

La compilación se ha mantenido dentro de los límites impuestos por el tiempo escaso para realizar la selección y por el paginado, por lo que algunos escritos de cierta extensión no han podido ser incluidos. El propósito ha sido reunir un grupo de trabajos que permiten entender la originalidad, calidad y extensión de la obra periodística martiana, su hondura de miras en ese ejercicio y la importancia de este para el desarrollo de la personalidad y del ideario del Maestro. Se ha procurado incluir una variedad de autores en cuanto a épocas, generaciones y especialidades, cubanos y extranjeros, aunque con énfasis en las más recientes y aportadoras visiones del tema.

El Anexo incluye tres cartas de Martí que muestran su valoración y su conciencia acerca de los fines y características de sus escritos para la prensa.



## De los autores

ANA MARÍA ÁLVAREZ SINTES (Holguín, 1967). Investigadora en el Centro de Estudios Martianos.

SALVADOR ARIAS GARCÍA (Caibarién, 1935). Ensayista y crítico literario. Investigador en el Centro de Estudios Martianos.

RAMÓN DE ARMAS DELAMARTER-SCOTT (La Habana, 1939-1997). Historiador y ensayista. Su obra fundamental es *La revolución pospuesta*.

FINA GARCÍA MARRUZ (La Habana, 1923). Poetisa, ensayista y crítica literaria.

IBRAHIM HIDALGO DE PAZ (Holguín, 1944). Historiador. Investigador en el Centro de Estudios Martianos.

ENRIQUE LÓPEZ MESA (La Habana, 1944). Historiador. Investigador en el Centro de Estudios Martianos.

MAYRA BEATRIZ MARTÍNEZ (La Habana, 1955). Periodista e investigadora en el Centro de Estudios Martianos.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ (La Habana, 1946). Periodista e historiador. Investigador en el Centro de Estudios Martianos.

SUSANA ROTKER (Caracas, 1954-New Jersey, 2000). Profesora universitaria e investigadora literaria.

IVAN SCHULMAN (Brooklyn, 1931). Investigador literario y profesor emérito de la Universidad de Illinois y profesor de la Florida Atlantic University.

MERCEDES SERNA ARNAIZ (Burgos, 1961). Profesora de la Universidad de Barcelona.

CARMEN SUÁREZ LEÓN (Vereda Nueva, 1951). Poetisa y ensayista. Investigadora en el Centro de Estudios Martianos.

SALVADOR MORALES (La Habana, 1939). Historiador. Investigador en la Universidad de Morelia, Michoacán.

JOSÉ MIGUEL MARINAS (Vitoria, 1948) Profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

## Ojeada al periodista José Martí

*Pedro Pablo Rodríguez*

*José Martí vivió durante un momento de cambios notables dentro de la modernidad, uno de cuyos rasgos fue precisamente el de la aparición de la prensa como medio de información masiva. Así, tanto su ejercicio del oficio como sus propias concepciones acerca de él estuvieron sometidos a las tensiones que acompañaron aquel momento de tránsito hacia un periodismo que buscaba influir sobre el mayor universo posible de personas.*

*Parte significativa de aquel proceso que nadie teorizó ni diseñó previamente, sino que se fue conformando y conceptualizando sobre la propia práctica, fue el desgajamiento del periodismo como escritura del ámbito literario. Desde su surgimiento a finales del siglo XVIII, y durante su sistematización ya a lo largo del siguiente, las hojas periódicas cumplieron dos funciones primordiales: participar en los debates políticos y difundir las Bellas Letras, como se le llamaba entonces, con mayúscula, a la poesía y la narración. Poco a poco, pero en tiempo relativamente breve, ciertas informaciones de carácter mercantil y de política internacional se fueron abriendo paso en aquellos impresos que durante muchos decenios eran escritos exclusivamente para las minorías ilustradas que podían tener acceso a ellos, porque sabían leer y porque disponían de tiempo para ese ejercicio.*

*El desarrollo del capitalismo industrial y la ampliación del mercado mundial achicaron las distancias y sobrepasaron las fronteras a un ritmo cada vez mayor, y las publicaciones contribuyeron a ese creciente cosmopolitismo burgués, que parejamente con la formación de inmensas fortunas fue haciendo del arte y la lite-*

*ratura objeto de atención para su fomento y disfrute espiritual por parte de las minorías ilustradas.*

*Esos procesos de industrialización capitalista, por un lado, materializaban la aspiración de aumentar el mercado de consumidores, según crecían los volúmenes productivos de mercancías gracias a la introducción de las máquinas, y, por otra parte, fueron abriendo espacios nuevos a la mercantilización, relación esencial del sistema capitalista. Así, las creaciones espirituales también se fueron mercantilizando, y ya para los decenios finales del siglo XIX había un floreciente mercado artístico en Europa y Estados Unidos, limitado lógicamente a los consumidores ricos dado el carácter singular de ese tipo de obra. El teatro, tanto el dramático como el musical, amplió sus dimensiones: reservó los palcos para la aristocracia y los burgueses, la platea para las clases medias, y el último balcón, el «gallinero», para los sectores populares. Fue el teatro un espacio abierto, con muros que separaban a las clases sociales, pero donde estas se veían y disfrutaban en común el espectáculo.*

*Pero el desarrollo tecnológico de la imprenta fue, sin duda, lo que permitió la gran revolución espiritual de una creación de alcance masivo para todos los sectores sociales. La rotativa permitió en pocas horas la reproducción de un texto por miles de ejemplares, y con singularidades y variables locales, nacionales y regionales, los impresos pudieron convertirse en un negocio rentable. La palabra escrita pudo ser desde entonces encauzada hacia el dominio de las leyes del mercado. Y la inmediatez y la concisión impuestas por la periodicidad –sobre todo al diario– y el espacio limitado, comenzaron a imponerse como requisitos del periodismo moderno.<sup>1</sup>*

*La segunda mitad del siglo XIX, la época de José Martí, fue el momento de desencadenamiento de tal proceso formador del periodismo moderno, que ya en el siglo XX haría del periodismo un*

<sup>1</sup> No puede dejarse de señalar que en tal proceso otro avance tecnológico influyó notablemente. Me refiero al tendido del cable submarino, que permitió acelerar abruptamente la difusión informativa de semanas a horas, y que al mismo tiempo constreñía el espacio de la escritura.

*oficio y hasta una profesión de aprendizaje universitario, marcadamente diferenciada de la escritura literaria.*

*Pero, como expresión escrita, el periodismo impreso tuvo y tiene que valerse de los mismos recursos y hasta de muchos de los métodos de la literatura: no es sólo su hijo más o menos espurio, sino que frecuentemente ha influido sobre su misma madre. Y en aquel momento de deslinde, parte mayoritaria de los que ejercieron el periodismo eran hombres de letras con mayor o menor fortuna en ese terreno.*

*De ahí la ambivalencia por entonces en el periodismo y en los escritores. Ni la escritura ni quienes la practicaban tenían muy precisos los límites que sólo se iban definiendo en el propio ejercicio. Por eso la gente de pluma osciló entre el deseo y el rechazo, sentimientos ambivalentes provocados, además, porque para muchos el periódico moderno fue la fuente de subsistencia. Y para aumentar la confusión entre los dedicados a las Bellas Letras, el periodismo moderno nació deslindándose de ellas, pero al mismo tiempo creando un género que desde sus inicios hasta hoy se mueve entre ambos terrenos: la crónica.*

*Esta exigía procedimientos literarios, quería ir más allá de la noticia inmediata, pretendía explicar desde un criterio personal con altura, quería informar acerca de temas desconocidos que no se ajustaban al estilo conciso, y reducía, por tanto, su universo de lectores a los de mayor mundo recetario y que disponían de mayor tiempo para sentarse a leer con comodidad. La crónica fue, pues –y de algún modo lo es hoy todavía–, el género por excelencia para el lector más culto, que quería disfrutar la lectura tanto como si leyera una narración o hasta un poema.*

*El periódico moderno también fue propiciado por el hecho social de que la industrialización capitalista, de marcada tendencia a la homogeneización del producto mercantil, homogeneizaba también los procesos y procedimientos laborales, a los propios obreros y la vida social en general. La maquinización favoreció el acceso a niveles de instrucción escolarizada de grandes masas trabajadoras, y eso potenciaba el universo de lectores. Los periódicos veían aumentar su mercado y sobre la marcha aprendieron a preparar*

*un producto aceptable para tales nuevos consumidores, que, al mismo tiempo, se les fuera convirtiendo en una necesidad espiritual, aunque sin desdeñar, por supuesto, a las minorías ilustradas en sistemático proceso de ampliación numérica.*

*Económicamente, el periodismo moderno comenzó la industria cultural y la cultura de masas, como se diría medio siglo después. Ideológicamente, la burguesía dispuso así no sólo de un medio difusor y reproductor de sus puntos de vista y de sus valores, sino que se le abrió un mecanismo mediador, integrador y de consenso para su hegemonía. La opinión pública, el criterio autorizado del conocedor, la diversidad de opiniones, se fueron estableciendo como los puntales de la objetividad periodística, que ya no imponía descarnadamente el dominio de la clase.*

*Si todo ello fue un choque cultural, este asumió características particulares en Hispanoamérica, empeñada entonces en insertarse en el cambiante ámbito de las relaciones internacionales, donde se abrían paso nuevas potencias económicas y militares, y donde ocurría también la expansión del mercado mundial, que parecía abrírle nuevos espacios a la región, mientras se desarrollaban los procesos de reformas liberales que intentaban modernizar las repúblicas oligárquicas criollas en beneficio de nuevos actores sociales salidos del comercio y las escasas industrias.*

*La América hispana, sin duda, crecía económicamente por entonces, y parecía emprender una marcha hacia el desarrollo moderno, y como parte de ello hubo ciertas ampliaciones de la escolarización. El positivismo solidificaba filosóficamente al liberalismo económico tradicional y prestigiaba las necesarias investigaciones de la naturaleza continental y sus potencialidades económicas; a la vez, en las élites ilustradas se ampliaba el interés por las nuevas potencias (como Estados Unidos y Alemania), por el desarrollo científico y tecnológico de la época, por los confines más alejados del mundo y por los nuevos caminos del arte que se imponían especialmente desde el París del Segundo Imperio.*

*A un ritmo e intensidad menores que en Estados Unidos y en Europa, también comenzó la mudanza hacia el periodismo moderno en la América hispana. Cuba, México, Argentina y Chile*

*fueron quizás los países donde se evidenció más claramente ese paso. No es casual que el cubano José Martí ejerciera su periodismo de madurez durante la década del ochenta del siglo XIX, justamente para diarios mexicanos y argentinos que se insertaban en tal cambio, ni que en Chile reprodujeran sus crónicas en más de una publicación, ni que escribiera desde Nueva York –la meca del periodismo moderno, donde se editaban publicaciones en español que dirigió o en las que colaboró–, ni que siguiera sistemáticamente la prensa cubana no sólo por obvias razones políticas.*

*El cubano vivió en sí mismo aquel tremendo proceso, que describió con lenguaje filosófico y enjuiciamientos acertados en el prólogo a «El poema del Niágara», publicado en 1882,<sup>2</sup> quizás la más escalofriante mirada a aquellas incertidumbres que la modernidad inducía en los intelectuales de su tiempo, a la vez que el impetuoso llamado a sumergirse creadora y originalmente en esa turbulencia que exigía nuevas voces, nuevas letras, nuevo espíritu.*

*Claro que no puede sorprendernos esa perspectiva del emigrado cubano si nos atenemos a su relación con la prensa desde la adolescencia.*

*Martí salió a la palestra pública justamente durante la efímera libertad de prensa instaurada en Cuba a principios de 1869, cuando el capitán general español Domingo Dulce intentó detener la guerra independentista implantando las libertades traídas a España por la revolución de septiembre de 1868, que había arrojado del trono y del país la monarquía de Isabel II.*

*El 19 de enero de 1869 apareció el único número de El Diablo Cojuelo, dirigido por Fermín Valdés Domínguez, en que Martí, entonces un adolescente a punto de cumplir dieciséis años de edad, escribió el artículo de fondo, que comentaba las libertades implantadas diez días atrás, y alguno de los sueltos, todo en tono sarcástico, como fue usual por aquellos días en aquellas publicaciones. El 23 de enero del mismo año circuló el único número*

<sup>2</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 7, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 223-238.

*del semanario con ocho páginas a tres columnas, titulado La Patria Libre, cuyo editor fue Martí, y donde publicó su drama «Abdala».*<sup>3</sup>

*Claro que el motor inmediato de estas publicaciones fue la referida libertad de prensa, pero su razón íntima fue la protesta contra el gobierno colonial y la simpatía abierta hacia el proceso bélico iniciado el 10 de octubre en el ingenio Demajagua, como lo declara enfáticamente el texto de El Diablo Cojuelo cuando plantea la disyuntiva de «O Yara o Madrid».*

*La situación insular, desde luego, aceleró lo que era previsible: la presencia de los escritos martianos en las publicaciones. Pero un adolescente poeta que llenaba hojas sin cesar, discípulo predilecto de Mendive –de tantas influencias y relaciones entre la intelectualidad y las publicaciones habaneras–, es evidente que seguiría más temprano que tarde los caminos de la letra impresa. Por ese rumbo tampoco es de extrañar que empleara las páginas de La Soberanía Nacional, de Cádiz, para dar a conocer lo que luego sería una sección de su opúsculo El presidio político en Cuba, y las de El Jurado Federal, de Madrid, para polemizar junto a su amigo Carlos Sauvalle con otro periódico madrileño enemigo de Cuba libre.*

*Sin embargo, la verdadera entrada de Martí en el ambiente de la prensa ocurrió en la Ciudad de México, cuando a poco de su llegada se incorporó a la Revista Universal, Diario de Literatura, Política y Comercio. El 2 de marzo de 1875 publicó su primer escrito en el diario, firmado bajo el seudónimo de El Corresponsal, y titulado «Crónica de París». Doce días después ya sustituía a Juan de Dios Peza en la redacción de las gacetillas sin firma de la sección Ecos de Todas Partes. Durante los dos meses siguientes aparecieron editoriales y artículos sin su firma, pero cuya autoría es indiscutible, un poema a su hermana Ana y la traducción del relato de Víctor Hugo titulado «Mis hijos».*

<sup>3</sup> La primera publicación conocida de un texto martiano fue el poema «A Micaela», la esposa de su maestro Mendive, incluido en *El Álbum*, de Guanabacoa, el 26 de abril de 1868. Se ha considerado también que en un periódico estudiantil manuscrito, de fecha imprecisa y del cual no se conservan ejemplares, llamado *El Siboney*, incluyó su soneto «10 de octubre».

*El 7 de mayo el diario incluyó un Boletín firmado por Orestes, que para un total de 45 irían apareciendo durante ese año y el siguiente, hasta que en octubre de 1876 cesara su publicación la Revista Universal, al caer el gobierno del presidente Sebastián Lerdo de Tejada ante la insurrección encabezada por Porfirio Díaz. Así se produjo el comienzo de Martí en el ejercicio del oficio del periodismo, pues como miembro de la redacción escribió de todo: artículos, editoriales, gacetillas, crítica y reseñas teatrales, reportes de las sesiones parlamentarias. «Era el primero que llegaba y el último que salía. Si faltaba un editorial, él lo elaboraba, lo mismo que un boletín o un entrefilet», recordaba años después Peza,<sup>4</sup> mientras que otro de sus colegas, el notable escritor mexicano Guillermo Prieto, afirmaba que si hubieran faltado anuncios, Martí los hubiera inventado.<sup>5</sup>*

*Hizo y aprendió de todo en aquel periódico que reunía la flor y nata de las letras mexicanas de entonces. La Revista Universal supo aunar una talentosa pléyade que compartía el entusiasmo por las reformas liberales y que al arribo de Martí a México admitía unánimemente el liderazgo del presidente, continuador de la política de Benito Juárez. Como periódico se movía dentro de los cánones en boga: cuatro páginas de ocho columnas cada una, con secciones fijas y notable peso de los articulistas. Su mayor importancia radica en la calidad literaria de sus escritores, para quienes aún pesaba decisivamente el criterio del periódico como órgano de expresión y de debate político, y como vehículo para dar salida a muchas de sus composiciones estrictamente literarias. La Revista Universal no era aún un periódico plenamente moderno, y su dueño, José Vicente Villada, un coronel liberal de las luchas contra el imperio de Maximiliano, evidentemente la concebía en los términos descritos y no como un informador para la opinión pública. Quizás su mayor novedad periodística era el servicio de información cablegráfica y las colaboraciones de algunos*

<sup>4</sup> Juan de Dios Peza. «José Martí. Su labor periodística», *La República*, enero de 1909. Citado por Alfonso Herrera Franyutti. *Martí en México. Recuerdos de una época*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1996, p. 79.

<sup>5</sup> *Ibid.*

*corresponsales en el extranjero. La Revista Universal, tanto como empresa periodística como en su tecnología de impresión, parecía estar aún a medio camino entre el periódico artesanal de corte familiar o de un grupo afín y la moderna empresa mercantil.*

*De todos modos, aquella fue una excelente escuela de periodismo para Martí, quien aprendió todos los géneros, asimiló la necesidad de escribir velozmente y acerca de una variada gama temática, supo cubrir el espacio vacío de una página y se enamoró de la corrección de las pruebas, del olor de la tinta, de la composición de las planas, del ruido de las prensas, del ejemplar aún caliente que llegaba a manos de los redactores tarde en la noche. Su poema «De noche, en la imprenta», publicado en el diario el 10 de octubre de 1875, muestra la calidez que hallaba en aquel desempeño y las contradicciones que levantaba en su espíritu el verse convertido en un asalariado de la pluma.<sup>6</sup>*

*En sus textos para la Revista Universal se sumergió el cubano en la vida mexicana de entonces. Apoyó al gobierno lerdistista en la ejecución de su proyecto modernizador, aunque hay indudables rasgos singulares en su pensamiento, con matices que lo diferencian de sus colegas del periódico. Martí no desdeñó al indio aunque todavía no comprendía su actitud, y convirtió en un leitmotiv sus apasionados llamados a la originalidad y a la autenticidad, al punto de condenar sistemáticamente la copia de modelos extranjeros para el desarrollo de la sociedad mexicana. Fue un polemista impetuoso, en especial cuando se trataba de defender la causa de la independencia cubana. El estilo tiene ya su sello personal en la puntuación, en la emisión sistemática del juicio moral, en la frase aforística y en el tono sentencioso.*

*Al cerrar la Revista Universal, otro diario, El Federalista, le abrió sus páginas en varios momentos, al igual que ocasionalmente escribió para El Socialista, órgano del Círculo de Obreros de México.*

*Su poderosa voluntad latinoamericanista, la excelencia profesional alcanzada en México, su afán de originalidad y su criterio*

<sup>6</sup> José Martí. *Poesía completa. Edición crítica*, t. II, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1985, pp. 101-103.

*de la prensa como vehículo educador y de movilización social, le empujaban a tener su propia publicación, como intentó hacerlo en Guatemala a principios de 1878. No sabemos aún cuál fue el inconveniente, pero su Revista Guatemalteca, cuya salida se anunciaba para el 15 de abril de aquel año, no apareció jamás. Nos quedó, sin embargo, un prospecto en que expone la política editorial que seguiría la publicación y que nos permite conocer sus opiniones acerca del periodismo requerido por los países de la América española. No es posible, por supuesto, apreciar el formato ni los contenidos de esa revista,<sup>7</sup> pero el prospecto demuestra el indudable espíritu de modernidad que animaba a Martí, conjuntamente con su singular preocupación por la autoctonía.*

*La voluntad de disponer de su propia publicación no le abandonó. Tres años después, en julio de 1881, pudo sacar dos números de su Revista Venezolana, lamentablemente interrumpida cuando comenzaba a desplegar en ella la maduración de su estilo a plena conciencia, como evidencia en el artículo titulado «El carácter de la Revista Venezolana», publicado en el segundo y último número. No era un diario, sino una revista quincenal; lo informativo inmediato no interesaba: se trataba para él de contribuir a que surgiera una América Latina nueva, más acorde con los nuevos tiempos y con las nuevas necesidades que estos imponían a la región. Hoy consideraríamos a la Revista Venezolana una publicación cultural o de pensamiento, pero no puede pasarse por alto su importancia para la definición martiana del estilo de su prosa periodística de madurez.*

*Antes, en 1880, durante su estancia neoyorquina, y aún luego de que se instalara en Caracas a principios del año siguiente, Martí colaboró con publicaciones neoyorquinas. Fue aquel un periodismo raro: escribía en francés para que le tradujeran los textos al inglés. Los fragmentos manuscritos en francés muestran algunos problemas en su redacción y gramática en esa lengua, pero*

<sup>7</sup> Sólo en el recientemente publicado quinto tomo de la edición crítica de sus *Obras completas* (Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002, pp. 294-301 y 302-305), se ha podido determinar la pertenencia de un texto martiano a esa publicación, y se conjetura acerca de la inclusión de otro.

*en los textos publicados, a pesar de la doble traducción, se aprecian sus ideas y hasta rasgos de su estilo periodístico. En el diario The Sun –uno de los de mayor circulación entonces en Estados Unidos y que ya transitaba hacia el periodismo moderno– y para el semanario The Hour –concebido para un público aristocratizante y culto– se ha podido identificar un grupo de textos de su autoría dedicados a temas de arte o a exotismos muy llamativos entonces como los gitanos o los asuntos de España. Quizás los más citados hayan sido los tres artículos dedicados a presentar sus «Impresiones de América», es decir, de Estados Unidos, en que aprecia la modernidad desbordada y deslumbrante de aquella nación y en los que expresa también su reserva ante el espíritu mercantil que ve adueñarse de todos.*

*A partir de 1881 es patente la maduración del escritor y del periodista. El cubano regresa de Venezuela con un jugoso contrato con La Opinión Nacional, diario de Caracas estimado como el primer periódico moderno del país sudamericano. En verdad, pasaba por una situación parecida a la de la Revista Universal, de México, aunque sus dueños volcaron su esfuerzo hacia el cosmopolitismo, y tuvieron numerosas colaboraciones del exterior. Las más numerosas y variadas, y a todas luces las más renovadoras y de mayor calidad, fueron las de Martí.*

*Para el periódico venezolano, cuyo propietario y director, el español republicano Fausto Teodoro de Aldrey, se había amigado con el cubano durante su estancia en Caracas, comenzó a escribir desde la misma capital venezolana. El 15 y el 28 de junio de 1881 aparecieron dos textos dedicados a la conmemoración en Madrid del bicentenario de la muerte de Calderón de la Barca. En ellos ya están las características básicas de las crónicas martianas: la narración de sucesos por cierto no contemplados directamente por el cronista, el encabalgamiento, el colorido, la peculiar puntuación, el lenguaje metafórico ilimitado, el atrevido y castizo neologismo y el juicio moral.*

*Es comprensible el entusiasmo de los editores tras esos dos escritos, y la solicitud asidua de la pluma martiana por el periódico, en el cual publicó entre el 5 de septiembre de 1881 y el 31 de mayo de 1882 crónicas de temas extranjeros y la Sección Cons-*

*tante. La Opinión Nacional tuvo el privilegio de publicar alrededor de diez textos martianos mensualmente, muchos de ellos bajo el seudónimo de M. de Z. Fue aquel el inicio de la publicación sistemática de las crónicas, el género del periodismo moderno que entraba con mayor rapidez en los diarios de Hispanoamérica, y que iría caracterizando la prosa modernista.*

*Las crónicas martianas abarcaron temas europeos y estadounidenses. Las primeras pasaban por la actualidad de España, Francia e Italia, y, además de recoger las opiniones de su autor acerca de lo que sucedía allí, constituyeron sin duda un ejercicio notable de su capacidad descriptiva y narrativa, pues en ningún caso Martí estuvo presente durante los hechos que explicaba. Sólo las crónicas españolas revelan al conocedor de su biografía que el autor se había movido en algunos de los entornos referidos, en particular cuando trataba sucesos y algunas personalidades políticas de Madrid. Son un vasto conjunto algo preterido al que sólo se ha acercado la mirada crítica de Cintio Vitier.<sup>8</sup>*

*Las crónicas acerca de Estados Unidos iniciaron las que el mismo Martí llamaría sus Escenas Norteamericanas, vasto panorama de aquel país, no sólo el más amplio en la lengua española hasta el presente sobre Estados Unidos, sino probablemente entre los de ese carácter en otros idiomas. Desde estos escritos para el diario venezolano, resultan claros el método martiano para aprehender la totalidad de la sociedad estadounidense, al igual que sus propósitos tendientes a demostrar que aquella no podía ser tomada como un modelo por imitar por sus lectores hispanoamericanos, en tanto sus características y estructuras se afincaban en su historia y sus necesidades, mientras que las de los pueblos del Sur deberían corresponderse con sus propias realidades.<sup>9</sup>*

*Buena parte de las Escenas Norteamericanas que escribió durante 1881 tocaron un tema de candente actualidad en Esta-*

<sup>8</sup> «Valores perdurables en las crónicas españolas de Martí (1881-1882)» y «Cinco aspectos en las crónicas italianas de Martí (1881-1882)», *Temas martianos*, segunda serie, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1982. La extensión de ambos textos ha imposibilitado incluirlos en esta compilación.

<sup>9</sup> Véanse las palabras del propio Martí en sus cartas a Mercado y a Mitre incluidas en este libro.

*dos Unidos: el juicio del asesino del presidente James Garfield, que tocaba ciertos aspectos turbios de los grupos de poder en el gobernante Partido Republicano. Una especie de novela por entregas resultan esas crónicas que mezclan con habilidad suprema el diálogo, la narración y la descripción de personas, acontecimientos y situaciones. Según pasaban los meses, la prosa martiana iba ganando en seguridad, en la misma medida en que conocía mejor aquel mundo de acelerada modernidad del que Nueva York resultaba su verdadera capital. Por eso los asuntos neoyorquinos van cobrando mayor espacio, y Martí va escribiendo con creciente soltura crónicas que tratan diversos temas, muchas veces de la vida cotidiana de la ciudad, sin que a su vista atenta escapen los grandes problemas del país como las luchas políticas, la corrupción administrativa o la vasta ola inmigratoria que se volcaba sobre el territorio.*

*Pero los directivos de La Opinión Nacional no estaban satisfechos con la independiente pupila martiana, y le insistían en que eran muy acerbos sus juicios acerca del país del Norte. Así se lee en las pocas cartas al cubano que se han conservado, en las que se le reitera cómo eran mutilados sus textos.<sup>10</sup> Nadie sabe, pues, cuánto de los juicios originales martianos no podemos ya leer hoy.*

*La Sección Constante tampoco ha sido muy favorecida por los estudiosos de Martí. Se trataba de un grupo de notas informativas acerca de los más variados temas, con cierto predominio de los asuntos científicos, artísticos y literarios, pero que ocupaba un buen espacio hasta con curiosidades que explicaban la manera de ser de otros pueblos. Era una especie de ventana al mundo, especialmente al de mayor desarrollo entonces, Europa y Estados Unidos, con ligera preferencia hacia la primera. A todas luces Martí buscaba así informar acerca de las cosas útiles o necesarias al conocimiento de los hispanoamericanos, como había anunciado que haría en sus malogradas revistas de Guatemala y Venezuela.*

*Martí cesó las colaboraciones para La Opinión Nacional por decisión propia, ante las presiones que recibía de la familia Aldrey.*

<sup>10</sup> *Destinatario José Martí*. Compilación, ordenamiento y notas de Luis García Pascual, Casa Editora Abril y Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1999, pp. 76, 97-98 y 100-101.

*Pero ya el 5 de septiembre aparecía su primer texto en La Nación, de Buenos Aires, el diario argentino que le dio renombre en el orbe de habla española y donde una joven generación aprendió a escribir de una manera que luego sería llamada modernista. Son cerca de trescientas las Escenas Norteamericanas allí publicadas, las que unidas a las 146 detectadas en El Partido Liberal, de México, por Ernesto Mejía Sánchez,<sup>11</sup> constituyen probablemente el más notable corpus de periodismo moderno por entonces en nuestra lengua.*

*Los procedimientos literarios empleados por Martí en las crónicas norteamericanas constituyen la clave de su permanencia en nuestros días, cuando ya los sucesos referidos han perdido su valor periodístico. Hoy las leemos como piezas de indudable valor literario. Con toda probabilidad sus contemporáneos les apreciaron también esos valores como demuestran los juicios de otro grande de la escritura como Sarmiento.<sup>12</sup> Pero ellos –no podemos perderlo de vista– siempre estaban ante un asunto del presente, de su época, lo cual los convertía en lectores diferentes a nosotros de una u otra manera.*

*Muchas de las crónicas eran enviadas por Martí al mismo tiempo para La Nación y para El Partido Liberal, aunque en la casi totalidad de los casos había cambios que iban desde ligeros retoques de estilo hasta la sustitución de párrafos y fragmentos completos. El artista que era Martí mejoraba el acabado de su obra a la vez que procuraba acercarlo a sus lectores diferentes de Argentina y de México. Y como con el diario caraqueño, hay constancia del propio director de La Nación, Bartolomé Mitre y Vedia, quien en una carta explicaba al cubano la supresión de algunos párrafos que había encontrado inconvenientes. Por tanto, hasta 1891 en que mantuvo el envío de sus «Cartas» para el periódico argentino, Martí trabajó bajo las reglas del periodismo moderno: como periodista asalariado tenía que someter su texto a la censura y aprobación del editor.*

<sup>11</sup> Véase la relación en *Otras crónicas de Nueva York*, libro en que Mejía Sánchez compila 31 textos nunca antes recogidos, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983. Hay edición anterior de Siglo XXI, de México.

<sup>12</sup> [José Martí]. En sus *Obras*, t. XVI, Buenos Aires, 1900. Publicado originalmente en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1887.

*Las Escenas Norteamericanas de Martí se extendieron por el mundo de habla española. Sólo disponemos de algunas crónicas enviadas al diario hondureño La República, del cual no se ha encontrado colección alguna hasta el presente, al igual que se sabe que escribió su artículo titulado «Coney Island» para La Pluma, periódico de Bogotá. Y él mismo dijo en una carta que le solicitaban colaboraciones para La Opinión Pública, de Montevideo, que tampoco se ha podido localizar hasta la fecha.*

*Lo cierto es que los lectores de Martí se extendieron por toda Hispanoamérica, pues además de que La Opinión Nacional, La Nación y El Partido Liberal circulaban más allá de sus propios países, fueron numerosas las publicaciones hispanoamericanas y de España que copiaban sus escritos. Probablemente pasaron de la docena los periódicos que incluían en sus páginas las Escenas Norteamericanas, por lo que no caben dudas acerca del alcance y repercusión de dichos escritos en su época. Luego el ejercicio del periodismo hizo de Martí uno de los escritores más conocidos entonces, y sus ideas, por consiguiente, se difundieron mucho más de lo que la posteridad ha creído habitualmente.*

*A esa difusión contribuyó también el hecho de que Martí escribiera con sistematicidad para varios de los periódicos en español que se editaban e imprimían en Nueva York. La Ofrenda de Oro, Repertorio Ilustrado de Arte y Literatura, órgano mensual de la Sociedad de Seguros sobre la Vida, acogió al menos dos escritos suyos. El Economista Americano fue mencionado por Martí en su carta de despedida a Gonzalo de Quesada antes de venir a la guerra de independencia como uno de los mensuarios en que colaboró. Apenas se han localizado dos ejemplares de la publicación, uno de ellos redactado casi en su totalidad por el Maestro. También envió escritos para publicar en El Sudamericano de Buenos Aires, y La Revista Ilustrada de Nueva York, de elevado prestigio en el continente.*

*Pero fue el también periódico mensual llamado La América, del cual se conserva una colección incompleta, pero bastante numerosa de 1883 y 1884, el que parece haber sido un órgano de primordial importancia en el ejercicio martiano del periodismo,*

*pues Martí asumió su dirección en 1884 y en varios de sus editoriales y artículos planteó con toda claridad cómo Estados Unidos constituía una amenaza a la soberanía de los pueblos latinoamericanos. En La América, de Nueva York, el cubano publicó textos que pueden considerarse crónicas norteamericanas y artículos acerca de los problemas hispanoamericanos, junto a informaciones relativamente amplias acerca de diversos temas científicos, literarios y sobre libros en general.*

*En el caso de este mensuario parece que hasta los anuncios eran escritos por Martí o traducidos sus textos del inglés por él. La América tenía una excelente impresión y hacía gala de los grabados, con un movido y moderno diseño del espacio, que mucho debe a la prensa estadounidense de entonces. No fue su periódico del todo porque está claro que tuvo que ajustarse a los límites fijados por su dueño, pero tampoco puede desdeñarse que por primera vez, y por un período impreciso pero no muy breve, Martí hizo la publicación a su leal saber y entender, sin estar sometido a la censura de otro editor.*

*Otro caso lo constituyen sus colaboraciones para La Revista Ilustrada de Nueva York, una publicación de pensamiento y de letras, de impresión que podría considerarse de cierto lujo, cuyo editor propietario era el panameño Elías de Losada, y en la que Martí, además de otros textos, publicó por primera vez su fundamental ensayo «Nuestra América», el 1 de enero de 1891.*

*La Edad de Oro, su conocida revista mensual para niños, que circuló de julio a septiembre de 1889, manifiesta la amplitud de miras de la labor creadora martiana, volcada con entusiasmo en este caso hacia esta publicación que redactaba en su totalidad, con ilustraciones que escogía personalmente y cuyo diseño decidía prácticamente él mismo. De nuevo el periodista integral que se confunde con el editor: hombre de imprenta, de ediciones, fue sin duda Martí. Y La Edad de Oro, que circulaba por toda Hispanoamérica con grata acogida según las reseñas de prensa, contribuyó también a reconocer a su autor en el mundo del periodismo y de las letras de la región.*

*En mi opinión, el periodismo martiano de madurez no se agota con las crónicas norteamericanas, sino que en él se ha de*

*incluir su monumental despliegue en Patria. Martí solía llenar buena parte del periódico con sus escritos, además de dirigirlo, diseñarlo, corregirlo y revisar las planas cuando estaba en Nueva York. Patria fue, pues, la apoteosis de la integralidad periodística del líder cubano, volcado ya para entonces en la dirección del Partido Revolucionario Cubano y en la organización de la guerra de Cuba. Su elevado rigor profesional quedaba de manifiesto en cada edición del periódico, tanto por la forma como por el contenido. Vale la pena hacer un estudio minucioso de la tipografía, ilustraciones y diseño general de la publicación para apreciar cómo Martí incorpora aspectos que ha asimilado de su larga experiencia editorial.*

*A pesar de tratarse de un periódico político, al servicio de la causa cubana, y de no ser, por tanto, un negocio mercantil, el Maestro no desdeñó emplear aquellos recursos técnicos que aportaba el periodismo moderno. Textos de combate y de propaganda en la aplastante mayoría de los casos, cuyo propósito era convencer y no informar ni aportar nuevos conocimientos, los escritos de Patria gozan de las cualidades estilísticas de la prosa martiana de madurez. La narración y la descripción se emplean ocasionalmente, porque se trata de explicar y debatir; pero Martí no rehuye el lenguaje metafórico, el sorprendente neologismo, la sintaxis irregular, la puntuación singularísima. Es otro Martí porque el cronista se muda en articulista, en editorialista, en ensayista a veces. Por eso quizás no se han apreciado a plenitud sus valores literarios, porque se mueve con géneros más «puramente» periodísticos, aunque sobran los casos de transgresiones a esos límites: Martí jamás puso faja a su pluma.*

*La narración, el cronista, la semblanza física y moral, y hasta la crítica literaria y artística, aparecen aquí y allá en Patria. Pensemos, por ejemplo, en «Céspedes y Agramonte», en su trabajo sobre Maceo luego de entrevistarse con él en Costa Rica por vez primera, en el relato de su conversación con Máximo Gómez en la finca La Reforma, en República Dominicana. ¡Qué clase de crónica la que dedicó al 10 de abril de 1869! Narra como si hubiera estado allí, sin valerse de otros escritos, como solía hacer con los periódicos estadounidenses para las Escenas Norteamericanas; pero*

*en este caso sus fuentes fueron indudablemente los testimonios orales, tamizados, como siempre, por su imaginación. Y el homenaje a Julián del Casal en su muerte, y los cuadros de José Joaquín Tejada, y la enseñanza musical de Emilio Agramonte también son asuntos dignos del periódico para Martí.<sup>13</sup>*

*Quizás no se ha observado acentuadamente tal rasgo de su periodismo en Patria: esa capacidad de valerse de todos los recursos y de todos los géneros, y la sabiduría editorial para reunirlos y combinarlos al preparar cada número del periódico.*

*Una sección de textos breves que llamó En Casa es una colección de joyitas. Crónica social, desde luego, porque les contaba a los emigrados en Estados Unidos de su vida cotidiana: negocios y sobre todo fiestas, bodas, cumpleaños, nacimientos, anécdotas, entre los que se deslizan a veces pequeños relatos, observaciones y juicios, todo para demostrar que la emigración constituía una sociedad civil capaz de impulsar esta en la Isla, y razón más que suficiente, además, para que hubiese un estado propio. Levantar la autoestima y sostener el espíritu de colectividad unida en la lucha por la nación libre, ayudar a comprender que había una psicología social cubana en aquella emigración, eran los evidentes objetivos de En Casa. Lo que había demostrado años antes con la Sección Constante, se reitera nuevamente en esta curiosa sección de Patria.*

*Por suerte, durante los últimos decenios ha ido ocurriendo un notable cambio en la apreciación del periodismo martiano. Por muchos años sus biógrafos y estudiosos entendieron que sus escritos para la prensa fueron un ejercicio más dentro de los múltiples y variados que desempeñó el Maestro a lo largo de su vida, como la enseñanza, la oratoria, la traducción, la poesía y, por supuesto, la política. Inclusive, aunque no fuera explicitado frecuentemente, más de una vez se estimó de hecho que su labor para las publicaciones periódicas era una zona secundaria dentro de su escritura frente a la que se calificaba como estrictamente literaria (la poesía, en particular), al estar aquella contaminada por los requeri-*

<sup>13</sup> José Martí. *Obras completas. Op. cit.*, t. 5, pp. 221, 285 y 311.

*mientos informativos propios del texto periodístico, aunque, paralelamente, quienes examinaban las facetas más diversas de su pensamiento se valieron sistemáticamente de los más variados de sus escritos para aprehender y explicar sus ideas.*

*Sin embargo, la estimativa contemporánea ha introducido una nueva perspectiva acerca de la escritura martiana: hay una unidad en la labor de Martí como escritor, conscientemente buscada y aplicada por él mismo, que permite apreciar no sólo la indudable calidad literaria de sus escritos, sino que la totalidad de ellos son parte de esa expresión literaria. Tal criterio obedece tanto a la reciente valoración acerca de la prosa y el periodismo entre los escritores modernistas hispanoamericanos, como a la opinión generalizada entre los estudiosos de Martí en cuanto a la unidad intrínseca de su pensamiento y de su expresión escrita.*

*En dos palabras: se trata de que los más recientes estudios literarios de la obra martiana han incorporado plenamente sus textos periodísticos, en particular sus crónicas, a ese campo de estudios.<sup>14</sup> Tal ensanche del análisis ha asociado además su epistolario a esos análisis.<sup>15</sup> Y al mismo tiempo ello ha permitido entender que no es posible comprender el vuelco renovador producido por Martí en la lengua y en las letras en español, si se deja fuera su prosa, en la que los escritos periodísticos tienen lugar importantísimo por su número, por sus propios valores literarios y por el conocimiento e influencia entre los lectores a los que fueron dirigidos.*

*1 y 2 de agosto de 2002*

<sup>14</sup> Quizás los más notables estudios en este sentido sean los libros de Susana Rotker (*Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1991) y Julio Ramos (*Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989).

<sup>15</sup> Véase, de Cintio Vitier, «Las cartas de Martí hasta 1881 (Contribución a un estudio integral de su obra literaria)», *Anuario del Centro de Estudios Martianos* no. 15, La Habana, 1992.

## José Martí: ¿un gacetillero anónimo en la *Revista Universal*?

Ana María Álvarez Sintes

Decía José Martí a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, en la carta que hoy acreditamos como su testamento literario: «Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento: en México del 75 al 77—en la *Revista Venezolana*, donde están los arts. sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña—en diarios de Honduras, Uruguay y Chile—en no sé cuántos prólogos:—a saber. Si no vuelvo, y usted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos».<sup>1</sup> En esa epístola, además, el escritor revisa su extensa papelería y no sólo orienta al discípulo sobre cómo proceder con lo que considera lo más relevante de su creación, sino que también le exige escoger de su literatura únicamente «lo durable y esencial». Asimismo, Martí advierte al albacea la difícil tarea que le encarga; por un lado, porque encontraría páginas revueltas «y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a la luz»; y por otra parte, porque no ponía todos los escritos en sus manos.

Efectivamente, Gonzalo de Quesada y Aróstegui fue el primero que entró en la selva de la creación martiana y, tras un titánico esfuerzo, logró que ya en 1900 comenzaran a circular excelentes ejemplares de una colección que se revelaba «incompleta».<sup>2</sup> Hasta 1919, preparados por el mismo editor, se compilaron quince tomos que dieron la bienvenida a sucesivas ediciones<sup>3</sup> de textos martianos, distintivas por descubrir, palmo a palmo, numerosos materiales desconocidos. Sin

embargo, aún hoy las *Obras completas* de José Martí permanecen «mutiladas», en primer lugar, porque todavía existen importantes originales por recuperar; y en segundo término, porque como resultado de las múltiples indagaciones que se realizan, en ocasiones aparecen nuevos escritos.<sup>4</sup>

Precisamente, sacar a la palestra gran cantidad de páginas no incluidas en anteriores publicaciones martianas, es una de las tareas que ocupa al equipo que en la actualidad prepara la primera edición crítica de las *Obras completas* de José Martí. Y decimos «una de las tareas», porque esta compilación persigue, a más de esto, corregir y completar cada una de las líneas conocidas hasta la fecha. También, se propone acompañar los textos de un amplio cuerpo de notas junto a un extenso conjunto de índices, como aparato auxiliar que facilita la comprensión inmediata de los escritos, y la rápida localización de determinada materia.

Como parte de nuestro trabajo en la mencionada colección, realizamos una acuciosa lectura de la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, de México.<sup>5</sup> Particularmente, revisamos los números que se publicaron durante el período que corresponde a la primera estancia de Martí en ese país que le dio «la práctica y la profesión de periodista».<sup>6</sup> Aunque el Maestro colaboró eventualmente con *El Socialista*, *El Eco de Ambos Mundos* y *El Federalista*,<sup>7</sup> fue en la *Revista Universal* donde desarrolló su labor más intensa como escritor en periódicos mexicanos del momento.

No voy a presentar la crónica firmada por *El Corresponsal* el 2 de marzo de 1875, como el inicio de las colaboraciones martianas en ese importante órgano; ni voy a recordar que cinco días después apareció, junto al poema «Mis padres duermen», la primera rúbrica de Martí en la *Revista Universal*. Tampoco voy a reflexionar acerca de la excelente traducción de la obra *Mes fils* de Víctor Hugo que, entre el 12 y el 21 siguientes, da a conocer el joven periodista en la referida publicación; ni voy a significar cómo, a partir del 14 de marzo, anónimamente redacta gacetillas para la sección Ecos de To-

das Partes, mientras que el 3 de abril hace público el primer «Boletín parlamentario» que firma con sus iniciales. Sólo quiero indicar cuán ardua fue la contribución y cuán extraordinaria la acogida de Martí<sup>8</sup> en el suplemento que dirigía José Vicente Villada, que ya en mayo de 1875 le permite integrar el cuerpo de redactores de la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, que se editaba en México.

A partir de ese momento, según cuentan algunos que lo conocieron, quien posteriormente se descubrirá como el autor de *Amor con amor se paga* era el primero que llegaba y el último que salía de la redacción en la entonces calle San Francisco. «Si faltaba un editorial, él lo elaboraba, lo mismo que un boletín o un entrefilet», y como decía Guillermo Prieto, «si hubieran faltado anuncios, Martí los hubiera inventado».<sup>9</sup> Después de estos estremecedores testimonios, no nos asombra hallar en la *Revista Universal*, además de los trabajos referidos bajo la autoría de José Martí, polémicos artículos sobre cuestiones cubanas, sagaces boletines firmados por Orestes para comentar asuntos internos de México, admirables crónicas sobre Europa, agudas críticas de arte, cuidadosas reseñas teatrales y hasta el inesperado cuento «Hora de lluvia».<sup>10</sup>

Pero si bien durante la revisión de las columnas de la *Revista Universal* pudimos apreciar las disímiles funciones que Pepe realizó como periodista en aquella época, también durante la lectura de los microfilmes de la gaceta mexicana tuvimos la oportunidad de comprobar la existencia de gran cantidad de títulos excluidos de las *Obras* del Apóstol. Quizás ello se debe a que muchos escritos no están firmados. Sin embargo, un estudio detallado permite comprender motivos temáticos y estilísticos que delatan como autor a José Martí.

Sin olvidar que algunas páginas ya habían sido atribuidas al Maestro por Ernesto Mejía Sánchez, Paul Estrade, Alfonso Herrera Franyutti y Rafael Almanza, podemos afirmar que múltiples trabajos han sido incorporados al legado martiano por el grupo de investigadores que comenzó la preparación de la primera edición crítica de las *Obras completas*. Valga apun-

tar, igualmente, que el mayor número de comentarios que omiten el nombre del colaborador cubano se encuentra en la sección Correo de los Teatros de la *Revista Universal*, y en el segmento que dicho periódico dedica a los sueltos y gacetillas. Por cierto, Cintio Vitier, Fina García Marruz y Emilio de Armas, aproximadamente en marzo de 1986, entregaron un ejemplar mecanografiado que agrupaba muchos de esos textos anónimos, y que debían incluirse en el cuarto volumen de la mencionada compilación, que por aquellos años comenzaba a germinar.

A estos primeros laboreos nos sumamos bajo la dirección de Pedro Pablo Rodríguez, actualmente responsable de la referida colección. Por fortuna ya vio la luz el nombrado cuarto tomo, y en efecto, saca a la palestra una pléyade de páginas «perdidas» en la gaceta de México. En este sentido, por ejemplo, mientras la última impresión de las *Obras* de Martí sólo recoge la reseña teatral presentada en la sección Correo de los Teatros de la *Revista Universal* el 12 de agosto de 1876, el volumen recientemente publicado agrega a la creación martiana treinta y cuatro crónicas teatrales.<sup>11</sup>

Mayor aún es el torrente de sueltos y gacetillas que aporta al quehacer del Maestro la nueva compilación crítica. Hasta el momento solamente se conocían 55 textos,<sup>12</sup> y ahora se han sumado más de cien escritos procedentes de la sección de la *Revista Universal* que durante 1875 se nombró Ecos de Todas Partes, y a partir de enero de 1876, Suelos. Mas detengámonos en este segmento del diario mexicano que acoge tantas anónimas líneas atribuibles a Martí.

Por supuesto, no es esta ocasión para demostrar la autoría martiana de esos controvertidos sueltos y gacetillas. Sí valdría apropiarse de la «Nota preliminar» del tomo 28 de las *Obras completas* para leer cómo se presentan: «En todos los casos de trabajos no firmados se ha realizado un cuidadoso análisis de los textos, incluyendo aquellos que por su estilo característico y las ideas expresadas se identifican con la prosa martiana».<sup>13</sup>

Frente a esta afirmación categórica pero no sustentada, se opone el punto de vista del equipo que inicialmente preparó el cuarto tomo de la edición crítica, el cual, en la «Nota editorial» del volumen, opina: «Dada la índole de estos correos, sueltos y gacetillas, muchos de ellos sin la firma martiana, resulta inevitable a veces un margen de incertidumbre en la atribución a Martí, margen que se ha procurado disminuir lo más posible. Como consecuencia de este propósito se han suprimido algunos sueltos compilados en las *Obras completas*». <sup>14</sup> Más adelante, en una nota final, se expresa: «Después de un cuidadoso análisis de los sueltos y gacetillas de la *Revista Universal* atribuidos a Martí en el tomo 28 de *OC*, decidimos trasladar o suprimir los consignados a continuación, por las razones que en cada caso sucintamente se exponen: [...]». <sup>15</sup>

De esta forma, dos opiniones considerables resultan antitéticas, al menos en algunos casos. Conviene, por lo tanto, retomar la cuestión, y decidir, fundamentadamente, cuáles sueltos y gacetillas deben pertenecer a la literatura de José Martí a pesar de no estar firmados. Para la realización de este estudio se impone evaluar cada uno de los textos, es decir, analizar no sólo los asuntos que desarrolla y las ideas que expone el autor en ellos, sino también la manera en que están expresados los argumentos, y los criterios martianos en relación con esos temas, junto a la manera de hacerlo en otros trabajos de su vasta creación.

De igual manera, para confirmar la autenticidad de algunos materiales, será indispensable incursionar en aspectos específicos de la vida de Martí, y en las circunstancias que lo rodearon, así como precisar las características del lenguaje y las ideas de otros escritores de la *Revista Universal*, que por cierto, reunió un impresionante conjunto de redactores y colaboradores entre lo más granado de las letras mexicanas de aquel tiempo. Sin embargo, repito, no es este el espacio oportuno para dilucidar tan delicado y cuestionable objeto de investigación. <sup>16</sup> Una vez presentada la polémica, nos parece prudente, por una parte, ilustrar cómo percibimos un grupo

de textos hilvanados que se debían a la pluma de Martí, y por otro lado, comentar algunos rasgos que distinguen a muchos sueltos y gacetillas del Maestro, nunca antes incluidos en sus *Obras completas*.

Y es que al rastrear los microfilmes de la *Revista Universal*, que con celo atesora la Biblioteca del Centro de Estudios Marianos, brotaron textos que estaban enlazados por referencias explícitas del autor a trabajos ya publicados sobre el tema, o a escritos que versarían sobre el asunto en números posteriores de la publicación. Aunque muchos de esos títulos no aparecieron bajo la firma de José Martí, motivos temáticos y estilísticos permiten atribuirlos al Maestro. Una muestra de ello se manifiesta en el suelto «Fiacro Quijano».<sup>17</sup>

Allí Martí dice: «Nos hemos extendido al hablar sobre el joven ingeniero –y es realmente amplia la exposición–, como lo hacíamos siempre que hablábamos del Dr. Pedro Garza». El adverbio de tiempo junto al copretérito habitual del verbo nos condujo a especular en torno a la existencia de otro texto sobre Garza –o tal vez más–, redactado por el autor de este suelto. Tras pacientes e intensas jornadas de búsqueda y lectura de la *Revista Universal*, encontramos el texto «D. Pedro Garza», publicado por Martí el 20 de abril de 1875.<sup>18</sup>

De forma similar, la gacetilla «El jurado de ayer»<sup>19</sup> con el estilo martiano del período, incluyendo su forma de estructurar los sueltos, anuncia: «[...] la sesión celebrada ayer tarde por el Congreso erigido en gran jurado, es de tan alta importancia; la decisión del jurado es tan digna de estudio y envuelve cuestiones de derecho constitucional tan trascendentales, que merece ser tratada de una manera especial. Lo haremos en nuestro número de mañana [...]». En efecto, el 21 de mayo de 1875 apareció un boletín de Orestes dedicado a esta materia.<sup>20</sup> De modo semejante, en el suelto «El Sr. D. Felipe S. Gutiérrez»,<sup>21</sup> con su peculiar manera de redacción, Martí advierte: «Debemos al Sr. Gutiérrez un artículo especial [...]», y en consecuencia, con adjetivos inconfundibles y análogos comentarios, Pepe publicó el texto «Felipe Gutiérrez» en el nú-

mero de la *Revista Universal* que circuló el 24 de agosto de ese mismo año.<sup>22</sup>

De igual manera emergió un texto titulado «La cadena de hierro»,<sup>23</sup> donde el autor afirma: «Próximamente nos ocuparemos de esta obra interesante, teniendo la convicción, de que si es presentada en los teatros de España y de Francia, tendrá el mismo éxito que en la escena mexicana». Tres días más tarde aparece un martiano Correo de los Teatros que versa sobre el tema.<sup>24</sup> Por otro lado, el 27 de agosto de 1876,<sup>25</sup> Martí publica un artículo con igual título, ideas y recursos estilísticos que el suelto antes mencionado.

Mas no voy a rebosar esta exposición con infinitos ejemplos. Sirva la cuarteta, que acabamos de presentar, como bosquejo de apuntes explícitamente entrelazados en la magna creación martiana.<sup>26</sup> Permítasenos, entonces, explicar diversos rasgos temáticos y estilísticos que caracterizan a los sueltos y gacetillas de José Martí.

Según el *Diccionario de la lengua española*, se entiende por suelto «cualquiera de los escritos insertos en un periódico que no tiene la extensión ni la importancia de los artículos, ni son meras gacetillas». Estas últimas se definen como la «parte de un periódico destinada a la inserción de noticias cortas», o «cada una de estas mismas noticias». En consecuencia, cuando revisamos los sueltos y gacetillas publicados en la *Revista Universal*, comprobamos que se trata de un sinnúmero de títulos, por lo general de poca extensión, dedicados a informar las noticias del día, de forma tal que los acontecimientos narrados pueden ser comprendidos con facilidad, por estar redactados en un estilo claro y conciso.

Sin embargo, también al examinar con detenimiento los textos antes nombrados, observamos que se destacan en las páginas del diario mexicano los trabajos de estilización martiana. En aquel contexto básicamente informativo, de anuncios de diversa índole, sobresalen párrafos que nos hacen husmear la autoría de José Martí. Quizás, porque no se puede ocultar que el anónimo periodista que, con exquisito

arte escribe esos apuntes, es, al mismo tiempo, el joven colaborador que bajo el seudónimo de Orestes, redacta «Boletines», que son «una muestra de lo que llegaría a ser la prosa ensayística de Martí».<sup>27</sup>

Desde sus sueltos y gacetillas, el poeta de Cuba pudo extender su mirada a un indio honrado, al abogado Luis Sierra, al comerciante John Hopkins y al español Emilio Castelar, con la misma intensidad con que observó a la señora Salazar, a Quercy, a Eloísa Agüero de Osorio y a la actriz de fama internacional Adelaida Ristori. No nos asombra, por lo tanto, que hable de Pedro Garza, el corresponsal de la *Revista Universal*; y de Dolores Veintemilla de Galindo, la poetisa quiteña, a la vez que presenta noticias sobre el novel Manuel Gutiérrez Nájera y el romántico Víctor Hugo. En algunas ocasiones como testigo y en otros instantes como ponente de las experiencias de alguien que ha visto o escuchado los hechos, el escritor inunda las páginas del diario con palpitantes comentarios nacionales, junto a informaciones que llegan del extranjero, en especial de Cuba<sup>28</sup> y España.

Diversas materias o, lo que es lo mismo, ecos de todas partes, desbordan los sueltos. Líneas hay en las que el reportero divulga una nueva edición de las poesías de Heredia, da a conocer que Manuel Ocaranza ha regresado de París después de un viaje a Italia, exalta los conciertos del violinista José White, comenta sobre la vida de José Victoriano Betancourt a propósito de su muerte, habla sobre la destreza del niño ajedrecista Andrés Ludovico Viesca, promociona el libro *Nociones elementales de economía política*, informa lo que ocurrió en La Habana con la señora Ristori, recuerda el aniversario de la proclamación de la independencia de Cuba por los patriotas de Yara, rinde homenaje a los mártires de Uruapan... Informa, en fin, de todo.

Pero además de avisar disímiles situaciones, en el fragmento que la *Revista Universal* dedicó a las gacetas, el Maestro pudo, por ejemplo, agradecer las benévolas frases que tuvo para él *El Porvenir*, con motivo de su artículo «El estómago».<sup>29</sup> Tam-

bién consiguió, por ejemplo, dar las gracias por las atenciones de Francisco Montes de Oca, a quien debió una notable mejoría luego de una operación que el doctor mexicano llevó a cabo «con precisión sorprendente, tacto sumo y éxito feliz».<sup>30</sup> Asimismo, en la trillada sección, Martí halló espacio para desarrollar apasionadas polémicas, que a veces le hicieron publicar sueltos como «A Pepe Martí», simple reproducción de la carta que Antenor Lescano le enviara al Maestro a propósito de los versos de Edda, y a continuación la respuesta de este último.<sup>31</sup>

Es decir, la fracción que la *Revista Universal* destinó a los sueltos y las gacetillas, facilitó al escritor cubano gran variedad temática, aunque le exigió transmitir información como su objetivo principal. Quizás por esto los trabajos martianos que allí aparecieron no han sido apreciados en la magnitud real que alcanzan. Al respecto, la profesora Maritza Carrillo, de la Universidad de La Habana, en su tesis de doctorado explica: «Hemos desestimado los sueltos, gacetas y gacetillas publicadas en la sección de la *Revista Universal*, que durante 1875 se nombró Ecos de Todas Partes y a partir de enero de 1876 Suelos, porque a diferencia de los “Boletines”, que son una prueba del alto nivel artístico alcanzado por el periodismo martiano, aquellos tienen un carácter básicamente informativo».<sup>32</sup>

En efecto, entre los sueltos martianos se conservan párrafos que fueron redactados con el único propósito de exponer noticias. Sin embargo, valdría revisarlos pausadamente para que se aprecien los distintos modos de presentar la información, siempre acompañada de reflexiones sobre el tema. Como muestra recordemos las líneas que señalan algunas erratas cometidas en la *Revista Universal*, entre ellas, la breve nota «Comarca», que enseña pinceladas enjuiciadoras, y el rápido apunte «Alfredo Torroella», que revela adjetivos definitorios.<sup>33</sup>

Martí sabe que tiene que comunicar noticias, pero mejor conoce que debe ofrecer una lectura agradable y provechosa. Por eso cuidará la forma en que presenta las novedades, y

lejos de limitarse a contar los sucesos, convierte el asunto del día en objeto de reflexión. Tomemos como modelo «¡Alerta!», la primera gacetilla que Martí publica en la *Revista Universal*, justamente el día que da a conocer su poema «Sin amores».

El suelto, que ya desde el título atrapa la atención del receptor, desborda las líneas con meditaciones y, casi escondido, asoma el suceso en el tercer párrafo: «Se dice que la casa de Rothschild ha enviado a nuestra República agentes para el examen y compra, en caso de utilidad, de nuestras minas de azogue». De inmediato, el alarmado escritor comenta: «La libertad y progreso de nuestro comercio están gravemente interesados en prepararse contra las graves noticias que envuelve este rumor».<sup>34</sup>

El joven Martí combina la información y la crítica, pero la mayoría de las veces, esta última viene a ser la parte medular de la gacetilla. En el texto «Reo de muerte»<sup>35</sup> la primera oración refiere que alguien ha sido condenado a «sufrir la última pena», y a continuación se lee: «Ya es tiempo de borrar de nuestros Códigos esa mancha que se llama la pena de muerte. La ley no se venga. La vindicta pública es una mentira. La ley nunca es, nunca puede ser aliada de los verdugos». No hay dudas, la noticia sirvió de pretexto a Martí para mostrar sus criterios sobre la pena de muerte, criterios que se corresponden no sólo con los expresados en uno de sus cuadernos de apuntes,<sup>36</sup> sino también con los expuestos por Orestes en otros trabajos del período, donde con casi las mismas palabras alude a la ineficacia de esa pena que no concibe.<sup>37</sup>

Por su parte, el suelto «José Antonio», publicado el 12 de octubre de 1875,<sup>38</sup> está integrado por seis oraciones psicológicas.<sup>39</sup> Las dos primeras anuncian que José Antonio,<sup>40</sup> José Martín y José Luciano han sido sentenciados «como reos de asalto y robo», e inmediatamente las cuatro oraciones siguientes, es decir, la mayor parte del texto, sirven al autor para presentar valoraciones epigramáticas y hacer meditar al que lee: «Todos los días se matan hombres en la República por

estos mismos delitos. La relación es siempre la misma. Se extingue un ladrón, pero su muerte no estorba que nazca otro. ¿Por qué se mata entonces?». <sup>41</sup> No resulta, pues, mero apunte noticioso el de José Martí, sino que muchos acontecimientos quedan apenas insinuados o eludidos para acercarnos al hecho que más le atrae, como ocurre también en la gacetilla «A muerte». <sup>42</sup>

El evento que quizás para otros periodistas constituía el núcleo de su escrito, como podría ser indicar la fecha de la defensa de los indígenas de Xochimilco, para Martí sólo fue el motivo que le permitió mostrar algunas de sus ideas sobre el tema: «¿Será lícito exigir toda la responsabilidad de un crimen a aquel a quien no se dio toda la educación necesaria para comprenderlo?». <sup>43</sup> Al día siguiente, el joven poeta escribe el suelto «Defensa», y vuelve sobre el tópico para exigir: «Impóngaseles la pena en el mismo grado que se les dio educación para evitarla». <sup>44</sup>

Y así, en muchas gacetillas, la noticia sobresaliente del momento sirvió de resorte al escritor para dar rienda suelta a sus reflexiones. Por ejemplo, Martí no se limita a despertar la atención con la referencia a una joven «colosal» de veinte años, que «se exhibe por dos reales en una casa del Portal de Agustinos», sino que además de este toque informativo con pinceladas de reseña que le exige la sección para la cual redacta, se cuestiona la moral del espectáculo y llama –incluso desde el título– «vil especulación», <sup>45</sup> el hecho de «explotar una enfermedad como comercio, tratándose de una señorita inteligente y pudorosa». <sup>46</sup> Se impone recordar que, mientras Pepe escribía estas líneas, también publicaba en la *Revista Universal* «Boletines parlamentarios», en los que apenas aparece el juicio crítico del redactor.

Ocurre, como expresa Martí en el suelto «El jurado de ayer», que al menos uno de los diez textos que redactó, luego de asistir a las sesiones del Congreso Mexicano verificadas entre el 2 y el 15 de abril de 1875, resulta insuficiente porque «no se dispone de tiempo ni espacio bastante». <sup>47</sup> Pero los suel-

tos y las gacetillas tampoco alcanzan para todo lo que el ágil periodista quiere expresar, en tanto necesita una sección que le permita tratar los asuntos de «un modo más serio» y no tan brevemente.<sup>48</sup> Por eso al final del comentario, sintéticamente cargado de precisos adjetivos, promete tratar el asunto de manera especial, como de hecho lo hizo en un boletín que publicó Orestes el día siguiente.

A pesar de las limitaciones que le impuso la sección de los sueltos y las gacetillas, José Martí supo hacer «grandes» esos pequeños textos de su periodismo juvenil. Tan grandes que, entre ellos redactó el artículo «La fiesta de Peón», y escribió la reseña «La fiesta masónica»,<sup>49</sup> por él mismo considerada una «crónica ligera».<sup>50</sup> Y supo hacerlos grandes porque no se limitó a la mera inserción de noticias cortas, sino que asumió el oficio de la prensa tal como lo explicaría poco tiempo después:

«No es el oficio de la prensa periódica informar ligera y frívolamente sobre los hechos que acaecen, o censurarlos con mayor suma de afecto o de adhesión. Toca a la prensa encaminar, explicar, enseñar, guiar, dirigir: tócale examinar los conflictos, no irritarlos con un juicio apasionado; no encarnizarlos con un alarde de adhesión tal vez extemporánea; tócale proponer soluciones, madurarlas y hacerlas fáciles, someterlas a consultas y reformarlas según ellas; tócale, en fin, establecer y fundamentar enseñanzas, si pretende que el país la respete, y que conforme a sus servicios y merecimientos, la proteja y la honre».<sup>51</sup>

Podríamos anexar más ejemplos que demuestran cómo la mayoría de los sueltos martianos están escritos desde esta óptica. Pero no vamos a extender mucho más la exposición. Sólo deseamos remitir a algunos títulos que sería conveniente examinar para entender por qué Orestes afirma que la prensa «no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio, examen y consejo».<sup>52</sup>

En *Álbum de Hidalgo*, luego de anunciar que la publicación se ha puesto a la venta, se muestran sutiles comentarios para

destacar el valor del volumen. Seguidamente, aparece un símil que ensancha las apreciaciones: «[...] como no hay casa de americano del Norte que no engalane sus paredes con los retratos de Washington y Lafayette»; y por último, se revela el aforismo: «El respeto a los héroes ayuda al nacimiento de héroes nuevos».<sup>53</sup> Con igual entusiasmo redacta el autor del suelto «Escritos diversos», porque el libro que con tal título escribiera García Cubas, demuestra que «la poesía no está vedada a la ciencia»,<sup>54</sup> y porque, además, trasluce el conocido par horaciano que siempre acompañará la creación martiana.

Unos días después, el 30 de abril de 1875, Martí publica una pequeña nota que tiene como título una frase que, según se dice, pronunció Goethe poco antes de morir: «Luz, más luz». La primera oración, en apretada síntesis y con el particular modo martiano de colocar las palabras, expone la noticia: «En Tehuacán se ha abierto el día 15 una escuela de primeras letras». A continuación, el segundo párrafo exhibe la sentencia generalizadora que se ilumina por la comparación que la acompaña: «El secreto de nuestro porvenir está en la escuela, como en la escuela estuvo el de la gran Prusia».<sup>55</sup>

Llegado aquí, todo lector se habrá percatado del modo de organización, jerarquización y transmisión estilísticas de las ideas empleado por Martí en la mayoría de sus sueltos y gacetillas. Las más de las veces, el redactor de la *Revista Universal*, que en sus textos da primacía a la reflexión sobre la información, combinando aquella con la crítica, encierra su comentario en dos rapidísimos bloques expositivos; en el primero, resume la noticia para atraer al lector y justificar el suelto, al mismo tiempo que le sirve de pretexto para lo que va a sentenciar en el segundo fragmento. Por ejemplo, en la gacetilla «Bien por Sinaloa»,<sup>56</sup> Martí menciona las dos escuelas más notables de las trescientas que existen en ese estado, y de inmediato reflexiona en la porción más extensa del suelto: «Una vez conquistada la libertad por el sentimiento de la independencia, dese el medio de asegurarla con el desarrollo de la educación. Dese las bases del derecho a aquellos que lo han de defender».<sup>57</sup>

Se habrá comprendido, también, que Martí no se contenta con la descripción de un suceso local. Su pupila se acerca a la médula del acontecimiento y con suma cautela desarrolla su punto de vista, e incentiva la reflexión del receptor a fin de maximizar sus criterios. En este sentido, citemos algunos ejemplos de textos redactados durante 1876, entre ellos, el suelto «Avergüenza»,<sup>58</sup> que motiva la también martiana gaceta «La exposición no es un fracaso».<sup>59</sup>

En el primer suelto mencionado, Martí alude a una de sus visitas a la Exposición Nacional de Agricultura, Industria y Artesanía que por entonces transcurría en México, y valora sus resultados con criterios y términos similares a los que había utilizado al abordar este tópico en sus cinco «Ojeadas».<sup>60</sup> Pero si martianas son las ideas expuestas y los términos usados en el entrelazado suelto que nos ocupa, martiana será también la forma en que está estructurado el contenido. Tras una rápida presentación de la noticia para atraer a los lectores, el redactor siente la necesidad de comentar, y por ello destaca la importancia de la exhibición, a la vez que describe y analiza críticamente el comportamiento del escaso público asistente, para de inmediato formular, más que sobre la exposición, sobre México:

«Si nuestros hombres se ocupasen más en aprovechar lo que este suelo espléndido nos brinda; si no gustasen más de averiguar los defectos de un ministro o murmurar de las ingravitudes del gobierno, que de emplear su talento en el beneficio de alguna industria útil, este nuestro pobre México se levantaría a tan grande altura, que nos daría a todos riqueza y satisfacción, y a los demás pueblos temor y envidia. De todo nos ha dotado la naturaleza, de todo son capaces nuestros hombres; ¿por qué nos empeñamos locamente en abandonarlo y perderlo todo?».<sup>61</sup>

Otra muestra al respecto la hallamos en algunos sueltos de poca extensión, henchidos de generalizaciones que formula el escritor a partir de un asunto específico. Esto explica la organización del escrito en dos bloques expositivos: el prime-

ro, para presentar el asunto e informar al lector, y el segundo y más significativo, para opinar, para aconsejar, es decir, para ejercitar el criterio. Pero antes de terminar esta exposición, pongamos como modelo «Un soldado de la independencia» y «Defunción».<sup>62</sup>

En la primera gacetilla, con su cuidadosa maestría en el arte de colocar las palabras –la primacía inicial del verbo y el notable uso del hipérbaton–, Martí ofrece la novedad: «Acaba de fallecer en Mérida el Sr. José García Montero». De inmediato subordina al sujeto una explicación que mira al pasado para presentar al difunto, no por casualidad, con casi las mismas palabras que empleó en el título del suelto. Viene entonces el segundo párrafo, o lo que es lo mismo, la segunda oración, que regresa al presente para proyectar la futura vida del héroe.

En otro momento, el autor del poema «Dos honras»<sup>63</sup> repite esta organización del discurso en la gacetilla «Defunción»: el verbo abre la primera oración que termina con el sujeto e informa lo ocurrido. A continuación aparece el comentario que anuncia una rápida mirada al pasado, para presentar a un señor que «desempeñó puestos que hubieran podido serle lucrativos», y entonces el escritor regresa al presente con el verbo que inició el suelto, pero ahora junto al adjetivo *pobre*, precisamente, su mejor elogio, según el criterio de Martí. Al final, surge la reflexión abarcadora que proyecta el camino que ha de seguirse a propósito de la honradez.

Hasta aquí pues, un esbozo de los sueltos y las gacetillas que Martí publicó sin firma en la *Revista Universal*, de México. Son todas páginas de extraordinario valor, que salen hoy a la luz para salvar algunas de las líneas que el Maestro consideró en su carta testamentaria a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, «obra perdida en periódicos» mexicanos del 75 al 77. Estos nuevos textos, además de enriquecer notablemente la bibliografía activa de José Martí, revelan escritos que ayudan a conocer el ambiente que circundó al autor durante su primera estancia en México, y permiten describir y entender valoraciones martianas de originalidad y actualidad sorprendentes.

Asimismo, ofrecen la posibilidad de comprender por qué fue el Apóstol un redactor anónimo que no pudo ocultar sus escritos en la multitud de noticias que los acompañó. También permiten valorar el nivel artístico alcanzado por el novel escritor, cuando convirtió su literatura gacetillera en exquisitas ramas cargadas de frutos. Así, pues, valgan estas reflexiones para estimular la lectura de esas páginas que emergen hoy como punto de partida para nuevas indagaciones en la «mina sin acabamiento»,<sup>64</sup> que al decir de la gran escritora chilena Gabriela Mistral, es la obra de nuestro José Martí.

<sup>1</sup> José Martí. Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Montecristi, 1 de abril de 1895, en *Testamentos de José Martí. Edición crítica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p. 17. Conservamos correspondencias martianas para el periódico *La República*, de Honduras (8 de julio de 1886-26 de enero de 1888). Se sabe también que el 17 de enero de 1889 Martí se comprometió a remitir dos crónicas quincenales a *La Opinión Pública*, de Montevideo. Asimismo, recientes investigaciones –fundamentalmente realizadas por Jorge Benítez–, han revelado que numerosos artículos de Martí fueron publicados en los periódicos chilenos *La Época*, *La Libertad Electoral* y *El Ferrocarril* (Santiago de Chile), *El Mercurio* (Valparaíso) y *El Sur* (Concepción).

<sup>2</sup> Decía Quesada: «Adolecen esas recopilaciones de idéntico defecto que las sucesivas, y del que puede achacarse a la actual: están incompletas [...]. Nuestra mira y anhelo son salvar lo más posible, para facilitar la tarea posterior y definitiva de coleccionar su magna producción, estudiarla y comentarla, y añadir la biografía de aquel hombre maravilloso». Confróntese en José Martí. *Cuba*, 2a. edición a cargo de Gonzalo de Quesada, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1923; el «Prólogo» en no. 3, p. 7.

<sup>3</sup> Véase «Las obras completas de José Martí en Cuba, desde 1900», de Iván Pérez Carrión, en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* no. 20, 1997, p. 71.

<sup>4</sup> Diversos investigadores han aportado numerosos textos de José Martí, hallados fundamentalmente en publicaciones periódicas. Véase la sección Otros Textos Martianos, en los *Anuario del Centro de Estudios Martianos*.

<sup>5</sup> *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, México, Imprenta de la *Revista Universal*, Primera de San Francisco no. 13, 1875-1876. Revisamos los números de la revista que se editaron entre el 2 de marzo de 1875,

cuando Martí inició sus colaboraciones en esa publicación, y el 19 de noviembre de 1876, en que el periódico dejó de publicarse. En lo sucesivo utilizaremos *RU* para aludir a esta publicación.

<sup>6</sup> Andrés Iduarte. *Martí escritor*, Publicaciones del Ministerio de Educación, La Habana, 1951, p. 13.

<sup>7</sup> En *El Socialista*, Martí comenzó a colaborar el 20 de febrero de 1876. Por su parte, *El Eco de Ambos Mundos* conserva tres poemas martianos, el primero de ellos, «Carmen», en el número del 23 de mayo del año referido. A partir del 5 de marzo Pepe colaboró ocasionalmente con la edición literaria de *El Federalista*, y publicó cinco artículos en este órgano, después que la *Revista Universal* cesó el 19 de noviembre de 1876.

<sup>8</sup> Sus páginas fueron bien recibidas tanto por la redacción del periódico como por los círculos intelectuales de México. Desde luego, siempre hubo quien no simpatizó con el Maestro. Así, *Juvenal* lo parodia el 2 de noviembre de 1875, y cinco días después, también en *El Monitor Republicano*, se publica el artículo «Un sabio», que hace burla del estilo martiano. Igualmente, aparecen desfavorables comentarios en otros semanarios de la época como *La Ley Fundamental* y *El Sufragio Libre*, que más de una vez criticó a Martí como poeta elegíaco y extranjero que no entendía la vida política de México. Puede consultarse «Otras polémicas de Martí en México, y otros detalles inéditos», de Paul Estrade, en el *Anuario Martiano* no. 6, 1973, p. 112.

<sup>9</sup> Juan de Dios Peza. «José Martí. Su labor periodística», en *La República*, enero de 1909. Véase, además, *Martí en México*, de Alfonso Herrera Franyutti, México, 1996, p. 79. Igualmente, confróntese los boletines «Escasez de noticias» (t. 2 de la edición crítica en la p. 80) y «El proyecto de Guasp» (t. 2 de la edición crítica en la p. 147), para que se advierta cómo Martí nunca aceptó llenar la plana con cosas inventadas. De ello nos habla, también, el martiano romance «¡Un párrafo! ¡Solo un párrafo!».

<sup>10</sup> *RU*, 17 de octubre de 1875. Véase el tercer tomo de la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí, Centro de Estudios Martianos en la p. 211. En lo sucesivo nos referiremos a esta edición como *OCEC*.

<sup>11</sup> Teniendo en cuenta la nota que publica la *Revista Universal*, en la tercera página del 17 de mayo de 1876: «Por la enfermedad de nuestro compañero Martí, especialmente encargado en nuestro periódico de las crónicas del Teatro Principal, José Negrete tomará a su cargo el juicio crítico de la pieza...»; valdría revisar los Correos de la gaceta mexicana para valorar la autoría de las treinta y cinco reseñas incorporadas a las *Obras* de Martí, y de otras tantas atribuidas al cubano por Paul Estrade, como la del 16 de noviembre de 1875 y las del 9 de febrero, 1 de junio, 30 de julio, 13, 18, 20 y 22 de agosto de 1876.

<sup>12</sup> El sexto tomo (p. 433) de las *Obras completas* de Martí expone la gacetilla «La fiesta de Peón» (*RU*, 7 de mayo de 1876; *OCEC*, t. 4, p. 280) junto a otros artículos sobre México. El séptimo volumen (pp. 85-88) incluye cinco sueltos bajo el título «Notas periodísticas». Por su parte, el tomo 28

presenta cincuenta y cuatro gacetas, seis de las cuales no fueron incluidas en el cuarto tomo de la edición crítica por considerarse muy dudosa su atribución a Martí, según se expresa en una nota final. Por otro lado, el volumen 28 presenta el artículo «La fiesta masónica» (*RU*, 25 de marzo de 1876, t. 28, p. 44; *OCEC*, t. 4, p. 264) que se publicó en la sección Suetos de la *Revista Universal*, alejado de las gacetillas.

<sup>13</sup> José Martí. *Obras completas*, 28 tomos. Editorial Nacional de Cuba, La Habana (El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro), 1963-1973, t. 28, p. 8. En lo sucesivo nos referiremos a esta edición como *OC*.

<sup>14</sup> *OCEC*, t. 4, p. 9.

<sup>15</sup> *Id.*, p. 417.

<sup>16</sup> En estos momentos preparamos un estudio que valora la autoría martiana de numerosos sueltos y gacetillas publicados en la *Revista Universal*, de México. Además de analizar los textos incluidos en el cuarto tomo de la edición crítica, nos proponemos revisar los sueltos que aparecen en el tomo 28 de las *Obras completas* de Martí, y que fueron excluidos de la colección recientemente publicada.

<sup>17</sup> *OCEC*, t. 4, p. 176.

<sup>18</sup> *RU*, 20 de abril de 1875. Véase el t. 4, p. 141 de *OCEC*.

<sup>19</sup> *RU*, 20 de mayo de 1875. Véase el t. 4, p. 161 de *OCEC*.

<sup>20</sup> *RU*, 21 de mayo de 1875. Véase el t. 2, p. 46 de *OCEC*.

<sup>21</sup> *RU*, 30 de mayo de 1875. Véase el t. 4, p. 171 de *OCEC*.

<sup>22</sup> *RU*, 24 de agosto de 1875. Véase el artículo «Felipe Gutiérrez», en el t. 3, p. 90 de *OCEC*.

<sup>23</sup> *RU*, 22 de agosto de 1876. Véase el t. 4, p. 310 de *OCEC*.

<sup>24</sup> *RU*, 25 de agosto de 1876. Véase el t. 4, p. 80 de *OCEC*.

<sup>25</sup> *RU*, 27 de agosto de 1876. Véase el artículo «La cadena de hierro», en el t. 3, p. 192 de *OCEC*.

<sup>26</sup> En el suelto «El guardián de la niñez» (*OCEC*, t. 4, p. 333) se hace referencia a la gacetilla «El gobierno de Michoacán» (*OCEC*, t. 4, p. 283), evidentemente escrita por Martí no sólo por la referencia explícita al autor y los temas que trata (véase la nota 57), sino también por la manera de expresar los conceptos y de organizar el discurso. Por otro lado, todavía buscamos en la *Revista Universal*, el texto aludido en *Álbum de Hidalgo*: «Días hace anunciamos que saldría pronto a luz esta interesante publicación».

<sup>27</sup> Maritza Carrillo. «El estilo de la sintaxis de la prosa del joven Martí (1871-1881). Análisis de las estructuras oracionales». Tesis para el Doctorado en Ciencias Filológicas, Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana, 1989.

<sup>28</sup> El tema cubano aparece ya en «No haya miedo», el último de los sueltos martianos que publica la *Revista Universal*, el 14 de marzo de 1875.

<sup>29</sup> *OCEC*, t. 4, p. 199.

<sup>30</sup> *OCEC*, t. 4, p. 289.

- <sup>31</sup> *RU*, 29 de octubre de 1875, *OCEC*, t. 4, p. 205.
- <sup>32</sup> Véase la nota 27.
- <sup>33</sup> *OCEC*, t. 4, p. 158 y 245. Además, véase «Robo» en p. 109 y «Erratas» en p. 118.
- <sup>34</sup> *RU*, 14 de marzo de 1875. Véase el t. 4, p. 107 de *OCEC*.
- <sup>35</sup> *RU*, 1 de abril de 1875. Véase el t. 4, p. 126 de *OCEC*.
- <sup>36</sup> Cuaderno de apuntes no. 1 (España, 1871-1874), en *OC*, t. 21, pp. 22-26.
- <sup>37</sup> Además de los textos que se nombrarán en esta exposición, pueden consultarse «Castelar y *La Iberia*» (*RU*, 10 de junio de 1875 en t. 1, p. 263 de *OCEC*) y «Función de los meseros» (*RU*, 10 de julio de 1875 en t. 2, p. 116 de *OCEC*). Asimismo véase el t. 2, p. 118 de *OCEC*, para que se comparen los criterios martianos sobre la pena de muerte expuestos en los sueltos aludidos, con los comentarios de Orestes al referirse a Felipe Romero, el famoso criminal de la época que fue condenado por Joaquín O. Pérez, el gobernador del Distrito Federal.
- <sup>38</sup> Este día muestra el amplio quehacer periodístico de Martí en la *Revista Uníversal*. La primera página presenta un «Boletín» firmado por Orestes. También en ese número se incluye el artículo «Galería del Senado», y en la sección Ecos de Todas Partes aparecen dos gacetillas.
- <sup>39</sup> Entendemos por oración sicológica «toda unidad intencional de sentido completo en sí misma, cuyo signo lingüístico es la cadencia e inflexión final descendente». Consideramos oración gramatical «toda estructura que presente la relación sujeto-predicado bien como oración bimembre o como oración unimembre».
- <sup>40</sup> En este caso, el título forma parte de la primera oración, recurso que frecuentemente utiliza Martí al redactar las gacetillas, posiblemente para tener más espacio donde reflexionar, o por marcado interés en destacar un concepto.
- <sup>41</sup> *RU*, 12 de octubre de 1875. Véase el t. 4, p. 195 de *OCEC*.
- <sup>42</sup> *RU*, 11 de noviembre de 1875. Véase el t. 4, p. 213 de *OCEC*.
- <sup>43</sup> «Defensa notable», en *RU*, 17 de abril de 1875. Véase el t. 4, p. 136 de *OCEC*.
- <sup>44</sup> *RU*, 18 de abril de 1875. Véase el t. 4, p. 138.
- <sup>45</sup> *RU*, 6 de abril de 1875. Véase el t. 4, p. 127 de *OCEC*.
- <sup>46</sup> *RU*, 10 de abril de 1875. Véase el t. 4, p. 129 de *OCEC*. Al día siguiente aparece el suelto «No estamos solos», donde Martí retoma la temática. Véase el t. 4, p. 133 de *OCEC*.
- <sup>47</sup> *OCEC*, t. 4, p. 161.
- <sup>48</sup> Véase «Nuestra guerra» y «El Porvenir», en *OCEC*, t. 4, pp. 142 y 212.
- <sup>49</sup> Véase en este trabajo la nota 12.
- <sup>50</sup> Véase «Aclaración de justicia», *RU*, 30 de mayo de 1876, t. 4, p. 270 de *OCEC*.
- <sup>51</sup> *RU*, 8 de julio de 1875. Véase el t. 2, p. 110 de *OCEC*.
- <sup>52</sup> *RU*, 8 de julio de 1875. Véase el t. 2, p. 110 de *OCEC*.

<sup>53</sup> *OCEC*, t. 4, p. 139.

<sup>54</sup> *OCEC*, t. 4, p. 143.

<sup>55</sup> *OCEC*, t. 4, p. 144.

<sup>56</sup> *RU*, 8 de mayo de 1875. Véase el t. 4, p. 153 de *OCEC*.

<sup>57</sup> Recordemos que el 30 de abril de 1875, Martí había dicho: «El secreto de nuestro porvenir está en la escuela» (*OCEC*, t. 4, p. 144). El 29 de julio de 1876 dirá: «Nadie nos distrae de nuestra idea; la salvación de nuestro pueblo está en la escuela, en el cultivo de la inteligencia, en la dignificación de la personalidad» (*OCEC*, t. 4, p. 293). En otro suelto, el 23 de septiembre de 1876, afirma: «[...] la prosperidad de un pueblo está en razón íntima con el desarrollo de la instrucción» (*OCEC*, t. 4, p. 322). Por otra parte, el 26 de octubre de 1875 en uno de sus boletines, Orestes había concluido: «Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar, y, como la ignorancia es la garantía de los extravíos políticos, la conciencia propia y el orgullo de la independencia garantiza el buen ejercicio de la libertad». (*OCEC*, t. 2, p. 210).

<sup>58</sup> *RU*, 25 de enero de 1876. Véase el t. 4, p. 226 de *OCEC*.

<sup>59</sup> Al comenzar «La exposición no es un fracaso», se hace referencia al suelto «Avergüenza»: «Ni la exposición es un fracaso, ni estuvo a su natural el *Siglo* al contestar el párrafo en que así lo asentamos», *RU*, 28 de enero de 1876. Véase el t. 4, p. 230 de *OCEC*.

<sup>60</sup> *RU*, 5, 7, 8, 15 de diciembre de 1875; y 26 de enero de 1876. Véase el t. 2, pp. 218, 226, 232, 237 y 241 de *OCEC*.

<sup>61</sup> *RU*, 28 de enero de 1876. Compárense estas oraciones del suelto «Avergüenza», con las que publica en su quinta «Ojeada»: «Anatema y vergüenza mereceríamos nosotros, si por impericia descuidada o criminal abandono, entregáramos a manos ambiciosas los destinos de un pueblo que no quiere de nosotros más que el buen uso de la inteligencia que él mismo nos dio. Ejemplo sin precedente y sin segundo sería el que diéramos en México, si dueños de todas las riquezas, viviéramos pobres; si ocupáramos perezosa e inútilmente tan grande y tan rica porción de tierra, como la que la madre naturaleza nos dio en dote». Véase el t. 2, p. 241 de *OCEC*.

<sup>62</sup> *RU*, 9 de junio y 7 de septiembre de 1876. Véase el t. 4, pp. 284 y 320 de *OCEC*, respectivamente. Sería importante valorar la forma en que Martí expresa su indignación en «Cadenas y grillos» (*RU*, 24 de septiembre de 1876).

<sup>63</sup> *RU*, 13 de junio de 1875.

<sup>64</sup> Véase el excelente estudio «Los *Versos sencillos* de José Martí», de la escritora chilena Gabriela Mistral, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1939.

## Evolución estilística de las crónicas martianas (1875-1882)\*

*Mercedes Serna Arnaiz*

Ya se ha puesto de manifiesto la relación que los escritores modernistas guardaron con el periodismo, como salida, en gran parte, a las exigencias económicas impuestas por la sociedad.<sup>1</sup> Ello dio lugar a una generación de cronistas brillantes –muchos, además, novelistas, poetas o dramaturgos– como Darío, Casal, Gómez Carrillo, Nervo, Valencia, o Nájera y Martí. Estos dos últimos fueron los primeros que, a partir de 1875, se iniciaron a través de ese género en el modernismo literario.<sup>2</sup> Martí y Nájera, tan diferentes en el estilo de sus crónicas, son los pioneros en la revolución artística de la prosa, en la iniciación de modalidades estilísticas que no pasarían inadvertidas a sus contemporáneos.<sup>3</sup> En el caso de Martí estas innovaciones obedecen a una preocupación espiritual, esto es, la creación de una nación y una literatura independientes. Como de la esencia deriva la forma, la teoría estética de Martí englobará la estilística y la ideología, es decir, que el sistema expresivo estético martiano tendrá su representación y parangón ideológico.<sup>4</sup>

En 1875 aparecerán los primeros rasgos estilísticos en la prosa martiana, prosa, sin embargo, aún funcional, más atenta al contenido que a la expresión. Se inicia a partir de dicha fecha un proceso de simbolización que, en su progresión, en-

\*Tomado de *Anthropos, Revista de Documentación Científica de la Cultura*, Barcelona, no. 169, nov.-dic. de 1995.

gendará figuras verdaderamente sorprendentes por su novedad. De este período destacamos una crónica martiana, la publicada el 26 de agosto de 1875 por la *Revista Universal* de México, y dedicada a Pedro Castera. En ella afirma Martí:

«La música es más bella que la poesía porque las notas son menos limitadas que las rimas: la nota tiene el sonido, y el eco grave, y el eco lánguido con que se pierde en el espacio: el verso es uno, es seco, es solo:—alma comprimida—forma im- placable, ritmo tenacísimo».<sup>5</sup>

En el pensamiento literario del escritor se fermenta la idea de crear un lenguaje musical. El sistema musical en los versos es uno de los principios básicos de la obra de Verlaine y una de las normas que configurará el ideario estético simbolista. Sobre estos primeros rasgos de carácter simbolista señala José Olivio Jiménez:

«Esas intuiciones revelan un acercamiento a lo que será la estética simbolista en una de las más definidas en que aquella vino teóricamente a quedar formulada: el punto de las relaciones entre la poesía y la música —en un módulo asimilable a la del Verlaine del *Art poétique* escrito por esas mismas fechas—.<sup>6</sup>

La teoría simbolista condensada por Verlaine en su *Art poétique* no aparecería publicada hasta la tardía fecha de 1882. Nos hallamos, como expone Manuel Pedro González,<sup>7</sup> en un caso o bien de mera coincidencia literaria, o bien de influencia. Nosotros partimos del supuesto de que Martí durante su breve estancia en París, en 1874, debió conocer el recién publicado libro de Verlaine *Romances sans paroles*, en donde se atisban elementos simbolistas. En ese libro el autor juega con el mundo de las sensaciones, en una traducción plástica y musical de la poética. Tanto este libro como el anterior, *Poèmes saturniens*, publicado en 1866, pudieron iniciar al poeta cubano en la técnica de las sugerencias; a partir de 1875 no sólo relacionará la música con la poesía, lo etéreo y lo vago, sino que utilizará el color evitando, si bien de forma precaria, la ortodoxia de la expresión.<sup>8</sup> El escritor miraba entonces hacia

Francia buscando una nueva lengua, una nueva literatura y expresión, cuyos representantes eran, indiscutiblemente, los «poetas malditos».

Siguiendo este primer período de tentativas estilísticas, en 1875 explotará una nueva posibilidad, creando una figura innovadora basada en la relación ilógica entre el adjetivo cromático y el sustantivo al que acompaña: «pero hay entidades poéticas cantores de lo venidero, arúspices divinos de una religión vasta y azul». Esta catacresis implica además un símbolo cromático netamente modernista. Como indica Ivan A. Schulman,<sup>9</sup> los maestros de tales atrevidas sinestesias cromáticas son los poetas franceses Baudelaire, Rimbaud, o Ghil y Gautier.<sup>10</sup> Durante estos años nos encontramos a un Martí de filiación simbolista que declara la guerra a los límites del verso:

«La época es libre: séalo el verso. Y séalo, sobre todo, porque en toda esfera la buena obra libre vale más que la obra esclava».

La adhesión de Martí a la escuela impresionista ya se manifiesta en una crónica fechada el 1 de enero de 1877. A punto de dejar el escritor la ciudad de México nos describe un amanecer:

«Coronaban montañas fastuosas el pedregoso escirro y sombrío niblo; circundaban las nubes crestas rojas y se mecían como ópalos movibles; había en el cielo esmeraldas vastísimas azules, montes turquinos, rosados carmíneos, arranques bruscos de plata, desborde de los senos de color; sobre montes oscuros, cielos claros, y sobre cuevas tapizadas de violetas, arrebatadas ráfagas de oro. Gocé así la alborada, y después vino el sol a quitar casi todos sus encantos al paisaje, beso ardiente de hombre que interrumpía un despertar voluptuoso de mujer. El ópalo es más bello que el diamante».

Martí describe de forma plástica y pictórica un amanecer, creando una prosa musical, un ritmo cadencioso por el uso particular de la puntuación, de frases cortas de similar longitud y de los conjuntos paralelísticos sintácticos y semánticos.

El fruto es esta prosa imaginativa y musical. La técnica impresionista, que irá desarrollando progresivamente, pudo haberla aprendido del impresionismo pictórico,<sup>11</sup> cuyos máximos representantes son Renoir, Manet, Monet o Degas, o bien del literario francés, a través de la obra de los Goncourt.<sup>12</sup> Es muy posible que Martí, inquieto por la necesidad de renovar la lengua y la literatura, y habiendo dirigido su mirada hacia Francia, se acercara al arte literario de los Goncourt. Entre tales innovaciones no olvidará su entronque con la cultura clásica española, y a través de la prosa volverá a ella, a veces con excesivo fervor como ocurre en su libro de viajes y apuntes *Guatemala* (1877), de «apasionado» regusto barroco. La preocupación por lo nuevo no será incompatible con el uso de «lo viejo» (el arcaísmo, las formas clásicas), que él considera patrimonio común de la lengua. Martí fue defensor de la tradición clásica española, y en ello le seguirían, entre otros, Darío o Nájera,<sup>13</sup> a pesar de su «afrancesamiento».

En 1879 escribirá una de las crónicas de mayor relieve artístico, dedicada a Alfredo Torroella. Es un homenaje que desarrolla a través de una prosa rítmica que le coronará en el arte de escribir. Su prosa adquiere un ritmo saltarín, febril, en continua precipitación. Está guiada por un sentido musical, transitada de puntos, exclamaciones, enumeraciones paralelísticas, aliteraciones, desbordante puntuación, evocaciones, transposiciones sintácticas, y por su ferviente pasión por los guiones. A modo de letanía exclama:

«¡Sea con respeto y vivísimo amor oído tu nombre, tierra amiga! ¡Sepulcro de Heredia! ¡Inspiración de Zenea! ¡Tumba de Betancourt! ¡Abrigo fraternal y generoso, prepara tus montañas, viste el valle de fiesta, da la lira a los bardos, borda el río de flores, ciñe de lirios la cresta del torrente, calienta bien los hielos de tus cumbres! [...] ¡Te ama Cuba!».

En 1879 traslada el arte musical a la prosa y hace de esta una lengua cromática, plástica y poética. Este mismo año utilizará formas simbólicas en las formulaciones impresionistas. La última modalidad francesa –la parnasiana– aparecerá en

la prosa martiana al inicio de la década del ochenta, si bien mantendrá frente a esa escuela una postura ambigua.

Se ha producido durante estos años, desde su inicio en 1875 hasta 1880, un cambio progresivo en la estética martiana, trayectoria que partió del conocimiento de la literatura clásica española. En 1881 aparecen diversos preceptos teóricos relacionados con el modernismo. Sus escritos dirigidos a *La Opinión Nacional* (Caracas), *La Nación* (Buenos Aires) o la *Revista Venezolana* (Caracas) pasarán a ser documentos históricos por la belleza de su prosa y por sus constantes juicios sobre la lengua y el quehacer literario. Darío reconocería el papel de Martí como pionero del movimiento modernista.<sup>14</sup> El escrito denominado «La Carta Magna del modernismo», fechado el 15 de julio de 1881 y dirigido a la *Revista Venezolana*, es una defensa martiana de los aspectos formales de la lengua, y en él se trasluce la creación de una nueva literatura. Es una declaración de principios literarios que lleva a cabo su autor debido a las censuras de que ha sido objeto, al haber sido tachado su estilo de demasiado esmerado y pulcro. Martí, a la par que aboga por los aspectos formales de la lengua, es portavoz de la proliferación de estilos. Se defiende así:

«La frase tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana, y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje».<sup>15</sup>

El estilo martiano se bifurca, esencialmente, en dos variantes estilísticas. Una, como apunta Manuel Pedro González,<sup>16</sup> es la barroca y opulenta, que se encarna, principalmente, en crónicas de carácter descriptivo; la otra vertiente es la «concentrada y apotégmica», caracterizada por la brevedad de las frases y que aparece en las crónicas dedicadas a figuras nota-

bles. Dichas variantes se ejemplifican en la crónica a Ralph Waldo Emerson, variante concisa, y en la dedicada al centenario de Calderón de la Barca, de meditado y concienzudo sabor barroco. La crónica a Emerson puede considerarse como uno de los escritos literarios. Representante de la variante aforística, las frases se vuelven cortas y sentenciosas, y la prosa metafórica, simbólica y cromática. La lectura de Martí es, ahora, un ejercicio arduo que requiere paciencia para el lector poco acostumbrado. La preceptiva estilística que describe Martí es la que él mismo utiliza en la crónica, y la observada y aprendida en Emerson. Escribe Martí:

«Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel que diluye, sino que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y a golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrecía lo innecesario. Dice, y agota lo que dice».<sup>17</sup>

La crónica dedicada a Calderón, variante opulenta, calificada por Darío de «prosa sinfónica» es, a la vez, barroca y moderna. Barroca por la sintaxis y el léxico que utiliza, y moderna por el desarrollo musical de la prosa, conseguido, entre otros recursos estilísticos, por la disposición premeditada y estudiada de la puntuación:

«De oro, más que de paño, parecían los uniformes. Allí el frac negro y el sable sonador. Allí la placa de diamantes y el bastón con borlas. Allí el Cuerpo diplomático, las Cortes bulliciosas, el Senado grave, la Diputación de la provincia, el dócil Municipio, la altiva grandeza, los Tribunales juzgadores, y las corporaciones, y los gremios, y los grupos literarios de España, y comisiones incontables de cuerpos de letras extranjeros. Alfombra de cabeza son las calles, masas humanas las aceras, sol verdadero el Sol, y todos aquellos espíritus, que honra del creador, un solo espíritu».<sup>18</sup>

Entre 1881 y 1882 alcanza la técnica impresionista su máxima expresión en Martí. Al 26 de noviembre de 1881 corresponde una de las crónicas de mayor sesgo impresionista. Di-

rigida a *La Opinión Nacional*, describe el autor un debate parlamentario entre Castelar, Cánovas y Sagasta, principalmente. La lengua es reflejo de sus impresiones y emociones, y a través de sus símbolos conocemos las fobias o simpatías del escritor. Los símbolos característicos de la prosa martiana, relacionados frecuentemente con la naturaleza, y a través de los que se manifiesta la filosofía emersoniana y la escuela simbolista francesa, serán representación de su concepción simbólica del mundo:

«Teatro ha sido de grandezas y ruindades, en estos días últimos la casa famosa. Oíanse hoy como los golpes sonoros y recios de una maza de plata en casco abollado—y era Martos que hablaba; y se vieron luego como llamas volantes y columnas de humo de colores, y aves fantásticas de asiático plumaje, y pálidos geniecillos de crepúsculo revolotear por el augusto anfiteatro—y era el discurso triste, ondulante y cadencioso de Castelar desalentado; y luego pareció que un oso despedazaba entre sus brazos colosales a un jilguero—y era Cánovas que con su implacable seguridad analizaba la política inquieta de Sagasta».<sup>19</sup>

El mayor punto de contacto entre Martí, el esteticismo y el movimiento prerrafaelita tiene lugar en 1881. En uno de los escritos dirigidos a Sección Constante (escritos periodísticos informativos, de carácter anónimo), fechado el 22 de diciembre de 1881, aparecen principios relacionados con las teorías sinestésicas, próximos a Baudelaire y Rimbaud.<sup>20</sup> Señala Martí:

«Entre los colores y los sonidos hay una gran relación. El cornetín de pistón produce sonidos amarillos; la flauta suele tener sonidos azules y anaranjados; el fagot y el violín dan sonidos de color de castaña y azul de Prusia, y el silencio, que es la ausencia de los sonidos, el color negro. El blanco lo produce el oboe».

Con 1882 llegamos a la eclosión del estilo martiano, año al que pertenecen sus más brillantes crónicas, como la dirigida a Oscar Wilde, a Emerson o la de *El poema del Niágara*, de

Pérez Bonalde. La importancia de la crónica a Oscar Wilde radica en que fue Martí quien presentó al mundo hispánico a este aristócrata que pretendía transmitir una nueva concepción del arte. Sin embargo, declara que no es el maestro del nuevo estilo que pretende, sino discípulo de los prerrafaelitas y de Keats. Martí quiere un arte nuevo y no la renovación de lo antiguo, por lo que considerará la teoría del arte por el arte como una estética insuficiente. No obstante defiende la labor de los prerrafaelitas en los siguientes términos:

«Fueron sinceros hasta ser brutales. Del odio a la convención de los demás, cayeron en la convención propia. De su desdén de las reglas excesivas, cayeron en el desdén de toda regla. Mejorar no puede ser volver atrás; pero los prerrafaelistas, ya que fueron incapaces de fundar, volcaron al menos ídolos empolvados. Tras de ellos, y en gran parte merced a ellos, empezaron a tenerse por buenas en Inglaterra la libertad y la verdad en el arte».<sup>21</sup>

De los prerrafaelitas aprueba su aspecto revolucionario moral, ya en la esfera social, ya en la del arte, «libertad y verdad en el arte», pero critica su excesiva dedicación a la contemplación de la belleza en detrimento del poder moral y del fin trascendental de lo bello.

El prólogo a *El poema del Niágara* destaca por la alta calidad de su prosa y por ser documento importante para el conocimiento de la ideología y preceptivas teóricas de Martí. Prevé en la citada crónica una época de crisis de la cultura europea y estadounidense; anuncia el desmoronamiento de los valores tradicionales, el desgarramiento espiritual, el vacío existencial y el desahucio de los nuevos escritores frente a la sociedad, a la par que busca salidas a dicha crisis. Asimismo, desarrolla las preceptivas teóricas que debe seguir el verso, y avisará de las posibles exageraciones en que, años más tarde, podían incurrir –como así sucedió– los escritores modernistas. A través de su trayectoria literaria, el escritor cubano, a la vez que proclama su devoción por las formas externas, hará observaciones sobre posibles desviaciones en tanto

la búsqueda de la belleza formal no sea consecuencia del interés en perfeccionar la idea. Las obras, como expresaba Víctor Hugo, deben arrancar del alma. Martí se mostrará contrario a los empeños de versificación que rompen la idea en pedazos, a la tarea de recorte. La palabra es expresión del espíritu, libertad creadora:

«El verso es perla. No han de ser los versos como rosa centifolia, toda cargada de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume».

El perfecto ensamblaje de la expresión formal y el contenido fue una de las técnicas literarias que más preocupó al escritor cubano y de la que, en su opinión, carecían los escritores parnasianos. Lenguaje entendido como forma del pensamiento y que es definitorio de la poética modernista.<sup>22</sup> Martí, con criterios simbolistas semejantes a Bécquer y, en general, al romanticismo de raíz norteamericana, condenó la poesía cerebral, la que corta las alas a la inspiración, la pasión o emoción, al mismo tiempo que propone una poesía interiorizada y depurada. Atendiendo a tales preceptivas es lógico que mantuviera una actitud ambigua frente a la escuela parnasiana. Su teoría poético-literaria, que parte de la fusión de espíritu y materia, inspiración y razón, de la expresión de la emoción y de las visiones, le hará huir de la belleza fría y marmórea de los parnasianos, del abuso de las formas:

«Parnasianos llaman en Francia a estos trabajadores del verso a quienes la idea viene como arrastrada por la rima, y que extienden el verso en el papel como medida que ha de ser llenada; y en esta hendidura, porque caiga majestuosamente, se encaja un vocablo pesado y luengo; y en aquella otra, porque parezca alado, le acomodan un esdrújulo ligero y arrogante. Y luego los versos suenan como de agua de cascada sobre peña, muy melodiosamente; mas queda de ellos lo que del agua rota al caer, queda, y es menudo polvo».

Martí no se declara contra la estética, sino contra la excesiva preocupación por la rima del verso, reaccionando contra

toda exageración que pueda llevar a una estética de formas estilísticas ampulosas, demasiado pintadas, huecas de sentido y faltas de emoción. Pese a tales manifestaciones, elogiará el arte refinado de los parnasianos, su elegancia miniaturesca y su belleza plástica, como se refleja en algunas de sus crónicas y en su única novela: *Amistad funesta*.

Martí, posteriormente, iría relegando sus preocupaciones estilísticas iniciadas en 1875. Su expresión durante los últimos años, década del noventa, le acercará hacia el realismo y la sencillez en el arte, para finalizar con el lenguaje telegráfico de los *Diarios de campaña*. En 1892 dejaría de escribir en los periódicos más prestigiosos, volcando su ser en la guerra próxima a llegar. No obstante, aunque de forma aislada, en su última prosa se refleja la huella estilística de lo aprendido. Sorprende el uso que Martí hace de la lengua en los *Diarios* por estar fielmente arraigada a la tradición hispánica. Ello es fruto de su españolidad y modernidad literarias.

<sup>1</sup> Explica Ángel Rama cómo la división del trabajo, la especialización o la instauración del mercado obligaron a los escritores a profesionalizar la literatura. Mediante el periodismo los poetas habrían de entrar en el mercado. Véase *Rubén Darío y el modernismo*, Barcelona, 1985, pp. 143 y ss.

<sup>2</sup> Sobre la crónica modernista puede leerse el trabajo de Oksana María Sirkó, «La crónica modernista en sus inicios: José Martí y Manuel Gutiérrez Nájera», en *Estudios críticos sobre el modernismo* (ed. de José Olivio Jiménez), Nueva York, 1975, pp. 57 y ss., o, de Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, 1983.

<sup>3</sup> Darío y Gutiérrez Nájera reconocerían el magisterio de Martí. Al mexicano le desconcertaría el barroquismo literario de Martí, «su escuela gongórica», su estilo, en definitiva, arraigado a la tradición clásica española. Pero dicha corriente, de una forma u otra, aparecería en las obras de Casal, Darío, Nájera, Nervo, González Prada o Lugones.

<sup>4</sup> Véase al respecto, «El modernismo hispanoamericano visto por los modernistas», de Diane W. Cornwell, en *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*. *Op. cit.*, pp. 305 y ss.

<sup>5</sup> En la misma crónica Martí explica el significado simbólico del color azul: «Ama lo azul, porque lo azul da idea de pureza, y porque este es el color de

los ojos de su amada». Véase en José Martí, *Obras completas*, t. 6, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, p. 372. Todas las citas de Martí pertenecen a la citada edición. El azul como símbolo cromático ya había aparecido en Novalis, en Mallarmé, en Hugo, en Vigny, en Gautier, Baudelaire o en el español Fernández Grilo.

<sup>6</sup> *El simbolismo* (ed. de José Olivio Jiménez), Madrid, 1979, p. 13.

<sup>7</sup> «Conciencia y voluntad de estilo en José Martí», en *Martí, Darío y el modernismo*, Madrid, 1974, p. 121.

<sup>8</sup> La impresión de Martí sobre el cielo de los españoles, «demasiado azul», es la que encontramos en el poema «Spleen», de Verlaine: «le ciel était trop bleu, trop tendre». La figura de la catacresis aparece reiteradamente en el libro *Romances sans paroles*, y será explotada por Martí en 1876.

<sup>9</sup> «El simbolismo de José Martí: teoría y lenguaje», en *El simbolismo. Op. cit.*, p. 248.

<sup>10</sup> En 1875 Martí ya conocía la obra del escritor parnasiano Gautier, quien había expuesto concepciones cercanas al simbolismo. En 1876 hace referencias, asimismo, a la obra de Baudelaire.

<sup>11</sup> Puede que Martí asistiera a la primera exposición de pintores impresionistas que tuvo lugar en Francia, en 1874, si bien fue de carácter colectivo privado, interviniendo, además, otros artistas a fin de no escandalizar al público con las novedades. Sobre el movimiento impresionista pictórico Martí se pronunció por vez primera en 1879, brevemente, pero de forma tajante, reafirmando su voluntario silencio. Su posición frente a los pintores «intransigentes» iría variando, como muestra la crónica escrita por la exposición de 1886, en Nueva York, y en la que reconoce el esfuerzo de estos por vencer la luz. Para Martí la raíz del movimiento pictórico impresionista se halla en Francisco de Goya, al que tuvo ocasión de estudiar durante su estancia en Madrid, mientras cumplía deportación. El influjo de Goya sobre Martí, reconocido por este mismo, es trascendental.

<sup>12</sup> En la mayoría de las referencias martianas, fechadas desde 1878 hasta 1894, Martí elogia el arte de los hermanos Goncourt, por sus libros pictóricos, detallistas, coloridos, «con denodado amor por lo miniaturesco».

<sup>13</sup> Nájera propuso un acercamiento a los clásicos españoles en los escritos de sus últimos años. Defiende en una ocasión: «Bebamos una copa de Borgoña con Teodoro de Banville, pero conversemos luego mucho rato con los griegos y latinos ilos grandes sobrios! Y diré a usted que tampoco nos iría mal frecuentar el trato con los clásicos españoles. Yo tengo muchos pecados en mi conciencia y he pensado elegir por confesor a fray Luis de Granada». Véase en Gutiérrez Nájera. *Obras*, México, 1959, p. 328.

<sup>14</sup> Rubén Darío, «Los raros», en *Obras completas*, Madrid, 1929, p. 236.

<sup>15</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 7, pp. 211-213.

<sup>16</sup> «Iniciación del modernismo», en *Estudios críticos sobre el modernismo*, Madrid, 1974, p. 244.

<sup>17</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 13, pp. 17-33.

- <sup>18</sup> Período que se apoya en la estructura enumerativa acumulativa. Termina el párrafo con un hipérbaton que traslada el sujeto al final de la frase. La idea central vuelve a repetirse finalmente a través de un aserto o sentencia, o mediante lenguaje simbólico. Recapitulación simbólica que será figura retórica constante de la prosa martiana y que nos recuerda el uso que de ella hacían algunos de los escritores clásicos españoles, cuyo máximo exponente es Baltasar Gracián.
- <sup>19</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 14, p. 246. Sobre el significado de los símbolos martianos es imprescindible el estudio de Iván A. Schulman, *Símbolo y color en la obra de José Martí*, Madrid, 1970.
- <sup>20</sup> En 1876, tal como hemos comentado, ya conocía Martí la obra de Baudelaire. Tres años más tarde exclama Martí: «¡Ah Baudelaire! Escribía versos como quien con mano segura cincela en mármol blanco». José Martí. *Op. cit.*, t. 15, p. 136. En 1882 aparece otra cita martiana que hace referencia a *Les fleurs du mal*. Véase en José Martí. *Op. cit.*, t. 23, p. 218. Sobre Rimbaud todo lo que escribe es de 1894, un año antes de la muerte del cubano. En dicha cita nombra el poema «Voyelles».
- <sup>21</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 15, p. 364. La repercusión que tuvo el movimiento prerrafaelita sobre la sociedad inglesa la define C. de Sobregrau en los mismos términos que Martí. Ellos abrieron, señala, «nuevos caminos para el arte y la liberación del artista». Véase «Burne-Jones y la Inglaterra prerrafaelita», en *El simbolismo. Soñadores y visionarios*, Madrid, 1984, p. 98.
- <sup>22</sup> Señala B. Jozef que Martí «concibe el quehacer literario como unidad indivisible, una totalidad expresiva indisoluble, considerando el estilo como la “forma del contenido”». Véase en «Modernismo y vanguardia», en *Nuevos asedios al modernismo*, Madrid, 1987, p. 66.

## *Revista Venezolana de José Martí\**

*Salvador Morales*

Desde la época de su estancia en Guatemala venía gestándose este proyecto. En aquel tiempo llegó al extremo de anunciar su realización bajo el título de *Revista Guatemalteca*. Se trataba de una revista americana, para y por los americanos. Quiso dar a su periódico el nombre del país que le había acogido con cariño. En el prospecto en que dio a conocer sus propósitos explicó las razones que alentaban la empresa editorial. Las riquezas de Guatemala eran ignoradas y la asimilación local de la avanzada cultura de Europa casi nula. Esto último constituía privilegio «del escaso número de afortunados a quienes es fácil saborear las excelentes revistas europeas». <sup>1</sup> Privilegiados a quienes llamó «gremio de escogidos». <sup>2</sup>

Evidentemente, las razones que impulsaron a Martí no fueron sólo las de romper esa compartimentación de la cultura. Su objetivo no era sólo el de quebrar ese monopolio secular nada más. Quebrarlo y a la vez desatar los «elementos civilizadores». Su deseo fue «dar a conocer cuánto Guatemala produce y puede producir, y de hacer generales las noticias de letras y ciencias, artes e industrias...». <sup>3</sup>

Martí siente la realización de este empeño de difusión cultural como una necesidad de progreso al más alto nivel. Escuchemos el tono perentorio de su reclamo: «nosotros hemos menester entrar en esa gran corriente de inventos útiles, de

\*Tomado de *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*, Editora Política, La Habana, 1985.

enérgicos libros, de amenas publicaciones, de aparatos industriales...».<sup>4</sup>

Una doble corriente informativa con indudable sentido práctico anima la preparación del periódico. La meta trasciende la mera divulgación literaria. Es cierto que Martí desea difundir los mejores libros que salen de las prensas europeas, dar a conocer a los autores de moda, Jules Claretie, Pierre Veron, Charles Mazade, pero el énfasis se abulta en el anhelo del desarrollo productivo. Aspira a que los guatemaltecos tomen nota de «tanta máquina asombrosa que en la América del Norte es gran ahorro de brazos, trabajo alado, maravilla de seguridad y de presteza».<sup>5</sup>

Indudable es el propósito industrialista que se mueve en Martí. Ya era observable en sus escritos económicos acerca de México. Quienes sostienen su filiación a la fisiocracia deben prestar más atención a este aspecto, que lo lleva a sentenciar: «Nuestras entrañas son de oro; es preciso que nuestros brazos sean de hierro».<sup>6</sup>

Para lograr esa transformación Martí confía, como es conocido, en la fuerza de las ideas. Espera mucho del esclarecimiento. Postura que sostendrá con candor y honestidad a lo largo de toda su producción literaria. Sus letras están puestas al servicio del progreso social y humano. Creía que su labor era útil, aunque vasta, y en ella parecía entrar lleno de optimismo: «Es necesario que América sea en todas partes, no una esperanza avariciosa de granjerías sino una amante respuesta a la solicitud laboriosa de los hombres de todas las razas y países».<sup>7</sup>

Claros objetivos, transidos de un idealismo que apunta lejos, más allá del contexto de fuerzas reales que rodean el enseñoramiento del capitalismo en nuestra América atrasada. Sin embargo, el contenido que le pensaba dar a su publicación pudo haber sido útil en su momento de haber cuajado el empeño:

«Contendrá, pues, mi periódico, en cada uno de sus números, descripciones—más útiles que pintorescas—de las comar-

cas de la República; estudio de sus frutos y sobre su aplicación; remembranzas de muertos ilustres, y de obras notables que enorgullecen al país—respondiendo a mi ideal de hacer resaltar todo lo bueno y cuanto bueno y bello encierra. Y en respuesta a la natural y curiosa demanda de noticias europeas, contendrá cada número una revista de artes bellas y útiles, de ciencias e invenciones, de libros y de dramas, de lo último que se publique o imagine, de lo que con sanción y aplauso, forje el ingenio y escriba la pluma en los ilustres y viejos pueblos de nuestras riberas humildes,—Guatemala ante los ojos; y Europa a la mano. Verteré con juicios míos, cuanto sobre adelanto de ciencias, mejoramiento de artes y publicaciones de libros en los otros mundos sepa».<sup>8</sup>

Ni un solo número de *Revista Guatemalteca* llegó a ver la luz. Los estudios que venía realizando Martí para su tarea editorial quedaron sin fructificar por el momento. Aunque cierta parte de sus propósitos alcanzaron a manifestarse en su libro *Guatemala*, el aliento fundamental de su empresa quedó bruscamente cortado por la ruptura con el reformismo liberal acaudillado por Justo Rufino Barrios.<sup>9</sup>

Durante su estancia en Estados Unidos en 1880, intentó llevar a cabo su interrumpido proyecto, en cierto modo y en diferente medida. Propuso a Néstor Ponce de León, patriota cubano radicado en Estados Unidos desde los comienzos de la revolución del 68, sus conocimientos editoriales. Martí pensaba en escribir libros «sobre América, biográficos, históricos y artísticos, para todos interesantes, por todos entendibles,—libros pequeños, amenos, cómodos y baratos».<sup>10</sup> Desafortunadamente, Néstor Ponce de León «no está en vena, ni en capacidad pecuniaria, de publicaciones».<sup>11</sup> Tampoco tienen éxito con la casa Appleton, ni con la de Frank Leslie.<sup>12</sup>

Una nueva oportunidad se le presentó a Martí durante su estancia en Venezuela en la primera mitad de 1881. En Caracas trabó amistad con Fausto Teodoro de Aldrey, natural de Islas Canarias, que llevaba muchos años residiendo en Venezuela. Aldrey dirigía el periódico *La Opinión Nacional*, vocero

del guzmancismo. Esta relación hizo viable la idea de publicar lo que se llamó *Revista Venezolana*. La imprenta de *La Opinión Nacional* se puso a disposición del cubano. Esta actitud correspondía al tono que Aldrey había dado al periódico desde su fundación; como aclara un especialista de la época y figura de Guzmán Blanco:

«No debemos dejar de mencionar especialmente la labor cultural de *La Opinión Nacional*, que arroja mérito sobre su director Aldrey, por más que este periódico fue el sostenedor del personalismo guzmancista, justo es decir que no se limitó a ello, sino que aprovechó la buena situación de que gozaba para pagar colaboraciones selectas, nacionales y extranjeras, no sólo literarias sino de todo orden, con lo cual contribuyó en mucho a la difusión de la cultura. Habiendo podido organizar un gran taller, también efectuáronse en él publicaciones de la más diversa índole, que hoy son decoro de la bibliografía nacional».<sup>13</sup>

Una de ellas es la *Revista Venezolana* sin lugar a dudas. No son pocos los estudiosos venezolanos que la han señalado como un orgullo nacional a pesar de su cortísima vida. Eso lo entendió Aldrey desde que Martí puso pie en Venezuela. Ya conocía su nombre y sus escritos de cuando Martí colaboraba con *Revista Universal...* de México. Recordemos que apenas una semana de llegado Martí a Caracas *La Opinión Nacional* publicó una nota con su nombre en la cual destacaba:

«Este ilustrado escritor cubano que en años pasados redactaba en México la *Revista Universal*, se halla en Caracas, donde se propone fijar su residencia. Hemos tenido el gusto de tratarle en la visita que se ha dignado hacernos, y se ha granjeado nuestras sinceras simpatías. Deseamos cordialmente que sea feliz entre nosotros para que adopte a Venezuela como su segunda patria, tan generosa y providente como la que le dio el ser».<sup>14</sup>

Los guzmancistas habían intentado, desde los primeros días de la revolución liberal de abril de 1870 activar un proyecto educativo y cultural. En él hay que inscribir el importante de-

creto sobre la instrucción pública y gratuita, el desplazamiento del monopolio ideocultural del clero, la fundación de instituciones artísticas, científicas, literarias: Instituto y Museo de Bellas Artes (1870), Academia Venezolana de Literatura (1872), Instituto de Bellas Artes (1876)...

Es completamente lógico que trataran de sumar a Martí, escritor de fama naciente en los predios hispanoamericanos, al expediente «civilizador» abierto por Guzmán Blanco en la historia de Venezuela. El ofrecimiento de Aldrey no podía ser desinteresado.

Sobre el papel de la intelectualidad en la época volveremos más adelante. Por ahora observemos que las condiciones de Venezuela hicieron viable el proyecto americanista largamente acariciado por Martí: el 1 de julio de 1881 salió de la imprenta el primer número<sup>15</sup> de la *Revista Venezolana*:

«Extraña a todo género de prejuicios, enamorada de todo mérito verdadero, afligida de toda tarea inútil, pagada de toda obra grandiosa... Hacer es la mejor manera de decir».<sup>16</sup>

Es uno de aquellos trabajos prácticos a los cuales deseaba poner mano. Trabajo grande, de estudio, de batallar vigoroso: cantar las glorias, celebrar el mérito, desempolvar la historia, examinar los veneros de riqueza natural, humana y social que Venezuela encierra. Como en México y en Guatemala proclama su concepto de la no injerencia en los asuntos internos del país que lo hospeda: «[...] la *Revista*, a toda pasión doméstica y caso de debate interno decorosamente ajena».<sup>17</sup> Con tal desasimiento de las banderías de la pequeña política expuso el programa que pretendía con la *Revista*, en el cual asoman similitudes y matices diferenciales con los expuestos en el prospecto de la frustrada *Revista Guatemalteca*:

«[...] a poner humildísima mano en el creciente hervor continental; a empujar con los hombros juveniles la poderosa ola americana; a ayudar a la creación indispensable de las divinidades nuevas; a atajar todo pensamiento encaminado a mermar de su tamaño de portento nuestro pasado milagroso; a descubrir con celo de geógrafo, los orígenes de esta poe-

sía de nuestro mundo, cuyos cauces y manantiales genuinos, más propios y más hondos que los de poesía alguna sabida, no se esconden por cierto en esos libros pálidos y entecos que nos vienen de tierras fatigadas; a recoger con piedad de hijo, para sustento nuestro, ese polvo de gloria que es aquí natural elemento de la tierra, y a tender a los artífices gallardos las manos cariñosas, en demanda de copas de oro en que servirlo, a las gentes—aún no bastante absortas; a eso viene, con más amor que fuerza, y más brío que aptitudes, la *Revista Venezolana*».<sup>18</sup>

Es obra de continuación ascendente a la comenzada en tierras mexicanas y enriquecida en la del quetzal. Se ve crecer en su proyecto de estudio y asimilación artística e ideológica el papel de lo nuestro, de lo americano y ceder y ocupar un lugar dosificadamente complementario a los productos que vienen de Europa. Quizás en ello influyera la desmedida y deformada «europeización» sufrida por Venezuela, sobre todo en la época de Guzmán Blanco. No es de extrañar que la *Revista Venezolana* suscitara simultáneamente «palabras de simpatía», pero también «muestras de extrañeza» como confiesa el propio Martí. Las últimas le llevaron a expresar con más detalle su línea editorial en el siguiente número, en el concepto de que no debía dejarse sin respuesta «por lo que al logro de lo grande importa, cuanto a desfigurarle o a estorbarlo se dirige».<sup>19</sup>

Como no se ha estudiado aún el impacto cultural de la publicación en la intelectualidad venezolana, sólo es posible esbozar las reacciones que suscitó mediante las propias aclaraciones de su editor.<sup>20</sup> Quienes dieron «muestra de extrañeza» la hallaron poco variada, sin amenidad. Eran quienes no conciben tales publicaciones literarias, «sin su fardo obligado de cuentecillos de Andersen, y de imitaciones de Uhland, y de novelas traducidas, y de trabajos hojosos, y de devaneos y fragilidades de la imaginación, y de toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que la leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia».<sup>21</sup>

La arremetida era contra toda una concepción de la cultura dominante en Iberoamérica. Una condición servil y tributaria a los productos foráneos y de desprecio a lo propio. Enristra hacia la literatura como entretenimiento del ocio inherente a las clases dominantes. Precisó «el culto de lo extraordinario y de lo propio»<sup>22</sup> que despertaba su empresa, la cual encaminaba «sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa».<sup>23</sup>

La tarea a la cual se dispuso estaba erizada de dificultades imposibles de orillar. Iba más allá de la «pasión doméstica» en la política menuda. Política grande, «universal faena», verdadero desafío a las instituciones y clases dominantes provenientes del pasado colonial. Hacer «atrás todo lo que estorba, y adelante todo lo brioso y nuevo que urge».<sup>24</sup> Derribar, abrirse paso, vivir a golpe de martillo en la forja de patria nueva, esquivar «la aplicación cómoda y perniciosa de indagaciones de otros mundos».<sup>25</sup> «[...] hay tres siglos –dice a los venezolanos– que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nación pujante y envidiable que alzar».<sup>26</sup>

Dadas las especificidades de Venezuela, su programa de revelación y fundación americanista es adecuado a las realidades locales. No es visible el matiz industrialista que sostuvo para Guatemala, sí puso énfasis en la atención a las producciones venidas de Europa o de Estados Unidos. Venezuela paradójicamente era, y aún lo es, inmensa región sin cultivo y con una sociedad dirigente embebida en lo foráneo y desconocedora del país, élite, que mira «con ojos de hijo lo ajeno, y con ojos de apóstata lo propio».<sup>27</sup>

De honda raíz nace la señal que debe preceder su desarrollo:

«Es fuerza andar a pasos firmes, –apoyada la mano en el arado que quiebra, descuaja, desortiga y avienta la tierra, –camino de lo que viene, con la frente en lo alto. Es fuerza meditar para crecer: y conocer la tierra en que hemos de sembrar».<sup>28</sup>

Razones que le llevan a redefinir en el segundo número el carácter de la *Revista Venezolana*.<sup>29</sup> Destacó la prioridad del nuevo mundo sobre el antiguo y ajeno en la elaboración de las soluciones para el desarrollo y la fundación de la cultura nacional. Anticipó lo que será apotegma en su ensayo luminoso «Nuestra América»: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas».<sup>30</sup>

Tal recuento le lleva a insistir, a caracterizar con mayor claridad la tarea de la *Revista*...

«[...] viene a dar aposento a toda obra de letras que haga relación visible, directa y saludable con la historia, poesía, arte, costumbres, familias, lenguas, tradiciones, cultivos, tráficos e industrias venezolanos. Quien dice Venezuela, dice América: que los mismos males sufren, y de los mismos frutos se abastecen, y los mismos propósitos alientan el que en las márgenes del Bravo codea en tierra de México al Apache indómito, y el que en tierras del Plata vivifica sus fecundas simientes con el agua agitada del Arauco».<sup>31</sup>

Sus semblanzas de Miguel Peña y Cecilio Acosta, sus reseñas al libro *Muestra de un ensayo de diccionario de vocablos indígenas* de Arístides Rojas y a *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, así como las colaboraciones de Guillermo Tell Villegas, Diego Jugo Ramírez, Lisandro Alvarado y Eloy Escobar, atestiguan del rumbo que iba tomando la *Revista Venezolana*.

La carta de Guillermo Tell Villegas a Eduardo Blanco tiene la fecha de 10 de julio. Su origen explícito es el agradecimiento de Villegas a Blanco por el envío dedicado de su libro *Venezuela heroica*. Con este pretexto Villegas hace un elogio de la obra recibida en la cual Blanco, «con mano delicada sacude suavemente el polvo arrojado por la injusticia, o dejado caer por el olvido» de las «prodigiosas proezas» de los héroes venezolanos. A juicio de Tell Villegas el libro de Blanco «ha venido a sellar el proceso patrio, instruido contra los que han pensado que nuestra Venezuela científica, artística y literaria haya desaparecido, o esté desapareciendo...». Evidentemente, la agradecida epístola tiene un carácter polémico. Aunque las

partes en contradicción no se manifiestan con claridad, es de pensar que esta tenga matices políticos, dada la condición de Tell Villegas de ex ejecutivo de la república, derrocado por la Revolución de Abril de 1870 que encabezó Antonio Guzmán Blanco, ahora en poder directo por segunda ocasión. Para defender su argumento el autor de la epístola hace un inventario de autores y obras —«antorchas que alumbran y seguirán alumbrando»— que lo autorizan a rechazar que las letras en Venezuela han decaído o desaparecido: Eduardo Blanco, Ramón Azpurúa, Gerónimo E. Blanco, Manuel Antonio Carreño, José Ignacio Paz Castillo, Gualterio Chitty, Eloy Escobar, Francisco González Guinán, Dolores González de Ibarra, Domingo Ramón Hernández, Felipe Larrazábal, José Ma. Manrique, Wenceslao Monserratte, Francisco de Sales Pérez (hijo), Santiago Ponce de León, Jesús Ma. Portillo, Arístides Rojas, José Manuel de los Ríos, Baldomero Rivodó, Amenodoro Urdaneta, Trinidad Urdaneta, Julián Viso, Manuel Velázquez Level.

De la colaboración del joven Lisandro Alvarado, quien había conocido a Martí en una de sus visitas a Cecilio Acosta, en su modesta vivienda en Velázquez y Santa Rosalía, ha quedado una anécdota que sólo en parte ilustra el respeto de la juventud universitaria de Venezuela a Martí, y la influencia que este comenzaba a ejercer en ella:

«El abajo firmado tuvo aun la osadía de colaborar en una revista fundada entonces por Martí. No resistiré el deseo de poner las cosas en su puesto, porque se vea la indulgencia infinita de aquel y su exquisita moderación y tolerancia. El papel estaba como quieran dueñas. Esto y más era de esperarse para quien carecía de preparación suficiente y de práctica en el oficio. “¿No estará mejor así?”, decía a cada paso Martí, mientras leía el articulejo, pluma en mano, con aquella vivacidad que le era peculiar. Yo asentía, sin replicar, medio corrido, medio tranquilo. Las correcciones fueron numerosas, y sólo quedó ileso el argumento, que yo mismo convenía en que era tal cual fantástico, pues tenía por base histórica un cuadro de

Lovera relativo al 5 de julio de 1811; pero a la postre pudo más mi vanidad de mozalbeta que el bien obrar, y para mí más legítima confusión, como arriba marqué, pasaron las cuartillas a las cajas, dándose aquella misma producción a estampa en uno de los números de la revista». <sup>32</sup>

En la presentación de la *Revista*, Martí advirtió que ella no obedecía «a grupo alguno literario, ni la perturban parcialidades filosóficas». <sup>33</sup> Sin embargo, entre sus relaciones fue nucleando un grupo de escritores en apoyo a la revista. Nutrido grupo que debe haber suscitado la atención del gobierno por su composición. En él formaban parte: Arístides Rojas, «con la América a cuestras», <sup>34</sup> quien rehusó en la Academia de Literatura auspiciada por Guzmán Blanco en 1872; Cecilio Acosta «con sus proféticas visiones» <sup>35</sup> y su renuncia de principios a apoyar el guzmancismo; Félix Soubllette, nacido en Cuba, presidente de la Junta de Fomento «con su palabra clásica», <sup>36</sup> «con la suya elocuente, arrebatada y justa» <sup>37</sup> Guillermo Tell Villegas, encargado del gobierno civil en vísperas de la Revolución de Abril que llevó a Guzmán Blanco al poder y quien después no tuvo a menos ganarse la vida y hacer mérito regentando el colegio que acogió a Martí; «el hidalgo Saluzzo, con sus voces sentidas»; <sup>38</sup> es Marco Antonio Saluzzo quizás el más importante orador de entonces, quien había criticado acerbamente en 1879 el famoso Protocolo Rojas-Pereires <sup>39</sup> y por ello Guzmán Blanco lo mantuvo apartado de la política; <sup>40</sup> José M. Núñez Cáceres, autor de *La Venezoláda* «con su obra varia y nueva»; <sup>41</sup> Jesús María Morales Marcano «que arrebató al espíritu sinuoso sus ondas invisibles, y les da molde férreo»; <sup>42</sup> el «amado Agustín Aveledo, no es otro que el fundador del afamado colegio de Santa María donde Martí impartió clases, al cual, aunque su fundador había sido ministro del gobierno derrocado por la Revolución de Abril, solía asistir el presidente Guzmán en ocasión de las solemnidades de fin de curso. <sup>43</sup>

Junto a sus amigos más íntimos, el elegíaco Eloy Escobar <sup>44</sup> y el diputado zuliano Diego Jugo Ramírez, <sup>45</sup> hizo sitio a

Francisco Guaicaipuro Pardo, poeta cuya oda «Al poder de la idea» fue galardonada en 1875; como en su poema no mencionó a Guzmán Blanco entre los grandes hombres, este le negó el premio y a su reclamo respondió con ironía: «Que se lo cobre a Galileo, quien fue uno de los genios citados», agregando que así el poeta tendría «una idea del poder». <sup>46</sup> Cuando Martí se refiere a «sus arrogantes versos, de alas grandes de luz» <sup>47</sup> es legítimo sospechar una referencia al lance.

El Armas que menciona es Juan Ignacio de Armas, cubano radicado en Caracas; a solicitud suya *La Opinión Nacional* <sup>48</sup> reprodujo el estudio crítico de Martí «Poetas españoles contemporáneos». <sup>49</sup> Al «culto (Felipe) Tejera», y su obra en proceso de publicación en 1881 *Perfiles venezolanos*, se refiere Martí cuando dice, «cubrirá de rosas de Fíngal a nuestros bravos»; <sup>50</sup> «dominado por sus creencias religiosas, que son las católico-apostólico-romanas», <sup>51</sup> Tejera era opuesto a Guzmán Blanco.

Entre los presuntos colaboradores figuraban destacados críticos-poetas como Pedro Arismendi Brito y Julio Calcaño, y uno de los más populares vates de Venezuela, Domingo Hernández. También, Carlos Arvelo, quien había firmado como presidente del Congreso el derribo de las estatuas de Guzmán Blanco durante el gobierno de Francisco Linares Alcántara, y Heraclio de la Guardia, identificado con el gobierno derrocado por la revolución de 1870.

Este análisis de la composición de los colaboradores con los cuales contaba la *Revista Venezolana*, revela la existencia de una significativa presencia de intelectuales opuestos al régimen guzmancista por disímiles razones. Lo más probable es que el gobierno haya visto con preocupación este agrupamiento en torno a un escritor-orador tan emprendedor y agresivo, con tantas simpatías entre la juventud, como José Martí. Si bien es cierto que entre los colaboradores no figuraban furibundos antiguzmancistas como Nicanor Bolet Peraza, José Félix Soto, Vicente Marcano, Víctor Antonio Zerpa, José de Jesús Paúl, Sebastián Casañas y Eduardo López Rivas, tam-

bién lo es, que la intelectualidad guzmancista, que había figurado con mayor o menor brillo en política, letras, periodismo y foro, no surtía al equipo con el cual contaba Martí.

Todo parece indicar el esfuerzo del cubano por no apoyarse en los extremos de la política doméstica. No obstante, buena parte de los hombres con los cuales contaba, de una forma u otra, se habían hecho desafectos al gobierno. La selección martiana de sus colaboradores se manifiesta cuidadosa. Bien conocía de las veleidades y del servilismo que caracterizó a la intelectualidad burguesa venezolana. En un estudio de aquellos días describió el estado de los hombres de la cultura en Venezuela:

«Hay que casarse, poner casa lujosa, vestir bien a los hijos, vivir al uso de las gentes ricas, gastar, en resumen, mucho dinero. ¿Dónde ganarlo en un país pobre? Y se habla entonces, y se escribe, para el gobierno que paga o para las revoluciones que prometen; se ponen a los pies de los amos, que odian a los talentos viriles y gozan destruyendo los caracteres, venciendo a la virtud, refrenando a la inteligencia. La clase intelectual y culta está así desacreditada y como aniquilada por ese servilismo vergonzoso, a tal extremo que se mira ya con justificada desconfianza a los literatos,—el Gobierno es de los fuertes y de los audaces. Los jefes de renombre se rodean de los literatos en desgracia. Los mantienen, por su audacia y sus medios de fuerza, en su posición de riqueza fugaz: los literatos les pagan dando apariencia y forma de legalidad a las voluntades del amo».<sup>52</sup>

Martí ve en la intelectualidad, como en todos los venezolanos, «grandeza de corazón». Les marca como deseable «un amor más vivo por la independencia personal, y una aplicación más útil, más directa, más patriótica de sus fuerzas».<sup>53</sup> Cecilio Acosta es el arquetipo de esa actitud digna, limpiamente destacada por Martí en hermosa semblanza, en contraste con el extendido servilismo de esa capa social en este tiempo de anubarrados horizontes.

Dice Manuel Briceño en su libro *Los ilustres*: «Se necesita poseer un espíritu muy levantado para sustraerse a la corrup-

ción de Guzmán», esa es la respuesta que daban los caraqueños a su pregunta: ¿Cómo es posible que los que han combatido a Guzmán y han hecho pública ostentación de sus ataques, como Eduardo Calcaño y Félix Bigotte sean hoy sus amigos, los que lo defienden? ¿Estaban en un error o se dejaron guiar por sus malas pasiones? José María Vargas Vila, en su obra *Los césares de la decadencia* dice acerca de las relaciones de Guzmán Blanco con los escritores: «Amó las letras como Augusto; y las envileció como él; no pudiendo ponerlas en su servicio, las puso fuera de las fronteras; se vengó de todo talento que no pudo dominar; y se conformó con imponer el Silencio, donde no pudo imponer el Elogio».

Eso era gran parte de la vida intelectual de la época y raros eran, rarísimos, los que asumían una actitud como la que enarbolaron Cecilio Acosta y José Martí a las cuales parece aludir el escritor colombiano. Postura que no dejan de recoger y admirar cuantos estudiosos de la historia venezolana han analizado estos hechos y a estos hombres:

«No sólo compatriotas, sino numerosos extranjeros explotaron la vanidad del Ilustre: Venezuela fue por aquella época asilo de proscritos de ideas avanzadas y es justo decir que tanto el gobierno como la población les brindaron consuelo en su desgracia. Así vivieron entre nosotros exiliados españoles, cubanos, neogranadinos. Pero mientras algunos, como José Martí, se limitaron a agradecer dignamente, otros medraron a costa de la vanidad del Regenerador o de sus tenientes. No citemos a Aldrey, que había vivido y luchado tanto en Venezuela, que hasta se había olvidado su origen canario. Sino a otros como el argentino Héctor Varela, quien apenas llegado pronunció unas palabras en la inauguración del acueducto del Calvario, que bastaron para que el Regenerador lo incluyera en el séquito que por todas partes le acompañaba: como el español Angulo que aduló a Alcántara, y en menos escala los colombianos Díaz Guerra y Arrieta, que se adhirieron al *entourage* de Crespo y Rojas Paúl, respectivamente.<sup>54</sup>

De la enfatizada independencia intelectual a la fricción con el gobierno había una ínfima distancia. Era casi imposible para

Martí exponer sus ideas revolucionarias en todos los órdenes, sin rozar las establecidas por las clases dominantes y el gobierno. Ya en su retrato de Miguel Peña en el primer número de la *Revista...* caían juicios que deben haber dispuesto a Guzmán Blanco y sus sostenedores.<sup>55</sup> El habilísimo caudillo pudo haber torcido el bigote ante la expresión: «La habilidad es la cualidad de los pequeños».<sup>56</sup> Quien comerció con los empréstitos, los bienes de la universidad, la moneda, los alimentos, los ornamentos de las iglesias, las raciones de la tropa, las aduanas, la navegación, la deuda pública, el crédito exterior, debe haberse sentido partícipe de la «pública vergüenza» arrastrada por Miguel Peña «acusado de impuro con los dineros nacionales».<sup>57</sup>

Si tras ello dibujamos el contexto que servía de trasfondo determinante en la experiencia venezolana de Martí, hallaremos que su estancia en Caracas llegó a su máxima tensión a mediados de 1881. La frustración de sus anhelos prácticos había tornado la situación potencialmente explosiva. Sus pronunciamientos ideológicos alentaban a ir más allá de los proyectos del reformismo liberal venezolano. En Venezuela subsistían opresiones que Martí se esforzaba en suprimir, particularmente las de la oligarquía terrateniente; se había acentuado la corrupción administrativa y limitado la ya restringida democracia burguesa; miseria y atraso no lograban ocultarse con el sublimado progreso de la regeneración. A Martí ya se le había hecho palmaria la falta de correspondencia entre sus proyectos revolucionarios y americanistas con las estrechas y enajenadas realizaciones de la clase dirigente venezolana.

Volvemos a insistir en un hecho: *Revista Venezolana*, quizás, a pesar de las intenciones de su editor, encerraba un intento de corrección del paradójico programa del gobierno. De aquí, que cuando en ella apareció la apología de Cecilio Acosta se hiciera visible la contradicción hasta entonces latente. Martí estaba consciente de lo que significó su retrato de Acosta como bien lo prueba una nota dejada entre sus papeles, a propósito del mismo:

«No tiene más mérito que haber sido escrita a vuela pluma casi sobre su cadáver, de recuerdos de nuestras propias conversaciones, que debieron ser monólogos, porque de seguro yo no tomo más parte en ellas que la necesaria para provocarlo a hablar y hacerme querer: y otro mérito puede ser el de haberse escrito, fresco aún el horror de haber visto morir a tal hombre poco menos que de hambre, sofocado como un ave en la máquina neumática por el odio de su mezquino enemigo Guzmán Blanco, y en días en que atreverse a honrar a aquel admirable desdichado era afrontar las iras de su odio».<sup>58</sup>

Efectivamente, el dictador venezolano había tomado como una oposición el apartamiento de Acosta, cuya adhesión estuvo dispuesto a pagarla en oro. La modestia, la timidez, las ideas y creencias lo distanciaban del régimen guzmancista. Su firma no se vio salir más que de tarde en tarde en periódicos literarios, no se le ofrecieron cátedras, se alejó de los tribunales. Su pobreza digna rayó no poca veces en la miseria, aliviada por la generosidad de amigos y admiradores que no dejaron de visitarlo. Entre ellos, abogados en busca de asesorías, escritores y poetas noveles solicitando opiniones autorizadas y estudiantes que iban a provocar disertaciones.

Martí fue de aquellos que afrontaron las iras del gobierno por visitar y honrar a aquel admirable pensador. Después de su muerte ocurrida el 8 de julio de 1881, publicó una de sus más brillantes páginas y de Diego Jugo Ramírez el poema en su honor<sup>59</sup> en el segundo, y último número, de la *Revista Venezolana*. En su elogio destacó de Acosta su justeza y llamó a estudiar e imitar sus virtudes.

Puso de relieve su espíritu fraternal, subrayando la identificación con los débiles: «Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes».<sup>60</sup> Exaltó su saber, la dedicación a la ciencia y su amor genuino hacia nuestra América: «Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de sus destinos y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos».<sup>61</sup> Enfatizó la honestidad de su vida. «Compró su ciencia a costa de su fortuna; si es honrado y se nace pobre,

no hay tiempo para ser sabio y rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza!, ¡y cuánto decoro perdido!, ¡y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio!, ¡y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno!».<sup>62</sup> Como colofón de su virtuosa trayectoria pública un epitafio con sabor a ejemplo y reproche: «¡Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!».<sup>63</sup>

No hay que leer entre líneas para percatarse que se había echado el guante. El desenlace no se hizo esperar. Estuvo precedido de un acto de represión. El presbítero José León Aguilar, quien al despedir a don Cecilio Acosta había dicho: «Cecilio Acosta no inclinó jamás la frente ante ningún tirano»,<sup>64</sup> fue llevado a La Rotunda y luego desterrado. Guzmán Blanco comisionó a su edecán Nicolás Briceño para que comunicara a Martí que debía abandonar inmediatamente a Venezuela.<sup>65</sup>

Martí no aceptó subordinar su condición de intelectual a salarios y prebendas. Como es sabido, en la sociedad dividida en clases quienes compran y pagan a la capa social que vive de diferentes modalidades de trabajo mental o intelectual son esencialmente el Estado y las clases dominantes. Martí rechazó permanentemente abjurar a sus ideas y a su compromiso revolucionario «con los pobres de la tierra» para servir y defender los intereses de la oligarquía poseedora y el estado clasista. Cuando no rompió abruptamente —como con *La Opinión Nacional* de Caracas, la cual dejó «por ser condición para continuar aquella labor que consintiese el alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco»—<sup>66</sup> procuró mantener el máximo de independencia ideológica apelando a un estilo singular, que no significara merma a sus convicciones y a la vez no le fuera cerrada una tribuna para la denuncia sutil. Por ello trató siempre de emprender una empresa editorial propia. La *Revista Venezolana* fue una de esas obras, que se vieron frustradas al chocar con las instituciones establecidas, al negarse su patrocinador a integrar el coro de adulaciones de la intelectualidad alquiladiza, a la cual el pueblo venezolano

llamó con su amargo buen humor la *Adoración perpetua*. Sin embargo, a pesar de su fracasada experiencia, pudo dejar una estela de influencia que se hizo patente en la Generación del Centenario del Nacimiento de Bolívar. Influencias de forma y también de contenido, que no pudo impedir la tiranía. A los jóvenes de entonces, Martí dejó dos legados fundamentales: el amor a la libertad y la fascinación de un nuevo estilo.<sup>67</sup>

Está pendiente de investigar la huella que ejerció la intensa y breve residencia de Martí en Caracas. Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, Gonzalo Picón Febres, en sus recuerdos, cartas y estudios nos han dejado algunos testimonios de la influencia ejercida por Martí. Tuvo imitadores y seguidores, en lo que luego se llamó la Generación del Centenario del Natalicio de Simón Bolívar. Generación que desempeñó un importante papel en la Venezuela de fines del siglo XIX y comienzos del XX. No hay dudas de que su presencia fue un hecho cultural y político conmovedor, como se desprende del «Justo recuerdo» que le dedicó el periódico *El Siglo*, del cual fue propietario y editor Alfredo Rothe, a pocos días de su partida, y de la de su compatriota J. I. de Armas. Este testimonio olvidado que hemos encontrado en la prensa venezolana de la época es un interesante y legítimo punto de partida para la necesaria indagación acerca del indudable influjo de Martí, y su obra de maestro, editor y escritor, en la cultura venezolana.

«Anuncian los diarios de esta capital la partida del señor José Ignacio de Armas, como en días pasados nos dijeron la del señor José Martí, ambos huéspedes que han venido a Venezuela seducidos por la belleza de nuestra zona, por el brillo de nuestra gloria militar, por la fama de nuestra genial benevolencia y de nuestro amor al arte y a las letras. Desgraciadamente la realidad no ha correspondido al sueño de sus esperanzas, porque no sabían que si poseemos aquellas virtudes y cualidades, somos pequeños y relativamente pobres para dar abrigo y calor fecundo al talento, que necesita ancha atmósfera en que extenderse y vivir.

»El señor Armas ha permanecido más de seis años entre nosotros y, obrero de la prensa, amigo de las musas, enamo-

rado de cuanto es hijo del sentimiento y de la imaginación, nos deja en diversos trabajos literarios, útiles y agradables recuerdos.

»Don José Martí ha pasado ante nuestros ojos como un meteoro brillante, dejándonos como sorprendidos por la viveza e intensidad de su luz, y lo cambiante y variable de sus maravillosos matices. Le vimos por primera vez en una de las inolvidables veladas que nos dio el Club del Comercio, y su palabra ardiente, fácil, impetuosa, en que las ideas se precipitan y se chocan como perlas, como diamantes, como acero, nos cautivó. Después los dos números de su *Revista*, nos le hicieron conocer como escritor, en que el donaire de la frase y la profundidad del concepto parece que se disputan el premio de la belleza. Allí hay un sentimiento que no nos permite ser imparciales, que nos obliga al agradecimiento, y es el de la admiración por nuestros hombres y nuestras cosas; ese amor de hermano que busca patria en nuestros hogares, que anhela reposar al calor de nuestro sol ardiente y bajo el cariñoso amparo de una benévola acogida; pero, no sabemos por qué ha tenido el peregrino que tomar otra vez su bordón y volver a continuar su viaje: luminosa es la huella que nos deja e inolvidable será su recuerdo para cuantos saben estimar las altas dotes que le distinguen como hombre de talento y como hombre de corazón.

»No es el país seguramente el culpable de no tener aún numerosa población que dé premio a los trabajos del pensamiento, y ofrezca porvenir a los obreros de la palabra y de la prensa: nosotros damos todo lo que tenemos, cariño y aplausos: damos más siempre al extraño que al compatriota; y si vemos con tristeza alejarse de nuestras playas el que quisiéramos detener por interés de nuestra civilización, de nuestra honra, de nuestra propia gloria; sentimos como un alivio al conocer que se van todavía con algunos sueños, y sabiendo que su memoria, al volverse hacia esta tierra, conserva algunos recuerdos que a ella le unen con sentimiento amistoso.

»Que próspera les sea la fortuna en otros lugares a esos dos huéspedes amigos, es nuestro deseo; sincero, como que

nace de la gratitud, por haber merecido de ambos el que esto escribe, juicio benevolente y palabras de aliento, que nunca se desvanecen y que son como semilla fecunda que hacen menos ásperas las estériles sendas literarias».<sup>68</sup>

<sup>1</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 7, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, p. 104. (En lo sucesivo citaremos por esta edición).

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Id.*, p. 105.

<sup>7</sup> *Id.*, pp. 105 y 106.

<sup>8</sup> *Id.*, p. 106.

<sup>9</sup> Para situar la significación de la experiencia guatemalteca, véase mi estudio «Guatemala de José Martí», revista *Bohemia*, La Habana, 19 de mayo de 1978, pp. 10-13, reproducido en mi libro *Ideología y luchas revolucionarias de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

<sup>10</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 20, p. 283.

<sup>11</sup> *Id.*, p. 285.

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> R. A. Rondón-Márquez. *Guzmán Blanco, «el Autócrata civilizador»*, t. II, Tipografía Garrido, Caracas, p. 251.

<sup>14</sup> «Crónica», *La Opinión Nacional*, Caracas, 28 de enero de 1881.

<sup>15</sup> El contenido del primer número de la *Revista Venezolana*, en su orden fue: «Propósitos» (firmado por José Martí); «Don Miguel Peña» (firmado por Martí); Libros nuevos: *Muestra de un ensayo de diccionario de vocablos indígenas* por Arístides Rojas, *Venezuela heroica* por Eduardo Blanco, *La Venezolada* por J. Núñez de Cáceres (de Martí, sin firma).

<sup>16</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 7. p. 197.

<sup>17</sup> *Id.*, p. 198.

<sup>18</sup> *Id.*, pp. 198 y 199.

<sup>19</sup> *Id.*, p. 208. Al revisar la prensa de la época (*La Opinión Nacional*, *El Reflector*, *El Siglo*, *El Ateneo*, *El Mentor*, *El Ángel Guardián*) existente en la División Hemeroteca de la Biblioteca Nacional en Caracas y en la hemeroteca Tulio Febres Cordero, de Mérida, no hallamos las «muestras de extrañeza» sino sólo las «palabras de simpatía», como estas: «Recibimos el primer número de la *Revista Venezolana*, redactada por el orador y escritor señor J. Martí. Le damos las gracias y correspondemos con la sinceridad de compañeros y admiradores su cortés saludo» (*El Siglo*). «Dirigida por el señor José Martí,

ha aparecido en el estadio de la prensa periódica, la *Revista Venezolana*. Sea bienvenida la hermosa compañera, a quien sinceramente ofrecemos nuestro aplauso y amistad» (*El Ángel Guardián*).

<sup>20</sup> La publicación tuvo también repercusión en Cuba como puede apreciarse por la nota que publicó la *Revista de Cuba* que dirigía José Antonio Cortina, y debo su hallazgo a mi hija Mayuli Morales:

*Revista Venezolana*

Desde el primero de julio del corriente año ha empezado a ver la luz en Caracas la *Revista Venezolana*, periódico quincenal que dirige nuestro distinguido amigo y compatriota, el elocuente orador don José Martí.

He aquí en qué términos anuncia sus propósitos:

«Extraña a todo género de prejuicios, enamorada de todo mérito verdadero, afligida de toda tarea inútil, pagada de toda obra grandiosa, la *Revista Venezolana* sale a luz. Nace del efecto vehemente que a su autor inspira el pueblo en que la crea, va encaminada a levantar su fama, publicar su hermosura y promover su beneficio. No hace profesión de fe, sino de amor. No se anuncia tampoco bulliciosamente. Hacer, es la mejor manera de decir».

Como corroboración de que no le alientan el exclusivismo de escuela, ni las pasiones de partido, dice más adelante: «No obedece la *Revista Venezolana* a grupo alguno literario, ni la perturban parcialidades filosóficas, ni es su criterio airado y exclusivo, ni viene a poner en liza, sino a poner en acuerdo, las edades. Son las letras como madres generosas sobre cuyas rodillas se apagan las fugaces querellas de sus hijos. Pues ¿quién contiene esta irresistible simpatía que nos empuja, como a amado hermano, hacia el que, fatigado del interior dominio ardiente, lo echa de sí en resuelta prosa, o en alada rima? ¿No son todos buscadores de la verdad, con lámparas de colores diferentes?».

Y concluye sus propósitos de este modo:

«No será, pues, tribuna egoísta, este humilde periódico, sino casa modesta, donde todo sereno pensamiento, y pensador hidalgo, tendrán casa. Alhajado está el hogar, y los miembros del Areópago citados: isea todo, humildemente, en prez de Venezuela, y de la América!».

La *Revista de Cuba* felicita a su compañera la *Revista Venezolana*, y acepta con gusto un canje que habrá de proporcionarle el placer de citar, de vez en cuando, las producciones de esa pléyade de ingenios que honran y dan lustre a las letras venezolanas.

La patria de Bello y de Baralt, de Lozano y de García de Quevedo, de Calcaño y de Maitin, era natural que recibiera con los brazos abiertos al orador poeta, al bienquerido Martí (*sic*). «Miscelánea», *Revista de Cuba*, t. X, noviembre de 1881, p. 479.

- <sup>21</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 7, p. 208.
- <sup>22</sup> *Ibid.*
- <sup>23</sup> *Ibid.*
- <sup>24</sup> *Id.*, p. 209.
- <sup>25</sup> *Ibid.*
- <sup>26</sup> *Ibid.*
- <sup>27</sup> *Id.*, p. 210.
- <sup>28</sup> *Id.*, pp. 209 y 210.
- <sup>29</sup> El segundo y último número traía los siguientes trabajos: «El carácter de la *Revista Venezolana*» (sin firma, de Martí); «Cecilio Acosta» (firmado, José Martí); «Carta a Eduardo Blanco», de Guillermo Tell Villegas; «En la muerte de Cecilio Acosta», poema de Diego Jugo Ramírez; «La sesión del día 5 de julio», por Lisandro Alvarado; «¿A quién?», poema de Eloy Escobar.
- <sup>30</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 6, p. 18. Es el remate a toda una serie de planteamientos en respuesta a la cuestión: «¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?».
- <sup>31</sup> *Id.*, t. 7, pp. 210 y 211.
- <sup>32</sup> Lisandro Alvarado. «Un recuerdo de Martí», *Venezuela a Martí*, La Habana, 1953, pp. 25 y 26.
- <sup>33</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 7, p. 199.
- <sup>34</sup> *Ibid.* Gregorio Luperón lo hizo cónsul de República Dominicana en Venezuela.
- <sup>35</sup> *Ibid.*
- <sup>36</sup> *Ibid.* En la prensa de la época hemos visto sus poemas de solidaridad con la lucha revolucionaria cubana.
- <sup>37</sup> *Ibid.*
- <sup>38</sup> *Ibid.*
- <sup>39</sup> José Ma. Rojas como embajador en Francia y por orientaciones de Guzmán firmó un convenio con Eugenio Rodríguez Pereire, para la concesión de facilidades a un consorcio de millonarios europeos para la explotación de los recursos naturales de Venezuela (1879). La reacción fue unánime en repulsar un convenio que ponía en venta el país al extranjero. Sólo unos pocos defendieron el proyecto diciendo que era imposible explotar las riquezas venezolanas sin el concurso de los capitalistas extranjeros. Rondón-Márquez. *Op., cit.*, t. I, p. 342.
- <sup>40</sup> *Id.*, t. II, p. 13.
- <sup>41</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 7, p. 199.
- <sup>42</sup> *Ibid.*
- <sup>43</sup> El licenciado Agustín Aveledo fundó el Colegio de Santa María en plena guerra federal. Durante el gobierno azul fue ministro, pero renunció antes del mes. Dedicó toda su actividad a los niños y jóvenes huérfanos, e iniciativas científicas. Se atrajo una aureola de respeto y veneración de los caraqueños. Rondón-Márquez. *Op. cit.*, t. II, p. 232.
- <sup>44</sup> Este hombre enfermizo (1824-1889), que tanto estimó Martí, había viajado mucho por Europa, perdió mujer e hijo, estaba considerado como gran

elegíaco de fondo romántico. Consagrado al comercio y a las letras. «Más parecía un espectro que un hombre», describió Julio Calcaño, «D. Eloy Escobar», *El Cojo Ilustrado*, año I, no. 18, Caracas, 15 de septiembre de 1892, p. 290.

<sup>45</sup> De Diego Jugo Ramírez, dijo Antonio Herrera Toro: «Fue funcionario y diputado, pero pobre; se destacó por su honradez en tiempos corruptos». A. H. T. «D. Diego Jugo Ramírez», *El Cojo Ilustrado*, año I, no. 24, Caracas, 15 de diciembre de 1892, pp. 401 y 402.

<sup>46</sup> Rondón-Márquez. *Op. cit.*, t. II, p. 79.

<sup>47</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 7, p. 199.

<sup>48</sup> El 30 de junio de 1881 *La Opinión Nacional* reprodujo a instancias de Juan Ignacio de Armas, la traducción de su artículo «Modern Spanish Poets», publicado en el *New York Sun* el 26 de noviembre del año anterior. Esta era la traducción de Carlos Martínez Silva publicada en febrero en *El Repertorio Colombiano* sin identificar su autor, pues las colaboraciones al periódico neoyorkino salían sin su nombre. A instancias de Juan Ignacio de Armas el periódico caraqueño lo dio a conocer entre los venezolanos y enmendó la omisión.

La recomendación de Armas a Aldrey es revelador y elocuente testimonio del concepto en que ya se tenía la pluma del joven escritor cubano:

«Creo justo y útil su reproducción en las columnas de *La Opinión Nacional*: lo que al mismo tiempo dará a usted ocasión de hacer conocer el nombre del acertado crítico, del profundo pensador que con tanta rectitud de juicio y con mano tan segura traza el cuadro exacto de la poesía española contemporánea. El autor de este estudio es el doctor José Martí. Usted causará a este una sorpresa haciendo la inserción en su ilustrado diario; pero hará también un obsequio a sus lectores, y otro especial obsequio a su seguro servidor y amigo, Juan Ignacio de Armas».

Lo acertado del juicio y la reproducción fueron confirmados por el hecho de que pocos meses después, el susodicho artículo sobre la poesía española fue de nuevo publicado en Colombia. Esta vez –la misma traducción– Adriano Páez la insertó en el número de *La Pluma* correspondiente al 10 de septiembre de 1881, con un largo y elogiosísimo comentario.

<sup>49</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 15, p. 24.

<sup>50</sup> *Id.*, t. 7, p. 199.

<sup>51</sup> Gonzalo Picón Febres. *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, Empresa El Cojo, Caracas, 1906, p. 60.

<sup>52</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 19, p. 161.

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> Rondón-Márquez. *Op. cit.*, t. II, p. 140.

<sup>55</sup> En los días que Martí redactó su semblanza sobre Miguel Peña, Guzmán Blanco pronunció un discurso en Valencia sobre Peña que sería bueno buscar y comparar con el escrito de Martí.

<sup>56</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 8, p. 138.

<sup>57</sup> *Id.*, p. 146.

<sup>58</sup> *Id.*, t. 22, p. 323. Distintos periódicos venezolanos reflejaron lo que *El Siglo* llamó la «triste nueva». Destacaron en notas, pequeños artículos o cartas a la redacción los méritos intelectuales de Acosta: «Era un espíritu apartado de la tumultuosa corriente de la vida práctica. Vivió en el campo abstracto de las ideas y se encontraba como extranjero entre las contrariedades naturales a la vida social. Todo lo sabía y lo ignoraba todo cuando era necesario descender al terreno de la vida. Esta es una verdadera pérdida para las letras patrias y, nos prometemos que el calor que no ha rodeado su existencia dé vigor a su recuerdo para gloria de Venezuela». («Cecilio Acosta», *El Siglo*, Caracas, 8 de julio de 1881). Días después *El Siglo* publicó un «remitido» «Gloria póstuma», firmado por D. C.: «Todo en él era magnífico: su ciencia, su moralidad, su compostura y ejemplo, su cultura y simpatías con que supo ganar la admiración y alta estima de sus hermanos». *El Ángel Guardián*, bisemanario «consagrado a la propaganda y defensa de la Religión y de la Moral, publicó una nota necrológica el 13 de julio, en la cual destacaba las condiciones cristianas del escritor, y en su siguiente número un breve artículo del presbítero Manuel F. Rodríguez, en el que enfatizaba el alistamiento de Acosta a las filas de la que podría llamarse la Filosofía del cielo»; hizo abstracción de los otros méritos intelectuales del muerto. Más tarde aparecieron en *El Siglo* y *El Ateneo*, cartas de dos amigos de Acosta que se hallaban en Europa, Héctor F. Varela y José María Torres Caicedo, respectivamente.

Todas estas manifestaciones de pesar y admiración juntas, no tienen ni la profundidad, osadía y justicia que tiene el panegírico de Martí.

<sup>59</sup> «En la muerte de Cecilio Acosta»

I Dio término al combatir/ Sobre el campo de la vida,/ Cuando sintiendo honda herida,/ Se ocultó para morir./ Juzgó poder resistir/ Llevando el bien por escudo,/ Y al mal resistir no pudo:/ Venció del mal la pujanza,/ y cayó con su esperanza/ Partido el pecho desnudo.

II Que es mortal la herida advierte,/ Y ambas manos lleva al pecho;/ Y en oculto y pobre lecho,/ Cansado, esperó la muerte...!/ ¿Quién el débil, quién el fuerte?/ Triste, injusta humanidad!/ Jamás te mueve a piedad/ Del abnegado el suplicio,/ Si no te hace sacrificio/ De la propia dignidad!/  
 III ¿Qué valen después de muerto/ Esas honras, esas flores,/ Si en vida, con sus dolores/ Vagó, como en un desierto?/ Su nave llegó ya al puerto/ Bajo el ala de la Gloria:/ Vosotros los que la historia/ De los mártires hacéis,/ En vuestro honor cuidaréis/ De eternizar su memoria./ Caracas, 9 de julio de 1881.

*Revista Venezolana*, año I, no. 2, Caracas, 15 de julio de 1881, pp. 56 y 57.

<sup>60</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 8, p. 153.

<sup>61</sup> *Id.*, p. 158.

<sup>62</sup> *Id.*, p. 161.

<sup>63</sup> *Id.*, p. 164.

<sup>64</sup> Gonzalo Picón Febres. *Op. cit.*, p. 178. Es probable que el cura Aguilar, reaccionario opositor a Guzmán, sea el mismo que menciona Martí en un Cuaderno de Apuntes: «[...] recuerdo aquella iracunda tirada del lívido y celoso cura... [Aguilar] en el aposento del pintor mexicano... [Felipe Gutiérrez] ¡Qué erguirse, con miradas y silbos de culebra contra Bolívar, cuya miniatura notable, pintada por el prócer Espinosa, tenía yo en las manos! ¡Qué gigante aquel que pasó de tal modo por las aguas, y las encrespó y removió de tal suerte, que 50 años después de su hundimiento, aún levanta estas negras espumas!

»Sacudía aquel clérigo el manto, y fusteaba con él la sombra,—cual si en ella estuviera su enemigo. Inconcebible rabia le animaba. Con ademanes y lengua de placero regateaba al héroe sus glorias, y por quitárselas a él, dáselas a otros menos gloriosos. «¿Pues no le he de odiar—decía, y cuenta que estas fueron una a una sus mismas palabras—. ¿No le he de odiar si con los españoles sería yo hoy un gran personaje, y ahora no soy más que un clérigo pobre y perseguido? Y qué decir mal de su país! Y, qué llamar charlatanería a esa dote riquísima de efusión afectuosa que distingue a los hombres de América, y que él, como a grave defecto, achacaba a los verbosos bogotanos! He aquí por qué yo creo que son los pechos humanos, nidos de todo género de seres, ora de águilas, ora de insectos. Víbora parecía el cura, con sus ojos viscosos, con su color lisa y exangüe, y sus cabellos ralos cayéndole sobre el cuello nervioso, y sus movimientos coléricos e irregulares». José Martí. *Op. cit.*, t. 21, p. 305. Hay que advertir que las medidas progresistas de Guzmán suscitaron opositores reaccionarios en el clero venezolano.

<sup>65</sup> Francisco Pividal Padrón. «Briceño y Martí», *Bohemia*, La Habana. 29 de agosto de 1969.

<sup>66</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 20, p. 78.

<sup>67</sup> Luis Beltrán Guerrero. «José Martí y Venezuela», *Venezuela a Martí*, La Habana, 1953, pp. 180 y 181.

<sup>68</sup> «Justo recuerdo», *El Siglo*, Caracas, 1 de agosto de 1881.

Nueva York en Caracas.  
Las crónicas norteamericanas  
de José Martí para *La Opinión Nacional*\*

*Pedro Pablo Rodríguez*

Por estos mismos días de mayo y por estas mismas calles hace justamente once décadas andaba José Martí. Entonces era un emigrado que compartía su vida entre los trabajos políticos para liberar a su isla del dominio colonial hispano y las largas horas escribiendo para el diario caraqueño *La Opinión Nacional*.<sup>1</sup>

Esos textos –concebidos por él como una tarea de pan ganar–<sup>2</sup> constituirían el inicio de una nueva etapa en su quehacer periodístico: la maduración de su prosa a través de la explicación de lo que acontecía en otras partes del mundo sustancialmente aquí en Estados Unidos.

El debate está abierto a la hora de clasificar estos escritos, aunque soy de los que opinan que ellos ejemplifican uno de los casos más notables en lengua española de ese género que es la crónica, enigmáticamente limítrofe entre el periodismo y la literatura. Portadoras siempre de sus enjuiciamientos acerca de los hombres y de los sucesos narrados –incluso plagadas de aforismos y sentencias–, estas crónicas martianas ya muestran los rasgos característicos de su estilo que le darían justo reconocimiento y fama a sus trabajos posteriores para *La Nación*, de Buenos Aires, y *El Partido Liberal*, de México.

\*Tomado de *Islas*, Santa Clara, no. 110, ene.-abr. de 1995.

El vespertino caraqueño que inauguró las seis columnas en la prensa venezolana,<sup>3</sup> tuvo así el privilegio de instaurar en el país un periodismo moderno, a cuya fisonomía contribuyeron decisivamente los textos del revolucionario cubano.

Para el cronista, a su vez, aquella fue la oportunidad largamente acariciada<sup>4</sup> y muerta en plenos natales en la propia Venezuela, cuando tuvo que abandonarla por su precipitada salida del país en julio de 1881 habiendo publicado sólo dos números de su *Revista Venezolana*: se trataba de llegar mediante el periodismo de noticias –el medio de comunicación más efectivo de la época posibilitado por los avances en las técnicas de impresión y las grandes tiradas– a las minorías ilustradas del país sudamericano y de otros lugares del continente para informarles de los sucesos contemporáneos y hacerles comprender la necesidad de preparar a nuestra América para los nuevos tiempos que se estaban abriendo, sobre la base de mantener y desarrollar los rasgos de su identidad propia.<sup>5</sup>

Por tanto, si en alguna ocasión enfatizó en el propósito inmediato de subsistencia que entonces y después cubrirían sus crónicas, no debe olvidarse tampoco que él mismo les reconoció sus valores artísticos cuando recomendó cómo recogerlas y ordenarlas, junto a sus versos, a la hora de compilar su obra literaria.<sup>6</sup> Como, de igual manera, no es lícito pasar por alto que esas crónicas son documentos imprescindibles –junto a su epistolario, fabuloso por su volumen y valores literarios– para conocer la evolución de su pensamiento y de sus proyectos sociales a partir de 1881, ya que, como se sabe, jamás escribió especialmente un libro para exponerlos.<sup>7</sup>

Dentro de los textos que Martí enviara a Caracas me detendré exclusivamente en los referidos a Estados Unidos, primer conjunto dentro de la totalidad de sus *Escenas norteamericanas*, con el fin de mostrar no sólo cómo Nueva York estuvo presente en ellos, sino que esta ciudad fue, además, el laboratorio social mediante el cual se acercó y entendió los gigantes-

cos y acelerados cambios sufridos por este país durante la década del ochenta del siglo XIX.

El lector de nuestros días, sin embargo, debe estar consciente de que con probabilidad en más de una ocasión no está ante el texto real salido de la pluma del cubano. No sólo por los errores en la transcripción del periódico, repartidos en las sucesivas ediciones de sus *Obras completas* –los cuales están siendo salvados en la cuidadosa revisión contra los microfilmes del diario que actualmente se realiza en el Centro de Estudios Martianos para la edición crítica en preparación– sino, sobre todo, por las frecuentes observaciones de descontento con el contenido hechas al redactor por los editores, quienes llegan incluso a señalarle, respecto a las referencias a Estados Unidos, «que procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo, porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría». En la misma comunicación el director del periódico, Fausto Teodoro de Aldrey, le explicaba a su corresponsal que muchos de sus escritos se habían quedado sin publicar al ponerse viejos, por quedar «rezagados» y «por no convenir» cómo Martí trataba los temas.<sup>8</sup> No sabemos si los editores llegaron hasta cambiar los textos, pero el descontento con el punto de mira martiano es tan claro como terminante –y hasta conminatorias– fueron las orientaciones que le repitieron acerca de qué y cómo escribir.

Las palabras de Aldrey no expresan solamente su criterio personal, sino además el hecho de que el periódico fue vocero y expresión del ideario positivista que se adueñaba a pasos rápidos de la conciencia y de la cultura latinoamericanas, y la publicación fue además –y a la vez ejemplo práctico desde su mismo formato– de la modernidad capitalista que entonces llenaba de optimismo a los liberales de la América hispana, empeñados en «civilizar» a nuestros pueblos y en hacerlos salir del atraso.

Así, Juan Luis, el hijo del propietario, en carta del 10 de agosto de 1881 consideraba feliz a Martí por encontrarse este viviendo «en el gran mundo de la civilización moderna», mientras él y su padre vegetaban «en la tierra del cacao y del café».<sup>9</sup>

Es evidente, pues, el choque de puntos de vista entre Martí y sus editores venezolanos: el cubano, supuestamente feliz dada su residencia en Nueva York, sin embargo, es objetado a los pocos meses por sus «acerbos» conceptos acerca de ese mundo de civilización moderna.

¿Fueron de tal cariz los juicios expresados por Martí para sus lectores sudamericanos?<sup>10</sup> ¿En qué divergían ya sus criterios de los que sus editores –como expresión de la intelectualidad y de la cultura dominantes– pretendían reproducir e imponer sobre las reducidas capas letradas, con capacidad económica y culturalmente entrenadas para comprar y leer cotidianamente los periódicos?

Busquemos entonces las respuestas en aquel primer grupo de crónicas que él llamó sus *Escenas norteamericanas*,<sup>11</sup> escritas desde Nueva York durante 1881 y 1882.

## II

Las veinticinco crónicas sobre temática estadounidense aparecidas en *La Opinión Nacional* pueden ajustarse casi cronológicamente en cuanto a los temas en ellas tratados por Martí. En las catorce publicadas entre el 5 de septiembre y el 27 de diciembre de 1881 resaltan el atentado y la agonía y muerte del presidente Garfield, y sobre todo el proceso judicial a su asesino, al extremo que las cuatro últimas se dedican por entero a ese asunto, mientras que sólo ocurre así en una de las publicaciones durante 1882, caracterizadas por su mayor variedad temática.

Al explicar el magnicidio y sus secuelas judiciales, el cubano presenta sutilmente las interioridades de la política norteamericana, en que la corrupción había hecho presa, poniendo en peligro –a su juicio– la propia existencia de la república.<sup>12</sup>

Recordemos que tras los escándalos de la administración del general Grant una conciencia crítica se despertó a lo largo de Estados Unidos, la cual alcanzó fuertes tonos durante el proceso eleccionario ganado por Garfield y sacudió al propio Partido Republicano en el gobierno, presentado en muchas

ocasiones por la prensa y los políticos como el responsable de esa enorme y extendida corrupción.

La opinión de Martí al respecto se asienta en el costado moral del asunto, como ya había hecho en sus «Impressions of America», publicadas en inglés en *The Hour* durante su estancia de 1880: atribuye la corrupción al afán desenfrenado por el dinero, a la metalización que apreciaba en esta sociedad.<sup>13</sup>

En sus juicios –y es así desde aquella serie de tres artículos dos años antes– se destaca una aguda mirada sobre la sicología social de la nación, a todas luces afinada ante el contraste que veía con el tradicional sentido de los valores en que se crió en Cuba y que conoció en España y durante sus residencias por las tierras de nuestra América, valores frecuentemente referidos en su obra hasta entonces para caracterizar a la identidad latinoamericana. Sin embargo, no habla de las causales de fondo de este problema, es decir, de las diferencias de «orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales», como dirá diez años después en su ensayo «Nuestra América».<sup>14</sup>

Aparte de las obligadas referencias a asuntos del gobierno cuando habla de Garfield, la mirada martiana sobre la política se detiene en Nueva York. La ciudad y el estado eran por el último trimestre de 1881 franco campo de batalla dentro de ambos partidos. Ya desde la primera crónica, publicada el 5 de septiembre,<sup>15</sup> Martí presenta en términos positivos el enfrentamiento de Garfield a la corrupción dentro de sus propias filas republicanas, a la vez que menciona las colisiones por ello entre Roscoe Conkling –el jefe republicano neoyorquino– y el vicepresidente Arthur, de un lado, contra el secretario de Estado, James G. Blaine, del otro.

A pesar de su evidente desagrado ante el *boss* neoyorquino, en la crónica fechada el 26 de octubre<sup>16</sup> estudia el fenómeno del caciquismo en la ciudad mediante honda penetración sociológica que va más allá de la naturaleza de los protagonistas de los acontecimientos. Expone cómo tanto en el Partido

Republicano como en el Demócrata se habían creado «corporaciones tenaces y absorbentes, encaminadas, antes que al triunfo de los ideales políticos, al logro y goce de los empleos públicos». Estudia la manera en que esas corporaciones obedecen a un jefe que antepone sus intereses personales a los generales de su partido y hasta a la política nacional de este, y se refiere con largueza a cómo, sin embargo, Conkling ha sido vencido por los *Half-breeds* (traducido por él como los «media sangre»), al igual que el demócrata John Kelly, enclavado en Tammany Hall, lo fue por sus rivales de Irving Hall.<sup>17</sup>

Como será habitual desde entonces en sus crónicas, al narrar aquellos acontecimientos, Martí puso de manifiesto su valoración negativa acerca de la corrupción y del caciquismo, aunque lo más notable en mi opinión es el punto de vista en que se sitúa, expuesto desde el primer texto publicado en *La Opinión Nacional*: «Parece, en suma, como que cansados de tanta política mezquina, corre un aire puro por las asambleas políticas de este país, *señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos*. Y es esta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas, vivamos en ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir».<sup>18</sup>

Obsérvese, por una parte, su manera de oponerse al extendido criterio entonces acerca de la excepcionalidad de Estados Unidos, y, por otro lado, su llamado de alerta ante las pasiones que podían apartar al país de su tradición de calma y grandeza, razón de su deber absoluto, la única excepcionalidad, pues, que él le reconocía y cuyo cumplimiento exigía a esta nación.

Esa apariencia –esperanzadora para él, indudablemente– de acercamiento entre el deber ser y el ser de Estados Unidos, la manifiesta en otra de sus crónicas de 1881 al hablar de las elecciones parciales para el estado de Nueva York y para la alcaldía de Brooklyn. De nuevo la política neoyorquina le sirve para mostrar el espíritu del país.

La importancia de ese acto electoral es «la de despertar el pueblo a la conciencia y uso de sí y arrancarlo de las manos de traficantes osados o dueños soberbios que venían disponiendo, como hacienda propia, de los votos públicos». <sup>19</sup> Es decir, el enfrentamiento a la corrupción y al caciquismo es la manera de despertar al pueblo en el uso de sus derechos. Pero al soltar su pluma en la explicación de la contienda electoral, Martí amplía las aristas sociológicas de su visión del asunto.

Trata, sobre todo, el enfrentamiento por una senaduría entre el aristocrático John Jacob Astor –nieto del fundador de la fortuna, de iguales nombres– y el «humildísimo» Roswell Flower. Ofreciendo de hecho verdaderas semblanzas de ambas personalidades –algo que hará *in extenso* con muchas figuras públicas norteamericanas–, Martí establece una comparación entre la que considera una segunda generación de millonarios, que desprecia el trabajo manual y de la cual ha nacido una «aristocracia política», y la primera generación de los enriquecidos con su propio esfuerzo, «que guarda aún, como trofeo de victoria, su sombrero sin alas y sus zapatos rotos», como hace Flower. <sup>20</sup>

Por eso, en la candidatura de Astor, apoyada por Grant y Conkling, ve «como un ensayo inoportuno del sistema aristocrático de Inglaterra», <sup>21</sup> y fundamenta en ello el peligro para el sistema republicano, con las siguientes palabras: «Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, y vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente». <sup>22</sup>

Ejemplo de la primera generación de ricos resulta el italiano Lorenzo Delmónico, fundador de una cadena de restau-

rantes, a cuya muerte Martí le dedica comentarios positivos por su dedicación personal al trabajo. Le llama «italiano modesto, tenaz y honrado», «resplandeciente en toda su figura la dignidad hermosa del trabajo». Y lo califica de «rico humilde, que no abjuró jamás de su delantal de dril y su servilleta blanca».<sup>23</sup>

Pero Nueva York no es sólo el medio social desde y a través del cual Martí penetró de conjunto en la comprensión de la sociedad norteamericana y en sus rasgos más acusados. Desde 1881 la propia ciudad en sí misma estuvo presente en sus escritos: en su paisaje –como geografía y como entorno humano–, en su historia, en sus costumbres y en sus habitantes.

En la crónica que fecha el 16 de septiembre narra la construcción del edificio de la Bolsa en la calle Broadway, en cuyo trabajo nocturno se empleaba la novedad que resultaba la luz eléctrica.<sup>24</sup> A continuación, en largo párrafo, el clima le sirve para describir las costumbres: la cercanía del invierno («la estación trabajadora») le permite detallar los vestidos para esa temporada y el andar de los trineos; y el otoño que aún no empieza, las hogueras de hojas secas debidas a manos infantiles, la bruma que asciende de los ríos, los niños que mueren por las miasmas del verano, la tala de los bosques cercanos. El cronista teatral de larga ejecutoria en México resurge también en este texto, y Martí pasa revista a la escena neoyorquina de esa quincena: dos versiones de *Miguel Strogoff*, de Julio Verne, una de ellas en el teatro del afamado Edwin Booth, y una representación de los *Minstrels* de San Francisco, «especie de Aristófanes tiznados de negro».<sup>25</sup>

Como hace siempre que entiende que algo es útil, recomienda a sus amigos venezolanos que asuman la experiencia de la lectura en público como se practica en Nueva York, tanto de obras propias como de ajenas, pues, dice, «los talentos se fortificarían con el estímulo,–y se dignificarían con este empleo grato, propio y airoso».<sup>26</sup>

Durante octubre de 1881 cuatro sucesos neoyorquinos fueron presentados a los caraqueños. Los dos primeros: el incendio de un depósito de tranvías,<sup>27</sup> mediante una vívida des-

cripción llena de dramatismo y movimiento, digna antecesora de «El terremoto de Charleston», publicado en *La Nación* en 1886; y la amenaza de escasez de agua en la urbe con motivo de la sequía.<sup>28</sup>

El tercer acontecimiento le sirve para iniciar el tema de las elecciones para la alcaldía de Brooklyn. Describe la asamblea del Partido Demócrata en la Academia de Música de la localidad en que se aprobó la candidatura de Seth Low. En verdad, el cronista despliega sus artes para presentar el discurso allí pronunciado por Henry Ward Beecher, en la que quizás resulte su primera referencia al famoso orador. El estilo de Martí, entrando en su plena maduración, pinta al hombre a través de su oración y le alaba su capacidad para expresar el carácter nacional, a través de frases que denotan que el cubano ya penetraba el alma popular de este país: «Ve las cosas con ojo americano [...]. Conoce el espíritu de su pueblo, y se adelanta a dar forma hablada, siempre oportuna y feliz, a lo que bulle en la mente popular. Con él los americanos se espasman, se enardecen, se deleitan. Él tiene, como ellos, vivacidad, penetración, burla de lo romántico, grandeza y candor [...]. La palabra descarnada, vigorosa, familiar, desenvuelta, pintoresca; la palabra brusca, sincera, cándida, llana, la palabra yanqui:—esa es la de Henry Ward Beecher».<sup>29</sup>

El cuarto acontecimiento neoyorquino que recoge en esta crónica del 29 de octubre se relaciona también con el ambiente electoral: otra reunión de los demócratas sucedida dos noches antes en el Instituto Cooper, como continuación de la «campana de reforma [de] la democracia neoyorquina».<sup>30</sup>

En el escrito que fecha el 12 de noviembre incluye largas referencias a dos espectáculos que a todas luces vio por esos días en Nueva York: *Hamlet*, representado por Ernesto Rossi, en el teatro de Booth y la soprano Adelina Patti en la sala de Steinway. Pero al amante de la música y de las tablas no se le escapa, en unas cuatro líneas anteriores, informar del derrumbe de dos casas de pobres, «que aquí parecen nidales de gusanos», que ocasionaron la muerte de nueve niños «por la incuria de los avarientos propietarios».<sup>31</sup>

El 26 de noviembre de 1881, en la primera crónica sobre el juicio de Guiteau, el asesino de Garfield, presenta varias noticias neoyorquinas. En ellas menciona por primera vez al financiero Jay Gould, personalidad contra la que se pronunciará frecuentemente, motivado en esta ocasión por un intento de chantaje sufrido por este, lo que le valió prisión al comisor del delito en las Tumbas, «la fétida y sombría cárcel de Nueva York».<sup>32</sup> También se refiere a los intentos de Gould por crear una nueva Bolsa.

El paso de un año a otro mueve al costumbrismo a Martí: el 24 de diciembre fecha una crónica que se inicia con el ambiente pascual de la ciudad. Con similar mano maestra, el cronista relata la animación de la urbe sumergida en la compra de regalos a la vez que ofrece los contrastes entre pobres y ricos, y traza una comparación entre –son sus palabras– «las Christmas del yanqui» y «las Pascuas del hidalgo».

Veamos una muestra de la agitación de esos días y su expresa toma de partido por los pobres, en un párrafo que no cito en toda su extensión, pero en cuyo fragmento se aprecia la riqueza de su estilo, capaz de unir sin costuras la descripción y el juicio de valor.

«Nueva York es en estos días ciudad ocupadísima: es fiesta de ricos y de pobres, y de mayores y pequeños. Son días de finezas entre los amantes, de efusión entre los amigos, de regocijo, susto y esperanza en los niños. La madrecita pobre ha esperado a las pascuas para hacer a su hija el traje nuevo de invierno, con que saldrá el domingo pascual, como cabritillo en día de sol, y a triscar por las calles populosas. ¡Rubíes hay de alto precio en las acaudaladas joyerías, mas no vale ninguno lo que valen esas gotas de sangre que acorralan los dedos afanados de la madrecita buena!».<sup>33</sup>

Tras este párrafo que marca los contrastes sociales («La alegría es collar de joyas, manto de rica púrpura, manojos de cascabeles. Y la tristeza–ipálida viuda!»),<sup>34</sup> dice en su final, Martí recuerda esas fiestas en España cuyo centro es la cena familiar durante la cual se borran las distintas clases («el du-

que y el teniente cenan a la vez y la costurera y la chulilla»),<sup>35</sup> para recalcar de esa manera las diferencias con las que está viendo en esta ciudad del Norte, cuyo centro es el regalo, el obsequio, el presente: «Las Christmas son las fiestas del dar y del recibir; de hacer donativos al pariente pobre; de ostentar sobra de dinero; de buscarlo para ostentarlo».<sup>36</sup>

Para remarcar dichos contrastes, dedica dos párrafos a especificar la compra de los rubíes de alto precio de que habló al principio de la crónica, pues se refiere a las ventas en la afamada joyería Tiffany, asunto que provoca su condena: «Ira y piedad levanta el puñado de gentes ávidas que rodea siempre el mostrador de los diamantes. Parecen esclavas, prosternadas ante un señor. Una esclava es más dolorosa de ver que un esclavo. ¡Cuánto deseo! ¡Cuánta sonrisa forzada! ¡Cuánta tristeza! ¡Oh, si miraran de esa manera en el alma de sus hijos: qué hermosos diamantes hallarían!».<sup>37</sup>

La primera escena norteamericana fechada en 1882, el 7 de enero, le sirve para continuar tratando al ambiente festivo, pues describe cómo se pasa el primer día del año en la ciudad siguiendo la antigua costumbre de hacer visitas, venida desde que los holandeses fundaron la población.

La crónica comienza refiriendo que el año nuevo trajo una nevada y la confesión del cronista de cómo la nieve ha hecho huir su alma al bosque de sí misma. Tras ese toque personal, la descripción puntual y llena de colorido: «Es día de ir y venir el día primero de año; día de jubileo, en que no se cambian deudas, sino las de cortesía; día de anhelo y estreno en las damas, y de peregrinación en los galantes caballeros. Vacíanse de carruajes los vastos establos; calles de semana santa en pueblo católico semejan las calles: parece todo el mundo montado a caballo; hay frente a cada puerta un coche; el galán que entra tropieza con el galán que sale; adivínase el plácido rostro de los hombres que vienen de ver damas».<sup>38</sup>

La crítica de costumbres escapa también de su pluma en esta ocasión: «No han heredado los neoyorquinos la sencillez de los fundadores», dice para comparar desfavorablemente

con épocas anteriores lo que presenta como un derroche y ostentación de riquezas en las visitas de aquel año nuevo de 1882, hechas –dice– «a manera de ráfaga brillante».<sup>39</sup> Es interesante observar el sutil contraste que apunta hacia esa crítica cuando, tras terminar la descripción de ese año nuevo en Nueva York, Martí cuenta cómo en Brooklyn una procesión de dos mil personas saludó al orador Beecher, tantas como recibió el presidente en la Casa Blanca, mientras el asesino de Garfield recibía trescientos visitantes en su celda, lo cual rechaza el cronista y le hace proclamar en la frase final del escrito: «Debe ser culto en las familias el horror al crimen».<sup>40</sup>

Durante el medio año en que continúa escribiendo para *La Opinión Nacional*, el cubano trata más variedad de asuntos relativos a Estados Unidos, y muestra a Nueva York en nuevas facetas de su cotidianidad.

La carta fechada el 7 de enero principia con la visita de Oscar Wilde a la ciudad, noticia que sirve al cronista para enjuiciar el espíritu artístico de este país: «*En esta dependencia de Europa vive Estados Unidos en letras y artes: y como rico nuevo a quien nada parece bien para aderezar su mesa, y alhajar su casa, hace profesión de desdeñoso y descontentadizo, y censura con aires magistrales aquello mismo que envidia y se da prisa a copiar*».<sup>41</sup>

El tema de la inmigración es abordado en dicha crónica, de un modo tan gráfico que evidencia la observación directa y continuada del cronista en los muelles y calles de Brooklyn, donde residía entonces: «Manadas, no grupos de pasajeros, parecen cuando llegan».<sup>42</sup> Y considera la inmigración elemento clave para el desarrollo del país: «He aquí el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: han abierto los brazos».<sup>43</sup> El pase de revista de las nacionalidades europeas que aportan los migrantes le lleva a una breve descripción del día de San Patricio en Nueva York («no hay fiesta que sea más de reír»),<sup>44</sup> cuando habla de los irlandeses, de cuya «tenacidad e industria se aprovechan los yanquis, que los mofa»,<sup>45</sup> y cuyo espíritu patriótico admira Martí. Sus referencias a los trabajadores

inmigrantes terminan con una nueva muestra de su toma de partido. Dice: «¡Suelen los hombres tener manos rudas y espíritus blandos! Yo estrecho con gozo toda mano callosa».<sup>46</sup>

En la crónica fechada el 21 de enero, en la cual menciona las bibliotecas de Lenox, de Cooper y de Astor («librerías de día, para desocupados especialistas y ricos»),<sup>47</sup> alaba la idea de crear una biblioteca nocturna, «adonde vayan, como a un hogar de alma y cuerpo en que ambos reciben amparo del frío, cuantos no saben cómo dar empleo a estas tediosas noches neoyorquinas, oscuras, largas, desocupadas, fúnebres e inútiles. Quiérese casa para los que no la tienen, rica librería de estudiantes, de artesanos, de trabajadores».<sup>48</sup>

La nieve, que ya vimos sólo le malimpresiona, da pie a su pluma para iniciar la crónica del 4 de febrero estableciendo singular contacto entre su persona, tan aterida que hasta se le dificulta escribir, y el ambiente de regocijo que anima las calles. Así describe los juegos con la nieve en el Parque Central y durante las horas nocturnas, y los momentos de fiero viento en que el calor del fuego y del licor llena las tabernas y los bailes, estos últimos «rivalidad y el fausto de los ricos neoyorquinos».<sup>49</sup> En marcado contraste, Martí muda su mirada de ellos hacia un incendio en la mañana, en un edificio ocupado por varios periódicos, y ofrece un relato minucioso en que vuelven a brillar su sentido del movimiento y del color.

El siniestro le vale para introducirse en el tema de la mujer a través de una referencia a las «débiles mujeres» que manejan las cajas de tipos de dichos periódicos «a cambio de ruin salario».<sup>50</sup>

«En verdad que llena de dolor ver venir de lejanos suburbios, en estas mañanas turbias que parecen madrugadas, a esas obreras valerosas que, al volver en la noche anterior de la ruda faena, reclinaron la inquieta cabeza, sin tiempo de soñar, en su almohada dura y fría. Carros y vapores parecen a esa hora casas de huérfanas. Llevan la color mustia; la nariz roja; los ojos, como de llorar; las manos hinchadas. Van los obreros amparados de trajes gruesos, y ellas, de telas descoloridas, delgadas y ruines. Hacen la labor de un hombre».<sup>51</sup>

Apréciase cómo el tono sombrío y los fuertes epítetos aplicados por Martí a lo que seguramente veía a diario, provocan el rechazo y la reprobación –y hasta la ira–, pero nunca la conmiseración filantrópica ante la explotación de estas mujeres, tanto por obreras como por su condición femenina.

También hace una comparación entre la percepción de la mujer en el norte y en el sur del continente, para, a pesar de manifestar su falta de complacencia personal con ello, considerar «dignas de las reformas porque luchan» a las sufragistas participantes de un congreso a ese efecto que se realizaba por esos días en Nueva York.<sup>52</sup>

El 17 de febrero publica una vívida descripción de la multitud agitada ante un suceso de mucho interés: la pelea en Nueva Orleans por un campeonato de boxeo, en la que muestra su preocupación por los niños periodiqueros: «son como frutas nuevas podridas en el árbol».<sup>53</sup>

En esa misma crónica aprovecha el cumpleaños de Peter Cooper ocurrido el 9 de febrero, cuando «los mejores de la ciudad fueron a desearle bien y se sentaron a su mesa», para hacer una breve y muy favorable semblanza sobre esta persona a la que seguirá atentamente durante los años posteriores.<sup>54</sup>

Un buen espacio dedica también a la costumbre de entregar tarjetas por el día de San Valentín, el 14 de febrero, y explica cómo durante mucho tiempo mantuvo su tradicional sentido inglés de Día de los Enamorados, pero que ya se ha extendido en Estados Unidos con el propósito de hacer burla del felicitado.<sup>55</sup>

Al final de esta crónica, en noticia de cuatro líneas, da cuenta de dos espectáculos en la Academia de la Música.<sup>56</sup>

El 4 de marzo vuelve a la crítica de costumbres. Trata de una competencia de resistencia entre caminadores en el Madison, y explica el interés entre los numerosos asistentes como resultado de la ausencia de virtudes morales, para terminar calificándolo como un «retroceso del hombre al bruto».<sup>57</sup>

El sesquicentenario del nacimiento de George Washington, el 22 de febrero, lo halla Martí falto de fervor popular y demasiado frío («es aquí ese aniversario día de suerte y paseo, mas no de reverencia»),<sup>58</sup> en particular en Nueva York, donde la estatua del patriota lucía «raqúiticas guirnaldas y menguadas coronas, allí llevadas por la mano marcial de soldados piadosos».<sup>59</sup> Todo ello le hace preocuparse por el futuro de este pueblo: «Comienza a ser desventurado el pueblo que empieza a ser desagradecido. El grano de oro ha de ser cosechado en los campos y en las almas. Corre peligro de perder fuerza para actos heroicos nuevos aquel que pierde, o que no guarda bastante, la memoria de los actos heroicos antiguos».<sup>60</sup>

El 12 de marzo fechó el cronista uno de sus trabajos capitales para conocer su pensamiento social, en el cual emite su opinión sobre este asunto, favorable a los trabajadores, y profetiza cómo sería Estados Unidos el escenario de tales conflictos: «En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercadea. En este colosal teatro llegará a su fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores».<sup>61</sup> Según evidencia esta crónica, las huelgas que más adelante relata, ocurridas en varios lugares del país, desatan estas opiniones suyas sobre un problema al que ha estado dando vueltas en textos anteriores para *La Opinión Nacional*.

Creo, pues, que no es atrevido afirmar que Nueva York ha sido durante los meses precedentes al estallido de los conflictos obreros, el entorno que le ha permitido ir conociendo el asunto, no sólo por la concentración industrial –y de obreros– en la ciudad, sino, además, porque el hecho de residir en Brooklyn le ha puesto en contacto directo con las grandes y crecientes masas de inmigrantes que se emplean en las fábricas, y que entonces moraban en esta población de Long Island para ir a trabajar diariamente a Manhattan, viaje también efectuado por Martí.<sup>62</sup>

En esta misma crónica hay también breves noticias de asuntos neoyorquinos: la falta de reconocimiento allí a la Patti,<sup>63</sup> el desfile de los irlandeses por el día de San Patricio y la marcha de un circo por calles de alumbrado eléctrico.

El 1 de abril Martí publicó otra crónica en la que el tema de la incorporación de la mujer a la vida social ocupa favorablemente su atención, y en la que apoya su derecho al sufragio, a ocupar cargos públicos –como dice hicieron con resultados satisfactorios dos gobernadores de Nueva York con dos mujeres– y a estudiar en las universidades cuyas puertas quería abrirles este estado. El cronista compara ese espíritu con la negativa a abrir la bolsa del estado de Nueva York a todos los inmigrantes, al explicar una ley en debate que impondría un pago a estos para sostener a los faltos de recursos entre ellos mismos.

Las costumbres neoyorquinas reaparecen en la crónica del 15 de abril cuando trata el Easter, las pascuas primaverales o fiestas de resurrección al final de la semana santa católica, y la pluma del narrador corre aprisa contando la escena que seguramente vio de una «pequeñuela linda, calzada de fino y enguantada, prendido el broche de perlas de su madre al cuello de encaje rico», depositando su tarjeta de Pascua para una amiga en el buzón del correo.<sup>64</sup> También explica detalladamente el uso de los huevos de Pascua y el arte de colorearlos y dibujarlos.

En su último trabajo sobre Estados Unidos publicado en *La Opinión Nacional*, Martí se refiere a tres temas neoyorquinos.

El primero es el periódico *The New York Herald*, una de sus más citadas fuentes de información a lo largo de este año de escritos para Caracas, y puesto de ejemplo en algunos de ellos como grande y poderosa empresa. Ahora se refiere a la infortunada expedición al Ártico de la *Jeannette*, organizada por el «diario acaudalado», evidentemente en su opinión con fines mercantiles: «Este periódico asombroso comprende que necesita para vivir, estar causando permanente asombro».<sup>65</sup>

Un buen espacio le ocupa en la crónica el tema irlandés. Martí narra una reunión presidida por el alcalde de la ciudad,

tumultuosa y discutidora, que finalmente acuerda condenar a la vez el asesinato de dos políticos de Inglaterra en Irlanda y la violenta represión desatada en aquella isla sojuzgada.<sup>66</sup>

Finalmente, el cronista teatral cierra la crónica hablando de un festival musical que reunió a trescientos instrumentos y ochocientas voces durante una semana para interpretar composiciones de Haendel, Berlioz, Beethoven y Wagner.<sup>67</sup>

### III

Vistas las referencias martianas a Nueva York, puede afirmarse que, sin duda, esta ciudad y sus gentes resultan los principales protagonistas de las primeras Escenas Norteamericanas escritas por el revolucionario cubano. Ello está determinado, lógicamente, en primer lugar, por el hecho de que la urbe fue su punto de residencia, y, además por sus propias características como centro comercial, financiero y económico de todo el país, contentivo de sus aspectos sociales más significativos, en especial de aquellos que indicaban los nuevos derroteros por que marcharía la nación: la gran industria moderna, el desarrollo tecnológico y científico, la explosión poblacional sustentada en los inmigrantes y los conflictos entre los grupos y las clases sociales resultados de aquellos cambios que la introducían por los caminos del imperialismo contemporáneo y de potencia de talla mundial.

Así, mientras Nueva York resultaba, como se ha visto, el gran laboratorio social en que se manifestaban a plenitud los rasgos caracterizadores de esa nueva época histórica, José Martí fue su cronista excepcional, en virtud, por una parte, de su clara comprensión de que la humanidad comenzaba por entonces una nueva etapa –como escribió justamente en Venezuela<sup>68</sup> unos meses antes de iniciar estas crónicas norteamericanas–, idea perfectamente ajustada en su pensamiento, por otro lado, a su ya bien definida conciencia acerca de la necesidad de incorporar a América Latina a ese cambiante orden universal, manteniendo como basamento sus rasgos de identidad y con el propósito de alcanzar un desarrollo propio e independiente.

Son, por tanto, los objetivos y puntos de vista del cubano los que le permitieron ver lo que la mayoría de sus contemporáneos del sur no podían apreciar, al quedarse simplemente en la admiración ante los portentos de las continuas realizaciones materiales que se alcanzaban acá en el Norte, las cuales atribuían por lo general a las magnificencias del ordenamiento institucional de esta sociedad.

Por eso, como quedó visto, los textos del cubano no se mueven en la admiración ingenua ni en el deseo de imitación, sino en el estudio crítico de aquel Estados Unidos. Sus juicios, sin embargo –y creo que las citas empleadas así permiten comprenderlo–, no constituyen acerbos conceptos: como veedor de aquel presente y del futuro probable para la que llamó *nuestra América*, también tomó partido por Estados Unidos, por las fuerzas e ideas más representativas dentro del país de lo que estimó mejores expresiones de los ideales humanos.

Su sentido de la democracia real –participativa de veras para todos los sectores populares y no reductible al mero ejercicio del sufragio electoral–, basamento de su afán superior de justicia social, lo lleva, como hemos visto en sus propias palabras, a defender las tradiciones de democracia e igualdad que dieron pie a la república norteamericana, sin desconocer –como hará en crónicas posteriores para Buenos Aires– las limitaciones que le introdujeron la permanencia de la esclavitud y el ya manifiesto espíritu mercantil.

Por eso insiste desde estas primeras Escenas Norteamericanas para Caracas en el reclamo del espíritu fundador de esta nación, en el que ve, además, punto esencial de su autoctonía, amenazada por la muchedumbre de inmigrantes –cuya presencia estima, sin embargo, favorable a la libertad– y por el espíritu aristocrático, a lo inglés, que ve aflorar en las capas adineradas.

Luego Martí no proyectó una imagen antinorteamericana. No podía hacerlo, ya que jamás fue un antinorteamericano. Como resulta evidente en este primer grupo de crónicas que hemos repasado, su postura al lado de los pobres, de los tra-

bajadores y de los propietarios que aportaban su esfuerzo al bienestar común, junto con su preocupación por el requerimiento de expresar un espíritu y una conciencia propios, verdaderamente nacionales por autóctonos y no siervas de la cultura europea, permite afirmar con toda propiedad que Martí, desde estos escritos de 1881 y 1882, fue un defensor de otro Estados Unidos, distinto al que históricamente se iría conformando bajo su vigilante pupila de cronista durante aquella década.

Por eso, cuando ya a fines de aquel decenio le resulta claro que en esta nación predominaban los intereses de una casta oligárquica dominadora de las finanzas, los monopolios y el gobierno, lanzaría repetidos llamados a salvar lo que quedaba de honra en este país. Por tanto, su vasto proyecto de liberación nacional para Cuba y el resto de América Latina frente a la expansión estadounidense, puede ser calificado con justeza de *antimperialista*, pero no de *antinorteamericano*. Es más, recordemos que en el documento en que explicó al mundo las razones que llevaron a los patriotas cubanos a iniciar una nueva guerra por la independencia, lo hacía, además de por el bien mayor del hombre y el equilibrio vacilante del mundo, por la confirmación de la república moral en América.<sup>69</sup> Luego, para él se trataba no sólo de salvar a su América Latina, sino también al mismo Estados Unidos.

He ahí, por consiguiente, la razón del aprecio que desde sus crónicas para Venezuela muestra por hombres como Emerson, ejemplo de una conciencia propia norteamericana, y Beecher, expresión del habla y la conciencia popular; de su rechazo a Astor, el aristócrata, o a Conkling, el rufianesco cacique neoyorquino; de su ira ante la inhumana explotación de los niños «periodiqueros» y las obreras tipográficas; de su respeto ante la vida social desarrollada por la mujer norteamericana, a pesar de su honesto reconocimiento de su apreciación diferente sobre la mujer; de su exigencia de un trato igual al inmigrante europeo y al chino.

Son sus propósitos los que fundamentan la selección de hechos que muestra en sus crónicas. Para él no se trata de dar

un caleidoscopio totalizador de acontecimientos, sino aquellos que indican los caminos, a su juicio, por dónde andaba y hacia dónde iba la nación. Esa es la totalidad que él quería explicar a sus lectores latinoamericanos, lo cual armonizó plenamente con su estilo de madurez, como esos juegos de luces y de sombras para dar los propios claroscuros de aquella sociedad; esa brillante capacidad de su prosa para expresar movimiento, en busca de plasmar el tremendo dinamismo neoyorquino; ese empleo del diálogo y de la semblanza para dar las varias dimensiones de los hombres de acá.

Se trata, pues, parafraseándole, de que nos entregó crónicas portentosas al hablarnos de una sociedad y de tiempos portentosos. He ahí entonces el valor permanente de las Escenas Norteamericanas de José Martí.

<sup>1</sup> En carta a Manuel Mercado el 13 de noviembre de 1884 solicitándole le gestione colaboraciones para la prensa mexicana, indica que la redacción de las crónicas implicaba más trabajo «que el de un redactor diario asiduo», y que las de *La Opinión Nacional* le ocupaban todo el tiempo. (*Obras completas*, t. 20, La Habana, 1963-1973, p. 77). En lo adelante, citamos por esta edición, identificada con las iniciales *O. C.*, por tanto, sólo se indicará tomo y paginación. Ver también en *Epistolario*, t. 1, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 287.

<sup>2</sup> Por cada crónica le pagaban 50 dólares oro (carta a Mercado, 22 de marzo de 1886, *O. C.*, t. 20, p. 85).

<sup>3</sup> Francisco J. Ávila. *Martí en el periodismo caraqueño*, Caracas, 1968, pp. 73 y 66.

<sup>4</sup> Recuérdese su intento de editar una *Revista Guatemalteca* en 1877, que quedó sólo en el prospecto. (*O. C.*, t. 7, p. 104. También en *Obras completas. Edición crítica*, t. 5, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002, pp. 291-293).

<sup>5</sup> En la propia Caracas había escrito, antes de su regreso a Nueva York, al director de *La Opinión Nacional*, que su misión era consagrarse a la «revelación, sacudimiento y fundación urgente» de la América (*O. C.*, t. 7, p. 267 y *Epistolario. Op. cit.*, t. 1, p. 212).

<sup>6</sup> Ver su llamada carta-testamento literario a Gonzalo de Quesada (*O. C.*, t. 1, pp. 25-28.) Ver también en *Testamentos de José Martí*, edición crítica, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, pp. 16-54.

- <sup>7</sup> El pensamiento del revolucionario cubano durante su estancia en Estados Unidos puede ser abordado a través de vías y métodos diferentes, pero considero especialmente válido hacerlo mediante las propias publicaciones en que escribió regularmente, viéndolas como «unidades cerradas», con lo cual el sentido y alcance de sus ideas pueden apreciarse según los propósitos y características que le imponían tales publicaciones, mediadoras en la comunicación con sus lectores.
- <sup>8</sup> Carta de Fausto Teodoro de Aldrey, 3 de mayo de 1882 (en Gonzalo de Quesada. *Papeles de Martí*, t. III, La Habana, 1933, pp. 41 y 42. También en *Destinatario José Martí*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual, Casa Editora Abril-Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1999, p. 97).
- <sup>9</sup> El propio remitente relaciona así agricultura y materias primas con atraso y barbarie frente a la moderna civilización industrial. (Gonzalo de Quesada. *Op. cit.*, t. III, p. 35. También en *Destinatario José Martí. Op. cit.*, p. 69).
- <sup>10</sup> No dispongo de datos acerca de la circulación del diario, pero no es de dudar que además de venderse fuera de la capital venezolana, tuviera lectores en otras grandes ciudades de Hispanoamérica, sin descontar a la creciente colonia hispana de Nueva York, en la que se destacaban escritores y publicistas venezolanos de la talla de Juan Antonio Pérez Bonalde y Nicanor Bolet Peraza, muy cercanos a Martí.
- <sup>11</sup> Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, 1 de abril de 1895, *O. C.*, t. 1, p. 26. También en *Epistolario. Op. cit.*, t. v, p. 139.
- <sup>12</sup> La corrupción política hace peligrar «la independencia y la dignidad de la nación». «Carta de Nueva York. El *boss* y los *halls*», *O. C.*, t. 9, p. 98.
- <sup>13</sup> En el primero de esa serie de tres artículos, publicado el 10 de julio de 1880, llama a que el país tempere y dignifique el «amor de riqueza» por «el ardiente amor de los placeres intelectuales», pues «el poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina». («Impresiones de América», *O. C.*, t. 19, p. 107). El original en inglés en t. 19, p. 103: «If this love of richness is not tempered and dignified by the ardent love of intellectual pleasures [...]. Material power, as that of Carthage, if it rapidly increases, rapidly falls down».
- <sup>14</sup> *O. C.*, t. 6, p. 21. La edición crítica de este ensayo fue preparada por Cintio Vitier y publicada en La Habana por el Centro de Estudios Martianos-Casa de las Américas, 1991.
- <sup>15</sup> En realidad sus primeras colaboraciones aparecieron el 15 y el 28 de junio de ese año, dedicadas a los festejos en España por el centenario de Calderón.
- <sup>16</sup> «Carta de Nueva York. Gran batalla política», *O. C.*, t. 9, pp. 63-69.
- <sup>17</sup> *Id.*, pp. 64 y 65.
- <sup>18</sup> «Carta de Nueva York. Mejoría de Garfield», *O. C.*, t. 9, p. 27. La cursiva es nuestra.
- <sup>19</sup> «Carta de Nueva York. Pueblos perezosos», *O. C.*, t. 9, p. 107.
- <sup>20</sup> *Id.*, p. 109.

- <sup>21</sup> *Id.*, p. 108.
- <sup>22</sup> *Ibid.*
- <sup>23</sup> «Noticias de Estados Unidos», *O. C.*, t. 9, pp. 43 y 45.
- <sup>24</sup> *Id.*, p. 45.
- <sup>25</sup> *Id.*, p. 46.
- <sup>26</sup> *Id.*, p. 47.
- <sup>27</sup> «Carta de Nueva York. Medalla de oro», *O. C.*, t. 9, p. 78.
- <sup>28</sup> «Carta de Nueva York. El *boss* y los *halls*», *O. C.*, t. 9, pp. 100 y 101.
- <sup>29</sup> *Id.*, pp. 99 y 100.
- <sup>30</sup> *Ibid.*
- <sup>31</sup> «Carta de Nueva York. Pueblos perezosos», *O. C.*, t. 9, p. 114.
- <sup>32</sup> «Carta de Nueva York. Proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 9, p. 131.
- <sup>33</sup> «Carta de Nueva York. Las pascuas», *O. C.*, t. 9, p. 199.
- <sup>34</sup> *Id.*, p. 200.
- <sup>35</sup> *Ibid.*
- <sup>36</sup> *Id.*, p. 201.
- <sup>37</sup> *Id.*, p. 202.
- <sup>38</sup> «Carta de Nueva York. Año nuevo», *O. C.*, t. 9, p. 213. Obsérvese el símil con la semana santa, referencial para sus lectores venezolanos.
- <sup>39</sup> *Id.*, p. 215.
- <sup>40</sup> *Id.*, p. 217.
- <sup>41</sup> «Carta de Nueva York. Proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 9, p. 223. La cursiva es nuestra.
- <sup>42</sup> *Ibid.*
- <sup>43</sup> *Id.*, p. 224.
- <sup>44</sup> *Id.*, p. 225.
- <sup>45</sup> *Ibid.*
- <sup>46</sup> *Id.*, p. 226.
- <sup>47</sup> «Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 9, p. 239. Obsérvese esta curiosa traducción, al parecer, de *library* por *librería*.
- <sup>48</sup> *Id.*, pp. 239 y 240.
- <sup>49</sup> «Carta de Nueva York. Nieves, gozos y tristezas», *O. C.*, t. 9, p. 245.
- <sup>50</sup> *Id.*, p. 247.
- <sup>51</sup> *Id.*, pp. 247 y 248.
- <sup>52</sup> *Id.*, pp. 248-250. Además de la obvia contradicción en que se mueven sus opiniones acerca de la mujer, ha de apreciarse que su rechazo a lo que considera atributos viriles en ella se basa en su condena a aspectos de la vida urbana moderna que está conociendo en Nueva York.
- <sup>53</sup> «Carta de Nueva York. Una pelea de premio», *O. C.*, t. 9, p. 254.
- <sup>54</sup> «Peter Cooper», *O. C.*, t. 13, p. 48.
- <sup>55</sup> «Carta de Nueva York. Una pelea de premio», *O. C.*, t. 9, pp. 259-261.
- <sup>56</sup> *Id.*, p. 261.
- <sup>57</sup> «Carta de Nueva York. Los bárbaros caminadores», *O. C.*, t. 9, p. 266.
- <sup>58</sup> *Id.*, p. 269.

<sup>59</sup> *Id.*, p. 268.

<sup>60</sup> *Ibid.*

<sup>61</sup> «Carta de Nueva York. El Mississippi desbordado», *O. C.*, t. 9, p. 277.

<sup>62</sup> Una investigación interesante y necesaria sería la búsqueda de información sobre el Brooklyn de entonces y en particular de las barriadas en las que habitaban Martí y los cubanos con los que mantenía contacto frecuente.

<sup>63</sup> «Carta de Nueva York. El Mississippi desbordado», *O. C.*, t. 9, p. 278. Por ello, hasta califica a Nueva York de «ciudad provinciana», recordando así sus juicios sobre la dependencia norteamericana de Europa en materia artística cuando la visita de Oscar Wilde.

<sup>64</sup> «Carta de Nueva York. Ostera y las Pascuas», *O. C.*, t. 9, p. 293.

<sup>65</sup> «Carta de Nueva York. Política», *O. C.*, t. 9, p. 304.

<sup>66</sup> *Id.*, pp. 309 y 310.

<sup>67</sup> *Id.*, pp. 312 y 313.

<sup>68</sup> «El carácter de la *Revista Venezolana*», *O. C.*, t. 7, pp. 207-212.

<sup>69</sup> *Manifiesto de Montecristi*, *O. C.*, t. 4, p. 101.

## Sección Constante: vértigo y servicio

*Mayra Beatriz Martínez*

*El escritor diario no puede ser sublime. [...] Esa perpetua actitud queda para los que son dueños de sí mismos, y pueden esperar la hora de la inspiración [...].*

JOSÉ MARTÍ, Cuadernos de apuntes<sup>1</sup>

Con el desarrollo del individuo burgués ilustrado en el siglo XVIII –quien podía, teóricamente, tener un desempeño social por él elegido–,<sup>2</sup> el valor de la información como una de las fuentes del conocimiento asciende a niveles nunca antes alcanzados. En el mundo occidental se había producido la diferenciación entre ciencia y filosofía, y el discernimiento humano dejaba de ser regulado preceptivamente. Así, la «verdad» –antes dogma de fe– se relativiza –liberada de la escolástica– y puede aparecer como resultante de un proceso subjetivo para el cual el hombre parte de su propia experiencia o del conocimiento de la realidad objetiva testimoniado por sus semejantes. Con esto el sentido de «orden» moderno no peligraba en modo alguno al ser ya suficientemente conocidos los procedimientos capaces de dirigir, de moldear la opinión pública, y hacer surgir –a pesar e incluso a partir de los modelos alternativos de realidad individuales– patrones representativos que resultaran inherentes a cada grupo social en cuestión. El enorme poder de convocatoria y convencimiento del medio informativo impreso –ya probado suficientemente en el campo de la política dieciochesca europea, cuando cada facción política del momento poseía, o intentaba poseer, un periódico– ahora dis-

ponía de nuevos motivos para desplegarse: también la ciencia y el arte suministraban, con sus continuos avances, material suficiente –mercancías por ofertar–, y los nuevos medios de transporte y comunicación –en especial el telégrafo–, la manera rápida de difundirlos.

En el siglo XIX, la actividad periodística era, pues, toda una profesión: los textos constituían, desde luego, también mercancía aunque con el valor agregado –para quien tuviera el medio a su disposición– representado por su potencial manipulador. Mientras el escritor literario, tras irse recuperando del divorcio traumático de sus mecenas renacentistas, había pasado a ser un trabajador autónomo, que cobraba según lo publicado, el escritor de prensa –hasta entonces apenas diferenciado del anterior porque muchas veces eran la misma persona– se resentía de esta dualidad al sentirse un obrero asalariado más dentro del desarrollo típico capitalista. A esta situación, propiciada en sus inicios por la revolución industrial, la revolución francesa y la alfabetización creciente, como resultado de la educación pública que se fue imponiendo en los países occidentales, se sumaron las nuevas maquinarias –en especial la linotipia, que comenzó a utilizarse en 1886– las cuales hicieron posible producir mayor tirada de periódicos a un precio cada vez más reducido en tanto el público crecía y sus necesidades diversas volvían cada vez más tensionante el proceso.

Los narradores y poetas, que trabajaban en –colaborando con o incluso fundando– órganos de prensa para asegurarse el sustento y ampliar su presencia social, expresaban, generalmente, una angustia aguzada ante el vértigo y la provisionalidad obligados por la avidez de noticias, que los alejaban cada vez más de su antigua misión casi mesiánica.<sup>3</sup> El tipo de recepción se transforma. No se escribe, necesariamente, para entendidos, sino además para una gran masa ávida, con lo cual se incrementa como nunca antes la posibilidad de influencia social del emisor de los mensajes, en la misma medida en que estos deben ser simplificados desde el punto de vista estilístico

y conceptual. Tampoco se busca la trascendencia intemporal, sino la inmediatez más absoluta. Se demandaba del periódico más noticias, cada vez más singulares y recientes. Esta situación típica de los centros desarrollados, que tenía que ver con la expansión capitalista a escala mundial, se hizo obligatoriamente extensiva a aquellos países periféricos poscoloniales o coloniales aún –como Cuba– los cuales comienzan a interesarse por realidades lejanas geográficamente, a partir de las informaciones referentes a los inventos recientes, las últimas expediciones científicas a lugares exóticos, el devenir literario y artístico, los acontecimientos más sensacionales de la alta sociedad en las principales capitales del mundo o las campañas militares contemporáneas.

Al mismo tiempo, y desde fines del XVIII, las mentes ilustradas más prominentes de Cuba, vinculadas con la problemática socioeconómica particular de la isla y con la tarea de la emancipación política, conocían de la urgencia de preparar a las nuevas generaciones, lo que implicaba el imperativo de esgrimir la educación como factor de superación.<sup>4</sup> Mediante su labor magisterial y periodística difundían los avances de las ciencias naturales y la filosofía. Félix Varela (1788-1853), filósofo, sacerdote y maestro de ideas separatistas, articulista y ensayista en múltiples publicaciones periódicas y fundador de otras tan importantes como *El Habanero* –«papel político, científico y literario»–, ha sido considerado nuestro primer periodista revolucionario. Se dice que en compañía de sus discípulos leía libros y publicaciones periódicas que recibía de Europa, especialmente aquellas divulgadoras de conocimientos científicos.<sup>5</sup> Su continuador directo, José de la Luz y Caballero (1800-1862), filósofo y profesor del colegio de El Salvador, reformista de intensa labor periodística, se preocupaba porque sus alumnos fueran capaces de interpretar creadoramente las nuevas investigaciones modernas de que se tenían noticias, al punto de considerar que el estudio de las ciencias físico-naturales debía preceder al de las ciencias del

espíritu. Fue colaborador de numerosas publicaciones de la época, especialmente de la *Revista Bimestre Cubana*, donde, de igual modo, aparecían los textos de su coetáneo, el historiador y político José Antonio Saco (1797-1879), quien llegaría a ser su director. Saco, discípulo eminente también de Varela y de pensamiento liberal reformista, hizo notar tempranamente la utilidad de alimentar la voracidad del nuevo tipo de lector sin olvidar la conveniente función educativa de la prensa: «[...] mejorar las costumbres de la *población rústica* [publicando] máximas morales y buenos consejos sobre economía doméstica, los descubrimientos importantes, las máquinas y las mejoras sobre la agricultura, los métodos de aclimatar nuevas razas animales y perfeccionar las que ya tenemos».<sup>6</sup>

Educado en el Real Seminario de San Carlos y seguidor de la misma línea de pensamiento separatista, Rafael María Mendive –recordado prioritariamente como maestro del Apóstol, pero quien fuera poeta y periodista de larga labor–, ya registraba, sin embargo, la preocupación por la ramplonería y la banalidad, que parecía ser la norma del «nuevo» periodismo decimonónico: «El espíritu mercantil [...] se ha extendido, o mejor dicho se ha entronizado de un modo inusitado en las empresas de periodiquillos quincenales: y *el vano deseo de alcanzar gloria, ha sucedido el positivo anhelo de ganar pesetas*: así vemos el más oscuro porvenir presentarse en la palestra [...] se anuncian ediciones de tres o cuatro mil ejemplares, se habla mucho, se pondera más: y de trompetazo en trompetazo, cátenme ustedes a mi editor convertido en entidad comercial con casa abierta y tenedores de libros».<sup>7</sup>

Descendiente y continuador de esta tradición pedagógica y especialmente periodística cubana, José Martí, sin embargo, para quien escribir era servir, entiende desde siempre la conveniencia de un periodismo más informativo –aún a costa de ser menos literario– capaz de llegar a grandes mayorías latinoamericanas y que con ello propiciara la función instructiva. Allí, decididamente, la belleza habría de sobrevenir de su utilidad, más que de sus excelencias estilísticas. Al decir de Susa-

na Rotker, «Martí parecía consciente de que el periodismo permitía a los escritores lo que no le deparaba el mercado de los libros: la democratización de la escritura. Es decir, acceso a más público a través de un instrumento en el que podían trabajar no sólo las elites, sino las capas medias. En el prólogo al poema de Pérez Bonalde, manifestaba estar asistiendo a una “descentralización de la inteligencia” y que lo bello era “dominio de todos”».<sup>8</sup>

Sin traicionar el articulismo político, filosófico o costumbrista rayano con la narrativa, ni la ensayística de alto vuelo –ambos de larga y estimable tradición hispanoamericana– que significaron sus fuentes primigenias, y siendo él, más que otros, un intelectual refinado y cultísimo, Martí supo asumir muy pronto en su carrera periodística la tradicional gacetilla, usualmente breve y sin importancia, pero particularmente preferida por el gran público, con inteligencia y evidente placer, dotándola de un muy peculiar alcance. Con apenas veintidós años y durante su estancia mexicana (1875-1876), comenzó a escribir por vez primera y para las páginas de la *Revista Universal* –donde publicó, además, artículos de fondo sobre asuntos diversos, reseñas teatrales, boletines parlamentarios, poemas y traducciones– un gran número de esas notas sin firma, con fuerte carácter noticioso y notable variedad temática, que aparecieron agrupadas bajo el título de Ecos de Todas Partes, primero, y Suetos, después.<sup>9</sup> Ellas constituyen el antecedente indudable para lo que sería, años después, su ágil, penetrante y especulativa Sección Constante.

«Para qué está la prensa? [...] para organizar juiciosamente»<sup>10</sup>

En julio de 1881, y tras una breve estancia en Caracas, que terminara abruptamente con el cierre de su *Revista Venezolana*,<sup>11</sup> Martí regresó a Nueva York y, desempeñándose como

corresponsal en el extranjero, a fines del mismo año reanudó sus colaboraciones con el diario caraqueño *La Opinión Nacional*.<sup>12</sup> Entre el 4 de noviembre de 1881 y el 15 de junio de 1882, paralelamente al envío de sus crónicas que, con la firma M. de Z., comenzaran a publicarse un tiempo antes –5 de septiembre de 1881–, hace llegar una serie de textos breves de carácter mayormente informativo para una columna no firmada, encargada de abordar variadísimos temas: la Sección Constante. Esta corresponsalía constituía la continuación de los vínculos anteriores establecidos con el propietario del periódico, Fausto Teodoro de Aldrey, y su hijo Juan Luis.<sup>13</sup> En la imprenta de los Aldrey habían visto la luz los únicos dos números concebidos de la cuestionada *Revista Venezolana*. De ahí la conveniencia para la dirección del periódico –amén de que era bien usual en el caso de las gacetillas– de que las colaboraciones martianas no llevaran su rúbrica: los Aldrey aseguraban así, a un tiempo, cierto bienestar económico para el que consideraban un amigo y una pluma de talento, sin riesgos para su periódico.

Su primera Sección Constante apareció introducida por una nota explicativa de la redacción que daba cuenta de que «a pesar del recargo de originales [...] hemos resuelto crear hoy una nueva sección con el título que encabeza estas líneas. Será diaria y su extensión no será nunca menos de una columna. Un esfuerzo más de contracción y laboriosidad nos importa el hablar a nuestros benévololectores incesantemente, de historia, letras, biografías, curiosidades y ciencias; pero nada importa que quitemos a los breves momentos que nuestras tareas dejan al reposo del cuerpo fatigado, una hora más de trabajo, si la Sección Constante llena cumplidamente el objeto que nos proponemos: *ser gratos* a nuestros leales amigos y favorecedores *sin alardes jactanciosos y pedantescos* impropios de nuestra moderación, sencillez y humildad».<sup>14</sup>

Los Aldrey, sintonizados con los nuevos tiempos que corrían para el periodismo occidental –especialmente a lo que a «ser gratos» se refiere–, habían recibido con mucha satisfacción la

posibilidad de este género de textos capaces de complacer gustos mayoritarios. Juan Luis le escribe al Apóstol –al parecer en septiembre de 1881– cuando se gestaba la idea de la columna: «Papá ha quedado muy satisfecho de su trabajo y me encarga decirle que en sus próximas revistas envíe gran acopio de noticias sueltas de *todo lo que ocurra en Estados Unidos y Europa*. Usted sabe que por acá gusta mucho esa sección». <sup>15</sup> Sin embargo, la columna nunca se publicó diariamente como había sido el propósito original, y aunque las causas debieron ser variadas, entre todas con seguridad sobresalieron –por encima incluso del excesivo trabajo que suponían para su autor– las que tuvieron que ver con la progresiva censura ejercida por los propios Aldrey.

Para Martí, por su parte, debió significar un desafío bien atractivo mantener por primera vez una sección fija noticiosa desde otro país –se dice que fue el primero en realizar este trabajo en la prensa hispanoamericana.<sup>16</sup> Tenía a su disposición lo necesario, es decir, materiales de sumo interés y medios de comunicarlos, para lograr «conectar» a sus lectores periféricos –lector medio ex colonial– con el acontecer de los centros culturales del mundo capitalista en desarrollo; pero, además, esta oportunidad resultaba idónea para cumplir sus propósitos de *formar* al público hispanoamericano, en pos de nuestro propio progreso, *informando*, lo cual implicaba no sólo relacionar los hechos de actualidad sino, sobre la marcha, ser capaz de interpretarlos. Poco tiempo después, desde sus notas de *La América*, se referiría a este modo de proceder: «[...] a nadie extrañe que demos así las noticias, y que con la máquina que describimos, y como surgiendo de ella misma, vaya el comentario que inspira. Ciencia y literatura han de copiar a la naturaleza, en la que *lo útil va siempre acompañado de lo trascendentab*». <sup>17</sup>

Los seis años transcurridos entre las pintorescas gacetillas de la *Revista Universal* y la Sección Constante contribuyeron a hacer aún más acabado y maduro aquel «ejercicio del criterio» y su «enjuiciamiento sostenido en una ética humanista y

de servicio». <sup>18</sup> En fecha no precisada, justo en relación con este tipo de trabajo y el deber del escritor de prensa de aclarar y recomendar, anota críticamente: «Se hace el diario de una manera superficial: *hay que hacerlo de una manera profunda*. Que en cada materia tratada, vaya en sustancia toda la materia. Que no se acumulen palacios sobre el mar, explicando ideas de convención o de relación cuando no ha explicado antes las de fundamento, sino *dando, con habilidad, ligereza y amenidad, al par que toda verdad segunda que se deduce de la verdad primera [...]*». <sup>19</sup>

«Como cosa impersonal, y como de varias manos, de la redacción: cada cosa llevaría su propio estilo» <sup>20</sup>

Hasta el momento, se conocen 113 secciones de gacetillas martianas incluidas en *La Opinión Nacional*. En primer lugar, las publicadas: 19 en noviembre y 16 en diciembre de 1881; 22 en enero, 16 en febrero, 14 en marzo, 11 en abril, 10 en mayo y 4 en junio de 1882, que agrupan un total de 537 notas. El estudioso español Pedro Grases, quien identificara en 1955 a Martí como su autor, publicó una compilación de 111 de ellas, <sup>21</sup> aunque en su prólogo mencionara la existencia de un total de 112. En 1993, tras revisión sistemática de todos los números de la publicación caraqueña, un equipo de investigación del Centro de Estudios Martianos, bajo la dirección de la doctora Sonia Moro, hallaron una sección más, la omitida, con fecha de diciembre de 1881. <sup>22</sup> Finalmente, se agrega al conjunto una no publicada en el periódico, manuscrita y sin fecha, hallada en la papelería martiana y que ya fuera incluida en sus *Obras completas* de 1963-1965.

El perfil temático de la Sección Constante, amplísimo, no sólo abarcaba asuntos disímiles, sino las más ajenas y lejanas realidades, a las que accede y comprende gracias a su notable

conocimiento de la política, la geografía, la historia, el arte, el acervo cultural humano en general, dignos de un saber enciclopédico que podría resultar inexplicable en un hombre de apenas veintiocho años entonces, con una vida hartamente azarosa. No resulta difícil a un lector apercibido detectar las múltiples fuentes de información utilizadas para sus textos. Libros aparte –cuya mención no siempre es directa pero que puede, además, rastrearse incluso en otra literatura de la misma época, como en sus cuadernos de apuntes y fragmentos–, más de cuatro decenas de publicaciones periódicas contemporáneas, la mayoría especializadas, sobre todo de Francia y Gran Bretaña, pero también de Alemania, Escocia, Rusia, Venezuela, México, Argentina, Brasil, Noruega y desde luego, Estados Unidos, resultan citadas en su columna, muchas de las cuales debió consultar en su idioma original.<sup>23</sup>

Algunos autores han señalado en el periodismo informativo martiano –y de otros autores hispanoamericanos–, por encima de la obvia influencia de la prensa moderna estadounidense, la muy marcada de los cuadros de costumbre ingleses y la *chronique* francesa de mediados del XIX. Susana Rotker, en específico, establece como paradigma el *fait divers*, la «vitrina de variedades» de *Le Figaro* parisino,<sup>24</sup> en tanto «lugar de las variedades, de los hechos curiosos, pero sin la relevancia suficiente para aparecer en las secciones serias del periódico». En efecto, no sólo queda registrado el periódico monárquico parisino entre las principales y repetidas fuentes referidas en la Sección Constante, sino que a ella se unen otras dieciocho publicaciones galas.

Resulta sintomático, en cambio, que en su columna apenas puedan ser consideradas como consultadas seis publicaciones norteamericanas: *The New York Sun*, *The New York Daily Herald*, *The Daily Evening Transcript*, *Spectator*, *Our Continent* y *Lumberman and Manufacturer*, y sucede a pesar de que, obviamente, fuera un estudioso de la prensa norteamericana por lo que puede inferirse al respecto una valoración de signo negativo, al menos en lo referente al contenido. En tal sentido

creo que no es posible pasar por alto la bien conocida admiración que Martí profesara profesionalmente al periodista y editor Charles Anderson Dana –a quien conociera en su carácter de director de *The New York Sun*–, a pesar de las discrepancias políticas que provocaron su alejamiento en el orden personal. Valoró de modo muy especial sus habilidades técnicas, de las cuales, indiscutiblemente, tomó ejemplo: a lo largo de los años su obra registra anotaciones sucesivas en torno al trabajo del estadounidense, lo cual demuestra la observación permanente de que lo hacía objeto. En su cuaderno de apuntes no. 8, de entre 1880 y 1882, anota, por poner un caso: «Dana, como Flaubert, no usa al hablar ni al escribir, palabra que no tenga en sí, sentido propio. Lenguaje así hecho, *penetra y convence*».<sup>25</sup> La propia Sección Constante no. 3, de noviembre de 1881, da cuenta de su estimación, cuando lo cita como «hombre ilustre», de estilo «acerado y luciente».<sup>26</sup> En 1887, en su correspondencia publicada en *La Nación*, señala: «Charles Dana [...] imagina publicar un diario de la tarde a centavo, un *Evening Sun* incisivo y resplandeciente, donde *la vida entera, en sus fases variadas y movibles*, se desborda de los *párrafos vivos y robustos* [...]».<sup>27</sup> A la altura de 1889, también en *La Nación*, continúa reconociendo, aunque ya con acritud, la maestría demostrada por el estadounidense en el empleo de la potencialidad manipuladora de la prensa: «Dana, el hombre del *Sun*, palpa en lo vivo al país, y *sabe por donde peca y por donde se le puede llevar del ronza* [...] es hombre que ve con singular claridad por donde se va hinchando la opinión, y no se le pone enfrente, aunque crea que viene mal, sino se le monta en la cresta, para llegar con ella [...]».<sup>28</sup>

Penetración, convencimiento, percepción y expresión variada y móvil de la vida, lenguaje vivo y robusto, cualidades que destaca y que son las que, sin duda, caracterizan su Sección Constante. Resulta significativa la mención, junto a Dana, del narrador realista francés Gustave Flaubert, en tanto ambos, cada cual en su entorno, han sido alabados por su objetividad y la esmerada perfección del estilo. Desde su Sección

Constante también lo recuerda elocuentemente: «Para Flaubert el estilo era como el mármol; lo pulía, lo limpiaba, lo limaba: no salía una frase de su manos hasta que su pensamiento no hubiera ajustado precisamente en ella [...]. Su frase es neta, maciza, bruñida, buena muestra de su estilo es esa con la que hemos encabezado este párrafo: “Ha de darse autoridad a la verdad por el modo perfecto de decirla”:—esto era para Flaubert un código».<sup>29</sup>

En realidad, esa presunta objetividad, que sería desde entonces la máxima aspiración de la prensa burguesa, devenida fórmula retórica para convencer a las masas de la «verdad» que el poder pretende imponer a través de los medios, hubo de rezar como parte del «deber ser» en sus inicios periodísticos, particularmente de sus textos informativos, en tanto se identificaba con su afán democratizador; con el tiempo, descubriría su cara más tenebrosa, esa que permitiría «llevar del ronzal» hábilmente a los desapercibidos.

Pese a todo, las variedades y curiosidades de la Sección Constante con ser amenas nunca llegaron a ser vanas, como tampoco su presunta objetividad fue real, mal que le pesara finalmente a los Aldrey. Si al Apóstol le interesaba esa confluencia dinámica, revuelta, casi caótica, y, al fin, natural de asuntos, era porque así resultaban de inquietos y fragmentarios los asideros a la comprensión de la época de formación, «reenquiciamiento y remolde»,<sup>30</sup> que le tocó vivir, donde sucedía «como un desmembramiento de la mente humana».<sup>31</sup>

Incluso los asuntos de apariencia más pueril cumplían su cometido, bien porque distinguieran algún aspecto inusitado y útil, bien porque los consideraba necesarios al balance de algún conjunto muy lastrado por la reflexión. O porque lo empleara como pretexto para introducir determinado tema «duro». De tal modo opera cuando dedica una frívola nota al «peinado zulú», «a la nido de pájaro», que gustaban llevar entonces las mujeres, para referirse, en la siguiente, a la relación matrimonial interracial entre una norteamericana blanca, «agraciada y joven», con un zulú sudafricano, del cual des-

taca virtudes físicas y habilidades. Y esto en su primera sección publicada, del 4 de noviembre del 1881.

El atractivo que sin duda posee el narrar acontecimientos a veces nimios de la vida de personalidades famosas de la cultura, la ciencia y la política o el gobierno, si bien no le permite una larga meditación, sí le facilita una valoración somera, especialmente en el caso de los últimos. Una muestra es el tratamiento que hace del caso del presidente James Abram Garfield, quien, tras un atentado, muriera en septiembre de 1881: un material que, a todas luces, a la altura de noviembre, fecha en que Martí escribe, ya no es noticia. El hecho de que ante y a causa de la noticia de su muerte otras personas fallezcan, supuestamente por aflicción, trasciende la narración melodramática para convertirse en atractivo pórtico a una serie de notas donde adiciona paulatinamente elementos a una inferible caracterización física y moral del occiso –hechos vinculados a su vida, agonía y muerte, repercusión de su desaparición, perfil psicológico de su asesino–, que el lector asiduo debe armar, parte a parte, como una reflexión estructurada en fragmentos que individualmente pueden alcanzar alta condensación, que llevan «en sustancia toda la materia»,<sup>32</sup> y no implican, por fuerza, un tradicional seguimiento noticioso.<sup>33</sup>

La secuencia de asuntos interrelacionados, reunibles bajo el mismo tópico hacia el cual siempre apuntan, cambiando apenas el angulado de abordaje, llegan a componer un esquema básico, una estructura temática embrionaria para una narración de más trascendentes propósitos, que podría o no producirse en otro medio y en otro momento. Leyendo estos trozos dispersos a lo largo de los días puede percibirse una compulsión hacia la unidad, una tensión fatal en función de un grupo preciso de ideas centrales que no siempre llegan a explicitarse, pero que –comprendemos– subyacen y coinciden con las principales obsesiones martianas. «Es mal mío no concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes», escribe, y dice más: «[...] no escribo con sosiego, ni con mi

verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y *cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí*».

Este tipo de operación se repite respecto a determinados temas cuyas secuencias narrativas se continúan y transcurren a lo largo de los días –en ocasiones más de una, de modo paralelo–, dotando de personalidad a la sección y de cierta dramática subyacente sustentada por la equilibrada disposición en que son colocados los «relatos», para propiciar el «enganche» habitual del lector: su regreso a las páginas del diario en busca de nuevos detalles. Temas vinculados al tópico del desarrollo técnico moderno son alimentados, una y otra vez. Más de una docena de notas le merecen abordar, por ejemplo, el tema de los empleos novedosos de la energía eléctrica como fuerza motriz, fuente de alumbrado y medio de comunicación, asunto constante, por otra parte, en el resto de su obra: nos habla de los nuevos ferrocarriles movidos por electricidad que unirán a Inglaterra e Irlanda, de un proyecto de bote eléctrico francés, de las ventajas del ferrocarril elevado que se proyecta en Berlín; de los distintos sistemas de alumbrado para viviendas, buques y ferrocarriles, y de las bondades para la salud humana de su uso por sobre otros sistemas que vuelven el aire impuro, de la posibilidad de emplearla para cultivar plantas bajo techo, demostrando pleno conocimiento de las investigaciones de los distintos inventores de lámparas: Edison, Faure, Yablojkov, Jamin, Swan, Fox; de su empleo para el telégrafo y los muy recientes intentos de comunicación telefónica, por cables terrestres o submarinos.

Muy detenidamente aborda, también, la actualidad editorial en el mundo, tanto respecto a la producción artístico-literaria como científica, así como otras distintas fases de institucionalización de la cultura típicas de ese período de la modernidad, como el establecimiento de las academias y de los sistema de premios en diferentes especialidades, la consoli-

dación del museo como entidad pública y la constitución de sociedades especializadas, muchas de las cuales han llegado hasta nuestros días. Son conquistas que valora muy positivamente en tanto hace justicia a la labor de artistas e intelectuales –en especial de «Nuestra América», de los cuales refiere constantemente sus últimas investigaciones y publicaciones– y los ayuda a insertarse dignamente en la fría modernidad mercantil del que hoy llamamos primer mundo. En carta del período y refiriéndose a conveniencia de la inminente fundación de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente a la Española, comenta a Diego Jugo Ramírez con fecha 10 de junio de 1882: «Déjeme decirle algo, amigo mío, de la futura Academia. ¿No curará esto de *su ansia de honores, tan parcialmente concedidos, a tantos hermosos talentos nuestros*, que tuercen sus dotes ricas, y esconden sus afectos patrióticos, por hacerse agradables a esos caprichosos y desagradecidos dispensadores de la Fama?».<sup>34</sup>

Esos momentos son, tal vez, junto a aquellos antes referidos donde aborda los avances de la ciencia y la técnica, los más propensos al abandono del estilo noticioso para hacer espacio a la evaluación reveladora, aunque a veces tangencial, de nuestra capacidad de inserción, como pueblos nuevos –previa defensa de nuestra integridad–, en el acelerado avance de los países de Europa occidental y Estados Unidos. En la Sección Constante correspondiente al 9 de febrero de 1882, por ejemplo, reflexiona: «Vivimos [los hispanoamericanos], por incuria, por no registrar nuestros archivos, por no publicar las joyas que guardamos en ellos, en una lamentable ignorancia de los acontecimientos de *nuestra vieja historia, que, una vez estudiada y descubierta, será una fuente de provechosísimas lecciones para pueblos que, como casi todos los de Suramérica, son mirados como una presa natural por otras codiciosas naciones de la tierra*. Esa historia vieja enseña una verdad: la conquista se realizó, merced a las divisiones intestinas y rencores y celos de los pueblos americanos. Por satisfacer odio momentáneo y abatir a sus enemigos, y complacer su orgullo, aquellos pue-

blos cayeron en esclavitud constante. Los pueblos de una raza deben ser como los hermanos de una familia. *En cónclave privado deben computar sus mutuos derechos, y decirse sus quejas y sus deseos, pero cuando el extranjero llama a las puertas, todos los hermanos deben mover a una la misma hacha de armas, si el extranjero viene de guerra. Si viene de paz, con el arado en una mano y el libro en la otra, se le sienta a la mesa, se le da una porción de la tierra, y se le ofrece a la hija de la casa en matrimonio.*<sup>35</sup>

La extensión y la profundidad dedicada a cada asunto varía. Las curiosidades o la crónica social, por lo general, son breves, mientras mayor extensión alcanzan, como tendencia, los temas literarios, científicos o históricos, que suelen, como hemos visto, sobrepasar la noticia, conciliando géneros como la crónica y el artículo en una mezcla donde sí se delata la presencia de una voluntad literaria. Tal el caso de la información en torno a un monumento de mármol dedicado a la memoria del unionista hondureño Francisco Morazán, que se fabricaba en un taller de Génova. La nota, que podría haberse remitido a la simple descripción del hecho, da inicio y termina con el tono de una de sus más exaltadas y brillantes crónicas. Veamos apenas el comienzo: «En otro tiempo, Centroamérica vio batallar, derribar obstáculos, fundir pueblos y elaborar una nación potente, que fue ahogada en su cima por los pequeños odios locales que como necesidad de su política mantenía despiertos el gobierno de la colonia, a un guerrero brillante, que era hombre de grandes pensamientos y de hermosas palabras, a Morazán. Luego de deshecha su trabajosa obra de fusión de los Estados de Centroamérica en una República vasta y poderosa, murió oscuramente a manos de una facción importante. Había en Morazán, a quien los centroamericanos rinden un culto semejante al que todos los hijos de Hispanoamérica rinden a Bolívar, algo del empuje, del poder excelso, de la fuerza mágica, del valor resplandeciente de nuestro maravilloso héroe. Por de contado que su personalidad es aún calurosamente debatida, y sus merecimientos exaltados o nega-

dos según sean los que los comenten, partidarios o adversarios de la Unión de Centroamérica, por las que el guerreador famoso, que fue también un orador elocuente, dio su vida. ¡Aún lleva el buen soldado sobre su capa de batallar el polvo del camino!»!<sup>36</sup>

Así, es incluso capaz de salvar de la trivialidad la narración de eventos de menor importancia social como es el caso del texto «cronicado» a partir del de un corresponsal en París del *London Truth*, que relaciona el éxito de un niño músico en los salones europeos. Un fragmento ilustrativo de la nota martiana, cuyo valor se torna puramente literario, basta: «La Reina de España ha creado en París uno de los salones más concurridos y selectos de la ciudad, y el niño ha arrebatado allí a sus oyentes. El organista de Nuestra Señora, la clásica iglesia, lleno de admiración, le cedió un día el órgano para que tocase: todo el París brillante se congregó ese día bajo las bóvedas solemnes, llenas de aire de siglos, de la Iglesia majestuosa. La luz, que filtra intensamente por los cristales de colores de las altas ojivas, acariciaba el rostro infantil del maravilloso pequeñuelo. Sus dedos no responden a las exigencias de la música que repite o compone: pero él vence siempre estas dificultades amontonando otras de diverso género, o inventando sobre el teclado giros imprevistos y soluciones desconocidas».<sup>37</sup>

Resulta obvio que Martí lleva voluntariamente su sección mucho más allá del ámbito mundo del estilo noticioso: desde la *Revista Venezolana* ya había advertido que «el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro»,<sup>38</sup> y naturalmente hubo de ficcionalizar para «levantar» algunas de sus noticias, proceder que los Aldrey –bien estrechos de mira o utilizándolo como falso argumento encubridor de sus verdaderos motivos– llegado el momento, le echarían en cara.

Lo cierto es que el Martí de la Sección Constante no renunció a los lujos del lenguaje, pero resulta evidente que su

selección estuvo más motivada por la expresividad, en la búsqueda de la máxima eficacia, que por la belleza *per se*. Otros autores han señalado la presencia en la sección tanto de neologismos, encargados de nombrar, fundamentalmente, las innovaciones técnicas y avances científicos que registra, a tono con la difusión que de ellos hacían sus fuentes –las revistas especializadas o la prensa de la época– como de arcaísmos y cultismos, en pos de la precisión y la armonía, la profundidad y la agilidad que denotan el conjunto.<sup>39</sup> Aproximadamente en esa misma época –1881– reflexiona en torno a este empleo de palabras aparentemente tan lejanas al habla del lector medio a quien se dirige, capaces de garantizar, en cambio, la trascendencia de su mensaje. Esta afirmación da la clave, a nuestro juicio, de su proceder: «En las palabras, hay una capa que las envuelve, que es el uso: es necesario ir hasta el cuerpo de ellas. Se siente en este examen que algo se quiebra, y se ve lo hondo. *Han de usarse las palabras como se ven en lo hondo, en su significación real, etimológica y primitiva, que es la única robusta, que asegura duración a la idea expresada en ella.*—Las palabras han de ser brillantes como el oro, ligeras como el ala, *sólidas como el mármol*».<sup>40</sup>

De tal vocación irrenunciable a la belleza acompañada del servicio provino precisamente la fatal desaparición de su sección caraqueña.

«¿Cuándo empezó a ser condición mala el esmero? [...]. Que la sencillez sea la condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno»<sup>41</sup>

Algunos de los textos martianos recibidos por los Aldrey terminaron siendo postergados por resultar francamente inconvenientes para la política editorial del órgano y para el

papel de vocero oficial del gobierno de Guzmán Blanco que, poco a poco, *La Opinión Nacional* pretendía ir ganando. Las recriminaciones respecto a sus colaboraciones con el periódico en general llegaron a ser esenciales, lo que se refleja en la correspondencia conservada. El 3 de mayo Fausto Teodoro de Aldrey le escribe: «Hágole además una recomendación muy encarecida, a saber: que procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo [estadounidense], porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría».<sup>42</sup> En misiva fechada probablemente entre mayo y julio de 1882, Fausto Teodoro vuelve a comunicarle indirectamente su descontento, encubierto tras señalamientos de estilo, e incluye, definitivamente, una velada amenaza de interrumpir la sección: «[...] voy relegando la Sección Constante porque murmuran de ella diciendo que habla mucho de libros y poetas. Por otra parte los párrafos son muy largos. Esta Sección q. deseo continuarla, debe ser de párrafos cortos».<sup>43</sup>

Las contradicciones crecientes con la dirección del diario terminaron por obligarlo a abandonar su trabajo. Encontramos evidencia cierta de la ruptura por parte de Martí el 10 de junio, en carta al poeta y periodista venezolano Diego Jugo Ramírez: «[...] desde el instante mismo de la desaparición de *El Monitor*<sup>44</sup> comenzaron a ser ligeras, y un tanto despegadas, a mis ojos al menos, las cartas antes agradecidas y vehementísimas, y preñadas de las más calurosas protestas de consideración y afecto, de Aldrey y Juan Luis [...] la fortuna me tiene mimado, en lo de rodearme de gentes que me digan la verdad cuando la he menester, pero que me traten con singular ternura, y con una consideración que es mi gozo. En la última carta de J. Luis, me ha parecido ver que esta consideración corría peligro de faltar. Y escribo a Aldrey la carta que le adjunto, para que se la guarde, y sólo haga mención de ella en caso de que se dijera de mi acto lo que no es;—y suspendo mis cartas a *La Opinión*».<sup>45</sup>

Más de un mes había transcurrido cuando el 31 de julio de 1882 Juan Luis de Aldrey envía una breve e impersonal nota donde el diario pone punto final al asunto:

Sr. D. José Martí  
New York

Remito a U. por conducto del señor Dr. Pablo Ranulla, que parte hoy para esa en el vapor Caracas, ochenta duros, o sea cien pesos sencillos, último sueldo que devengó U. en el mes de mayo; con lo que quedan canceladas las cuentas de U. como corresponsal de *La Opinión Nacional*.

Se despide de U.

S.S.

Juan Luis Aldrey<sup>46</sup>

A la altura del 28 de julio de 1882 Martí había comentado a Diego Jugo Ramírez su profundo pesar por lo ocurrido: «¡Cuánto me duele ahogar aquella voz, hecha ya a vaciarse en los buenos y altos pechos que aún respiran a las faldas del Ávila! ¡Qué placer era para mí, por más que me ocasionase rudo trabajo, escribir todas aquellas cosas a Caracas!». <sup>47</sup>

En misiva a Manuel Mercado, años después, el 13 de noviembre de 1884, el Apóstol volvería al tema, confesando concretamente que se le había puesto por condición «alabar [...] las abominaciones de Guzmán Blanco». No obstante tan amarga experiencia, mantuvo un gusto especial por este tipo de trabajo.

Poco tiempo después de que cesaran sus colaboraciones a *La Opinión Nacional*, lograría hacer renacer una nueva colección de gacetillas, esa vez desde la única publicación que dirigió durante un corto período, entre 1883 y 1884: *La América*, de Nueva York que, de algún modo, daría continuidad a la Sección Constante en sus Hechos Notables y, en general, en sus sueltos dedicados a informar en torno a invenciones, consejos técnicos, procesos industriales y agrícolas, descubrimientos científicos, desarrollo económico y comercial, avances edu-

cacionales... Su aprecio por este tipo de trabajo no sólo no moría, sino que, con la práctica, se precisaba.

En 1887 sugiere concretamente a Mercado la conveniencia de incluir en el diario mexicano *El Partido Liberal* una columna semejante: «Le mando hoy, como ve, otra correspondencia, y un recorte de mucho interés con una entrevista del General Díaz sobre México, que de seguro habrá traducido El Partido. Veo El Partido con letra muy ancha [...]. Yo creo que de ningún modo le sería inoportuno tener abierta *una sección constante y bien nutrida*, con lo que dicen aquí partidos opuestos, bajo la cabeza, por ejemplo, de “México en Estados Unidos”. Si U. me lo manda así, tendré placer en hacerlo. Traducidos no le mandaré los recortes, por falta material de tiempo, y porque de los más de ellos, y de casi todos, *valdría más que traducirlos, extractarlos, para que la sección fuese más variada y mejor servida*». <sup>48</sup>

Todavía en 1889 propone al propio Mercado revivirla para el *Diario Oficial* de México esbozando, a un tiempo, la más aguda caracterización de lo que fuera su sección caraqueña: «Podría renovar la columna diaria, que solían ser dos, y escribí por un año, sin firma, en *La Opinión Nacional* de Caracas, que la llamó Sección Constante, y dice que el público se la bebía, porque era un comentario corriente, en párrafos concentrados, vivos de color y variando de tonos, sobre todo lo que, en un centro universal como este, puede interesar a un hombre culto a la vez que a los lectores usuales:—libros, singularidades, noticias de personas famosas, descubrimientos, detalles típicos y característicos, novedades de ciencias e industrias, reminiscencias literarias, breves y oportunas». <sup>49</sup>

Al cabo, no podemos ver las gacetillas de la Sección Constante, ni el resto que incluyó en tantísimas publicaciones, como hechos aislados, como forma fácil y coyuntural de ganarse el sustento, o como una «gimnasia de estilo» a la manera de Darío. El interés permanente en su ejercicio, su obsesiva preocupación por hacerlas existir, tributa, desde luego, al plan mayor, que era su vida toda: debemos apreciarlas como una herra-

mienta recurrente de su misión, y de su deseo y necesidad de comunicarla. Descendientes de ese nuevo periodismo que entraba con ellas por puerta de oro a Nuestra América y que no escatimaba recursos para cumplir su función de informar; herederas naturales, también, del iluminismo abanderado de la justicia y el progreso social y concebidas, justamente, en nuestro siglo de las luces decimonónico; hijas de su gestión redentora y, a un tiempo, de su impronta estética –en ellas la mayor información y su mejor literatura–, estas «criaturas verbales»<sup>50</sup> martianas como podría haberlas llamado Fina García Marruz, no han perdido aún su capacidad de asombrarnos, conmovernos y hacernos pensar. Cumplido ha de parecerse hoy, pues, con creces su propósito.

<sup>1</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 21, Cuaderno de apuntes no. 9, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 251.

<sup>2</sup> En torno a este tema, puede consultarse a Siegfried J. Schmidt. «De discursos literarios al sistema social de la literatura», *Conjuntos*, Universidad Autónoma de México, 1996.

<sup>3</sup> Susana Rotker, en su *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí* (Casa de las Américas, La Habana, 1992), cita al respecto algunas de las «abundantes quejas» de los más connotados escritores modernistas hispanoamericanos: el cubano Julián del Casal, el nicaragüense Rubén Darío, el mexicano Gutiérrez Nájera y el propio Martí. Se dolían de que el periodismo informativo entrañaba despojo de su «propia personalidad» –Casal–; que se pagaba por cantidad y no por calidad, e impedía tener «estilo» –Darío–; mientras Gutiérrez Nájera comunicaba su pena por la muerte de la «pobre crónica» a manos del repórter. Martí, por su parte, menos aristocrático y más atraído evidentemente con sus posibilidades de alcance multitudinario e inmediato, distingue los requerimientos de su propia especificidad: «El escritor diario, que puede ser sublime a veces, ha de contentarse con ser agradable» (José Martí. *Obras completas*, t. 21, p. 251).

<sup>4</sup> Véase al respecto, el ensayo de Rita M. Buch Sánchez, «El proyecto de la Ilustración en la pedagogía filosófica cubana: Caballero, Varela y Luz», en Colectivo de Autores. *Utopía y experiencia en la idea americana*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 1999, pp. 64-76.

<sup>5</sup> Según José de la Luz y Caballero fue «nuestro verdadero civilizador». Su filosofía electiva marcó definitivamente el pensamiento cubano del XIX.

- <sup>6</sup> José A. Saco. *La vagancia en Cuba*, Cuadernos de Cultura, La Habana, 1946, pp. 85-87. Las cursivas, en lo adelante, siempre serán nuestras.
- <sup>7</sup> Rafael María Mendive. «Progresamos», *Revista de La Habana*, t. 5, La Habana, 1856, p. 85
- <sup>8</sup> Susana Rotker. *Op. cit.*, p. 120.
- <sup>9</sup> Véase en relación con las gacetillas martianas en la *Revista Universal* Pedro Pablo Rodríguez. «Martí gacetillero», *Enfoque*, Unión de Periodistas de Cuba, La Habana, año 4, no. 14, 2002, pp. 8 y 9.
- <sup>10</sup> José Martí. «Fragmentos», fragmento 49, *Obras completas*, t. 22, *op. cit.*, p. 36.
- <sup>11</sup> Como es sabido, la *Revista Venezolana* –publicación caraqueña, fundada y dirigida por José Martí– comenzó a publicarse el 1 de julio de 1881. Su segundo y último número correspondió al 15 de julio de 1881. En sus páginas recogía artículos en torno a figuras relevantes y hechos destacados de la historia de Venezuela y de América en general, poesías y notas bibliográficas. Además de su propio director, escribieron para sus páginas Arístides Rojas, Cecilio Acosta, Guillermo Villegas, Eloy Escobar, Eduardo Blanco y Diego Jugo, entre otros. Su cierre –y el regreso de Martí a Estados Unidos– estuvo determinado por la aparición del artículo necrológico que el Apóstol escribiera a la muerte de Cecilio Acosta, principal opositor del dictador Guzmán Blanco, y que le atrajera la animadversión del presidente.
- <sup>12</sup> *La Opinión Nacional*: publicación caraqueña fundada en 1868 y dirigida por el periodista y ensayista español establecido en Venezuela Fausto Teodoro de Aldrey. Fue la primera en utilizar una imprenta de vapor en el país. Con el tiempo se convirtió en vocero del gobierno del general Antonio Guzmán Blanco. Martí había comenzado a escribir para este diario desde junio de 1881.
- <sup>13</sup> Fausto Teodoro de Aldrey: periodista y ensayista español. Siendo joven se trasladó a América y vivió algún tiempo en Puerto Rico. De allí se estableció a Venezuela. Fundó *El Porvenir* (1864) y *La Opinión Nacional* (1868). Aldrey fue autor de *Cuestión de derecho público internacional de Venezuela* (1865). Juan Luis de Aldrey: periodista venezolano. Junto con su padre dirigió *La Opinión Nacional*.
- <sup>14</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 23, p. 57. Cotejado contra la primera edición de *La Opinión Nacional*.
- <sup>15</sup> *Destinatario José Martí*, comp. y notas Luis García Pascual, Casa Editora Abril-Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1999, p. 73.
- <sup>16</sup> Susana Rotker. *Op. cit.*, p. 130.
- <sup>17</sup> José Martí. «Invento muy útil», *Obras completas*, t. 8, p. 407. La cursiva es nuestra.
- <sup>18</sup> Pedro Pablo Rodríguez. *Op. cit.*, p. 9.
- <sup>19</sup> José Martí. «Otros fragmentos», fragmento 18, *Obras completas*, t. 22, p. 319.
- <sup>20</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 20, p. 115.
- <sup>21</sup> *José Martí-Sección Constante*, comp. y prol. Pedro Grases, Caracas, 1955.

<sup>22</sup> «La Sección Constante número ciento doce», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 16, La Habana, 1993, p.13.

<sup>23</sup> Publicaciones referidas en orden alfabético: *Annales D'hygiene Practique* (Francia), *Annales de Medecine Usuelle* (Francia), *Anuario Bibliográfico* (Argentina), *Blackwood's Magazine* (Escocia), *Boccacio* (Francia), *La Centuria Negra* (Rusia), *The Daily Evening Transcript* (E.U.), *El Diario de los Economistas* (*Journal des Economistes*, Francia), *Edimburgh Review* (Escocia), *Le Figaro* (Francia), *La France Nouvelle* (Francia), *Le Gaulois* (Francia), *Le Globe* (Francia), *Jornal do Comercio* (Brasil), *Journal des Economistes* (Francia), *Journal des Savants* (Francia), *Labsinthe*, *Journal Aperitif* (Francia), *Lumberman and Manufacturer* (E.U.), *La Lumiere Electrique*, *Journal Universel* (Francia), *Le Menú Ilustre* (Francia), *Le Moniteur des Produits Chimiques et de la Droguerie* (Francia), *El Monitor* (Venezuela), *El Monitor Republicano* (México), *La Nación* (Argentina), *El Nacional* (Argentina), *The New York Daily Herald* (E.U.), *The New York Sun* (E.U.), *Nouvelle Revue* (Francia), *Novoe Vremja* (Rusia), *Our Continent* (E.U.), *Pall Mall Gazette* (Gran Bretaña), *Periódico del Instituto Antropológico de la Gran Bretaña* (Gran Bretaña), *Le Piron* (Francia), *Revista de Ambos Mundos* (La Revue des Deux Mondes, Francia), *Saturday Review* (Gran Bretaña), *Spectator* (E.U.), *Tägliche Rundschau* (Alemania), *Le Temps* (Francia), *The Times* (Gran Bretaña), *Le Trique* (Francia), *Truth* (Gran Bretaña), *Verdens Gany* (Noruega).

<sup>24</sup> Susana Rotker. *Op. cit.*, p. 129.

<sup>25</sup> José Martí. «Cuadernos de apuntes» no. 8, *Obras completas*, t. 21, p. 234.

<sup>26</sup> José Martí. Sección Constante, *Obras completas*, t. 23, p. 65.

<sup>27</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 11, pp. 183 y 184.

<sup>28</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 12, pp. 311 y 312.

<sup>29</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 23, p. 92.

<sup>30</sup> José Martí. Prólogo a «El poema del Niágara» de Antonio Pérez Bonalde, *Obras completas*, t. 7, p. 225.

<sup>31</sup> *Id.*, p. 226.

<sup>32</sup> José Martí. «Otros fragmentos», fragmento 18, *Obras completas*, t. 22, p. 319.

<sup>33</sup> A continuación, la serie Garfield, secuencia de notas que se extiende a lo largo de cuatro meses (no se consideran alusiones tangenciales al tema en textos dedicados a otros asuntos):

1. La muerte de Garfield causó la de dos personas en Flit (Estados Unidos del Norte). Uno, un carpintero, había trabajado durante el día, y parecía gozar de muy buena salud: doblaron las campanas, al saberse en el pueblo la lúgubre noticia: «El presidente ha muerto!», dijo, y murió casi inmediatamente. El otro caso es menos raro: al oír los dobles una joven que desde hacía tiempo estaba enferma, exclamó: «¡Ha muerto el presidente: pronto me reuniré con él!». Murió antes que las campanas cesasen de doblar. En otro lugar de Estados Unidos, un caballero anciano, al leer en un periódico la noticia, cayó muerto.

2. Hablando de la muerte de Garfield, Mr. Evarts, el ex ministro de Estado, dijo con alusión al asesinato del primero de los nacidos: «Y hubo mucho llanto en Egipto, porque no había casa en que no hubiese un muerto», y dijo que le parecía que en esta nación no había casa en que también no hubiese un muerto. ¡Tan general era el dolor que se sentía!
3. Una casa editorial norteamericana pidió a Blaine, el ministro de Garfield, que escribiese en seis meses una vida de Garfield, a cuyo lado y en íntima amistad con el cual, se sentó durante dieciocho años en Senado y Congreso. Pero el plazo ha parecido angustioso a Blaine: cree que necesita más de seis meses para preparar y publicar un libro digno del muerto y del biógrafo.
4. A pesar de que casi todas las medicinas y alimentos servidos durante la enfermedad al presidente Garfield fueron gratuitamente suministrados por los proveedores, que se han negado a aceptar paga alguna por ellos, el costo total de la enfermedad y funerales del ilustre infortunado ha sido \$347 650. La mayor parte de estas sumas fue empleada en decorar los edificios de Cleveland, la ciudad donde yace, en lo cual se gastaron \$100 000: otros cien mil se invirtieron en las expensas de acomodación del asombroso número de huéspedes que afluyó a la ciudad con motivo de los funerales.
5. Garfield decía de Lincoln: «Los pocos libros que llegaban a su alcance. los devoraba con la divina hambre del genio». De la lengua griega dijo Garfield: «El griego es tal vez el instrumento más perfecto del pensamiento inventado jamás por el hombre, y su literatura no ha sido nunca igualada, ni en pureza de estilo, ni en osadía de expresión». Otra vez exclamaba Garfield generosamente: «Haya en hora buena arrugas sobre nuestra frente, pero no las haya jamás en nuestro corazón. El espíritu no debe envejecer». Innumerables observaciones, proverbios sentenciosos, juicios de libros, resúmenes de lecturas, opiniones sobre hombres, trozos de sus discursos han sido acumulados felizmente en un libro que acaba de compilar la buena casa editorial Houghton y Mifflin de Boston. El nombre del libro es *Garfield's Words (Palabras de Garfield)*.
6. La Nueva Sociedad Shakespeariana de Londres ha nombrado su primer miembro honorario a la esposa de Garfield, como tributo humilde de la admiración que inspiran su ternura ejemplar y solicitud extraordinaria durante la larga enfermedad de su ilustre esposo. Otro tributo más señalado que este ha merecido Garfield. La iglesia hebrea de Nueva York ha plantado en su jardín un árbol memorativo del infortunado Presidente; la iglesia hebrea, que no ha tributado jamás honor alguno a hombre que no haya sido de su comunión y raza. «Pero él durará en todos los tiempos –dijo el sacerdote que presidió la ceremonia– y debe ser amado a la par de todos los hombres».
7. No hay hecho en la vida de Garfield que no merezca reflexión y aplauso. Abrimos una biografía suya: y leemos cómo, a la par que divertía, instruía a sus hijos, de modo tan sencillo que a muchos padres que lean esto

ocurrirá ponerlo en práctica. Dice así la biografía, escrita por Rockewell, su buen amigo: «Entré en su casa una mañana, en aquel verano que precedió a su elección de presidente en momentos en que acababan de almorzar. Estaba toda la familia en torno a la mesa, y Garfield leía en un pequeño diccionario, de esta nuestra lengua inglesa en que las palabras se escriben de modo diferente al modo con que se pronuncian, palabras que en lo común son pronunciadas malamente. Él deletreaba la palabra, y preguntaba a cada uno, por turno, cómo había de pronunciarse. Los mayores de edad caían en falta con no menos frecuencia que los pequeños. Y con lo que allí aprendían los niños tenían tanto de instrucción como de plática animada y regocijo. Pero mejor era otra costumbre suya, en la que entretenía también buena parte de su tiempo, luego del almuerzo, y como de sobremesa. Leía en el diccionario las definiciones de las palabras, y sus hijos trataban de hallar la palabra definida, que él, por supuesto, callaba. Los niños gozaban grandemente, y el padre tanto como ellos. Cuando andaban cerca de la palabra exacta, decía el padre: “¡caliente! ¡caliente!” y cuando no daban con ella: “¡frío! ¡muy frío!”». Mas no es esto sólo lo admirable, sino que Garfield se entretenía diariamente en estas cosas, en los momentos en que bullía en todo Estados Unidos la candidatura para su elección.

8. En su lecho de muerte, quince días después de haber sido herido, pidió Garfield un lápiz y un pedazo de papel, y escribió con su mano descarnada: «James A. Garfield: Strangulatus pro Republica».
9. El director de la prisión donde está el asesino de Garfield opina que aunque Guiteau es un hombre singular, no es de ninguna manera demente. Copiamos lo que dice, porque confirma lo que en este periódico se ha previsto, y lo que nadie ha explicado tan claramente en Estados Unidos como el director de la prisión lo explica ahora: «Guiteau hace considerable ejercicio, toma tres comidas con su usual apetito, y ocupa todo su tiempo libre en leer periódicos. Me parece que ha estado serio y pensativo en estos últimos tres días, como que va analizando ya el peligro que corre. Hasta hace poco tiempo, el pensamiento de que era una figura conspicua y capital que atraía la atención pública ha halagado su vanidad y satisfecho su intenso egoísmo, sin dar lugar a otros temores ni meditaciones. Es un hombre maravillosamente impresionable, que siente con gran viveza y quiere con gran voluntad, como lo demuestra la persistencia con que ha proseguido planes que cualquier otro hombre hubiera abandonado por impracticables, Guiteau exageró indudablemente el estado de la opinión pública en los momentos en que mató al presidente, y el exceso de impresionabilidad en su composición mental le llevó a creer que el partido de que se proclamaba defensor le libraría del riesgo en que su acto le pusiese, si lograba salir vivo del breve período durante el cual se vería expuesto a la justa indignación de un pueblo

irritado. Él ha venido creyendo sin ninguna duda que el presidente, o los políticos Stewarts que han venido al poder por la muerte de Garfield, se interpondrían de alguna manera durante el proceso para librarle de la muerte, pero creo que ya comienza a notar que se ha exagerado sus probabilidades de salvación por este recurso; y ahora que ya la novedad del caso va pasando, y que el proceso se acerca a su fin, ve con más claridad y temor su verdadera situación. No da aún evidencia de desesperación o desaliento: todavía tiene esperanzas de que lo salve algún acontecimiento extraordinario. En cuanto a su cordura, no hay un solo acto suyo durante su prisión que indique demencia. Su conducta ha sido notablemente equilibrada, sin que un día se haya diferenciado de otro. Es cortés en sus modales, rápido en sus percepciones y fluido en su discurso. Conversa sobre todos los asuntos del día con el mismo buen sentido, discreción y reposo que el hombre más discreto, y sólo insiste en un asunto hasta tanto que la conversación no le lleva naturalmente a otro. Jamás le he oído decir extravagancias ni romper en exabruptos. Sí se conoce que es hombre de genio excitable, y lo demuestra cuando cree que se atenta de algún modo a sus libertades, o derechos; pero, como la de todos los hombres de carácter violento, su cólera dura poco, y se apaga tan pronto como se enciende». Y añadió el director de la prisión: «Esperábamos hoy a su hermana, pero probablemente la ha detenido en su casa la inclemencia del tiempo. Su hermana parece ser la única criatura humana que realmente se cuida de él, y le ha mostrado cariño, y solicitud por su suerte. Guiteau parece ser un objeto totalmente privado del amor o la simpatía de los hombres».

<sup>34</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 7, p. 271. La cursiva es nuestra.

<sup>35</sup> José Martí. Sección Constante, *Obras completas*, t. 23, pp. 191 y 192. La cursiva es nuestra.

<sup>36</sup> *Id.*, pp. 84 y 85.

<sup>37</sup> *Id.*, p. 201.

<sup>38</sup> José Martí. «El carácter de la *Revista Venezolana*», *Obras completas*, t. 7, p. 212.

<sup>39</sup> «[...] la razón aconseja en las letras como en los actos todos de la vida: la armonía. Armonía en el conjunto, y fuerza de idea, pronta y distinta, en cada (una) palabra» (José Martí. Cuadernos de apuntes, no. 14, *Obras completas*, t. 21, p. 344).

<sup>40</sup> José Martí. Cuadernos de apuntes, no. 5, *Obras completas*, t. 21, p. 164. La cursiva es nuestra.

<sup>41</sup> José Martí. «El carácter de la *Revista Venezolana*», *Obras completas*, t. 7, pp. 211 y 212.

<sup>42</sup> *Id.*, p. 98.

<sup>43</sup> *Id.*, pp. 100 y 101.

<sup>44</sup> *El Monitor*, periódico de Caracas, que significaba la competencia para *La Opinión Nacional*.

<sup>45</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 7, p. 271.

<sup>46</sup> *Destinatario José Martí*, p. 105.

<sup>47</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 7, p. 273.

<sup>48</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 20, p. 115.

<sup>49</sup> *Id.*, pp. 140 y 141.

<sup>50</sup> Fina García Marruz. «El escritor», *Temas martianos*, Huracán, Puerto Rico, 1981, p. 194.

## «Definir, avisar, poner en guardia...» Visión martiana de Estados Unidos en *La América*\*

*Pedro Pablo Rodríguez*

En abril de 1882 comenzó a circular *La América. Revista de Agricultura, Industria y Comercio*, editada mensualmente en Nueva York por su propietario, el cubano Enrique Valiente, con el propósito de fomentar el desarrollo del comercio de exportación de Estados Unidos hacia América Latina.

Su editor-propietario dirigía también, desde poco más de un año, la Agencia Americana de Nueva York, institución que funcionaba como una casa comisionista encargada de brindar información sobre las industrias norteamericanas a sus vecinos del Sur interesados en ello, y que disponía de una sucursal en La Habana. Esta oficina se ocupaba, además, de las suscripciones a *La América* en la capital de Cuba, isla donde tenía representantes para ello en doce poblaciones más, al igual que en todas las demás naciones hispanoamericanas, incluida Puerto Rico y exceptuando a Paraguay.<sup>1</sup>

Durante más de un año la preparación de la revista estuvo en manos de otros cubanos: su director, Rafael de Castro Palomino, y su redactor, José J. Luis, vinculados ambos desde muy atrás a las luchas patrióticas cubanas.<sup>2</sup>

Por tanto, son presumibles la relación y posible influencia de la revista entre los cubanos emigrados y en la propia Isla,

\*Tomado de Colectivo de Autores. *José Martí y los Estados Unidos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1998.

y el alcance continental de su labor informativa y propagandística.

La publicación cumplía su cometido mediante numerosas informaciones de redacción propia o tomadas de otros impresos, ilustradas siempre las maquinarias referidas, y con buena cantidad de anunciantes, justificado esto último por su declarado carácter de periódico de anuncios.

En el número 12, correspondiente a marzo de 1883, aparece José Martí como colaborador, y en el 15 ya se le señala en el machón como director, mientras que en un breve aviso se informa que ha sido «encargado de la parte de las letras».<sup>3</sup> Hasta julio de 1884 –último número conservado en La Habana– se mantuvo al frente de la publicación, es decir, que durante al menos trece meses ostentó esa responsabilidad, ratificada en enero de 1884 por su nuevo propietario, el también cubano Ricardo Farrés.<sup>4</sup>

La ausencia de una colección completa hasta el momento permite que el misterio envuelva el cese de Martí en la revista. En el último número a nuestro alcance, de julio de 1884, se hace la siguiente aclaración: «Por todo lo no firmado. El Director. José Martí». En sus *Obras completas* se incluyen algunos textos de septiembre y noviembre de ese año y hasta otro de 1887, pero no disponemos de mayor información sobre ellos ni de ejemplares de la publicación que nos indiquen hasta cuándo Martí se mantuvo como director ni cuándo finalizó su labor de redacción total o cesó definitivamente de escribir para sus páginas.

El propio Martí manifestó la alta estima que concedía a esos escritos, pues en carta del 1 de abril de 1895 orientó a Gonzalo de Quesada que junto a los aparecidos en otros periódicos, escogiese entre sus trabajos de *La América*, «hasta que cayó en Pérez», el material «de los seis volúmenes principales de su obra».<sup>5</sup>

*La América* resulta, por consiguiente, la primera publicación sistemáticamente asumida con plena responsabilidad editorial por Martí para expresar aspectos de su pensamien-

to, como pretendió de manera infructuosa en 1878 con la *Revista Guatemalteca* –que nunca se imprimió–, y en 1881 con la *Revista Venezolana*, que no pudo pasar de su segundo número al ser obligado a abandonar Caracas por el presidente Antonio Guzmán Blanco. La línea de continuidad entre aquellas y la revista neoyorquina es directa y expresa: en los tres casos es explícito el sentido latinoamericanista que animaba a Martí a obrar, manifestado en las tres publicaciones mediante el propósito de poner en contacto a la que llamaba ya nuestra América con los avances científicos, tecnológicos, agrícolas e industriales de Europa y de Estados Unidos.<sup>6</sup>

De hecho, pues, desde muy joven hubo en el cubano un afán modernizador en lo que se refiere al conocimiento y a la adopción de los aportes alcanzados en otras partes del orbe, siempre bajo la óptica de incorporarlos a partir de las reales necesidades de nuestros pueblos, de sus propios caracteres y con los fines de asegurar la permanencia de su identidad y de afianzar su independencia.

Así, nos dice en el editorial de diciembre de 1883 en que se explica el cambio de propietario, que *La América* «fue fundada y conducida de manera que, gradualmente y de sí propia, acabase al fin por ser un *órgano severo, fiel y vigilante de los intereses generales de la América española y especiales de esta en los Estados Unidos*».<sup>7</sup>

Estas ideas las ratifica y amplía en el editorial de enero de 1884, del modo siguiente: «Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia, –y en apariencia sólo, –maravilloso de este país; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual, –imayor acaso, sí, mayor, y más durable! –en nuestros países; es decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que con justicia le preocupa, e irlo diciendo con el mayor provecho general, con absoluto desentendimiento de toda pasión o provecho de personas, y con la mira siempre puesta en el desenvolvimiento de las artes prácticas, y en el comercio inteligente, bases únicas de la grandeza y prosperidad de individuos y naciones».<sup>8</sup>

La labor martiana en *La América* se inscribe, por tanto, en el momento en que su pasión y fe latinoamericanistas se enriquecen, de un lado, con una concepción de un mundo cambiante, preñado de incertidumbres e indefiniciones en cuanto a los rumbos de la historia,<sup>9</sup> y, de otro, con su estudio continuado y sistemático de los acontecimientos de su entorno norteamericano, que le permitiría ahondar en el conocimiento íntimo de aquella sociedad, su desenvolvimiento, características y proyecciones. Esos grandes núcleos de problemas que informarían su pensamiento desde los comienzos de la década del ochenta, contribuirían a impulsar su exposición sistemática en *La América* de una diversidad de ideas sobre variados asuntos económicos y sociales, que han llevado a calificar al conjunto de sus textos en la publicación como todo un verdadero programa de desarrollo para nuestra América.<sup>10</sup>

En consecuencia, la visión martiana de Estados Unidos en la revista se nos da tamizada por este prisma latinoamericanista, aunque, a su vez, tal visión constituye componente esencial del mundo de ideas y problemas que le permiten conformar ese programa.

Creo importante señalar, además, que sus criterios sobre Estados Unidos en la publicación neoyorquina son, con toda probabilidad, los que con mayor exactitud reproducen su verdadera apreciación del país y sus gentes, ya que su condición de director durante trece de los catorce meses en que hemos podido hallar su nombre en ejemplares de la revista, le permitió escapar a la censura a que se veía sometido en los otros periódicos en que colaboraba por entonces.<sup>11</sup>

Por eso sus palabras son bien claras cuando se refiere al superobjetivo de defensa latinoamericanista de *La América*: «Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir. Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del continente americano». Y continúa, fundamentando en esa relación bivalente e inevitable el porqué de su tarea periodística en la revista: «La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos

puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir».<sup>12</sup>

En estas palabras se halla, pues, el secreto de la lectura que Martí venía haciendo de Estados Unidos desde su arribo a Nueva York en 1880: estudiar los provechos y los peligros de esa intimidad inevitable.

Para el cubano, Estados Unidos, y en particular Nueva York, era el mayor exponente de la época nueva en que estaba entrando la humanidad. Su prodigioso desarrollo industrial en plena marcha, acompañado de una revolución científica y tecnológica que parecía despejar todos los horizontes de la mente humana, justificaban tal apreciación.

Con plena conciencia de que su escritura habría de atrapar y expresar esa época para ser también parte de ella, Martí describe así en *La América*, con pluma nerviosa, esta nueva etapa de la modernidad: «Todo empuja, precipita, exaspera, excita, arrastra. Se tiene miedo de quedarse atrás. [...] Todo es ferrocarril, teléfono, telégrafo».<sup>13</sup> Y en otra ocasión insiste en ese dinamismo y en sus efectos sobre la vida moderna: «El piafar, el rampar, el caracolear, el desnudamiento, fatiga y atropello de la vida moderna».<sup>14</sup>

Obsérvese en ambas citas cómo se nos da la sensación del dinamismo moderno mediante la enumeración de acciones de rápido movimiento junto a las indicaciones de alteración espiritual, y cómo la enumeración de los más recientes inventos es parte y expresión de ese dinamismo. Y, finalmente, cómo la propia expresión literaria empleada –la enumeración– contribuye indudablemente a que el lector reciba esa impresión de velocidad que la época impone.

En esta «época de transición» dice Martí que se vive con angustia en todas partes del mundo,<sup>15</sup> y que se «siente que la vida en estas grandes ciudades se consume, adelgaza y evapora [...]. Y es que falta también, en la mayor parte de los individuos, la esperanza en lo futuro».<sup>16</sup>

Esta descripción combinatoria de dinamismo e incertidumbre extraña a aquel fin de siglo de unilateral y absolutizante

optimismo positivista, no significa que Martí viese el porvenir necesariamente bajo negros augurios, sino que, por el contrario, su planteo busca y basa su optimismo en la realización del hombre. «Da gozo ver a los hombres de ahora. Puede asegurarse que ya empieza la época de la verdadera revelación. La del hombre a sí propio».<sup>17</sup>

Por eso, en un artículo donde informa acerca de un invento para impedir los choques de trenes en caso de problemas visuales de los maquinistas, declara lo siguiente al desarrollar el tema de la relación entre el progreso material y el hombre: «Ciencia y literatura han de copiar a la naturaleza en la que lo útil va siempre acompañado de lo trascendental. Ha de tenderse a desenvolver todo el hombre y no un lado del hombre. El mero progreso mecánico, si no encajase en el glorioso movimiento universal, sería como la habilidad estéril de un cigarrero chino».<sup>18</sup>

Esta habilidad estéril puede entenderse como una condena al empleo del espíritu artístico en una obra cuyo fin era ser reducida a cenizas; de ahí su intrascendencia, su inutilidad para el desarrollo humano.

La ausencia de ese desarrollo armónico en Estados Unidos, del equilibrio entre los factores materiales y los espirituales, significa un momento decisivo en la visión sobre Estados Unidos y la modernidad industrial capitalista: su juvenil condena a la corrupción y a la «metalificación» en aquel país, ratificada en sus primeros escritos publicados sobre esa nación,<sup>19</sup> se fundamentan desde esos años de la década del ochenta en el análisis de la sociología y la psicología social del pueblo norteamericano bajo las condiciones dadas por la transición que atravesaba entonces y por su evolución histórica.

Luego, tanto en *La América* como en sus crónicas de aquellos años para los diarios latinoamericanos, Martí ofrece a sus lectores de habla española una visión dialéctica, de luces y sombras, que pretende atrapar las contradicciones que la época, su propio desenvolvimiento histórico y las coyunturas de entonces, imponían al país del Norte y a sus habitantes.

De ahí, por consiguiente, la penetración y permanencia de su análisis esencialmente crítico sobre Estados Unidos, totalmente alejado del rechazo absoluto o de la aceptación en bloque de aquella sociedad: en su condición de defensor de la independencia y también –como se diría hoy– de la identidad y del desarrollo propio de Latinoamérica –como vimos declaró explícitamente en los editoriales de la revista–, el cubano mira a Estados Unidos desde adentro con los ojos del «otro», hurga a fondo como pocos en los fundamentos y características de esa sociedad.

Por ello, su obra entrega una de las panorámicas más ricas, matizadas y completas sobre Estados Unidos durante esa década del siglo XIX, y uno de los conjuntos de apreciaciones más lúcidas de entonces acerca del desenvolvimiento histórico por el que enrumbaban las dos regiones del Nuevo Mundo.

Así, en *La América*, encuentra encomiable el sentido de grandeza del pueblo de Estados Unidos, sustentado en su desarrollo material: «Ver grandeza, hace grande:—quien entre a un taller norteamericano [...] no se asombra de que tales aprendices de taller hayan hecho tal pueblo.—Lo maravilloso les es natural, porque se crían en ello. Lo acometen todo, porque lo han visto acometer todo. De nada se sorprenden, porque viven en medio de lo sorprendente».<sup>20</sup>

Sin embargo, en otra ocasión se refiere a ese sentido de grandeza con cierto matiz crítico, cuando escribe que Estados Unidos es tierra «que en todo quiere alientos de gigante, luminarias como cráteres y circos como llanos».<sup>21</sup>

Este costado negativo se perfila en su pluma cuando describe el tráfico por el puente de Brooklyn –maravilla ingenieril cuya inauguración relató en inolvidable crónica para *La América*–, al expresar que tanto sus creadores como quienes lo mantenían y lo cruzaban «parecen, salvo el excesivo amor a la riqueza que como un gusano les roe la magna entraña, hombres tallados en granito».<sup>22</sup>

Obsérvese, pues, los elementos de signo contrario para presentarnos a los neoyorquinos de entonces: parecen tallados

en granito, es decir, son fuertes, duraderos, de largura histórica; pero por dentro el gusano de la metalificación les roe; luego sus entrañas, aunque magnas, son débiles al mismo tiempo.

Me parece evidente que Martí indica una relación entre esos dos rasgos de la sicología social norteamericana: la conciencia de la fuerza propia y el alma metalificada. Y ambos aspectos, como iremos viendo, eran apreciados por él en la base del camino que tomaba Estados Unidos dentro de una modernidad que implicaba lo material sobre lo espiritual.

Su análisis de esas características sicosociales se mostró en sus reflexiones en la revista acerca de la inmigración, tema que también trató con frecuencia en sus crónicas de inicios de la década del ochenta para Caracas y Buenos Aires, dada la obvia importancia para cualquier observador que representaba la enorme corriente migratoria que recibía entonces Estados Unidos.

Precisamente en *La América* Martí publicó uno de sus trabajos más significativos sobre esta materia en febrero de 1884: «De la inmigración inculta y sus peligros». En él dejó establecido un precepto previsor cuya validez general señaló expresamente: «Esa es la ley capital en la introducción de inmigrantes: sólo debe procurarse la inmigración cuyo desarrollo natural coincida, y no choque, con el espíritu del país».<sup>23</sup>

De ahí, pues, su preocupación ante el tipo de inmigrante que arribaba a Estados Unidos. Para un país de rápido y potente desarrollo industrial, el cubano entiende peligrosa la inmigración inculta, es decir, la que llega sin educación industrial y sin familia.<sup>24</sup> Por tanto, considera inculto a aquel transterrado no apto para impulsar en el país del Norte un armónico progreso moderno. Aunque también, al examinar los grupos migrantes de Europa, aprueba a los escandinavos, no sólo porque los suecos «suelen venir en familias» sino, además, porque son agricultores.<sup>25</sup> A todas luces, Martí comprendió la importancia que el cultivo de los inmensos territorios nuevos del centro y del oeste tenía para Estados Unidos; pero también influyó en su juicio el valor de esa inmigración

de cultivadores para las tradiciones democráticas del país, pues escribió que «de un pueblo de agricultores no se hará nunca un rebaño».<sup>26</sup>

Es evidente que su aprobación de la inmigración culta le hace ver con buenos ojos la inmigración de los franceses, pues «cada uno trae un arte».<sup>27</sup> Pero en los tres grupos nacionales de más numerosos arribos a Estados Unidos –alemanes, irlandeses e italianos– ve factores de peligro para ese espíritu nacional.

A los alemanes, aunque los llama *laboriosos*, los considera no comidos de grandes amores humanos y preocupados principalmente del bien personal, y «de menos condiciones de disturbio y más partículas agrupables al cuerpo nacional que otro migrante alguno». Y señala que se aglomeran en las ciudades, producen lo que consumen y sus hijos son amigos del país y del trabajo. A los irlandeses los califica de «plantas parásitas sin propio crecimiento», por no gustarles la agricultura y ser jornaleros sin oficio, es decir, una verdadera inmigración inculta.<sup>28</sup> En cuanto a los italianos, observa como favorable su «trabajo con mansedumbre y en silencio» en canales y ferrocarriles, y entonces los llama «buenos y silenciosos trabajadores».<sup>29</sup> Pero ve como elemento desfavorable en ellos, innecesario a un pueblo nuevo, su holganza y su dedicación al pequeño comercio de verduras y a «oficios vergonzantes».<sup>30</sup>

Creo que a cualquier estudioso de la historia de Estados Unidos y del tema migratorio a finales del siglo XIX, han de resultarle valiosos estos juicios del cubano. Pero lo que quiero en este análisis es llamar la atención acerca de que sus referencias a cada grupo nacional buscan siempre establecer la relación de estos con el espíritu del país. Es decir, que para Martí no se trata propiamente de someter a examen o de enjuiciar a esas nacionalidades europeas, aunque les atribuya determinadas características, sino de encontrar las relaciones entre los rasgos sicosociales de los grupos que migraban a Estados Unidos, y los que estos hallaban a su llegada al país. Por eso, creo que cuando habla de los peligros de esa

inmigración, estos han de verse –al igual que lo que podrían llamarse sus virtudes– provocados tanto por los choques como por las coincidencias entre los rasgos originales y los novedosos. Bajo tal prisma es que podemos entender, a mi juicio, sus señalamientos de aspectos marcadamente contrastantes al referirse a los grupos migrantes más numerosos.

Para Martí, el que los alemanes, como vimos, resultaran entonces «más agrupables al cuerpo nacional», se debía tanto a factores positivos (su «laboriosidad») como negativos (su preocupación «principalmente del bien personal»). Este bivalente acomodo de esa personalidad con el espíritu del país Martí lo explica con mayor precisión en otro de sus escritos para la revista, cuando declara que los problemas causados por los irlandeses podrían ser remediados por los alemanes «si no fueran tan dados al goce de sí propios y tan desentendidos del bien ajeno». Y, sin embargo, nos dice que por esas mismas razones el hijo del alemán se educa en el estudio, la vida familiar y el trabajo,<sup>31</sup> abonando así nuevamente su opinión de que este migrante era más incorporable a la sociedad estadounidense.

En ese mismo artículo asume el criterio expresado en la disertación de una graduada de bachillerato sobre «el dañoso influjo de la ignorante inmigración irlandesa en las ciudades, donde con su número sofocan el voto y se lo adueñan». Y añade que en ella no hay un ascenso cultural «por su hábito de no reunirse más que con gente de su terruño y por no ser la idealidad elemento singular de su naturaleza». Por todo eso, su número tan cuantioso amenaza a Nueva York de «miseria mental y moral».<sup>32</sup>

Aunque es evidente su enjuiciamiento más duro sobre los irlandeses, no debe perderse de vista que el interés de Martí no es el análisis de la personalidad social de este pueblo, sino la relación entre la que traían sus inmigrantes con la que hallaban en Nueva York, y cómo ello contribuía a acrecentar determinadas condiciones sociales que encontraban en la ciu-

dad. Por eso sintetiza así su enjuiciamiento negativo de lo aportado al espíritu norteamericano por ambas inmigraciones: «Se ve que son mal cimiento de un pueblo formidable el abrutamiento y el egoísmo».<sup>33</sup> Es decir, que la que llama *inmigración inculta* (la irlandesa) choca con el espíritu del país, pero la culta (la alemana) puede contribuir a lo que el cubano desde muy joven sabemos condenó como deformación espiritual de Estados Unidos.

Por otra parte, las condiciones de existencia en las grandes ciudades –centros de la vida moderna para él– afectan, a su juicio, el buen desarrollo físico y espiritual del hombre: «La vida arrebatada, mefítica y devastadora de la ciudad, va desecando así la especie. Se nace ahora de padres cansados, exhaustos, coléricos, exangües, viciosos».<sup>34</sup> En este caso se refería a París, pero es obvio que también tenía en la mente a Nueva York, pues así nos lo indica su dramática descripción del verano en los barrios pobres de la urbe.

«En los barrios pobres, es de echarse a llorar. De día en las casas de vecindad, repletas de gente miserable, los maridos ebrios querellan con sus mujeres desesperadas, que intentan en vano hacer callar a sus hijuelos, comidos por el *cholera infantum*. Parecen los míseros niños como si un insecto enorme les chupara las carnes, aposentado en sus entrañas. Miran desde cavernas. Tienden sus manecitas pidiendo como socorro. Por entre la piel se ve asomar la cabeza de los huesos. Los malvados se convertirían a la virtud viendo espectáculo semejante: pero no; que hay muchos que viven ante él impasibles, y pasan a su lado coléricos de que tal miseria les salga a los ojos».<sup>35</sup>

Como en muchas otras ocasiones, la descripción presenta no sólo la injusticia de la ciudad polarizada, sino que su juicio indignado patentiza expresamente su toma de partido junto a los neoyorquinos pobres, inmigrantes en buena medida. Y ello es elemento de importancia para comprender que en Martí no hay pasatismo bucólico y pastoril contra la vida urbana –aunque en ocasiones la contraponga en favor de la ru-

ral–, sino el rechazo airado a las injusticias sociales y a las deformaciones morales que iba imponiendo la vida moderna en las grandes aglomeraciones poblacionales. Como tampoco su juicio crítico es contra el paisaje urbano en sí mismo, a pesar de su indudable defensa de la armonía natural, sino que enrumba ya contra aspectos de la estructura social, específicamente contra el problema social de su tiempo.<sup>36</sup>

Así traza una contraposición entre la crianza y la formación de los jóvenes en las grandes urbes y en el medio rural o de pequeña ciudad.

«El muchacho norteamericano de la ciudad no es por cierto modelo apetecible,–porque el ansia de goces, la facilidad de satisfacerlos y el amor descarnado y desequilibrado de lucro, le relajan las fuerzas, o se las echan por caminos de aventuras, o no le permiten la necesaria disciplina y desarrollo.– Pero el muchacho campesino, o de ciudad pequeña, que vive en más directo trato con los trabajadores, y ha de esforzarse más en obtener lo que desea,–es noble especie de hombre, que a singular astucia junta un ciego y grandioso ímpetu, al que nada pone miedo ni coto».<sup>37</sup>

Es obvio que el modelo de la gran ciudad norteamericana era Nueva York, la única que Martí incluso conocía directamente en aquellos años en que escribía para *La América* e, indudablemente, la gran metrópoli de desmesurado crecimiento poblacional y urbanístico en el Estados Unidos de entonces. Es importante advertir en la cita que los elementos negativos que brinda esa vida de gran ciudad a los jóvenes («ansia de goces» y «amor desenfrenado y desequilibrado de lucro»), son aspectos que ya vimos consideraba de signo negativo en el carácter nacional norteamericano. Por consiguiente, esta apreciación que fundamenta su preferencia por la vida rural o de pequeña comunidad estadounidense, permite explicarnos por qué Martí entiende que ese carácter nacional acusa sus rasgos negativos con los que le confiere la gran ciudad moderna, cuyo modelo era Nueva York.

Su evidente desagrado ante tales aspectos que consideraba negativos de la modernidad en descomunal auge en aquel Estados Unidos en que vivía, llevan a Martí en sus escritos de *La América* a contraponer el carácter nacional de aquella etapa con el de épocas anteriores.

Así, en un texto en que explica la arquitectura de la Bolsa de Productos de Nueva York, a través de un diálogo entre dos comerciantes de la calle Nassau a propósito del objeto de la torre que remataba el edificio, nos ofrece un análisis comparativo entre esos dos momentos del carácter norteamericano.

«Y esa es toda la llave, médula, fuerza del carácter norteamericano: no hacen cosa sin objeto. No del carácter de los americanos de ahora, gozadores descuidados y rápidos, que ya no tienen fruición como la tuvieron sus padres, en ver crecer y fructificar su riqueza, sino que la anhelan sólo por la suma de goces que produce: del carácter de los americanos fundadores hablamos, que, si no tenían la levadura de arte que sazona, embalsama y preserva de la obra mordiente de los siglos a las naciones, tenían una poderosa e ingenua sensatez que se trocaba en lo práctico en un amor grande al cimiento, y un desamor no menos grande al ornamento [...]. Por eso creció este pueblo; por la frase de los Samueles de Nassau Street; porque no se han dado a ornamentar sino después de que tienen ya tal edificio, que con el peso lujoso de los adornos se puede venir estrepitosamente al suelo».<sup>38</sup>

Aparte del evidente señalamiento crítico implícito al carácter latinoamericano –de excesivo amor al ornamento, según escribió en más de una ocasión–, es de resaltar cómo Martí aprecia en los «americanos fundadores» su sensatez práctica preocupada por los cimientos, que los condujo a acrecentar sus riquezas, mientras que a sus contemporáneos el cubano insiste en verlos casi como unos hedonistas dedicados al disfrute de esa riqueza.<sup>39</sup>

Y esa especie de degradación favorece la incorporación de aquellos rasgos que calificó de «peligrosos» en varios de los grupos inmigrantes más numerosos, los que, a su vez, reper-

cuten en sentido contrario a los valores originales de ese espíritu nacional.

«Representa aquel bíblico espíritu neoinglés, original y respetable amigo de la familia y de la Iglesia, contento en el bienestar doméstico y en la robustez corporal, recto y astuto de corazón, ancho y sano, y mente poco universal y abierta: el primitivo espíritu nacional [...] oscurecido, enturbiado y arrollado ya, sin duda, por la horda labrante, por la muchedumbre de todas tierras que, espantadas de su miseria original, emplea afanosamente el resto de su vida en librarse de ella, y educa a sus hijos en el terror de ella, por lo que la existencia de estos, espoleados por el lujo ajeno, se consagra entera a la acumulación ardiente y goce desatentado de la fortuna».<sup>40</sup>

La cierta idílica presentación que hace Martí del «primitivo espíritu nacional», que quizás pueda obedecer a su deseo de hacernos compartir su condena moral al espíritu de sus contemporáneos, no le impide, sin embargo, advertir –y darnoslo con indudable carga negativa– el rasgo de la intolerancia («mente poco universal y abierta»), tal y como procedió en la cita anterior al señalarles a los norteamericanos fundadores su falta del «arte que sazona, embalsama y preserva». Ambos ejemplos nos muestran su análisis esencialmente crítico y de base sociológica del tema, más allá de las propias convicciones morales que lo animan y de las que su escritura trata de convencernos.

Apréciase así en sus palabras, primeramente, cómo relaciona esta con la pobreza en sus países emisores, y en segundo término, cómo influye sobre ella «el lujo ajeno», ese que vimos anteriormente criticaba en sus contemporáneos norteamericanos, por lo que el descendiente del transterrado también se metalifica (su existencia «se consagra entera a la acumulación ardiente y goce desatentado de la fortuna»). Esas particularidades de su análisis le permiten comprender, al mismo tiempo, las transformaciones del carácter nacional aportadas por las corrientes migratorias a la vida espiritual y cultural norteamericana:

«Se nota, apenas se ahonda un poco, que en Estados Unidos hay dos corrientes intelectuales diversas:—autóctona la una, perspicaz, preocupada, a veces ingenua y brutal a veces: la corriente puritánica;—y movible, brillante, perfilada, más culta, más artística, menos concreta la otra, que es la que, no vencida por cierto por el espíritu del país, ha crecido con el acendramiento y mezcla de las varias corrientes intelectuales de Europa.—En la obra americana genuina se ven las botas del tío Samuel y los pantalones recortados».<sup>41</sup>

El texto continúa, valorando la presencia de numerosos extranjeros en los periódicos estadounidenses de entonces:

«Lo que representa en el periódico americano color, movimiento, gracia, variedad y vida, está hecho por manos francesas, italianas, alemanas, inglesas:—o por una cohorte nueva y brillante de periodistas jóvenes del país que han abjurado, como de los vestidos de paño tosco, de la descolorida y encuellada prosa yanqui.—Y de la mezcla de los dos espíritus, del penetrante, frío y fastuoso del país—y del artístico, depurado, amplio, vario y brillante espíritu europeo, se está haciendo un periódico nuevo, que a poco tendrá con toda la amenidad de un diario parisiense, variedad mucho mayor, y seriedad y alcance más grandes. No es ya pequeña en Estados Unidos la inmigración de los artesanos de la pluma».<sup>42</sup>

Y en lo que resulta con toda probabilidad un ángulo casi único en el enfoque de aquella sociedad por entonces, resalta el fuerte contraste entre el enjuiciamiento martiano del carácter del pueblo norteamericano y su totalmente favorable descripción de los aborígenes del Norte, cuyas obras de arte atrajeron particularmente su atención: «El indio es discreto, imaginativo, inteligente, dispuesto por naturaleza a la elegancia y a la cultura».<sup>43</sup>

Su simpatía evidente hacia esos pueblos le conduce incluso a denunciar y a condenar el despojo que sufrían de sus tierras, justamente cuando se hallaba en su apogeo la conquista del Lejano Oeste. «¿Por qué les quitan sus valles donde nacieron, y nacieron sus hijos y sus padres? ¿Por qué les prometen, al

despojarlos de una feraz campiña, guardarles otra que no parece tan fértil, y apenas se descubre que lo es, los echan de ella, quebrando el tratado; y a ellos, y a sus esposas, y a sus hijuelos, los clavan a los árboles y los ametrallan si resisten?».<sup>44</sup>

No se pueden obviar estas frases, de tan emotiva y noble indignación ante el genocidio de la población aborigen de la América del Norte, como leímos antes a propósito de los miserables barrios de trabajadores inmigrantes de Nueva York. Lo interesante es que el cubano también tomó partido por aquellos indios, cuyo exterminio no era siquiera mencionado por los reformadores y luchadores sociales de la época.

Ciñéndonos al tema que nos ocupa, hemos de advertir que, de algún modo, sus palabras parecen evidenciar que, a su juicio, la población aborigen podría haber aportado rasgos positivos al carácter norteamericano, lo cual puede desprenderse también cuando habla de la desaparición a la que tendía el indio, «anonadado bajo la formidable presión blanca o diluido en la raza invasora», y de su carácter de «factor constante» en el resto del continente, cuyo andar estimaba imprescindible para la marcha real de las sociedades latinoamericanas.<sup>45</sup>

A todos los factores que para Martí acentuaban en aquella época los rasgos de metalificación del espíritu estadounidense, une también «la soberbia conciencia de su fuerza y el desdén por las demás razas que hoy caracteriza al pueblo norteamericano».<sup>46</sup> Y todo ello está en la base de su preocupación ante la intimidad inevitable y tan cercana que avizoraba entre las dos partes del Nuevo Mundo.

Su sentido previsor acerca del tema quedó explícita y sistemáticamente sustentado en los sólidos y agudos análisis que publicó en *La América* explicando las causas que impulsaban al vecino del Norte a esa aproximación, en lo que constituye uno de los temas centrales de la revista.

Para él, se trataba de que el crecimiento industrial norteamericano, indudablemente favorecido durante un buen tiempo por una política proteccionista conjugada con grandes ventas de cereales a buen precio, estaba llegando por entonces a un punto crítico. Martí entendía que se había producido la

«plétora» del mercado interno a la vez que la industria norteamericana se hallaba impedida de conquistar los mercados exteriores, no sólo en virtud de la competencia europea –con producciones más perfectas–, sino además por los altos costos de sus productos, dado que su proteccionismo fijaba también la elevación de los precios a las materias primas importadas.<sup>47</sup>

Esa situación, a juicio de Martí, amenazaba con una crisis social cuyos signos reportó en varias de sus referencias al tema de las violentas luchas sociales de entonces, sobre todo en sus Escenas Norteamericanas para *La Nación*, de Buenos Aires. En *La América* sólo apunta el tema en dos breves frases, en las que emplea los mismos términos para describir el peligro del estallido social: hambre e ira. En un caso dice: «La protección [...] amenaza con una tremenda crisis, crisis de hambre y de ira, a los países en que se mantiene».<sup>48</sup> Y en otra ocasión se refiere al «daño y riesgo en que pone a un país la acumulación de una población industrial que se ha de hallar al fin, por lo excesivo y caro de su producción, sobrada para el país y muy cara para los ajenos, en revuelta ira y hambre».<sup>49</sup>

Ese criterio suyo de que el peso de la contradicción que vivían la industria y la economía estadounidenses recaía sobre las capas trabajadoras, obligadas a pagar caro producciones deficientes, era el sacrificio «de las grandes masas populares al egoísmo de contadas clases privilegiadas».<sup>50</sup>

Aunque la política norteamericana fue tema de sistemático seguimiento en sus crónicas para *La Nación*, en la revista neoyorquina, sin embargo –muy probablemente por su declarado propósito de promoción comercial–, en sólo dos textos se refiere a las posiciones y tendencias dentro de los dos partidos más importantes, y a los candidatos para la contienda electoral de 1884.

En el publicado primeramente analiza en detalle a los precandidatos presidenciales de los partidos Demócrata y Republicano, especialmente a los del segundo: el presidente Chester Arthur, el general Sherman y James G. Blaine. Y en el segundo artículo hace un análisis paralelo entre quienes fueron finalmente seleccionados como candidatos: Blaine y Grover Cleveland.

En consecuencia con su posición de defensa latinoamericana, Martí inclina su preferencia hacia Cleveland, ya que este se había enfrentado a la corrupción como gobernador del estado de Nueva York y planteaba en su programa el respeto a la soberanía de las demás naciones.<sup>51</sup> En ambos textos se muestra claramente contrario a Blaine, de «espíritu napoleónico», pues era «el jefe temido y brillante de los republicanos que sienten el poder de su nación, y creen indigno de un país de negociantes perder las oportunidades que hoy se le ofrecen para ejercitar sus fuerzas con provecho».<sup>52</sup>

El cubano entendía, pues, que en la persona del candidato presidencial republicano concordaban los intereses industriales proteccionistas –que entonces comenzaban a convertirse en monopolios– con los políticos interesados en expandir hacia Latinoamérica los límites del país mediante la fuerza y la imposición de convenios comerciales, como el propuesto en 1884 con México, cuyo sentido de irreciprocidad fue cabal y brillantemente denunciado y analizado por Martí en el primer número conservado en que colaboró para *La América*.<sup>53</sup>

Tal influencia política determinante de esos sectores industriales proteccionistas lo llevó a afirmar: «En Estados Unidos los representantes suelen ser los siervos de las empresas colosales y opulentas que deciden, en pro, o en favor, con su peso inmenso en la hora del voto, la elección del candidato».<sup>54</sup>

Para Martí, la propia lógica del punto crítico que afrontaba la industria estadounidense empujaba a esta a realizar sus producciones en el mercado más favorable entonces, dadas su cercanía, nulo desarrollo industrial y producción agrícola y minera asimilables como materia prima: América Latina. Pero imponerse en ella y desplazar a sus rivales europeos sólo era posible si Estados Unidos mejoraba sus condiciones de competitividad, es decir, si abarataba sus producciones y mejoraba su calidad.<sup>55</sup>

De ahí, entonces, las razones esgrimidas por Martí para asumir la crítica repetida y sistemática del proteccionismo en *La América*. Más que un librecambismo a ultranza, motivado por un ortodoxo apego a la doctrina económica liberal,<sup>56</sup> el

cubano veía en los aranceles proteccionistas el nudo, no sólo de los más graves problemas de Estados Unidos en aquella coyuntura, sino también el de sus relaciones hacia sus vecinos del Sur: la necesidad de estos mercados. Resulta comprensible, por tanto, su preocupación previsor por el tema: desarrollo industrial y proteccionismo, inmigración y crecimiento urbano, economía y política, fueron fenómenos de la sociedad estadounidense analizados por el revolucionario cubano como un conjunto de aspectos intervencionales que tendían a dirigir el futuro inmediato de aquella nación a buscar la salida de sus problemas, mediante la fuerza incluso, hacia la América meridional, lo cual era favorecido por una sicología social mercantilizada, consciente de su poderío como nación, e ignorante y desdeñosa de los pueblos latinoamericanos.

El periodismo de Martí en *La América* forma parte y es expresión del proceso de desarrollo de su pensamiento durante la década del ochenta, en que la maduración literaria de su prosa fue acompañada de un indudable ahondamiento en el análisis social, en particular sobre Estados Unidos. Sus declarados propósitos para alertar a Latinoamérica ante el impulso expansionista que iba tomando cuerpo en aquel país, sustentados en el conocimiento de diversas facetas de esa sociedad y sus hombres, revelan que el revolucionario cubano devenía ya estadista de mirada y acción continental y universal. De ahí la importancia de su visión penetrante al interior de Estados Unidos, con el corazón puesto al lado de sus hombres de trabajo y caviloso por el destino de los mejores valores y tradiciones de ese pueblo.

*La Habana, 2 de abril de 1993 y agosto de 1994*

<sup>1</sup> *La América*, Nueva York, no. 1, abril de 1882.

<sup>2</sup> Los dos se destacaron por su oposición al Pacto del Zanjón y contribuyeron en Estados Unidos al esfuerzo insurreccional encabezado desde Nueva York por el general Calixto García, que culminaría en la fracasada Guerra Chiqui-

ta, y en el que participó también Martí, con quien trabaron relación desde su arribo a la ciudad en enero de 1880.

- <sup>3</sup> No estamos en condiciones de precisar con exactitud cuándo se inició en *La América*, pues nunca martiano alguno ha referido haber visto los números comprendidos entre agosto de 1882 y febrero de 1883. La única colección localizada en Cuba y en el extranjero se halla incompleta en la antigua biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, hoy sede del Instituto de Literatura y Lingüística.
- <sup>4</sup> Una contemporánea que visitaba la casa de Farrés en Nueva York, afirma que esta era frecuentada por elementos aristocráticos de sus compatriotas residentes y de paso por la ciudad. (Blanche Zacharie de Baralt. *El Martí que yo conocí*, Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, p. 100).
- <sup>5</sup> José Martí. Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Montecristi, 1 de abril de 1895, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 1, p. 25. (En lo adelante, citamos por esta edición identificada con las iniciales *O.C.*, por tanto sólo se indicará tomo y paginación). El Pérez referido por Martí ha sido identificado con el colombiano Santiago Pérez Triana (José Martí. *Epistolario*, t. v, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 138). Sin embargo, no he encontrado referencia alguna al asunto en las memorias de este, ni puede tratarse tampoco de su padre, el político y pedagogo Santiago Pérez, quien sólo estuvo de paso en Nueva York.
- <sup>6</sup> Ver el Prospecto de la *Revista Guatemalteca* (*O.C.*, t. 7, pp. 104-106. También en *Obras completas. Edición crítica*, t. 5, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002, pp. 291-293) y «Propósitos» de la *Revista Venezolana* (*O.C.*, t. 7, pp. 197-200).
- <sup>7</sup> «Los nuevos propietarios de *La América*», diciembre de 1883, *O.C.*, t. 28, enero de 1884, p. 214. La cursiva es nuestra.
- <sup>8</sup> José Martí. «Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios», enero de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 268.
- <sup>9</sup> Ver como antecedentes en que ya quedan desarrolladas sus ideas al respecto: «El carácter de la *Revista Venezolana*» (*O.C.*, t. 7, pp. 207-212) y el «Prólogo a *El poema del Niágara*», de Juan A. Pérez Bonalde (*O.C.*, t. 7, pp. 221-238).
- <sup>10</sup> Rafael Almanza. *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 141 y 170. El autor demuestra cómo la variedad de asuntos tratados por Martí en la revista fueron expuestos con gran coherencia y organicidad, y con el propósito expreso de ofrecer a sus lectores los caminos concretos para una acción de política económica.
- <sup>11</sup> Recuérdese que el cubano fue censurado en sus juicios sobre Estados Unidos en más de una ocasión por los propietarios del diario caraqueño *La Opinión Nacional* y por Bartolomé Mitre, director de *La Nación*, de Buenos Aires. (Ver *Papeles de Martí*, t. III, La Habana, 1933, pp. 35 y 83, y

*Destinatario José Martí*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual, Casa Editora Abril-Centro de Estudios Martianos, 1999, pp. 76, 97-98 y 107-109.) Si en *La América* sus propietarios impusieron condiciones, que no lo sabemos, los editoriales citados antes muestran, cuando menos, su apoyo a la línea editorial explicada y practicada por el director.

- <sup>12</sup> José Martí. «Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios», enero de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 268.
- <sup>13</sup> José Martí. «Cansancio del cerebro», abril de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 427.
- <sup>14</sup> José Martí. «Repertorios, revistas y mensuarios literarios y científicos de Nueva York», febrero de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 429.
- <sup>15</sup> José Martí. «La exhibición sanitaria», mayo de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 437.
- <sup>16</sup> José Martí. «Cansancio del cerebro», abril de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 427.
- <sup>17</sup> José Martí. «Un mastodonte», agosto de 1883, *O.C.*, t. 8, p. 410.
- <sup>18</sup> José Martí. «Invento muy útil», agosto de 1883, *O.C.*, t. 8, p. 407. Curioso símil a propósito del cigarrero chino. ¿Lo vio acaso en Nueva York? Obsérvese en la cita la búsqueda de la analogía entre la naturaleza y el hombre, una de las ideas fundamentales de lo que pudiéramos llamar sus concepciones filosóficas.
- <sup>19</sup> Ver *Cuadernos de apuntes* (*O.C.*, t. 21, p. 16) e «Impressions of America» (*O.C.*, t. 19, pp. 101-126). Esta idea la repitió en sus crónicas para *La Opinión Nacional* y *La Nación* durante 1881 y 1882. Jean Lamore estudia la metalificación en «El tema de la “riqueza repudiable” en José Martí y Rubén Darío», en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 15, 1992, pp. 143-152.
- <sup>20</sup> José Martí. «Invento muy útil», agosto de 1883, *O.C.*, t. 8, pp. 408 y 409.
- <sup>21</sup> José Martí. «Exhibición de caballos en Nueva York. Castas y premios», octubre de 1883, *O.C.*, t. 8, p. 358.
- <sup>22</sup> José Martí. «El puente de Brooklyn», junio de 1883, *O.C.*, t. 9, p. 424.
- <sup>23</sup> José Martí. «De la inmigración inculta y sus peligros», febrero de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 384.
- <sup>24</sup> *Id.*, p. 382.
- <sup>25</sup> *Id.*, p. 383.
- <sup>26</sup> *Ibid.*
- <sup>27</sup> *Ibid.*
- <sup>28</sup> *Ibid.* Incluye la referencia a la cita anterior. Contrasta esta opinión con la que expresa más de una vez en *La Nación* considerando a los inmigrantes alemanes –junto a los anarquistas rusos– como los principales portadores a Estados Unidos de los odios europeos y de la violencia.
- <sup>29</sup> José Martí. «Inmigración italiana», octubre de 1883, *O.C.*, t. 8, pp. 379 y 380.
- <sup>30</sup> *Id.*, p. 379.
- <sup>31</sup> José Martí. «Una distribución de diplomas en un colegio de Estados Unidos», junio de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 442.
- <sup>32</sup> *Id.*, p. 441.

- <sup>33</sup> *Id.*, p. 442.
- <sup>34</sup> José Martí. «Piedras, pollos y niños.—Progresos de la ciencia», febrero de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 435.
- <sup>35</sup> José Martí. «Verano», junio de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 488.
- <sup>36</sup> No es casual que justamente en 1883 y 1884 muestre en sus crónicas para *La Nación* su acercamiento a los grandes conflictos obreros que tenían lugar entonces en Estados Unidos, y que igualmente estas tensiones de la modernidad se adueñen del poeta en sus *Versos libres*. Basta tomar como ejemplo de la coherencia entre su prosa y sus versos el poema titulado «Amor de ciudad grande», fechado en 1882 (*Poesía completa. Edición crítica*, preparada por el equipo que en el Centro de Estudios Martianos realiza la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, t. I, pp. 89 y 90).
- <sup>37</sup> José Martí. «Botes de papel», noviembre de 1883, *O.C.*, t. 8, p. 420.
- <sup>38</sup> José Martí. «¿Cuál es el objeto de la torre?», octubre de 1883, *O.C.*, t. 9, p. 475.
- <sup>39</sup> Esa pasión que desemboca en el lujo exhibicionista y desenfrenado fue asunto de frecuente atención en sus crónicas de la década del ochenta.
- <sup>40</sup> José Martí. «Repertorios, revistas y mensuarios literarios y científicos de Nueva York», febrero de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 430.
- <sup>41</sup> José Martí. «De la inmigración inculta y sus peligros», febrero de 1884, *O.C.*, t. 8, pp. 383 y 384.
- <sup>42</sup> *Id.*, p. 384.
- <sup>43</sup> José Martí. «Arte aborigen», enero de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 329.
- <sup>44</sup> José Martí. «El *Century Magazine*», mayo de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 447.
- <sup>45</sup> José Martí. «Arte aborigen», enero de 1884, *O.C.*, t. 8, p. 329.
- <sup>46</sup> José Martí. «Blaine y Tilden», abril de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 265.
- <sup>47</sup> Ver «Protección y librecambio», febrero de 1884, *O.C.*, t. 10, pp. 13-17.
- <sup>48</sup> José Martí. «Libertad, ala de la industria», septiembre de 1883, *O.C.*, t. 9, p. 452.
- <sup>49</sup> José Martí. «México, Estados Unidos y el sistema prohibitivo», febrero de 1884, *O.C.*, t. 7, p. 30.
- <sup>50</sup> José Martí. «La cuestión arancelaria», marzo de 1883, *O.C.*, t. 9, p. 375.
- <sup>51</sup> José Martí. «Candidato del Partido Demócrata a la presidencia de Estados Unidos», julio de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 277.
- <sup>52</sup> José Martí. «Blaine y Tilden», abril de 1884, *O.C.*, t. 13, p. 264.
- <sup>53</sup> José Martí. «El tratado comercial entre Estados Unidos y México», marzo de 1883, *O.C.*, t. 7, pp. 17-22.
- <sup>54</sup> José Martí. «En comercio, proteger es destruir», marzo de 1883, *O.C.*, t. 9, p. 382.
- <sup>55</sup> Ver José Martí. «Protección y librecambio», febrero de 1884, *O.C.*, t. 10, p. 17.
- <sup>56</sup> Rafael Almanza. *Op. cit.*, pp. 141-175.

## *La América: ¿periódico de anuncios?\**

*Carmen Suárez León*

No pocos especialistas se acercan en los últimos tiempos a las páginas de *La América*, donde además de aparecer un cuerpo textual que expresa ideas centrales de la doctrina martiana en materia científica, económica y educativa, se aprecia, durante el período de su dirección, una política editorial especialmente diseñada para los pueblos de los países hispanoamericanos. Estas páginas se dedican al análisis de la estrategia articulada por José Martí en los artículos programáticos que aparecieron en su revista, así como a la ponderación de sus criterios en comparación con los expresados por los primeros editores.

El joven poeta y patriota cubano llegó en enero de 1880 a Estados Unidos. Después de una permanencia de siete meses en Caracas, entre enero y junio de 1881, regresó a Nueva York, pujante y emblemática ciudad de la Unión y sensible termómetro del capitalismo en plena expansión. Allí Martí contará sobre todo con su pluma para sobrevivir, de manera que el trabajo periodístico y de traducción ocuparán durante estos años una posición central, alternados con el magisterio y algunos trabajos esporádicos y detestados en oficinas comerciales.

Uno de esos empeños periodísticos consistió, en 1883 y 1884, en la dirección de *La América*, una publicación de anuncios, para la cual escribió, además, numerosos artículos de fondo, crónicas, reseñas y notas.

\*Tomado de *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 16, 1993.

En primer lugar, he de ceñirme al análisis de dos editoriales rectores: el de los editores que la fundaron y el programa martiano; en segundo lugar, me referiré a un artículo que, presumiblemente, pone fin a la dirección de José Martí. Ambos textos del poeta cubano, el editorial y el artículo, detallan los principios cardinales de su labor en esta empresa.

Nada tan seductor, sin embargo, como sumergirse en la lectura y el análisis de las crónicas, notas y artículos publicados por José Martí en su revista, ejemplos de riqueza y originalidad en los conceptos expresados, sabia combinación de técnicas y modo insólito, para la época, de realizar una divulgación científica dirigida a los hombres letrados en general, de ningún modo encaminada al conocimiento científico en sí, sino a actuar sobre las conciencias de hombres de empresa y de las capas medias.

De lo que se trataba era de imponer nuevos patrones de pensamiento, a tenor con la ciencia moderna y los imperativos de la realidad histórica hispanoamericana, de manera que tanto la educación de los jóvenes como las inversiones de los empresarios de las repúblicas del sur del continente se proyectaran con objetivos de actualidad y adecuados a los tiempos, con la mirada puesta sobre todo en la agricultura.

Debo aclarar que los términos *periódico* y *revista* se fueron precisando en la práctica histórica. En el siglo XIX estos términos aún se empleaban con diversos matices y vacilaciones, y en general, se utilizaba el sustantivo *periódico* para nombrar a todo impreso que saliera a la luz cada cierto tiempo. Martí llama *periódico* a *La América*; sin embargo, por su formato, periodicidad y contenidos hoy se define como revista.

## Nace una publicación periódica de anuncios

Como una necesidad del desarrollo científico y técnico que se traduce en un vertiginoso perfeccionamiento de la maqui-

naria para la gran producción capitalista del siglo XIX, aparecen las exposiciones de adelantos científico-técnicos de todo tipo, creando un espacio imprescindible en el mundo moderno para la reunión, difusión, concertación y venta entre los productores, comerciantes y fabricantes de toda clase de herramientas, utensilios, máquinas u otros ingenios y procedimientos técnicos necesarios para las florecientes producciones industriales, así como para la agricultura de los nuevos tiempos.

La concentración de todos aquellos flamantes artilugios en muestras permanentes hacía posible su promoción entre interesados de todo el orbe, quienes al acudir a un punto debidamente promovido y anunciado, se ponían en contacto con los vendedores para obtener los más recientes inventos y de ese modo poder aplicarlos en sus propias empresas.

A su vez, el desarrollo de la imprenta permitiría el apoyo editorial indispensable para la propagación de estos fenómenos, y surgen así los catálogos, sueltos y publicaciones destinadas al anuncio, tal y como los conocemos en nuestros tiempos. Junto con un nuevo tipo de agentes del comercio –los comisionistas– surgen los corresponsales, reporteros y editores de periódicos especializados en la divulgación de los ideales tecnocráticos de la época y los más novedosos inventos.

La Agencia Americana de Nueva York, con sucursal en La Habana, de E. Valiente y compañía, fundada en 1881, se propone precisamente mostrar y promover la venta de los nuevos productos. En abril de 1882 aparece su órgano de prensa, *La América*, publicación mensual dedicada al fomento de la agricultura, la industria y el comercio en los países hispanoamericanos. En su primer número encontramos el editorial «Nuestro programa», donde se trazan, con sobrada claridad, las líneas de dirección fundamentales de esa publicación periódica de anuncios: «*La América*, publicación mensual de agricultura, industria y comercio, y órgano de la Agencia Americana de Nueva York, constará por ahora de dieciséis páginas, pero estas se irán aumentando según las exigencias

de un vasto plan que en breve tiempo quedará desarrollado por completo. Este plan comprenderá todo lo que pueda ser provechoso a los países hispanoamericanos en las ramas de agricultura, industria y comercio, columnas poderosas en que descansa el edificio social. Las ciencias, las artes útiles y todo lo que directa o indirectamente pueda relacionarse con estas ramas, también entrarán en nuestro plan, hasta lograr que sea cada página de *La América* un espejo que reproduzca, casi instantáneamente, las últimas palabras que la civilización escriba en el gran libro del Progreso».<sup>1</sup>

A continuación se esbozan las secciones del mensuario, cuya estructura es de sumo interés porque nos muestra la amplitud de los productos que ofrecía al comercio la agencia y se manifiestan los grandes puntos de desarrollo e inversión de la industria de entonces: en primer lugar la sección del editorial para comentar el trabajo, los éxitos y repercusiones de la Agencia por toda la América del Sur y, además, para dar a conocer los nuevos proyectos y responder la correspondencia; siguen las secciones de Agricultura, Tecnología, Industrias Americanas, Mecánica, Historia Natural, Electricidad, Variedades y Anuncios. No deja de aclarar que la electricidad «será tratada especialmente», puesto que «este fluido, que después de haber borrado la distancia para el pensamiento y la palabra, está destinado a proporcionar el alumbrado y la fuerza motriz del porvenir, bien merece esta distinción».

Los editores de esta primera etapa de *La América* tienen, como se advierte, objetivos estrictamente ajustados al trabajo de promoción y venta de los artículos industriales expuestos en los salones de la agencia que representa, propiciando el encuentro del interesado con los productos, y con la literatura explicativa que apoye e ilustre el interés suscitado por cada invento, sus éxitos, y qué aspectos de la ciencia y la investigación han posibilitado y justificado la explotación de ese aparato, o de una técnica dada. Expresan sus intereses como sigue: «Como hemos manifestado no pretendemos educar, porque a tanto no llegan nuestras fuerzas, pero nos creemos con de-

recho a indicar por lo menos, la senda que recorren los pueblos que marchan al frente del Progreso. La llama de ese progreso que hoy ilumina la gran nación norteamericana, puede comunicarse si no se esquivo su contacto: nosotros, llenos de fe, encenderemos en ella nuestra humilde antorcha, para pasarla de mano en mano a todos los pueblos de la América Latina».<sup>2</sup>

Podemos distinguir, sin dificultad, el carácter de empresa mercantil, cuyo único y precario humanismo estaría en la difusión a todo trance de esa ingenua pero interesada «llama del progreso» norteamericana, que debía alumbrar a todo el continente del sur sin esquivar «su contacto» y sin parar mientes en los riesgos de incineración a que una «Antorcha» semejante nos sometería.

*La América* se proponía, pues, difundir las doctrinas tecnológicas norteamericanas y cerrar el espacio entre el vendedor y los hacendados y comerciantes de la América Latina, para facilitar la adquisición de maquinaria y artículos industriales. Nuestros países eran entonces, como ahora, un mercado ideal. Se trataba, pues, de pueblos que iniciaban su desarrollo capitalista y, por lo demás, se encontraban situados en la mayor cercanía de los focos de producción.

### José Martí se incorpora a la redacción de *La América*

En junio de 1883 Martí anuncia, en breve noticia aparecida en *La América*, su incorporación al equipo de edición como redactor de «la parte que pudiera llamarse *de letras*» y apunta que «no hay cosa tan sencilla como la entrada de un hombre sincero en un periódico útil».<sup>3</sup> A partir de este momento se puede seguir paso a paso la aplicación del genio martiano en la edición de un órgano de divulgación científica y técnica en un momento crucial para el desarrollo de los pueblos lati-

noamericanos, con la vecindad de un imperio tecnológico y agresivo, diseñado para vender y someter.

Para José Martí, por el contrario, la palabra de orden será, desde el principio, educar, poner al hombre americano en capacidad de discriminar y elegir, para lo cual sigue una estrategia diferente en todos sus artículos de 1883, y cuando asume la dirección, publica «Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios», en enero de 1884, para dejar formulada una política editorial que es credo latinoamericanista, profesión de fe en nuestros pueblos y ejemplo sumo de responsabilidad editorial, asumida con estricta conciencia ética frente al lector tanto como hacia los intereses que representa.

En su artículo programático, Martí formula una propuesta a cuya luz debe analizarse todo el texto: «No periódico queremos solamente que *La América* sea: sino una poderosa, trascendental y pura institución americana. Este es nuestro periódico de anuncios».<sup>4</sup> El concepto de *institución* puede sorprendernos aplicado, como en este caso, a una publicación definida como «periódico de anuncios». José Martí se propone convertir su mensuario en una especie de organización social actuante que represente y difunda una doctrina, una manera de ver el fenómeno hispanoamericano, así como las acciones y modos de hacer para encaminar a los pueblos nuevos hacia el desarrollo científico y el progreso de los tiempos que alboreaban y cuyo paradigma era, sin duda, a fines del siglo XIX, Estados Unidos.

En su calidad de institución, este órgano de prensa debía erigirse en el «exponente serio, en el avisador prudente, en el explicador minucioso de las cuestiones fundamentales, y ya en punto de definición, que se presentan impacientes y dominantes a la América Española».<sup>5</sup> Sin embargo, hace constar José Martí a continuación con exquisito sentido de la oportunidad y la discreción: «Por razones de cautela, de conservación y de origen, *La América*, no será más que como el germen y la preparación de este, en tanto que acentuará de una manera compendiosa y práctica, su carácter de periódico industrial y comercial».<sup>6</sup>

Quiere el director que su revista sea punto de unión donde se debatan y analicen los intereses latinoamericanos, espacio para dilucidar qué debe tomar y qué no debe tomar en modo alguno del modelo norteamericano. Agricultura y educación estarán en el centro del interés martiano, quien no anunciará indiscriminadamente, ni promoverá por mero afán de lucro. Polemizar, hacer críticas objetivas de la política y del comercio norteamericano, y proponer modos originales de ir renovando la agricultura en las repúblicas emergentes, componen su estrategia editorial.

En el primer párrafo del artículo «Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios», se despliega la clásica delicadeza del Apóstol: honra a los dueños anteriores y les agradece por haber iniciado y dado crédito a *La América* con su trabajo serio, bien diferenciado de lo que llama «esas fugaces publicaciones de anuncios».<sup>7</sup>

Y tras fijar el principio rector de su proyectada institución, es decir, convertirse en «el observador vigilante de los trascendentales y crecientes intereses de la América Latina en la América sajona, el explicador de la mente de Estados Unidos de Norteamérica ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, Estados Unidos de la América del Sur»,<sup>8</sup> va desmenuzando con inteligencia y tacto exquisitos las ideas que ha de encarnar y fomentar el periódico. Con estos verbos objetiva su política editorial: *definir, avisar, poner en guardia, revelar, facilitar...*

Estaba claro que toda la nueva ideología tecnológica norteamericana constituía un imperativo de la era industrial y de los nuevos desarrollos científicos; sin embargo, también era grave el riesgo de aceptar como buenos modos sutiles de subordinación y técnicas y métodos que no respondieran a reales necesidades y contribuyeran, en cambio, a que el gran capital sometiera en su interés a las nacientes economías del sur. Y advierte: «Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir. Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del

continente americano. La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir».<sup>9</sup>

### Cese de la dirección martiana

No existen, hasta donde sé, investigaciones donde se establezcan las razones por las que Martí abandona la dirección de *La América*. Es acertado pensar que un cambio en los editores propietarios ocasionó su salida. En su carta-testamento dirigida a Gonzalo de Quesada, el 1 de abril de 1895, Martí expresa: «De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de *La Opinión Nacional*, la de *La Nación*, la del *Partido Liberal*, la de la *América* hasta que cayó en Pérez y aun luego la del *Economista*, podría irse cogiendo el material de los seis volúmenes principales».<sup>10</sup>

Como puede colegirse, la llegada de un nuevo propietario o editor debió poner fin a su dirección, y el número de julio de 1884 donde aparece el artículo analizado más adelante en estas páginas no muestra ya el crédito de Martí como director. Pero la colección consultada se interrumpe en este número, y cualquier otra suposición sería una vacua especulación.

En las *Obras completas* aparecen algunas colaboraciones posteriores muy espaciadas y comprobatorias de la continuidad de la publicación, pero no sabemos cuáles fueron los nuevos editores, si volvió a cambiar de propietario, ni hasta cuándo existió *La América*, aunque puede citarse a Carlos M. Trelles, quien apunta en su *Revista Bibliográfica Cubana* el año de 1889 como fecha de extinción de la revista neoyorquina, y menciona a Diego Vicente Tejera como su redactor hacia 1887.<sup>11</sup>

El artículo en cuestión aparece en ese número en el cual cesa el crédito de director, con la significativa particularidad de tener un pie de firma donde se lee: «Por todo lo no firmado, El Director, José Martí». Por lo general, los textos publi-

cados en *La América* carecen de firma, y un estudio pormenorizado del estilo sacaría a la luz otros tantos artículos martianos no recogidos en las *Obras completas*. Lo cierto es que «Una novela en el Central Park» se publicó también en *La Nación* de 3 de octubre del mismo año, y sí está recogido en las *Obras completas*, pero con la fatal omisión del pie de firma, cuyas palabras constituyen una clave imprescindible para iluminar el sentido y la intención de tan insólita pieza dentro de los contextos del periódico de anuncios.<sup>12</sup>

Es un trabajo que no se refiere a la promoción del pensamiento científico ni a la economía o a la agricultura: consiste en una típica parábola martiana. El Maestro recurre aquí a un pasaje de la naturaleza para ilustrar la esencia de su labor en la revista. Si en el programa formula con claridad el grupo de acciones que se propone llevar a cabo en su estrategia editorial, lo que hace ahora es transmitir de manera alegórica su motivación personal última, el resorte de su actuación como director de la revista. Cito: «*La América* suele, para reparar en el comercio de la naturaleza las fuerzas que se pierden en el de los hombres, salir a paseo por donde hay árboles coposos: y gusta de ver cómo los soles del verano disponen de igual manera al amor a los hombres y los pájaros, y cómo estos revolotean en torno de las ramas, cual las imágenes, sueltas por el aire a modo de halcones de cetrería, danzan y giran, de vuelta de sus excursiones, en torno de la frente. Por los lugares menos concurridos del Central Park suele pasear *La América*: que más le contentaría andar por selvas naturales, libres y robustas, que por jardines mondados y pulidos. Y allí tuvo ocasión de ver dos pajarillos que por su discreción se han hecho famosos. La oropéndola es ave diestra e inteligente, y esta pareja de ellos lo es mucho. Parecía que se veía trabajar al propio pensamiento cuando se les veía hacer su nido: como la observación va cogiendo hechos, y vaciándolos en la mente, que los reúne y trenza, y da luego en idea compacta y sólida, así recogían las oropéndolas hojas fibrosas, pedúnculos y gramas, y trabajaban su nido con ellas».<sup>13</sup>

Con esta espléndida trabazón de símiles se teje la parábola, que habrá que leer obviamente a la luz de esta clave tropológica que se explicita en el texto mismo:

pájaros en torno de las ramas = imágenes en torno de la frente (mente)  
 trabajo de las oropéndolas = trabajo del pensamiento  
 nido = idea sólida y compacta

La anécdota descrita a continuación es bien sencilla: una pareja de oropéndolas construye su nido en un árbol del Central Park, pero advierten cuando está ya a medio realizar que se asienta en ramas débiles. Entonces, las aves inteligentes, ni interrumpen la tarea, ni la abandonan, ni la recomienzan. Proceden a apuntalar el nido con elementos que le den la fortaleza suficiente.

Apuntalar el nido, fortalecer la patria americana, proporcionar al pensamiento de los pueblos de América Latina los principios cardinales para orientarse hacia la educación científica y la tecnología imprescindibles para el progreso de la nueva era industrial, sin mengua de la capacidad de nuestra cultura para disfrutar de los «goces del espíritu», es decir, poniendo la capacidad científica moderna de generar riqueza en función del crecimiento espiritual del ser humano, refinando esa fuerza formidable de aquel vicio observado por él entre los yanquis y que tanto lo alarmaba, de acumular riqueza por el placer de acumularla. Fenómeno generador de un estado que llamó de «metalificación helada»<sup>14</sup> en uno de sus primeros cuadernos de apuntes.

Tal era la magnífica meta martiana, cuya claridad consistió, además, en comprender la ciencia moderna como una fuerza poderosa para construir y liberar, pero también entendiendo sus facultades de destrucción y de subordinación. Iluminación preciosa en un tiempo en que la intelectualidad americana y gran parte del mundo practicaban aún un optimismo científico ilimitado, que sólo el siglo XX, con las grandes guerras, la conciencia del envenenamiento paulatino de la atmósfera y los descalabros traumáticos de las cadenas ecológicas, pudo calibrar en su justa medida.

Así, con estas palabras alegóricas, José Martí pone el sello de su crédito a la labor realizada en las páginas de *La América*, en cuyo estudio puede encontrarse un modelo de periodismo para la promoción científica de la época, por la ética orientadora de su labor, así como por la efectividad técnica o conceptual desplegada para fundir el contenido científico-técnico con la crónica literaria, apoyándose en la biografía de personalidades de la ciencia y la técnica y en la narración de gestas tecnológicas del momento. El oficio depurado y la profundidad de pensamiento dan fe del alcance de su quehacer periodístico colocado en el eje del gusto del gran público letrado de nuestra América: una masa de lectores de las clases medias y altas era gustosa receptora de esa literatura científica sabiamente digerida por José Martí para actuar sobre sus conciencias. Verdadera clase magistral sobre el manejo de la recepción del producto periodístico.

El análisis de estos dos momentos de la acción editorial de Martí en su «periódico de anuncios» es un sencillo botón de muestra de lo que puede y debe analizarse y estudiarse en las páginas de *La América*, como modelo del trabajo de un comunicador social, en posesión de todas las técnicas de edición y periodísticas de su momento histórico, y al mismo tiempo dueño de una cultura nada común. Todo ello le permitía ver más allá que otros profesionales y lanzar su mensaje mucho más lejos, en comparación con los tantos periodistas y editores que en su tiempo vivían ya del trabajo de las prensas.

Martí nos ilustra acerca de cómo, en la práctica de la comunicación social, la técnica y su dominio riguroso debe estar acompañada por la amplia visión que otorga una cultura sólida, así como por el hondo conocimiento del ser humano desde posiciones éticas y humanistas. José Martí conocía la complejidad de la mente humana, había estudiado sus delicados matices en la vida, y en las fuentes universales de la literatura y del arte. Estaba pues en posesión de los más sensibles instrumentos para llevar a cabo un trabajo editorial y periodístico de largo y profundo alcance.

- <sup>1</sup> «Nuestro programa» (editorial), en *La América*, Nueva York, 1 (1); 2 : abril, 1882. (Se consultó la colección incompleta atesorada por la Biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba).
- <sup>2</sup> *Id.*
- <sup>3</sup> José Martí. «A los lectores de *La América*», Nueva York, 2 (15): 2; junio, 1883, y en *Obras completas*, La Habana, t. 8, 1963-1973, p. 265. (En lo sucesivo, las referencias se remitirán a esta edición con las iniciales *O. C.*).
- <sup>4</sup> «Los propósitos de *La América* bajo sus nuevos propietarios», en *La América*, Nueva York, 3 (22): 3; enero, 1884 y en *O. C.*, t. 8, p. 268.
- <sup>5</sup> *Id.*, p. 266.
- <sup>6</sup> *Ibid.*
- <sup>7</sup> *Id.*, p. 265.
- <sup>8</sup> *Id.*, p. 266.
- <sup>9</sup> *Id.*, p. 268.
- <sup>10</sup> José Martí. Carta a Gonzalo de Quesada y Miranda, La Habana, 1 de abril de 1895, *O. C.*, t. 1. p. 25.
- <sup>11</sup> Carlos M. Trelles. «Bibliografía de la prensa cubana (de 1764 a 1900) y de los periódicos publicados por los cubanos en el extranjero», en *Revista Bibliográfica Cubana*, La Habana, 2 (7): 21; enero-febrero, 1938.
- <sup>12</sup> José Martí. «Una novela en el Central Park. Inteligencia de las oropéndolas», en *La América*, Nueva York, 2 (28): 108; julio, 1884, y en *O. C.*, t. 10, p. 74.
- <sup>13</sup> *Id.*, p. 73.
- <sup>14</sup> José Martí. Cuaderno de apuntes, *O. C.*, t. 21, p. 16.

## Discurso y cultura de la nación moderna, o el deseo de la perfección\*

*Ivan A. Schulman*

*[...] la cosa más pequeña, insignificante en sí, adquiere valor sumo, como símbolo de tiempo. El espíritu de los hombres afectado de uno de otro modo, según las influencias que en él actúan, se refleja con todos sus accidentes en cada uno de los objetos que imagina para el adorno o para el uso.*

JOSÉ MARTÍ (1884)<sup>1</sup>

En su estudio sobre narración y nación, Homi Bhabha observa que la emergencia «of the later phase of the modern nation, from the mid-nineteenth century, is also one of, the most sustained periods of mass migration within the west».<sup>2</sup> Los avances tecnológicos de los sistemas de transporte entre las naciones más avanzadas de esta época permitieron el movimiento transmigratorio que, a su vez, aceleró la instauración de la base económica de la edad moderna<sup>3</sup> occidental. A la narración de las manifestaciones norteamericanas de este proyecto de modernización y de «disemiNación» contribuyó Martí con sus abundantes, informativos, y a veces líricos ensayos sobre la transformación de las instituciones socioeconómicas y culturales de Estados Unidos, escritos a medida que llegaba la «gente emigrada»<sup>4</sup> a los centros urbanos del país en las últimas décadas del siglo XIX.

Martí fue el cronista hispanoamericano mejor informado sobre la vida y la cultura de Estados Unidos de los últimos

\*Tomado de Colectivo de Autores. *José Martí y los Estados Unidos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1998.

decenios del siglo XIX. A diferencia de Rodó, por ejemplo, su conocimiento no era libresco ni, como en el caso de Sarmiento, el producto de una estancia de corta duración. Entre 1880 y 1895 vivió y trabajó en la ciudad de Nueva York; viajó a otras ciudades de la costa este del país, sobre todo a las de la Florida; leía y escribía inglés; y, en los quince años de su residencia norteamericana adquirió un conocimiento envidiable de las costumbres, la idiosincrasia, la política, la tecnología, las artes plásticas, la música y la literatura de Estados Unidos.

Los signos de la nación norteamericana insertos en el discurso de las crónicas martianas son variados y profusos; en ellas podemos sondear el inmanente concepto de *identificación cultural* del cronista y hacer la lectura de los objetos de narración cultural.<sup>5</sup> Para Martí el proceso de narrativizar las dimensiones y fronteras de la cultura de Estados Unidos involucraba lo que Bhabha ha designado la visión repleta de «gatherings of exiles and emigrés and refugees, gathering on the edge of “foreign” cultures... [Pero implicaba asimismo la construcción de] memories of underdevelopment, of other worlds lived retroactively»<sup>6</sup> –mundos del sujeto moderno inscritos en un subtexto americano, interiorizados en forma simbiótica junto con la apropiación de la cultura norteamericana. En otras instancias los espacios –los de «other worlds»– se insertan en una representación simbólica, como en el epígrafe inicial cuyo discurso constituye una dialógica construcción metafórica<sup>7</sup> de dimensiones especulares característica de las crónicas martianas. En ellas suele primar una dinámica movable, la que Bhabha entierra en su concepto de *temporalidad de la representación*<sup>8</sup> (compárese el «símbolo de tiempo» del epígrafe) que en el discurso martiano se refiere a una sociedad en que el hombre asumía una nueva función «mudable» e «imprevisto» de valor introspectivo y de autoconstrucción: «Ése es el maravilloso ejército moderno. Esa la nueva casta sacerdotal. Esos, en *el nuevo estado humano*, los que suceden y reemplazan a los héroes».<sup>9</sup> De este modo queda sentado el móvil principal del proyecto moderno de la narración martiana.

La exploración de las fuentes de autoridad del discurso martiano constituye la piedra angular de nuestra lectura de la narración martiana de la cultura de Estados Unidos en su doble fase de modernidad burguesa y estética,<sup>10</sup> tomando en cuenta el hecho de que la que refracta Martí es una representatividad multiforme, vacilante y, a menudo, antagónica, en lugar de una visión homogénea, sin diferenciación social o económica.<sup>11</sup> Es, al mismo tiempo, el discurso especular del sujeto moderno que proyecta la imagen, en primer término, de la cultura de Estados Unidos (*el discurso informativo*)<sup>12</sup> y, simultáneamente, un concepto ideal de la cultura hispanoamericana (*el discurso del deseo*).<sup>13</sup>

El discurso del deseo, el que incorporamos al título de nuestro ensayo, lo derivamos del comentario martiano sobre la vida y los escritos del historiador norteamericano George Bancroft, en el cual se expresa la aspiración refractada de un revolucionario en busca constante, entre los espacios empíreos, del principio transformador de la experiencia humana: «Lo que a los hombres de letras –léase “lo que a Martí”– suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto les produce el dolor de no hallarlo en todo».<sup>14</sup> Esta cita encierra dos caras del concepto martiano *vis a vis* la cultura norteamericana. Por un lado, sus códigos morales y estéticos. Por otro, el imaginario social del creador modernista, o sea, «el enunciado vivo aparecido conscientemente como una proyección colectiva para crear nuevas narrativas y destinos históricos».<sup>15</sup> La base de esta conceptualización se establece en el ensayo sobre Walt Whitman en el cual Martí aboga por el concepto moderno de escribir la realidad de la nación y sus objetos culturales guiado por el principio de la inestabilidad y el movimiento perpetuo característico de los códigos de la narratividad moderna: «Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas».<sup>16</sup>

En sus narraciones de la vida norteamericana Martí articula una dialéctica de *amo* y de *esclavo*,<sup>17</sup> es decir, enuncia una visión homocéntrica cuyo eje es la captación de la interacción de poderosos y subalternos. De modo dramático sus narraciones sitúan en primer término al ser humano desempeñando su papel social contra el trasfondo del medio social y cultural de los espacios hegemónicos; sus escritos son radiografías de una sociedad emergente vistas desde la perspectiva del esclavo, en especial, los recién llegados inmigrantes –obreros hambrientos, anarquistas violentos, exilados políticos– y los conflictos étnicos y raciales creados con su presencia, es decir, los individuos o las colectividades manipulados y/o victimizados por un nuevo y metamórfico sistema socioeconómico cuyo poder los limita o los ahoga.<sup>18</sup> Pero hay otro foco de interés: el de los ciudadanos norteamericanos que en sus escritos o en su actuación pública revelan un proyecto de inconformidad, esto es, James Russell Lowell, Walt Whitman, Bronson Alcott. En el caso de ambas perspectivas se trata de textos concebidos con una intencionalidad programática; dirigidos al presente, captan el futuro<sup>19</sup> de una sociedad percibida como problemática e inestable. Pero, pese a su carácter precario, y al mismo tiempo borroso, el cronista logra visualizar el futuro de esta sociedad en ciernes cuyo incipiente desarrollo contempla; y concibe –reflejo de su escritura programática y de su imaginario social– la necesidad de *salvarla* mediante la lucha en contra de la «cultura de pobreza» que tiraniza a los «esclavos» del sistema. Es una curiosa pero acuciosa resemantización del presente, el cual sirve de base para la contemplación del futuro: desde él se descubre el presente, para los lectores del siglo XIX –vuelta a los orígenes de la escritura modernista– y, para los lectores de hoy, los parámetros del todavía inconcluso debate nacional sobre los pobres y marginados de la vida norteamericana:

«Pan no se puede dar a todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen: en cada calle, un kindergarten; el hombre es

noble, y tiende a lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza: la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es [...] al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo: de salmos y chocolates eran las Misiones de antes, las de ahora han de ser de kindergartens y zapatos: se han de reclutar soldados para el ejército, y maestros para los pobres».<sup>20</sup>

Para escribir la historia y la cultura de la nación el cronista asume una doble labor: representar los hechos leídos u observados<sup>21</sup> con el fin de presentarlos transculturalmente a sus lectores hispanoamericanos, lo cual implicaba la necesidad autoimpuesta de reformularlos para que respondieran a su deseo de acelerar la construcción de una nueva realidad moral<sup>22</sup> en la «otra cultura» (el discurso del deseo) vía la receptividad (deseada) de sus lectores en los muchos países donde sus escritos, enviados desde Nueva York, se editaban en revistas y periódicos nacionales o locales «Al informar *sobre-escribe*: escribe *sobre* el periódico, que continuamente lee, en un acto de palimpsesto, digamos, que a la vez proyecta un trabajo verbal sumamente enfático, que la noticia –el objeto leído– no tenía».<sup>23</sup> No cultivaba el discurso narrativizante («the narrativizing discourse»)<sup>24</sup> de Hayden White, o sea, una escritura en que los hechos están presentados cronológicamente, en que no hay narrador, y en que los eventos se narran sin intermediarios o sin la presencia de la voz del cronista o de un criterio subjetivo que pasa los hechos por el tamiz de la subjetividad.<sup>25</sup> Todo lo contrario. Al resemantizar la realidad, redefine sus fronteras, y constituye un discurso que rebasa los límites de la objetividad (el discurso metonímico e informativo). Si aceptamos la distinción que establece White entre *anales*, *crónicas* e *historias* se disuelve la debatida problemática de definir el género literario de la escritura martiana, sobre todo, la de sus «crónicas» (¿son ensayos o crónicas?; ¿las cartas son crónicas?), pues obviamente los textos agrupados bajo el rótulo de Escenas Norteamericanas, más otros escritos

dispersos de la misma temática, pertenecen genéricamente a la *crónica*, entendida esta como una narración que «stars out to tell a story but breaks off in *media res*, in the chronicler's own present; it leaves things unresolved or, rather, leaves them unresolved in a story-like way?».<sup>26</sup>

Pero, al narrativizar conforme a este modelo privilegia el proceso de re-escribir el presente con el fin de inspirar la creación de un futuro mejor. En el proceso el cronista se aproxima a sus lectores mediante un discurso de registros críticos, adjetivo este que entendemos en un sentido positivo –exteriorizar, explicar– porque en la creación de la imagen martiana de la vida norteamericana el concepto de la crítica no estaba reñido con la armonización de los dos discursos de su escritura ya señalados: el real o informativo y el del deseo. «Criticar –insistió– no es censurar, sino ejercitar el criterio».<sup>27</sup>

## Cultura inferior/cultura de dependencia

El imaginario social martiano encierra un registro negativo, otro positivo; refleja el carácter ambivalente del discurso minoritario frente al hegemónico. «The minority does not simply confront the pedagogical, or powerful master-discourse with a contradictory or negating referent. It interrogates its object... [it insinuates] itself into the terms of reference of the dominant discourse».<sup>28</sup> Sus crónicas, condicionadas por el signo negativo de la cultura mercantil que crece en torno suyo, encierran un subtexto que cuestiona el valor de la cultura norteamericana como modelo para los países hispanoamericanos. En la del norte descubre que «[...] a la par que [hay] un ansia ávida de mejoramiento artístico, [hay] un espíritu de mofa que se place en escarnecer, como en venganza de su actual inferioridad, a toda persona o acontecimiento que demande su juicio, y dé en sus manos, y pasa en eso lo que en las ciudades de segundo orden con los dramas aplaudidos en las capi-

tales, que sólo por venir sancionados de la gran ciudad son recibidos en la provincia con mohines y desdenes, como para denotar mayor cultura y más exquisito gusto que el de los críticos metropolitanos. En esta dependencia de Europa vive Estados Unidos en letras y artes».<sup>29</sup>

Con evidente aversión el cronista documenta la «regata impía y nauseabunda»<sup>30</sup> que se desfila ante sus ojos. Le decepciona la carencia de identidad cultural, signo de la creación nacional cuyos códigos sólo descubría en forma sostenida en la obra individual de figuras excepcionales como Walt Whitman o Ralph Waldo Emerson. El carácter «disidente» o contracultural de su producción literaria vicia el discurso hegemónico y nos remite al minoritario martiano de la otra cultura cuya formación le asedia al cubano. El escenario cultural cuyos componentes «criticaba» para los lectores hispanoamericanos refractaba una defectuosa idiosincrasia: «ni que se esté criando aquí el hombre parejo... a la vez tolerante e impetuoso, ni excesivo ni tibio en el sentir, respetador del derecho ajeno y del propio [...] que debe y puede apeteerse en los países donde aún está por formarse el tipo nacional».<sup>31</sup>

La ausencia de un tipo nacional se evidenciaba en la cultura de dependencia foránea, nota fundamental de la vida norteamericana finisecular. «Apenas hay una tentativa de crear ópera americana, con partitura de Goetz, sopranos de Berlín, tenor de Rusia, bajo inglés, y bailarina de Boston».<sup>32</sup> El cronista percibía una red de relaciones: carencia del tipo nacional = cultura de dependencia = cultura de valores materiales. En ausencia de una originalidad artística y de la existencia de escuelas o movimientos nacionales en la plástica se importaba la obra de artistas extranjeros: Corot, Gerôme, Manet, Fortuny, Díaz, Delacroix, Degas, Durero, Mollet. El espíritu mercantil –el arte como artículo de mercado, práctica institucionalizada con el advenimiento de la modernización socioeconómica– regía sin la existencia de una sensibilidad artística: «Al olor de la riqueza se está vaciando sobre Nueva York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los

municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido». <sup>33</sup>

El cronista centra su atención sobre la «diferencia» cultural de una nación que no ha descubierto su centro. La lectura de la producción artística del país suele ser negativa, sobre todo al principio de su estancia; pero en todas las etapas cronológicas de su crónica se percibe el sentido de la diferencia leída desde la orilla del deseo, es decir, la de la cultura hispanoamericana. Se trata de un planteamiento metafórico cuya faz real constituye una meditación especular en cuya superficie el moralista desarrolla una interpretación cultural cuya intencionalidad es guiar e inspirar a los ciudadanos de los países americanos en la labor de construir su cultura nacional moderna. El relato de la norteamericana encubre y descubre el deseo de contribuir a esta labor.

La modernidad en plena flor que observa en el norte es «una modernidad amenazante si bien a veces deseada». <sup>34</sup> Las tensiones que en Martí y en otros modernistas coetáneos crean la cultura del subdesarrollo hispanoamericano frente al proceso de la modernización norteamericana, nunca se disuelven del todo. Pero si no se resuelven se derivan hacia la esperanza por un lado, o la lucha, <sup>35</sup> por otro. La creencia en la bondad <sup>36</sup> y la perfectibilidad del hombre –resemantización de los códigos ideológicos del XVIII– sólo le abandona a Martí en momentos fugaces de profunda decepción. Como desafío al discurso hegemónico y afirmación de los ensoñados espacios de la otra cultura, predomina en su imaginario la ideología de un revolucionario, la cual (re)confirma su fe en la humanidad, o empuja al sujeto hacia los campos de la batalla sociopolítica y cultural, y, al final de su vida, el militar.

Se desespera al escribir la historia de una nación de inmigrantes: pinta un cuadro de rapiña constante y de combate febril por la subsistencia entre los obreros. Abundan escenas de egoísmo brutal, y prima el mercantilismo cultural. Sin embargo, los signos indicadores de construcción o de me-

joramiento<sup>37</sup> no se han suprimido del todo: «[...] se está levantando con una fuerza y armonía de himno [en Estados Unidos (1886)] uno de los movimientos más sanos y vivos [el de Henry George] en que ha empeñado jamás su energía el hombre». <sup>38</sup> Se trata de un contradiscurso pronunciado desde los límites del discurso del deseo con el propósito de apoyar la «resemiNación». Las irrupciones y los comentarios de la crónica constituyen una estrategia consciente,<sup>39</sup> la cual, al manipularla el narrador en pro del progreso social que ve surgir, genera un discurso dirigido a la elaboración del *proceso* social de la cultura y la vida hispanoamericanas. Al narrarlo, el cronista pone en tela de juicio la eficacia del género que ha escogido, y devela la génesis de su escritura: «¿Cómo se ha de decir bien—el discurso anhelado del deseo—en una mera carta de periódico, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor, toda la significación de un movimiento que trata de cambiar pacíficamente las condiciones desiguales en que viven los hombres». <sup>40</sup> «La historia que vamos viviendo —autorreflexiona el narrador— es más difícil de asir y contar que la que se espuma en los libros de las edades pasadas [...]. Vale más un detalle finamente percibido de lo que pasa ahora [...] que esos rehervimientos de hechos y generalizaciones pirotécnicas tan usadas en la prosa brillante y la oratoria». <sup>41</sup>

Nuestro escritor modernista buscaba lo natural en el arte. Pero, además, demandaba la autenticidad: «El Arte, como la Literatura, ni se improvisa ni trasplanta; ni trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso, ha de ser genuino. En pintura, como en letras, sólo perdura lo directo». <sup>42</sup> La cultura de Estados Unidos, según el esquema que elaboraba, pasaba por un período de transición en que los elementos genuinos de su expresión tardaban en perfilarse. En un momento de «condensación», de «incesante allegamiento» era difícil leer el futuro de la «Nación definitiva» y las características de su expresión artística,<sup>43</sup> conceptualización reveladora del subtexto del revolucionario que intentaba ordenar el proceso metamórfico, descifrar los incógnitos de la modernización, y concretizar

el «re-basamiento» de la cultura de la «Nación» futura y definitiva: la americana, la caribeña y la cubana.

A este proyecto contribuye todo lo que el hombre hace en una época, obra humana que prepara la cultura de la siguiente. De ahí, en el ensayo sobre el profesor Draper, el discurso del deseo se estructura en torno a la siguiente enunciación apotégmica: «Este siglo prepara la filosofía que ha de establecer el siglo que viene. Este es el siglo del detalle: el que viene será el siglo de síntesis».<sup>44</sup> La «Nación definitiva» se inscribe en un proceso metamórfico que privilegia la deseada perfectabilidad del futuro en lugar del presente imperfecto.

## Cultura de la modernidad

La cultura de la modernidad burguesa<sup>45</sup> se filtra en el discurso crítico de las Escenas Norteamericanas en torno a las figuras cumbres de la cultura, o las visitas foráneas que en el siglo XIX la marcan de modo potente. La presencia, por ejemplo, de Oscar Wilde da origen a una serie de meditaciones sobre el materialismo reinante; en el repudio de los valores espirituales se abre un espacio suplementario en el cual se inserta, con intención aleccionadora, la otra cultura.<sup>46</sup> Los preceptos esteticistas de Wilde, que no encuentran eco en el país y no siempre son del gusto del cronista, están en conflicto con la base de la modernidad burguesa, pues el inglés quiere «que vaya la vida encaminada, más a hacer oro para la mente, que para las arcas».<sup>47</sup> «El dinerismo nos pudre –insiste el cubano– y guerreamos contra el dinerismo. Antes teníamos más hombres felices: ahora tenemos mas fieras y más bestias».<sup>48</sup> Y, aunque Martí aplaude los esfuerzos de hombres recios, como el rico Huntington, de modificar las nocivas instituciones sociales creadas por la modernidad burguesa, de «sacarle los cimientos al orden social de hoy, y ponerle otros más seguros», en tono de advertencia, desde el subtexto de su discurso

reflexiona que «cada pueblo se cura conforme a su naturaleza [...]. Ni Saint-Simon, ni Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin». <sup>49</sup>

La nación que construye el cronista vibra con un ritmo acelerado, neurótico: «Apenas se tiene tiempo para vivir. El cráneo es circo, y los pensamientos son caballos azotados». <sup>50</sup> El movimiento perpetuo de la «neurosis» de la modernización norteamericana conforma una escritura de prosa surrealista cuyos fragmentos refractan la rapidez de la existencia en su sintaxis sincopada, fragmentada y sin conectivos: «Nadie se duerme, nadie se despierta, nadie está sentado: todo es galope, escape, asalto, estrepitosa caída, eminente triunfo. Es una procesión de ojos sedientos, montados sobre piernas aladas,—las piernas de Mercurio». <sup>51</sup> El cuestionamiento materialista subvierte los valores de la modernidad burguesa; el discurso martiano privilegia el que funde «lo racional y lo poético». Para el cronista era cuestión de ver desde la cima para poder abarcar lo que pasaba en el llano, <sup>52</sup> estrategia que encierra la exploración de los espacios múltiples de la realidad y de la imaginación, de puntualizar nexos, y en un plano temporal, enjuiciar el presente pensando en el futuro. En la recursividad temporal de su escritura descubrimos las primicias del nuevo historicismo que como crítico literario percibió en la obra del novelista Mark Twain: «levanta la piel con la pintura de las baronías de antes, que resulta ser la de las minas de carbón y covachas de ferrocarril de las baronías de ahora, de los dominios del sonriente y pizpireto Carnegie». <sup>53</sup>

Lo moderno se cifra en la cultura citadina de Nueva York. Su metaforización emana de los recesos subjetivos de un proyecto de renarrativización en que sobrepasan las fronteras de los registros contrahegemónicos y las amonestaciones del discurso crítico. Frente a los códigos de la modernidad burguesa el cronista orchestra dos discursos —el de la información y el del deseo— para penetrar los espacios de la existencia libre, de la creación artística exenta de las trabas impuestas por una sociedad dominada por el afán de sobrevalorar los bienes materiales. De ahí las dilatadas y líricas evocaciones de las

figuras contraculturales del arte norteamericano –pintores, músicos, poetas, novelistas, oradores– en las crónicas circunscritas a la narración de la vida y obra de sus creadores máximos. Los intersticios de esta escritura ofrecen una visión de la modernidad basada en los mecanismos de la subjetividad que suelen interiorizar y concretizar la realidad sociocultural en imágenes positivas. Son crónicas cuyo discurso informa, deforma y re-forma los códigos del discurso informativo, a veces mediante una sucesión de tenebrosas sinédoques: «Es [la realidad norteamericana] una procesión de ojos sedientos, montados sobre piernas aladas».<sup>54</sup>

Y, marcando la correspondencia en esta «procesión» entre historia y creación proyecta nuestra atención hacia el hecho –simbólico para el cronista– de que la mujer norteamericana no figura en la pintura moderna por razones que son objeto de una especulación determinista ligada a la cultura mercantilista:

«[...] es curioso de ver cómo la mujer norteamericana no ha podido aún lograr una expresión durable<sup>55</sup> en la pintura; ya porque los artistas, educados en el estudio de tipos europeos más armoniosos y flexibles, las hallen, como en verdad están, faltas de femineidad y delicadeza, ya porque con aquellas ductilidad y porosidad mayores que son propias de su sexo, se amoldan con tal rapidez a las facies de civilización por que precipitadamente su pueblo atraviesa, que en ninguna de ellas persisten por tiempo suficiente para constituir un tipo fijo».<sup>56</sup>

La velocidad intensa de esta cultura aísla, ahoga y asedia al ciudadano; confrontado con ella el homocentrismo del imaginario social martiano crea narraciones cuya base noética va a contrapelo de la cultura moderna, indiferente a la victimización socioeconómica del individuo y la marginalización del artista. Esta lectura refleja una decisión estratégica y racional por parte del cronista; al plasmarse en la práctica de su escritura traduce una recomendación al «patriota» (enmascaramiento del narrador), que signa un proceder personal, una preferencia ideológica, y la priorización del individuo en el proyecto colectivo:

«El patriota, si quiere bien a su patria, no empezará a leer el periódico por el editorial, que dice lo que se opina, sino por

los anuncios, que dicen lo que se hace [...]. Por los anuncios se ve la vida pública, y el bien y la persona de todos, que es base y sostén de cada uno, porque *no hay gusto sino donde todos lo tienen, y cada cual es creador y condueño de sí*.<sup>57</sup>

La voz creadora individual articula registros de disconformidad social, posición antihegemónica frente a la modernidad. Se inserta en la lectura de *todas* las instituciones humanas, inclusive la de la religión, afectada por la metamorfosis de la sociedad moderna. Las modificaciones de la Iglesia y la necesidad de efectuarlas emanan del deseo de cultivar la semilla de creatividad y de energía de los seres humanos; en el fondo, transparenta un rechazo de los moldes sociales prehechos y constrictivos.

«O conciliamos –observa– [...] la razón del hombre con su sentimiento religioso, sin exigirle creer en más divinidad que la que lleva en sí, ni en más revelación, fuera de la inevitable de Cristo, que aquella constante por donde la vida futura y perfecta se exhibe como tipo en la conciencia del hombre, o [...] *buscará el hombre fuera de los dogmas históricos y puramente humanos, aquella armonía del espíritu de religión con el juicio libre, que es la forma religiosa del mundo moderno, adonde ha de venir a parar [...] la idea cristiana*».<sup>58</sup>

Armonía y libertad, dos palabras claves, dos íconos de la modernidad estética y social que maneja un veedor de la cultura; son signos del deseo de otredad en la narración de la nacionalidad moderna, signos que conforman sus evocaciones de figuras nobles e ideales como el escritor Longfellow. De él, con motivo de su muerte, anota que «tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fue de los que dan de sí, y no de los que toman de otros [...]. No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos».<sup>59</sup> En la presentación de estas figuras son varias las formas de resemantizar las transformaciones de la realidad observada: queda la de la modernidad burguesa marginalizada; ocupa el trasfondo; o figura en función de una fuerza contra la cual batalla el hombre inspirado por el discurso del deseo.

En una observación autorreflexiva expresada en una carta escrita a Bartolomé Mitre y Vedia (citada a menudo en la literatura crítica), Martí explica el criterio que manejara en la composición de las crónicas norteamericanas destinadas a *La Nación*. Le advierte a Mitre que «cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena».<sup>60</sup> Pero, los registros del discurso del subtexto suelen desdecir su insistencia sobre la transcripción fiel, proceso selectivo que se manifiesta en las «escenas» al escoger y privilegiar el narrador a sus autores predilectos: Emerson, Longfellow, Whittier, Holmes, James, Whitman, y el crítico Stedman. De estos, el que más elogio abierto le mereció fue Whitman, «rebelde y pujante», el hombre que narra la experiencia de la nación moderna, el individuo que significativamente batalla en pro del humilde, en defensa de la libertad, y en contra de muchas prácticas de la modernidad burguesa que limitaban al ser humano. La combatividad individual en contra del proyecto hegemónico le asedia al cronista. De ahí su preferencia por el James Russell Lowell que «flageló [en su juventud] a los avariciosos y a los hipócritas»,<sup>61</sup> al Lowell anciano, entregado a la autoridad y al poder. La presencia de las dos caras del destacado escritor sirven para formular el pensamiento apotégmico: «El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume a los ochenta años».<sup>62</sup>

## El discurso especular

La historia de las naciones es especular; su evolución entraña un proceso de representación simbólica, recursiva, y a menudo analógica: «como prueba de la semejanza del hombre a sí propio, en estados por todas sus condiciones o por alguna análogos, que lo más genuino que lleva producido la arquitectura norteamericana [...] recuerda, aunque con me-

nos gracia y novedad, las fábricas sin curvas de los indígenas de América». <sup>63</sup>

Son múltiples las estrategias de que se sirve el cronista para saltar del discurso informativo al discurso del deseo, y, de este modo, presentar lo que está más allá de los límites de la óptica metonímica de su narración. En ocasiones la inserción de la cultura dominante y la contracultural es abierta: «Como en sermones, malos romances y reales pragmáticas aprendíamos a leer [en los escritos de Washington Irving] los colonos de la tierra hispana, los de esta soltaban los ojos enamorados siempre de las maravillas, detrás de los pasmosos caballeros del rey Arturo, o los melosos madrigales, o los amadores de novela que entretenían el ocio inglés. <sup>64</sup> Insiste sobre la necesidad de hacer respetar a la América Hispánica en Estados Unidos, «un pueblo ante el cual es indispensable enseñarse con todas las cualidades de fuerza mental, y cultura visible, y organización decorosa que pueda inclinarlo al respeto». <sup>65</sup> Otras veces se transparenta la voz magisterial que desborda los límites del discurso literario e informativo: «Y conociendo los orígenes de esas instituciones deslumbrantes, podremos acercarnos a ellas, o apartarnos de ellas, o alterarlas en la acomodación a nuestros países, o no acomodarlas». <sup>66</sup> Se trata de un procedimiento narrativo (contradiscursivo) basado en el cuestionamiento de la cultura dominante; el narrador se insinúa en los códigos del discurso hegemónico, amplía las fronteras de su narración y crea un universo alternativo: el del discurso del deseo. <sup>67</sup>

Una estrategia comparativa, expuesta sin simulación informa la práctica discursiva cuando el cronista ofrece información sobre la vida cultural norteamericana, y simultáneamente evoca cuadros de la otra cultura:

«¿Cómo no acordarse, teniendo sangre leal de hispanoamericano en las venas, de estas glorias sofocadas y desconocidas de nuestro arte latino [el de Hispanoamérica], enfrente de estos paisajes violentos de Chase, no como los de Velazco el mexicano, poderosos; de estas marinas, acabadas, mas sin brío,

de Swain Gifford, que sigue a Tieppolo; de estos retratos de Sargent, que tiene genio suyo y copia con soltura la figura humana [...]».<sup>68</sup>

En su afán de valorar debidamente los objetos culturales de la América hispánica, se inclina al elogio desmesurado. Frente a las carencias de los pintores norteamericanos, cuyos cuadros contemplaba en sus periódicas visitas a las galerías neoyorquinas formula un concepto determinista –«tierras»/«sol»– para afirmar la superioridad de la plástica hispanoamericana:

«Carece el pintor yanqui de aquella paleta luminosa que en nuestros artistas, como en los españoles e italianos, no es mérito personal sino de sus tierras y su sol [...] ¡cuánto hay aún de profundo y no enseñado en los cánones del arte, que América sabe, y que no pudieron saber ni Fromentin, ni Blanc, ni Ruskin!»<sup>69</sup>

El anverso del medallón consiste en un proceso de denigración que expone la anatomía de la nueva nación formada por las masas hambrientas de una sociedad materialista cuyas normas, tradiciones, prácticas culturales y sociales desconocen los recién llegados inmigrantes metaforizados en una visión colectiva aterradora: las «colosales hileras de dientes»:

«Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en que han pasado la primera. *No tienen aquí la patria propia*, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos [...] no tienen aquí *el pueblo nativo*, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida».<sup>70</sup>

Los códigos del subtexto –patria, nación, cultura auténtica– se intercalan en el discurso informativo, el cual, en este caso, gradúa los códigos en torno al concepto falso de la educación en un país con una población creciente que la nación pretende «dirigir por la cultura y por el sentido religioso» mientras que esta masa pujante «busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos».<sup>71</sup> El eje del discurso

especular gira alrededor de los conceptos fallidos de autoridad y de homogeneidad de naciones en el proceso de modernizarse. De ahí el *caveat* dirigido a las sociedades hispanoamericanas: importa considerar con cautela los medios y fines de los proyectos nacionales de transformación social y de estímulo cultural.<sup>72</sup>

### Literatura de fantasía, literatura de verdades

El cronista critica –en el sentido martiano ya planteado– la producción literaria de Estados Unidos, y se enfrenta de inmediato con la sustanciosa cuestión del valor y la función de la literatura de entretenimiento. Privilegia la escritura de los poetas populares, utilizando el modelo europeo de escritores como Hebel, o Burns, figuras que rompen lanzas con la cultura del «esclavo». Y, al aplicar el criterio de lucha y liberación a las obras que se producen en Estados Unidos, se identifica con aquellos registros del discurso narrativo que en escritores como Howells (en *Una amistad casual*) refractan los problemas relacionados con la modernización vía «una historia de amor de estos países [Estados Unidos y Canadá], y de *lucha de castas sociales*».<sup>73</sup> Pero, al juzgar otras novelas del mismo escritor desde la perspectiva de la modernidad estética, considera que «son burdas», pero por razones ancladas en las limitaciones impuestas por el sistema social que en ellas se revela; es decir, son burdas «no porque lo sea su talento [del escritor] noble y leal, sino porque lo es el pueblo que, conforme a su *falso código literario, copia... Reproducir no es crear; y crear es el deber del hombre*».<sup>74</sup>

Al interrogar en esta forma se genera la voz contracultural del discurso del deseo. En *Ramona*, la novela de Helen Hunt Jackson que Martí tradujo y publicó por su propia cuenta, se trasluce un subtexto en forma de diálogo entre el proyecto de redención social de la escritora y el del compromiso social del

traductor. En la coincidencia de diálogos exo/textuales y trans/textuales<sup>75</sup> entran las consideraciones «serias» del observador cubano de las lacras de la sociedad industrial norteamericana y su defensa de la liberación y/o el mejoramiento de los indios, marginados y discriminados por el incipiente capitalismo y su política imperialista.

La lectura de su única novela (*Amistad funesta / Lucía Jerez*), y la de las traducciones de Hugh Conway (*Misterio*) y Helen Hunt Jackson (*Ramona*), confirman la presencia en su imaginario social de motivos de asedio y molestia respecto a los objetos de la vida moderna. Esta irritación se socializa en el arte y el ideario martianos en términos de una tensión «moderna» entre la escritura revolucionaria y la creación regida por las normas de los «tiempos llanos» de la modernidad. Es más, el conflicto se patentiza en la tensión entre las realidades de la existencia moderna –las que para Martí constituyen la «novela verdadera»– y los estrechos y desfiguradores moldes de la ficción coetánea. Sobre esta dicotomía de arte y realidad, en relación con *Misterio*, observó que cuando se tocaba el fin del libro «[comenzaba] *la novela verdadera, que ningún corazón joven ni hombre moderno leerán sin entusiasmo*».<sup>76</sup> O sea, en términos del esquema de González Echevarría,<sup>77</sup> la novela, como género puramente estético, carece de toda la fuerza necesaria para ser el vehículo de las verdades históricas y sociales que en su arsenal requiere y desea para la otra cultura un escritor dedicado al servicio de la patria y la humanidad.

Las ideas en torno a *Misterio* plantean la cuestión de la existencia en sociedades modernas de motivos de evasión para el pueblo miserable y explotado. Para compensar la situación trágica del proletariado se crea una especie de cultura de «paisajes suntuosos y de espectáculos de desordenada y deslumbradora fantasía».<sup>78</sup> Observa que «en la época de su aparición, no había mano en que *Called Back* [título original de *Misterio*] no estuviese, ni persona que no lo hubiera leído en libro, o lo conociese en drama [...]. Ni es de esta breve nota

investigar las razones de éxito tamaño, ni está fuera de ella indicar que no se obtiene sin mérito real semejante éxito. *A la novela va el público a buscar lo que no halla en la vida; a reposar de lo que sufre y de lo que ve; a sentirse nuevo, atrevido, amante, misterioso por unas cuantas horas; a saciar la sed inevitable del espíritu de lo romántico y extraordinario*.<sup>79</sup>

En la última frase el cronista traza el perfil del lector de la época de crisis de la edad moderna. En Inglaterra, en la década del ochenta –y también en Estados Unidos– se había llegado al fin de una época. «El dominio de la clase media había llegado a su conclusión... La autoridad estaba rota. Los esclavos estaban libres. La conciencia, libre. El comercio, libre. Pero el hombre, la pobreza y el frío estaban libres y el pueblo pedía algo más que la libertad».<sup>80</sup> En Hispanoamérica fue un período que el mismo Martí caracterizó como de reajuste y de remolde, el del incipiente modernismo y del proceso de la modernización socioeconómica.

Si la escritura de *Misterio* representó para Martí una trans/textualización destinada a los lectores de la nueva y creciente clase industrial de los «tiempos llanos», y, por ende, el replanteamiento de la función de la novela en momentos de transición socioeconómica de la sociedad capitalista, *Ramona* ofreció la co-lectura de otro proyecto «traslaticio» de la sociedad moderna: la evocación del momento de transición de los antiguos territorios mexicanos e indios de California que empezaban a despojar pobladores norteamericanos e intereses imperialistas del joven país industrializado del norte. *Ramona* retrata la vida de los indios en un momento crítico. Es una escritura narrativa nacida de un deseo de redención. Es un texto en que la problemática de la modernidad se plantea en términos de la tensión entre el pasado y el presente. Es un texto que ilustra la literatura de verdades y su poder suasorio. «La literatura del “saber” jamás puede competir con la literatura del “poder”–si esta realmente tiene poder».<sup>81</sup>

## Cultura americana, cultura naciente

Es un «pueblo naciente en cosas de arte»,<sup>82</sup> también es una «civilización egoísta y áspera»<sup>83</sup> en la cual «se come agonía y se bebe angustia».<sup>84</sup> Sus producciones, derivativas, o inestables, confrontan el discurso dominante con una voz crítica emitida desde los márgenes de una cultura minoritaria, pero con un conocimiento profundo de información sobre la dominante. El narrador al urdir un relato fragmentado y subjetivo, se fija en los detalles simbólicos de la cultura hegemónica, y al resemantizarla establece una distancia entre el discurso de la realidad y el del sujeto creador, espacio que le permite contemplar en función de la otra cultura –la hispanoamericana– el sentido y la calidad del arte de Estados Unidos. Excepciones a este proceso apropiador y de distanciamiento abundan, principalmente entre las descripciones de los artistas representativos cuya producción artística el cronista identifica con un nivel desarrollado del tipo nacional o la cultura de la nación en sus manifestaciones más auténticas en escritores como Whitman, Longfellow y Emerson, con quienes el nexo es tan estrecho que con dificultad distinguimos entre el discurso de uno y de otro.<sup>85</sup> Pero, en la mayoría de los casos, prima el recurso de separación psicológica en el proceso de reapropiación, signo de la voz crítica y del repudio de los objetos culturales de la modernidad burguesa. Traducen y simbolizan este proceso las representaciones del teatro popular de Harrigan y Hart, dramaturgos que captan las notas peculiares y los fallos sociales de la nación. Lo que le mueve al cronista a recurrir al lenguaje de los registros sombríos es la percepción que en «este teatro de comedia neoyorquina, no se pinta, como que *no la hay*, una sociedad».<sup>86</sup> Y, sin embargo, en otros instantes descubre imágenes alternativas de la cultura nacional, objetos de la cultura democrática que aprecia, la cultura de los «genuinos americanos» que «no creen que el brazo que ha crecido con la salud de la libertad deba, matricida, vol-

verse contra ella [...] [que] rechazan como culpable toda ventaja obtenida por la intimidación, el abuso de la fuerza y la amistad falsa. También la fuerza tiene su deber, que es el respeto a la debilidad».<sup>87</sup>

Pero esta sociedad, asediada por una modernidad peligrosa de rasgos viriles, carece de la femineidad, código cuya inscripción considera indispensable para la formación de una fructífera cultura nacional:

«¿Ni cómo, aún en lo que balbucea e imita, podrá dejar de enseñarse con lo que tiene de propio un pueblo en quien el influjo del suelo e instituciones nuevas sobre el carácter heredado ha producido una originalidad briosa? El norteamericano, que apenas empieza a dar en los hijos de sus ricos muestras de *afeminamiento*, refleja en su arquitectura el predominio de *sus hábitos viriles*, y no revela hasta hoy en sus edificios aquella *gracia femenil*, nivel y gusto de la vida, que todavía no ha ejercido su influjo regulador ni lo ejercerá nunca acaso, sobre la *existencia nacional*».<sup>88</sup>

Falta en ella asimismo el discurso armónico: «Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde sólo triunfa el rico».<sup>89</sup> Cultura de ruido,<sup>90</sup> cultura contraproducente para la creación artística: «La cultura quiere cierto reposo y limpieza, así como la vida doméstica; y no que cuando [...] les ahogue la voz el bufido de la máquina que pasa, o les perturbe el pensamiento el ruido sordo e insufrible que jamás cesa en la vía, o se les entre cargada de chispas por la ventana una bocanada de humo».<sup>91</sup>

Pero, entre los intersticios del discurso moderno martiano, también se refracta la presencia de registros positivos en la lectura de la cultura norteamericana, los cuales marcan momentos de optimismo en el futuro, momentos que el cronista identifica con la salvación implícita para esta cultura debida a la acción del pueblo «llano»: «la gente llana de todos los pue-

blos de la tierra es buena, y al olor del mercado vienen, suavizando y bruñendo, la literatura y la música». <sup>92</sup>

En la construcción de esta cultura de valores antagónicos el cronista subraya, como ya lo hemos anotado, el desarrollo del panorama literario y cultural de la geografía urbana. Entre las varias dimensiones de la moderna cultura citadina, evoca la soledad, la angustia y la marginación: «Cada alma se queda en sí, y de esto viene una gran soledad de cada persona; y una atmósfera densa espiritual, que con las manos hay que empujar de encima, como un velo de plomo». <sup>93</sup> Pero, la cultura moderna es dionisiaca; es una cultura de masas; es dialógica. Martí la identifica con los ruidos de un ejército bárbaro que invade los espacios ideales y pacíficos del individuo. <sup>94</sup> Refracta el panorama social de la lucha de intereses y de clase de una realidad fundamentalmente mercantilista. Es esta una sociedad cuyo desarrollo depende de la llegada de la mano de obra de las masas de inmigrantes mal integrados en la cultura y cuya presencia genera instituciones alienadoras para los «hijos legítimos de este país». <sup>95</sup>

## El papel del hombre

Los objetos del discurso martiano sobre la modernidad de Estados Unidos son de signo antagónico y fluctuante. Los objetos que merecen elogio particular son las manifestaciones individuales, especialmente los retratos de figuras cumbres de la cultura, escritores de visión antihegemónica, encarnaciones de la modernidad estética como Emerson, Whitman, Helen Hunt Jackson, Mark Twain, Bret Harte, Sidney Lanier, Longfellow, William Dean Howells, o Henry David Thoreau, para mencionar sólo una representación mínima de los creadores más destacados que figuran en la cronística martiana. <sup>96</sup> Son estas las que enriquecen la experiencia humana; representan la contracultura de la modernidad deseada, <sup>97</sup> pertene-

cen a los registros positivos de un discurso fundamentalmente negativo en torno a la modernidad socioeconómica. El revolucionario privilegia el concepto del hombre *montañoso*, es decir, la preeminencia del individuo superior, concepto vinculado con el legado filosófico del XVIII y de Carlyle, retextualizado e inscrito en el discurso del deseo del proyecto sociocultural hispanoamericano que visualiza Martí para el siglo XIX».

La lectura martiana de la nación norteamericana también abarca la revisión de otras capas y clases sociales de la sociedad con el fin de producir una definición amplia del comportamiento norteamericano; toma en cuenta, por ejemplo, las desigualdades sociales, y la novedad de la formación del carácter nacional: «[En el Union Club observa que los individuos] ...no se mostraban como nosotros [los latinoamericanos] ágiles y blandilocuos –discurso especular–, sino que, aun los que por sus méritos o fortuna han subido a altos puestos, revelaban en su áspera cortesanía el guante de lana del trabajador, o el de gamuza del soldado». La procedencia popular –soldado, trabajador–<sup>98</sup> hace que el cronista valore la interacción social de un club de ambiente aristocrático en forma benévola, pues en el país nuevo, sin arte en la vida social, «se sentía en aquella enorme fiesta sin dirección ni centro visible una como dirección superior y majestad, ¡y eran las del carácter, hecho a regirse e imponerse, en este pueblo de almas libres!».<sup>99</sup>

### Modernidad burguesa / modernidad estética<sup>100</sup>

En la lectura de la nación norteamericana el cronista establece los nexos entre la ideología moderna, el estilo de la modernidad y el cultivo de un discurso revolucionario. Martí alude a la existencia de una palabra «nueva»,<sup>101</sup> consciente de un futuro diseñado en el espacio del deseo. El sentido de una diferenciación en la representatividad de la cultura de la na-

ción, puede rastrearse vía la exploración de la función de los registros del estilo metonímico, por un lado, y los registros de la expresión metafórica, por otro. La cultura citadina, depositaria de la modernidad burguesa, se capta en rápida pincelada que presenta el ritmo acelerado de la existencia moderna:

«Se pudren las ciudades; se agrupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre; en la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con su aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahítos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, aparece sin dignidad ni hermosura la naturaleza. Esta contradicción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos, vientos que caen sobre las ciudades como un colosal ave famélica, *ímpetus que arrancan a las naciones de su quicio*».<sup>102</sup>

Se capta el proceso de la modernización *in media res* como un proyecto inacabado y en el borde de la hecatombe, signo de las contradicciones inherentes de la edad moderna y de su imaginario social. Por consiguiente, los registros del discurso son ambivalentes. Las acumulaciones metonímicas, signo del estilo «realista» de la modernidad de algunos textos, ceden en otros a las creaciones metafóricas e impresionistas, principalmente en la evocación de los artistas o en aquellos espacios del discurso que expresan la fe del cronista en la reconstrucción y metamorfosis humanas. Cuando parece que todo está perdido en la nación del norte, «[...] ¡he aquí que surge,—¿discurso informativo o discurso del deseo?—por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reestructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad... sacuden las pa-

redes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia». <sup>103</sup>

Por medio del reajuste y remolde de la información leída y observada desde su sitio de atalaya, el cronista refracta las acciones y/o la producción artística de aquel «ejército de creadores» –el de las figuras montañosas– en la evocación de las cuales se transparenta el discurso modernista, <sup>104</sup> el anverso del medallón del lenguaje metonímico de la modernidad burguesa, o sea, el estilo de la modernidad estética. Ilustra la alternancia de estos procesos discursivos el ensayo sobre Henry Ward Beecher. En este texto irrumpe el lenguaje expresionista de la modernidad estética: «Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; mas luego que el camino se serenaba: volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas». <sup>105</sup> En cambio, otro ensayo sobre la vida, obra y acción de Roscoe Conkling presenta el estilo metonímico con sintagmas eficaces y económicos de la escritura moderna burguesa:

«No era de los que recibía de la Naturaleza el don de pensar como un deber de emplearlo en el servicio de sus semejantes, sino como el título de su derecho a hacerse servir de ellos. Cruzó por la República con paso imperial. No tomaba opinión de la masa, sino que le echaba su opinión. Su política tenía por objeto principal vencer, aun antes que a sus enemigos, a sus rivales». <sup>106</sup>

Reflejo de la «existencia arrebatada [...] y directamente individual», <sup>107</sup> reflejo de la vida egoísta y angustiada de la modernización económica: «Aquí da miedo ver cómo se disgrega el espíritu público. La brega –que observa Martí– es grande por el pan de cada día. Es enorme el trabajo de abrirse paso por entre esta masa arrebatada, desbordante, ciega, que sólo en sí se ocupa, y en quitar su puesto al de adelante». <sup>108</sup>

Para abarcar, y, al mismo tiempo contrarrestar el poderoso influjo de la modernidad burguesa el cronista recomienda la lectura de dos textos fundamentales, uno de Andrew Carnegie, otro de Henry George: «Es Andrew Carnegie, el autor de *Democracia triunfante*, libro agradecido que el observador estudioso no debe leer sin *El progreso y la pobreza* de George al lado».<sup>109</sup>

Una sociedad nueva demanda una literatura nueva. De ahí la preocupación martiana por la originalidad de la cultura literaria, título que le da a su ensayo sobre Louisa May Alcott:<sup>110</sup> «La originalidad literaria en Estados Unidos». La muerte de esta escritora crea una oportunidad para reflexionar sobre los límites del discurso moderno cuyas normas y fronteras no pueden ser las de las expresiones anteriores: «No hay que andar buscando en los pueblos nuevos aquellas literaturas de copia y alfileres que enseñan catedráticos momias en las escuelas clásicas».<sup>111</sup> El discurso ejemplar de Alcott, iluminado «por la ternura», no «se valió de la imaginación para inventar, sino para componer, que es su verdadero oficio». Por eso, la destacada escritora no construyó «edificios de cartón pintarrajeados de leyendas y mitología, con un puntal griego, otro hindú, otro alemán».<sup>112</sup> Compuso de lo que pertenecía a su experiencia de la vida, la del sufrimiento que presenció en la guerra civil y la de su existencia juvenil. Reunió lo racional y lo experiencial con lo poético, creando un discurso artístico con base en la vida real.

Pero, la nota más elevada del discurso poético del cronista, donde mejor surgen a la superficie las presencias subjetivas de su imaginario, es en el ensayo de Emerson, deslinde de las vivencias y la ideología del escritor trascendentalista. En el bardo de Concord encontró la encarnación del hombre rebelde, el que «se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres».<sup>113</sup> Hombre natural, cultivó un discurso poético que se inserta en el modernista martiano, de tal modo

que constituye una representación simbólica de la modernidad escritural:

«Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra [...]. Son [sus versos] unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo».<sup>114</sup>

La modernidad burguesa y la estética se filtran y se enriquecen mutuamente en el imaginario social martiano: «Pues, ¿quién dice que la poesía ya se ha acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor; está en las noches rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas: está en los talleres».<sup>115</sup> ¿Qué es, en el fondo, el relato de la vida moderna para este representante de otra cultura que lee la de Estados Unidos? Es, al decir suyo, apropiando su caracterización de las páginas de *The Century Illustrated Magazine*, «artes de ayer, con criterio de ahora; galas, fiestas y miserias de las grandes ciudades; domesticidades y hábitos de la gente ilustre; sesudo examen de la obra actual de artistas, poetas, magistrados, oradores, guidores de Estado y del pensamiento».<sup>116</sup>

El escritor que se identifica con las masas de inmigrantes –reflejo del sujeto alienado y exilado durante unos quince años en Estados Unidos– con una visión centrada en la cultura modernista –la del deseo–, presenta y re/presenta la vida a su alrededor. Narra la historia de la *disemiNación*, pero sueña con el proyecto de la *resemiNación*. Inscribe su visión retextualizada de la cultura norteamericana guiado por dos acepciones de la noción de la crítica –la martiana–,<sup>117</sup> o sea, la del observador que prefiere no censurar –posición sujeta a modificaciones de índole varia consistente con las ambigüedades y las contradicciones de la escritura moderna–, y la del discurso del deseo que el imaginario social del cronista proce-

sa, resemantiza, proyecta y convierte en un anhelado e inspirado perfeccionamiento de una metamorfosis raigal y legítima para los países «azules».<sup>118</sup>

<sup>1</sup> José Martí. «Los abanicos de la exhibición Bartholdi», en *Obras completas*, t. 19, La Habana, 1963-1973, p. 297. (En lo sucesivo, salvo indicación contraria, las citas de Martí remiten a esta edición representada con las iniciales *O. C.*)

<sup>2</sup> Homi K. Bhabha. «DisemiNation: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation», *Nation and Narration*, Ed. Homi K. Bhabha, Routledge, Londres, 1990, p. 291.

<sup>3</sup> Paul Johnson. *The Birth of the Modern: World Society 1815-1830*, Harper Collins, Nueva York, 1991. En el capítulo III, especialmente hasta la p. 221, para una discusión de cómo la construcción de carreteras, la navegación de los ríos y los avances en los medios de transporte, incluyendo el transoceánico, facilitaron el comienzo de las olas emigratorias europeas al Nuevo Mundo. Johnson relaciona la iniciación del proceso como una cuestión demográfica. «Europe was the first continent in which death rates began to fall substantially faster than birth rates. As a result its population rose much faster than in Africa and Asia» (p. 202).

<sup>4</sup> José Martí. Cartas de Martí, Nueva York, 23 de abril de 1885, *O. C.*, t. 10, p. 226.

<sup>5</sup> Ver los comentarios de Bhabha sobre el tema de la construcción cultural. *Op. cit.*, p. 292.

<sup>6</sup> *Id.*, p. 291.

<sup>7</sup> Sobre este proceso antiesencialista Bhabha comenta: «[...] the space of the modern nation-people is never simply horizontal (no historicista). Their metaphoric movement require a kind of “doubleness” in writing; a temporality of representation that moves between cultural formations and social processes without a “centered” causal logic», *Id.*, p. 293.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> José Martí. «Un nuevo libro de Bain», *O. C.*, t. 13, p. 452. (La cursiva es nuestra).

<sup>10</sup> Matei Calinescu. *Five Faces of Modernity*, Duke University Press, Durham, 1987. Seguimos el esquema elaborado por Calinescu sobre las dos modernidades. Ver en particular la sección titulada «The Two Modernities», pp. 41-46.

<sup>11</sup> H. K. Bhabha. *Op. cit.*, p. 300.

<sup>12</sup> Julio Ramos. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989. Ramos acude al término *exteriores* para describir este aspecto de la crónica martiana: «[Martí]...tematiza los “exteriores”, ligados a la ciudad» (p. 91).

- <sup>13</sup> Hayden White. «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *Critical Inquiry*, 7, 1980. White utiliza la expresión *discourse of desire*, pero no en el sentido lacaniano, sino con el fin de distinguir entre el discurso de lo real y el discurso de lo imaginario. El histórico lo identifica con lo real, el imaginario o el del deseo con el discurso literario (pp. 23 y 24). El sentido martiano del término refracta los registros éticos y morales de su discurso.
- <sup>14</sup> José Martí. «Bancroft», *O. C.*, t. 13, p. 134.
- <sup>15</sup> Iris M. Zavala. «Lo imaginario social dialógico», *Sociocríticas: prácticas textuales, cultura de fronteras*, Rodopi, Amsterdam, 1991, p. 114.
- <sup>16</sup> José Martí. «El poeta Walt Whitman», *O. C.*, t. 13, p. 134.
- <sup>17</sup> H. K. Bhabha. *Op. cit.*, p. 295. El punto de vista de Bhabha es el siguiente: «Two brilliant accounts of the emergence of national narratives support my sugestión. They represent the diametrically opposed world views of master and slave which between them account for the major historical and philosophical dialectic of modern times». Compárese el siguiente pensamiento martiano: «La Sociedad Literaria... no existe para promover intereses personales, ni para perpetuar los únicos rincones *esclavos* de América». José Martí. Carta al secretario de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de 30 de octubre de 1891, *O. C.*, t. 20, p. 392. (La cursiva es nuestra).
- <sup>18</sup> Ver nuestro estudio sobre las minorías étnicas y raciales en Estados Unidos. Hemos vuelto a considerar este tema en una presentación reciente hecha ante el II Seminario Martiano de Venezuela a la luz del caso de Rodney King. La ponencia se publicó en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 16, 1993, con el título: «Un nuevo mundo: Martí y la sociedad multicultural de Estados Unidos».
- <sup>19</sup> Pensamos en el valor futuro de los escritos martianos según el planteamiento de Cintio Vitier.
- <sup>20</sup> José Martí. «Política internacional y religión. Haití y Estados Unidos», *O. C.*, t. 12, p. 414.
- <sup>21</sup> Susana Rotker. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1992, y Julio Ramos. *Op. cit.* Sobre el proceso de la escritura martiana ha habido mucho comentario. Ver, por ejemplo, las obras de Rotker y Ramos. Martí obviamente no observó personalmente todo lo que incluyó en sus escritos norteamericanos. Utilizó fuentes muy variadas, pero, tratándose de acontecimientos del momento, se servía de las crónicas de los periódicos y revistas de mayor relieve del país. Sin embargo, el proceso de la producción cronística siempre incluía una desconstrucción subjetiva y la reorganización de los hechos para crear una nueva narración de la nación.
- <sup>22</sup> H. White. *Op. cit.*, p. 27. Reflexiona sobre la cuestión de la objetividad y concluye: «Could we ever narrativize without moralizing?».
- <sup>23</sup> Julio Ramos. *Op. cit.*, pp. 110 y 111.
- <sup>24</sup> White cita a Emile Benveniste, citado a su vez, por Gérard Genette. «Boundaries of Narrative», *New Literary History*, 8, 1976, p. 11.

- <sup>25</sup> H. White. *Op. cit.*, p. 7.
- <sup>26</sup> Sobre esta cuestión ver: Aníbal González. *La crónica modernista hispanoamericana*, José Porrúa, Madrid, 1983, p. 9.
- <sup>27</sup> José Martí. «Críticos de Chicago», *O. C.*, t. 13, p. 462.
- <sup>28</sup> H. K. Bhabha. *Op. cit.*, p. 306.
- <sup>29</sup> José Martí. «Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 9, p. 223.
- <sup>30</sup> José Martí. *Nuevas cartas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas por Ernesto Mejía Sánchez, Siglo Veintiuno, Editores, México [1980], p. 46.
- <sup>31</sup> José Martí. «Correspondencia particular de *El Partido Liberal*. "Jonhatan y su continente"», *O. C.*, t. 12, p. 155.
- <sup>32</sup> José Martí. «De año nuevo», *O. C.*, t. 10, p. 364.
- <sup>33</sup> José Martí. «New York y el arte. Nueva exhibición de los pintores impresionistas», *O. C.*, t. 19, p. 304.
- <sup>34</sup> J. Ramos. *Op. cit.*, p. 15.
- <sup>35</sup> S. Rotker (*op. cit.*, p. 34) señala la siguiente diferencia entre los códigos de la escritura martiana y la de otros modernistas: «Si los modernistas se caracterizan por su intento de crear espacios de condensación para lo contradictorio –como el símbolo o la crónica–, la diferencia básica de José Martí con los demás está en que él se formuló un espacio o resolución para el antagonismo decepción-futuro, el espacio de la lucha».
- <sup>36</sup> José Martí. *Nuevas cartas de Nueva York* (*op. cit.*, p. 65). Ver, por ejemplo, la siguiente expresión de fe: «¡Oh, el hombre es bueno, el hombre es bello, el hombre es eterno! Cuando todo él parece comido de gusanos, entonces brilla de súbito con mayor fulgor».
- <sup>37</sup> José Martí. «Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 9, p. 223. Una de las muchas señas del discurso ambivalente de la modernidad en los textos martianos es la siguiente observación positiva sobre la evolución del gusto cultural americano: «Hay en Estados Unidos [...] un ansia ávida de mejoramiento artístico».
- <sup>38</sup> José Martí. *Nuevas cartas de Nueva York*. *Op. cit.*, p. 65.
- <sup>39</sup> *Id.*, p. 66. «¿Cómo –se pregunta– se ha de decir bien en una mera carta de periódico, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor, toda la significación de un movimiento que trata de cambiar pacíficamente las condiciones desiguales en que viven los hombres».
- <sup>40</sup> *Idid.*
- <sup>41</sup> *Id.*, pp. 66 y 67. Curiosamente, Martí, como en otras formulaciones textuales en su obra, metaforizó el adorno excesivo del estilo por medio de una imagería maniqueísta. Lo identificaba con la «mano afeminada», mientras que los «actos» del hombre le merecían la caracterización de viril. Cabe advertir, sin embargo, que Martí no despreciaba lo femenino. Al contrario, muchos son los momentos en que lamenta su ausencia en el arte. En sus Escenas Norteamericanas comenta que lo que le falta al pueblo norteamer-

ricano es el elemento femenino que suavizaría los perfiles rugosos de su carácter.

<sup>42</sup> José Martí. «Cartas de Martí. La casa y el ferrocarril», *O. C.*, t. 10, p. 228.

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> José Martí. «Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 9, p. 226.

<sup>45</sup> M. Calinescu. *Op. cit.* Utilizamos las definiciones de Calinescu: *la modernidad burguesa, la modernidad estética* para abarcar las dimensiones esenciales del proceso de la modernización. La modernidad burguesa: «The doctrine of progress, the confidence in the beneficial possibilities of science and technology, the concern with time..., the cult of reason, and the ideal of freedom defined within the framework of an abstract humanism, but also the orientation toward pragmatism and the cult of action and success» (p. 41). La modernidad estética: «[...] from its romantic beginnings [it was] inclined toward radical antibourgeois attitudes. It was disgusted with the middle-class scare of values and expressed its disgust through diverse means, ranging from rebellion, anarchy, and apocalypticism to aristocratic self-exile... movements characterized by their extreme aestheticism, such as the loosely defined *l'art pour l'art*, or the later *décadentisme* and *symbolisme*..., reactions against the expanding modernity of the middle-class, with its *terre-à-terre* outlook, utilitarian preconception, mediocre conformity, and baseness of taste» (pp. 42, 44-45).

<sup>46</sup> José Martí. «Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau», *O. C.*, t. 19, pp. 222 y 223

<sup>47</sup> *Id.*, p. 222.

<sup>48</sup> José Martí. «Desde el Hudson», *O. C.*, t. 12, p. 378.

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> José Martí. «De año nuevo», *O. C.*, t. 10, p. 363.

<sup>51</sup> *Ibid.*

<sup>52</sup> José Martí. «Carta de Nueva York. Política», *O. C.*, t. 9, p. 307.

<sup>53</sup> José Martí. «Desde el Hudson», *O. C.*, t. 12, p. 377.

<sup>54</sup> José Martí. «De año nuevo», *O. C.*, t. 10, p. 363.

<sup>55</sup> José Martí. «Cartas de Martí. La casa y el ferrocarril», *O. C.*, t. 10, p. 229. La metamorfosis (de la modernidad) informa la meditación martiana en torno a la idiosincrasia femenina: «Escurridiza como un reptil, vacía como una vejiga, *la mujer americana va de una forma a otra*, sufriendo rápidamente influencias extranjeras diversas con todos los hábitos y servidumbres del harén en medio de una sociedad libre, que no ha alcanzado a caracterizarla y dignificarla». (La cursiva es nuestra).

<sup>56</sup> *Ibid.* La dedicación martiana a la narración de la nacionalidad se manifiesta en el lenguaje de sus crónicas, en especial en formulaciones lingüísticas como las siguientes: «tipo fijo», «asuntos nacionales», «espíritu nacional».

<sup>57</sup> José Martí. «Cartas de verano. La universidad de los pobres», *O. C.*, t. 12, p. 433. (La cursiva es nuestra).

- <sup>58</sup> José Martí. «Política internacional y religión. Haití y Estados Unidos», *O. C.*, t. 12, pp. 418 y 419. (La cursiva es nuestra).
- <sup>59</sup> José Martí. «Longfellow», *O. C.*, t. 13, pp. 225-231.
- <sup>60</sup> José Martí. «Carta a Bartolomé Mitre y Vedia, 19 de diciembre de 1882», *O. C.*, t. 9, pp. 17 y 18.
- <sup>61</sup> José Martí. «Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria», *O. C.*, t. 11, p. 369. En apoyo del *shifí*, o sea, del vaivén constante, del discurso martiano –no es monolítico, no es constante ni consistente, como todo discurso de la modernidad– compárese la declaración siguiente sobre el otro Lowell: «[...] vendido a la prosperidad, ya se le ha helado el genio [...] preside por la autoridad que le viene de la vanagloria de haberla adulado».
- <sup>62</sup> *Ibid.*
- <sup>63</sup> José Martí. «Un gran baile en Nueva York», *O. C.*, t. 11, p. 393.
- <sup>64</sup> José Martí. «Cartas de Martí. Primavera», *O. C.*, t. 9, p. 402.
- <sup>65</sup> José Martí. «Carta al secretario de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de 30 de octubre de 1891», *O. C.*, t. 6, p. 82.
- <sup>66</sup> José Martí. «Carta de Nueva York. Política», *O. C.*, t. 9, p. 308.
- <sup>67</sup> H. K. Bhabha. *Op. cit.*, p. 306.
- <sup>68</sup> José Martí. «Cartas de Martí. La casa y el ferrocarril», *O. C.*, t. 10, p. 231.
- <sup>69</sup> José Martí. «Cartas de Martí. El arte en Estados Unidos», *O. C.*, t. 13, p. 479.
- <sup>70</sup> José Martí. «Cartas de Martí. Nueva York en otoño», *O. C.*, t. 11, p. 83. (La cursiva es nuestra).
- <sup>71</sup> *Id.*, p. 84.
- <sup>72</sup> Ver sobre la cuestión de «alertar», el estudio de Hebert Pérez Concepción: «José Martí: historiador de Estados Unidos, previsor de su desborde imperialista. El alerta a nuestra América», en *Universidad de La Habana*, 238, 1990.
- <sup>73</sup> José Martí. «Crónica norteamericana», *O. C.*, t. 12, p. 113. (La cursiva es nuestra).
- <sup>74</sup> José Martí. «Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria», *O. C.*, t. 11, p. 370. (La cursiva es nuestra).
- <sup>75</sup> Ver nuestro estudio sobre Martí y la novela moderna en que explicamos la función de estos términos: «Transtextualización y socialización ficticias: *Misterio y Ramona*», en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, no. 13, 1990, pp. 288-298. El neologismo *transtexto* alude a la inserción del texto traducido en la producción textual martiana y su incorporación integral dentro de su sistema semántico e ideológico.
- <sup>76</sup> José Martí. «*Misterio*. Prólogo a la edición española», *O. C.*, t. 24, p. 40. (La cursiva es nuestra).
- <sup>77</sup> Roberto González Echevarría: «Colón, Carpentier y los orígenes de la ficción latinoamericana», *La Torre* II, 1988, p. 442. Su concepto esencial es el siguiente: «[...] lo que hemos convenido en llamar novela... pretende siempre no ser novela y sobre todo reniega de ser literatura; la novela quiere

hacerse pasar por historia, confesión, documento hallado casualmente, intercambio de cartas, o una sola carta, relato de viajes, crónica periodística, informe dado a las autoridades. La novela finge desconfiar de la literatura como vehículo de verdades sobre la sociedad, la historia o el individuo».

- <sup>78</sup> José Martí. «Noticias de Estados Unidos», *O. C.*, t. 9, p. 46.
- <sup>79</sup> José Martí. «*Misterio*. Prólogo a la edición española», *O. C.*, t. 24, p. 39.
- <sup>80</sup> Helen Merrell Lynd. *England in the Eighteen-Eighties*, Oxford, Londres, 1945, p. 3. Lynd cita a Winston S. Churchill. *Lord Randolph Churchill*, I, Macmillan, Nueva York, 1906, pp. 268 y 269.
- <sup>81</sup> Allan Nevins. «Helen Hunt Jackson, Sentimentalist and Realist», *American Scholar* X, 1941, p. 278. (La traducción es nuestra).
- <sup>82</sup> José Martí. «Cartas de Martí. Un teatro original y cómo se elabora Nueva York», *O. C.*, t. 10, p. 143 (La cursiva es de I. A. S.).
- <sup>83</sup> José Martí. «Cartas de Martí al señor director de *La Opinión Pública* de Montevideo, 19 de agosto de 1889», *O. C.*, t. 12, p. 299.
- <sup>84</sup> José Martí. *Nuevas cartas de Nueva York*. *Op. cit.*, p. 39.
- <sup>85</sup> Sobre Emerson ver el extenso estudio de José Ballón: *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*, Ed. Pliegos, Madrid, 1986.
- <sup>86</sup> José Martí. «Cartas de Martí. Un teatro original y cómo se elabora Nueva York», *O. C.*, t. 10, p. 143. (La cursiva es nuestra).
- <sup>87</sup> José Martí. «De Nueva York. La política extranjera de Uncle Sam», *O. C.*, t. 12, pp. 239 y 240.
- <sup>88</sup> José Martí. «Un gran baile en Nueva York», *O. C.*, t. 11, p. 393. (La cursiva es nuestra).
- <sup>89</sup> José Martí. «Cartas de Martí. Nueva York en otoño», *O. C.*, t. 11, p. 83.
- <sup>90</sup> José Martí. «Ferrocarriles elevados», *O. C.*, t. 11, p. 448. Sobre la cuestión del ruido en las sociedades industriales agrega, pensando en forma especular: «[...] el ruido espanta a las almas artísticas y amigas de su decoro».
- <sup>91</sup> *Ibid.*
- <sup>92</sup> José Martí. «Cartas de Martí. El día de Gracias», *O. C.*, t. 10, p. 132.
- <sup>93</sup> *Ibid.*
- <sup>94</sup> José Martí. «Emerson», *O. C.*, t. 13, p. 11.
- <sup>95</sup> José Martí. «Cartas de Martí. Un teatro original y cómo se elabora Nueva York», *O. C.*, t. 10, p. 144.
- <sup>96</sup> No ha sido nuestra intención –ni lo hubieran permitido las limitaciones del espacio– analizar detalladamente los ensayos dedicados a estos hombres –tema que merece un estudio aparte–, sino estudiar el sentido de su presencia en la formación de un concepto de cultura y nación. Además de estas figuras que mencionamos en el texto, están presentes las siguientes en las Escenas Norteamericanas: John Greenleaf Whittier, Oliver Wendell Holmes, James Russell Lowell, Joaquín Miller, Nathaniel Hawthorne, John Hay, Edward Eggleston, James Whitcomb Riley, Dudley Warner, George Curtis, Frank Stockton, Louisa May Alcott, R. H. Stoddard, George Bancroft, George Cable, Amelie Rivers, John Borroughs, Washington

Irving, Clarence Stedman. Hay alusiones a figuras menores de la cultura finisecular de Estados Unidos. Esta procesión impresionista revela hasta qué punto constituye una nota insistente el discurso literario norteamericano en el imaginario cultural martiano.

<sup>97</sup> José Martí. «Fiesta de la Liga de Propiedad Literaria», *O. C.*, t. 11, p. 368. De John Greenleaf Whittier, por ejemplo, observó que «no tuvo miedo de hablar en pro del esclavo cuando la campaña por la abolición, “laureado de la Libertad”» [discurso antihegemónico], el que deja correr su verso suave, como los riachuelos que triscan por entre las colinas [discurso de la modernidad estética].

<sup>98</sup> José Martí. «Un gran baile en Nueva York», *O. C.*, t. 11, p. 396. El cronista confiesa que faltaba en la fiesta la representación de los capitanes industriales: «Verdad que allí no estaban los petimetres de casa ilustre que, en el palacio de Vanderbilt como en la mansión de la Hicks Lord, ofenden con chistes cargados de vino a la esposa que busca a su compañero en el tumulto repugnante».

<sup>99</sup> *Ibid.*

<sup>100</sup> Para una discusión de los parámetros y la problemática de estas modernidades y sus contextos literarios hispanoamericanos, Evelyn Picón Garfield e Iván A. Schulman: «*Las entrañas del vacío*»; *ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, Cuadernos Americanos, México, 1984.

<sup>101</sup> José Martí. «Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria», *O. C.*, t. 13, p. 40.

<sup>102</sup> José Martí. *Otras cartas de Nueva York. Op. cit.*, p. 64. (La cursiva es nuestra).

<sup>103</sup> *Id.*, p. 65.

<sup>104</sup> David Lodge. «The Language of Modernist Fiction: Metaphor and Metonymy», *Modernism*, Middlesex, Penguin, Inglaterra, 1976, pp. 491-496. Lodge distingue entre los dos discursos de la manera siguiente: «Realistic writing is metonymic, and Romantic and Symbolist writing metaphoric. Hence the traditional novel—which is both realistic and written in prose—is essentially metonymic... the realistic author metonymically digresses from the plot to the atmosphere and from the characters to the setting in space and time. He is fond of synecdochic details. Now, since modern fiction is generally regarded as having a Symbolist bias and as being in reaction *against* traditional realism, we should expect to find it tending toward the metaphoric pole» (pp. 483-484). Finalmente agrega, con el fin de perfilar los nexos y las diferencias de los dos discursos: «[...] if the initial trigger-mechanism of memory is metaphoric, the expansion and exploration of any given memory is essentially metonymic». (p. 493).

<sup>105</sup> José Martí. «Henry Ward Bree. Su vida y su oratoria». *Op. cit.*, p. 40.

<sup>106</sup> José Martí. «Roscoe Conckling», *O. C.*, t. 13, p. 177.

<sup>107</sup> José Martí. «Reforma esencial en el programa de las universidades americanas», *O. C.*, t. 8, p. 128.

<sup>108</sup> José Martí. «Nuevas cartas de Nueva York». *Op. cit.*, p. 45.

- <sup>109</sup> José Martí. «En Estados Unidos. Resumen de noticias», *O. C.*, t. 11, p. 362.
- <sup>110</sup> José Martí. «Louisa May Alcott», *O. C.*, t. 13, p. 193. La voz martiana, emitida desde el otro discurso –especular–, se manifiesta en este ensayo también: «De seguro que su nombre no es conocido en nuestros países, como no lo era el de su padre, el filósofo Amos Bronson Alcott».
- <sup>111</sup> *Ibid.*
- <sup>112</sup> *Id.*, p. 194.
- <sup>113</sup> José Martí. «Emerson», *O. C.*, t. 13, p. 18.
- <sup>114</sup> *Id.*, p. 30.
- <sup>115</sup> José Martí. «Libros americanos. Plática de libros», *O. C.*, t. 13, p. 419.
- <sup>116</sup> José Martí. «Repertorios, revistas y mensuarios», *O. C.*, t. 13, p. 428.
- <sup>117</sup> José Martí. «Críticos de Chicago», *O. C.*, t. 13, p. 462.
- <sup>118</sup> Utilizamos el adjetivo que Martí empleó para referirse a los países hispano-americanos.

## El escritor\*

*Fina García Marruz*

Este trabajo es sólo una introducción al tema vastísimo. Debiéramos haberlo titulado más bien «La crónica periodística de José Martí». Pues nos sucedió que habiéndonos pedido unas palabras introductorias para el volumen de las *Obras completas* de Martí que se pensaba publicar en México, en el cual iba a ser recogido el aspecto literario de su labor, esto es, su teatro, su novela, su poesía, nos dimos cuenta que hacía falta algo más para dar una idea a un público extranjero del Martí escritor. Se nos ocurrió entonces hacer una selección de unos doscientos fragmentos de prosa poética suya, extraída de aquí y allá de toda su obra y acudir, más que a esos géneros específicamente literarios que cultivó de un modo casi siempre marginal, a su gran prosa de creación que está sobre todo en la crónica periodística y en los diarios. Este hecho –que es el primero sobre el que quisiera que recayese la atención– nos hizo pensar en algo en que hasta entonces no habíamos reparado bastante. ¿Por qué un escritor como Martí se movió con menos libertad en los géneros tradicionales que en el periodismo? La contestación nos la daría el propio Martí en un artículo a que nos referiremos enseguida, un artículo importantísimo que incluso se ha visto como el primer manifiesto del modernismo literario en América: se trata del ensayo sobre el poeta Bonalde. De una crónica en otra fuimos llegando a los primeros trabajos periodísticos de Martí y a las conclusiones que paso a exponerles.

\*Tomado de Cintio Vitier y Fina García Marruz. *Temas martianos*, Departamento de Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969.

El hecho de que lo más importante de la obra martiana no se haya volcado en el molde, más venerable, del libro, sino que esté ligada a la crónica diaria, no es en modo alguno un hecho casual. No va Martí al periodismo guiado sólo por apremio económico, ni fue su caso el del escritor que vuelca en el periódico, a modo provisional, las páginas del futuro libro. Recordemos que lo primero que hace Martí es un periódico. Basta pensar en *El Diablo Cojuelo*, en *La Patria Libre*, en *La Edad de Oro*, en *Patria*, en sus colaboraciones a *La Nación* de Buenos Aires o *El Partido Liberal* de México, entre tantas otras, para comprender que se trató de una vinculación constante. No sólo publica principalmente en el periódico la mayor parte de su obra, sino que ella fue escrita en gran medida para él, que ella es en gran parte, auténtica crónica periodística, que no sólo recoge lo más importante de la actualidad literaria o política, sino aun el pequeño suceso diario.

A nadie debe extrañar esta preferencia por un medio de expresión tenido un poco a menos siempre. ¿Acaso la poesía americana primera no fue «crónica rimada», no estuvo ligada al hecho histórico y fue de su mano? ¿Qué fueron las Crónicas de Indias, de que fue Martí lector tan gustoso? Lo que le atrae del periodismo es que lo ve como un medio más adecuado que ningún otro para reflejar la vida, la palpitación de lo diario, las fuerzas que convergen en el presente y de él parten, el escenario del verdadero drama y la verdadera novela, el taller verdadero o lo que llamaré «la nueva épica». «Oh ¡el periódico! —escribe— lente inmensa que este siglo levanta y refleja con certidumbre beneficiosa e implacable las sinuosidades lóbregas, las miserias desnudas, las grandezas humildes y las cumbres resplandecientes de la vida!».

Basta repasar sus primeros tanteos de crítica literaria para ver que Martí pareció siempre echar de menos este aliento vital en la literatura. Ve que los elementos constantes que formaban la sociedad y la región tendían a promover obras «culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas» y le parece lo propio de estos tiempos «de renacimiento y remodelo»,

junto al desplome de todas las viejas estructuras, la invasora entrada de la vida, que le parece «el único asunto legítimo de la poesía moderna». Pues no cree posible ya que puedan escribirse «aquellas luengas y pacientes obras, aquellas dilatadas historias en verso, aquellas celosas imitaciones de gentes latinas»... «Ahora se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y frutos, y saltando en el papel, y entrando como polvillo sutil por todas las mentes; los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios, la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras viejas. Todo es expansión, comunicación, florescencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. No hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpagos, con alas». Y a este quebrarse, malograrse, evaporarse, de las ideas llama «hermoso sacrificio». Pues al descubrir el valor nuevo de la vida ve que ella es sobre todo y siempre, sacrificio. Y hasta ese aspecto lo recoge el periodismo al no aspirar a la fama durable del libro. Todo esto lo escribe Martí en un año clave de su prosa y su poesía: 1882, en el artículo sobre Bonalde, verdadero manifiesto literario en que culminan las ideas que secretamente han ido nutriéndolo. En el mismo año en que Darío escribe su «¡Hosanna al libro!» y se exalta ante la perennidad que él alcanza, escribe Martí: «El amor entona cantos fugitivos», habla con entusiasmo del diario que echa abajo «la selva humana» y nos muestra la razón de su preferencia por los géneros ligados al instante –oratoria, periodismo– por la que se une inesperadamente a una de las notas más características de la expresión poética cubana, el genio de los grandes decimistas e improvisadores populares. Él es también, a su modo, y por su apego a lo vital sobre lo meramente literario, improvisador, atento al genio del instante, en el discurso y en la crónica, y sus mejores cartas brotan también de ese calor del momento en que las escribe, sin que jamás se vea en ellas lo recalentado o lo rehecho en frío. Pero lo milagroso es que estas criaturas verbales, hechas para vivir una noche o una

mañana, estén todavía vivas y como acabadas de salir de sus labios, con frescura inmarchitable. La humilde «crónica» se convirtió en sus manos en un extraordinario vehículo artístico.

Todo ello es preciso para comprender la renovación poética que lleva a cabo Martí, su entrañable vinculación con la vida. No pueden separarse en él vida y poesía, como han pretendido algunos, ni ver contradicción entre sus distintos dones, ya que toda la raíz de su originalidad está precisamente en esa coincidencia profunda que él establece entre ellas. De aquí también que la prosa le fuera tan necesaria a su poesía, y acaso más, que el propio verso. De no haber sido en el diario, en la crónica, ¿qué forma poética tradicional hubiera podido recibir tamaña carga de vida en sus hechos menudos y grandes, una operación de bolsa o una pelea de boxeo, una campaña electoral o el paseo de una ardilla por el tronco de un árbol? Todo lo tradicionalmente tenido por «prosaico» frente al orbe falsamente superior de «lo poético», es acaso lo que más interesa a Martí, como que es la vida diaria misma, de aquí que se refugie más en la prosa que en el verso y en la crónica que en el libro compuesto y artístico.

Creemos que este descubrimiento, que esta identificación de vida y poesía, la lleva a cabo Martí en sus años neoyorkinos, en su entrada a una vida regida por la más febril actividad en que el hecho diario parece ser invasor. Pues si Martí atacó duramente siempre lo que llamó «la política de acometimiento norteamericana», si a combatir su posible intromisión en Cuba dedicó en gran parte su vida, podemos decir que literariamente les fue deudor, que quizás, después de España, fue esta su segunda gran influencia. Curiosamente fueron las dos sus mayores enemigas desde un punto de vista político. Acaso su innato sentido del equilibrio buscó esta compensación amorosa. No sólo que a ninguna otra literatura dedicó tanta atención ni de ningún escritor europeo dejó crónicas comparables a las que escribió sobre Emerson o Walt Whitman, sino sobre todo por el influjo de lo vital, tan palpable allí, menos presente, quizás, en sus más amadas «ciudades

literarias», como él decía, de Hispanoamérica. Aunque el moralista se aparta con horror de «la ciudad grande», el artista recibió de lleno todo su influjo.

Basta comparar su idea del periodismo en los años de México, por el 1875, en que ve el periódico como mero vehículo de noticias, aunque siempre añadiéndole un propósito moral –la prensa es «proposición, estudio, examen y consejo» –y su idea de años posteriores de una prensa artística– «la prensa es Vinci y D'Angelo...» –que se alimenta de la vida ordinaria. Esta «musa fugitiva» está muy cerca de su idea de una «portentosa y común poesía». Nos dice que «el que estudia los pueblos por la cáscara, sólo ve de estos los actos deslumbrantes y estruendosos», sin ver de dónde proceden «y cómo se hacen día a día en las juntas privadas de las iglesias, en el dentelleo y labor de encaje del periódico». Cree que los periodistas pueden ser «los verdaderos sacerdotes» y llega a hablar de «la publicidad absoluta». Recuérdese que fue un genio solar. Creyó en lo exterior y lo vivo en profundidad, esto es, no como lo simplemente externo. Lo exterior, lo solar, lo común, lo viviente, lo que se propaga y apenas dura: prensa o luz.

Su admiración por los diarios neoyorkinos fue grande. Alguna crónica revela que los compraba todos, comparando las distintas versiones de los hechos del día como un erudito podría consultar los distintos especialistas. Insistimos en el punto porque creemos que él tiene su parte en la idea de una «literatura gráfica», «no aquella pompa clásica, jerga de libros y hueca imagería de los diarios inútiles y académicos». Habla de «la maravilla del *Evening Sun* que cuesta un centavo». Allí «todo palpita y centellea». Gusta de que lo antiguo se cuente también dándole «aire de presente». Siempre lo vivaz, lo vivo, lo no recalentado. Ve cómo «lo diario» recoge lo pequeño y lo grande de igual modo. «¿Hechos menores? Pero si cada día es un poema! Cada número del *Herald* es, a su modo, un poema!». Compárese esta declaración con la que hace Darío en su prólogo a *Prosas profanas*: «yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer».<sup>1</sup> Darío siente que no puede

saludar en el mismo idioma a un presidente de república que al rey Halagabal, «de cuya corte –oro, seda, mármol– me acuerdo en sueños...». Nada ejemplifica mejor que esta frase la delimitación que hace Darío entre «lo prosaico» que viene a ser la vida, el tiempo en que le tocó nacer, el presidente llano, y «lo poético», remontado a un reino antiguo, a este «oro, seda, mármol», a todo esto noble y artístico que le parece fuente mayor de poesía. La de Martí, en sus *Versos libres* sobre todo, como en su mejor prosa, ve la fuente principal en «la maravillosa vida».

A partir de este dato, comprendemos mejor el origen de esta vinculación constante con el periodismo. No se trata de explicar la crónica de Martí, cuyos pares literarios sólo pueden hallarse en el siglo de oro español, en los momentos de mayor plenitud que haya tenido el idioma, por una fuente tan oscura y habitualmente tan desdeñada como la del periodismo de ningún país, por alto que este fuese. No se trata de una influencia literaria, sino más bien de todo lo contrario. Lo que lo influye siempre directamente es la vida: y es sólo porque el periodismo la refleja en toda su multiplicidad y hervor y *sin propósito literario* por lo que estas narraciones tienen a sus ojos un valor mayor de «hechos desnudos» en que puede ella verse sin retóricas ni perifollos. Dice de un relato que le interesa «por la misma sequedad» con que se cuenta, como si fuera «la historia más entretenida». Aprende que «nada enseña tanto ni prueba mejor que un hecho concreto». Sin entender esto no podemos comprender ni su crónica periodística ni sus *Versos libres*, tan relacionados entre sí, ni mucho menos sus *Versos sencillos* en que la desnudez misma con que aparece cada cosa desprende sus propios símbolos.

De aquí que más que estudiar la influencia de los literatos españoles o franceses en la prosa de Martí –cuyo influjo no es cuerdo negar– nos parezca más coherente con toda su doctrina literaria y su fidelidad a la vida, con preferencia a todo molde caduco o sin raíz propia, la influencia de la vida misma española, americana o francesa que le tocó observar. No cree-

mos que cuando Martí recuerda ocasionalmente a Gracián o a Santa Teresa, a Saavedra Fajardo o a San Juan, sea necesario admitir un influjo directo que toda su teoría del arte rechazaba. Más bien creemos que Martí los recuerda porque no se parece a ninguno de ellos en particular, sino porque tiene de ellos la misma imparidad en el idioma, el mismo arranque primigenio, y sobre todo, la misma fuerte raíz ética. Si Martí se hubiese limitado a escribir «al modo de» Gracián, no se parecería a Gracián, a quien sin duda recuerda a veces. El prodigioso estilo epistolar de Martí no tenía que acudir a Santa Teresa o a San Juan, ya que se nutría de su misma fuente. Y cuando dice que todo lo bueno que hay en él tiene su raíz en la ruda honradez de su padre creemos estar más cerca de entender la ardiente franqueza de su palabra escrita que cuando se nos habla de sus lecturas de los clásicos en el Ateneo de Madrid.

Se podrían ir siguiendo las variaciones de su estilo a través del influjo que cada país en que vive, cada persona a que se dirige, van dictándole. No es azaroso que a Venezuela le deje el recuerdo de grandes discursos al estilo del de Moisés, perdido, del que tenemos noticias por la impresión inolvidable que causara en todos los que lo oyeron, y a México le deje su más íntimo epistolario. De Venezuela, la inspiración bolivariana de sus grandes discursos americanos; de México, el color de mural indígena y el recato de la confesión amistosa. Aun cuando los evoque en Nueva York no dejan de percibirse estos distintos influjos. La distancia entre la madurez estilística, de arranque bíblicos, de *El presidio político* y su prosa mexicana de los boletines de Orestes, siempre resultará un poco inexplicable si no partimos de esta vinculación que hay en él entre vida y palabra. Fue esta época de México la única un poco despreocupada de su vida, época de amoríos falsos y verdaderos, de frecuentaciones teatrales. Escribe su gran carta amorosa a Rosario —«Tristezas como sombras me anonadan a veces», aunque no al extremo de no decirlo en un perfecto alejandrino—, pasa tristes pobrezas alegres («Yo, feliz y triste; ¡felicísimo!»), se enamora de Carmen. Resiste, sin

la amargura de después, las incomprensiones ante la locura de su boda («Aún eran fuertes, y yo ya me moría»). Allí su natural gallardía, su alegre ímpetu, respiran al fin, después de las amarguras a que lo sometiera la colonia y sus prematuros sufrimientos. Pide sin rubores un favor a Mercado: «usted es digno de hacérmelos, y yo de recibirlos». Se contagia de la altiva naturaleza americana. Aprende a amarla, y descubre lo indio, lo continental, la «tierra firme». Es época, sin embargo, de cierta falta de madurez que se refleja en lo que escribe, de amistades literarias, con el único contrapeso grave y durable de Mercado, su conmovedor amigo que lo asistió toda la vida, su «señor Don Manuel» que está en su corazón «a la diestra de Dios todopoderoso». Si se va de México dirá que lleva en él «su atmósfera y su pena»; si regresa a casarse escribe al amigo: «Abráceme bien, porque me caeré de alegría al llegar». «De veras está ya muy alto el sol». «Oh México adorado».

Ya el resto de América le parecerá después cosa propia, «nuestra América». En Guatemala: «estos son mis aires y mis pueblos». Si los colegios piden profesores guatemaltecos, exclama herido: «inosotros, extranjeros!» El vínculo familiar se ha establecido para siempre por estos años en la casa de Mercado rodeado de sus hijos «con el ejemplo raro, raros ya», en donde no hay angustia suya que no le adivinen los ojos maternales de Lola, la esposa de Mercado, que escucha en silencio al huésped increíble que en las sobremesas les habla de arte o de pintura, o hace un cuento a «la parvada de cisnecillos», al «pequeñuelo de ojos árabes», o recuerda, de pronto con los ojos nublados, las penas de la patria. Él ha visto en el secreto de la reserva mexicana «la dolorosa alma imperial», y siempre suspirará en las nieves norteamericanas por aquellas mañanas «que empezaban en la puerta de la revista y acababan en una taza de café de Urapan» o en las pláticas familiares de la Alameda con «sus palos amarillos». Pasarán años y todavía pedirá a Lola «que guarde mi puesto en cada hora de familia». «Toda su casa de usted es almohada, y yo vivo sin sueño ni descanso». Los pequeños hijos de Mercado aparecen en sus cartas

como él quería que se los pintase su amigo Ocaranza, en coro «tanta blanca criatura, con cintas azules».

El periodismo mexicano de Martí tenía que ser inferior al norteamericano por ser allí más fuerte el influjo del pasado que el del presente, la vida íntima que la vida externa. Quizás el punto de máximo influjo de lo hispanoamericano en Martí con su predominio de lo imaginativo –«heroicidad pasada, beldad presente y gloria posible»– esté en su discurso del Club de Comercio en Caracas en 1881. Como siempre, la patria de Bolívar parece prestarle a la palabra de Martí su máximo poder de ensoñación heroica, aquel «disponer como una batalla la oda» que admiraba en Heredia, tal como lo vemos en sus discursos sobre «nuestra América», o sobre el propio Bolívar, en los cuales, a diferencia de sus murales mexicanos, creemos oír galopar los caballos, alzarse la América toda. Este discurso, fragmentario, reconstruido *a posteriori*, sin alcanzar la calidad de los otros, interesa por marcar este máximo punto de predominio de lo imaginativo sobre «las imágenes diarias de la vida» –su descubrimiento neoyorkino–, influjo que a partir de entonces no haría sino disminuir hasta desaparecer casi del todo en sus últimos testimonios. Del polvo amarillo cree ver surgir a «los vengadores jinetes de Araure», la realidad física desaparece para dar lugar a todas estas sombras heroicas en pasajes que recuerdan aquellos en que Cervantes nos cuenta cómo creía ver su hidalgo descomunales ejércitos levantarse del polvo de la meseta. Todo el discurso es de un subido qui-jotismo y parece en realidad de fecha anterior. Y es que en el estilo de todo escritor hay momentos que obedecen a formas ya superadas por él mismo sin que el progreso sea cosa lineal, o sin reflujo vivo. Del mismo año es su elogio a Cecilio Acosta, concentrado, preciso. De aquí que aunque haya cierta falacia en marcar una fecha a partir de la cual se dé un cambio radical en el estilo, sí es de todo punto evidente que, con los naturales altibajos, a partir del 80 y coincidiendo con sus primeros años neoyorkinos, se opera en su prosa un secreto cambio, con mayor tendencia a lo concreto y directo, que va a estallar en

su artículo sobre Bonalde en el 82 y su exaltación de los valores de la vida como único asunto digno de la poesía moderna. En sus diarios centroamericanos primeros, con toda la capacidad que en ellos muestra para copiar la realidad en torno, siempre veremos otra cosa: lirismo más subrayado, tonos incluso festivos, mayor vuelo de la imaginación: «más que medido, sueño, más que hablo, murmuro...», escribe.

Basta comparar su crónica mexicana, e incluso la europea, con la norteamericana, para advertir las diferencias. De lo hispanoamericano, el vuelo imaginativo o ese trabajo de orfebrería que aprendió tanto de los literatos franceses como de los artesanos de la plata y la pluma de México. De Norteamérica, este imperio del hecho, esta facticidad, que al equilibrar su estilo le dio la superior eficacia de sus testimonios últimos. En cuanto a su crónica europea, hay en ella siempre una cierta calidad de «aglomeramiento» de lo real. Ve allí el arte superior, la gravitación de lo pasado, pero no el hecho despojado, la corriente desnuda del tiempo. Fija en ella los caracteres de una vida estancada que se le presenta un poco bajo sus aspectos de política y teatro, ya las bodas de la Infanta, ya los teatrales debates parlamentarios con las figuras de Cánovas o Sagasta, de Martos o de Castelar. Salvo lo regional —que fue lo que vio mejor del «sobrio y espiritual pueblo de España»— siempre ve allí un mundo retórico y barroco. De los personajes de la política madrileña dice: «Es como un baile de disfraces bailando sobre un tablero de ajedrez a cuyo torno duermen desconocidos los verdaderos jugadores». Hay algo para él irremediabilmente teatral en la política española. «Como simulacros de batallas» le parecen los debates, con algo de la antigua grandeza romana un poco teatral («estatuas animadas parecen los oradores»). No se trata ya de los aspectos inmorales de la política, comunes a Norteamérica, sino a su condición de cosa caduca. Siempre ve allá lo estancado, acá lo libre. La misma crónica del centenario de Calderón, con todo su prodigioso alarde barroco, no deja de dar por momentos, comparada con su mejor prosa americana, la sen-

sación de un admirable ejercicio retórico. De Madrid lo teatral, como de París lo literario, y en las dos la preeminencia de lo político sobre la corriente viva.

Al darle mayor importancia a este influjo de la vida que va observando en torno sobre el influjo literario, no pretendemos negar este último. La literatura es también algo que se da en la vida y a la cual Martí tuvo que ser por lo menos tan sensible como a cualquiera otra de sus distintas manifestaciones. Manuel Pedro González ha estudiado cuánto lo impresionó la «prosa artística» en boga por los años de su viaje a París: «la benéfica influencia que en el desarrollo de su prosa ejercieron los que en francés la cultivaban con esmero y preocupación artística –Gautier, Flaubert, los Goncourt, Daudet, Renan– fue un magisterio saludable que le permitió superarse sin adular su magnífico castellano ni afrancesar su gusto ni su estilo, ni imitar a nadie».<sup>2</sup> Recibir este influjo sin transgredir la lengua madre revela hasta qué punto Martí, más que ser «influido» pasivamente se apropia todo aquello que pueda servirle en tanto que se relaciona con aquello que va a expresar. A la forma literaria y ambiente artístico de *Amistad funesta*, la «prosa artística» francesa; otras formas, si son precisas a otro fin. Pero es la vida la que dicta en cada caso. De aquí que necesite más verbos, más adjetivos, que los que tiene el castellano, no porque se anticipe a ningún «creacionismo» literario, sino porque la lengua madre, a la que fue tan fiel siempre, con ser tan rica, no tiene el grado de flexibilidad que necesita para plegarse a la riqueza de la vida misma. Inventa muchísimos vocablos, o más que inventarlos, los va derivando de los ya existentes; dice que los sables *chiscean* y que el arado *desortija* la tierra y que no hay mendrugo más *denteado* que un alma de poeta, dice *dormilentas* por *soñolientas*, lo que es más gráfico, «*vivacear* como la ardilla», «*andantear* hazañas»; otras veces da un giro inusitado a las palabras conocidas de modo que parecen nuevas: «el matiz *molido* del indio oaxaqueño», o une varias palabras en una sola: *un cría-virtud*, *un todo-me-hiede*, o les varía la terminación para darles un

tono humorístico: «un viaje entrecortado y *estertocoso* o nos habla de jóvenes *amimbrados* o de «*afelipados* alguaciles». Se toma todas las familiaridades con la lengua, como cuando dice de Carlyle que fue una aparición «luminosa, gruñona *abuelina*» la mima, la galantea, la respeta, la manda, la obedece, conoce sus registros más solemnes y más entrañables, habla de sus *morideras* en carta a Bonilla, o de que está «*rachando* almas». Todo sin caer ni en el vocablo culto o extraído del diccionario o del clásico castizo, ni en el regionalismo del vocablo que no circula más allá de la aldea o del barrio o de la clase popular. Sus palabras, si nuevas muchas veces, participan siempre del genio creador del idioma llano de siempre. Si los adjetivos, como observa la Mistral, parecen retener dentro lo activo del verbo, sus verbos parecen teñirse de lo cualitativo o pictórico del adjetivo. No es tanto un problema de creación caprichosa de palabras como de intensidad, de apoyo en lo creador de la palabra, de lo vivo sobre el signo. No se trata, dijo una vez, de comprender el griego, sino lo griego. Auxiliado por un conocimiento poderoso de las distintas literaturas, lo esencial será siempre para él la fidelidad a la vida y las formas que nacen de ella, fidelidad filial a la entraña materna de la lengua de cuya inspiración central no se aparta en realidad jamás.

Todo esto importa para comprender cómo «lo artístico» no fue para él cosa sobrepuesta o aprendida, sino algo que estaba en el aliento de la vida misma. Cree que la vida es «una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso», que la vida es «un extraordinario producto artístico». No ve contradicción alguna. «Es literario el lenguaje, por supuesto –dice de una novela de la Alcott– como que es enérgico y natural». Sabe que «el producto del cultivo de la naturaleza no puede ser contrario a la Naturaleza». La verdadera naturalidad, a diferencia de ese pretendido naturalismo a lo Zola que sólo se identifica con los aspectos más sórdidos de lo real, tiende a menudo a expresarse en formas hermosas o artísticas. El pueblo utiliza con frecuencia giros literarios en la conversación,

emplea metáforas. El «realista» jamás. Martí quiere que vean «todo lo que cada acto humano, por menguado o humilde que parezca, lleva en sí de poético. «¡Qué hallar –dice de un poeta como elogio sumo– en todo lo vivo, todo lo poético!». Ya no se trata del producto exquisito, sino también de «lo menguado y humilde», de *todo* lo vivo. Él habla a Mercado de «su casa artística y dichosa» y se duele de que las pasiones políticas entorpecieran una guerra que él había preparado, dice textualmente, «como una obra de arte». Todo esto está bien lejos de «lo artístico» al modo como lo entendían los literatos franceses a lo Goncourt o el esteticismo de un Wilde, está mucho más cerca en cambio de la inspiración norteamericana. Pues podemos decir que si su antipositivismo llega a su clímax en la etapa mexicana, en donde interviene en debates en que reafirma su posición espiritualista, no es sino en su larga estancia neoyorkina que llega a una especie de conciliación, de influjo emersoniano, entre el universo físico y el trascendente, con conciliación muy parecida a la de Luz y Caballero, con su mezcla de espíritu científico y creyente, por el que no en balde sintió Martí tan rendida veneración. Su afirmación de que por lo invisible del universo corren «leyes magníficas» revela esta doble propensión a lo positivo y a lo maravilloso. Una simple droguería cumple, a su modo, su idea de lo bello: ajuste de forma y fondo, como el de la vaina al sable. «La droguería es pequeña y nada tiene de particular más que el perfecto ajuste del establecimiento a su objeto, lo cual es cosa de arte...». De aquí que Martí nos allegue mundos de poesía en crónicas cuyo tema es a veces la elección de un presidente, una pelea de boxeo, un funeral chino, un crimen. «Quien viera en las horas de faena pasar ante sus ojos en procesión enorme, acabados como obra de arte, el carrero de carga, el percheron que tira de él y el carro mismo...».

Esta vida que se expresa en cada momento como arte –sin que exista dualidad alguna– tiende a través de él a realizarse y a perdurar: «sólo triunfa lo bello», «la verdad quiere arte», de aquí que la política deba ser artística y que deba serlo el dere-

cho: «En buena hora que la política sea artística y pocas ciencias requieren tanto arte y mesura, estudio y buen gusto como ella. Pero ha de ser sincera». Vuelve a su punto inicial, la raíz ha de ser sincera, el arte basarse en lo real. Piensa que sólo en tanto que la vida llega, en su voluntad de crecimiento artístico –y esto del *crecer* constante es otro de los temas de Martí–, a hacerse bella, podrá irradiar y perdurar.

Hay entonces, como si se dijera, dos realidades: unas que llegan a consumir lo artístico, otras que tienden a ello. Cree que todo lo real es simbólico, pues las realidades menos perfectas copian a las otras. Todas las esferas de lo real se corresponden. De ahí la idea del encadenamiento maravilloso, que es como una potencia metafórica en la raíz misma de la vida, de ahí «la ley de enlace», el «extraordinario producto artístico». De ahí también que diga buscar «la ley del incesante, del ahondador, del radical, del infatigable movimiento». ¿Cómo no ha de ver en todo lo que impide este crecer que tiende a realizarse cada vez en formas más puras, un crimen, cómo no ha de ver con horror todo lo que sea un encarcelamiento del espíritu humano, si ama tanto la expansión», ese eje del que nos dice que en torno a él todo lo demás gira? Nada ha de impedir esta raíz de libertad en los senos de la vida misma. Se ha estudiado por Concha Meléndez<sup>3</sup> esta constancia en Martí de la idea del *crecer*: «Mi verso crecerá: bajo la yerba / yo también creceré». Todo se afina y purifica, y el diamante «antes que luz, es carbón». Su mismo buscarle a cada hecho, las causas, es en él menos de raíz científica que artística, es gozo de creador que ve cada cosa como producto de un estado anterior más rudimentario en que ella se purifica y crece. Pues no siempre explica Martí las realidades a través de sus causas directas. Véase que en el caso de las guerras de independencia sudamericana, en el penetrante análisis que hace de los elementos que entraron a formar parte de la sociedad colonial, se halla de pronto con que ellos no bastaban para explicar la gesta heroica. Todo parecía propiciar un mundo inerte, sin originalidad ni brío, y de él sale lo que Martí gustaba lla-

mar la pelea «sobrenatural» por nuestra independencia. Sobrenatural porque la naturaleza obedece a leyes, y América, en la concepción de Martí, pareció salir de sí misma, pareció romper todo causalismo y no sólo luchar por la libertad, sino partir de ella. Y es que si Martí cree en el encadenamiento de los hechos, cree también y sobre todo en una raíz de libertad. Nada más peligroso que hacer afirmaciones rotundas en obra como la de Martí. Si algunos se han fijado en que su prosa presenta muchos ejemplos de párrafo causalista, en que el pensamiento va, como la vida en la teoría de Darwin, pasando por distintos grados de evolución, en grandioso proceso, inmediatamente recordamos otros casos, igualmente característicos en su prosa, de frase que irrumpe, como si naciera de sí misma. Nada también más martiano que ese típico «salto» o rebeldía frente a los encadenamientos lógicos o causales que, como el corcel de los *Versos libres*, no se deja guiar más de lo conveniente y sale «al orbe nuevo».

Pero no ha sido nuestro propósito aquí el estudiar la variedad de recurso de una palabra como la suya, de tantos modos fascinante, sino más bien examinar los supuestos que creamos que la fundan. Y no nos parece ocioso ponerlos en guardia frente al modo unilateral de acercarse a Martí, destacando aquel aspecto de su pensamiento que concuerda con el nuestro y apuntalando la parcial exégesis con un buen número de citas irrefutables. Pues lo propio de Martí será siempre, como él mismo decía, el «no *soldadear* –palabra creo que de su invención y muy expresiva–, no *soldadear* de un solo lado de la batalla» o para decirlo en términos dialécticos, el ofrecer siempre la tesis, la antítesis y la síntesis. Si no partimos de este primer supuesto quedaremos desconcertados y confundidos, haciendo la pregunta que a muchos hemos oído asombrados «¿Pero dijo esto de veras Martí?». Si tomamos, por ejemplo, un trabajo como el de los anarquistas de Chicago, veremos que tan pronto parece repudiar violentamente sus métodos como explicarse, con simpatía, sus causas y fines. Aunque entre un artículo y el otro mediaron varios meses, en los que

mejor asesorado, revalorizó este proceso, fuerza es convenir que se trata, en un caso de un pensamiento en extremo matizado, que trata de darle la vuelta al asunto hasta que se le rinda por todos sus ángulos, que trata en fin de obtener ese punto exacto de equilibrio que es inseparable de la justicia. No resulta así aventurado presumir, ante una serie de pensamientos extraídos de su obra con el fin de probar determinado punto ideológico, una serie equivalente de signo contrario y aun otra serie de signo sintético, unitivo o conciliador.

El método, pues, intrínsecamente martiano, será el buscar ese punto difícil, obtenido después de colocar los pesos de las razones de un lado y otro, ese «fiel» de la balanza, en que los extremos se equilibran y renuncia cada uno a su peso muerto para buscar su complemento en el otro. Yerra quien piense que tenga esto algo que ver con un cómodo quedar bien con todos, quien no comprenda que, por el contrario, es esta una posición de soledad. Para estudiar sus raíces tendríamos que remontarnos a nuestra tradición filosófica, al cubanísimo eclecticismo de un Padre Caballero, o de González del Valle o al espíritu conciliador de Luz. La posición, por ejemplo, que adoptó Martí frente a los otros jefes de la revolución, fue la más difícil, la más dolorosa y los testimonios de sus últimas cartas a Estrada Palma, revelan que no esperaba sino la muerte, no ya del campo enemigo sino del propio. «Me matarán de bala o de maldades», dijo. El que llamó al equilibrio la gran «ley matriz» y vio a las Antillas como «el fiel de la balanza» sabía bien que el nombre de esa justicia amorosa que se coloca entre los extremos no era el de la fría imparcialidad, sino el de la Pasión y el sacrificio. Sin esta noción esencial no puede entenderse la raíz de la soledad martiana, que como el loco de la Mancha o el crucificado en el martirio exclama en el verso grandioso: «En las aspas mismas de las estrellas me embistieron!».

Contaba al martiano Manuel Pedro González su suegro, el coronel Piedra, ayudante de Maceo, que pudo ver a Martí unos días antes de morir, sentado en el improvisado asiento de un tronco caído, llamándole la atención su movilidad constante,

y cómo hablaba o escuchaba cambiando sin cesar de posición, como si no pudiera hallarse más de un segundo en el mismo sitio. Con esa incompreensión propia del combatiente de una sola pieza, y como una peña pudiera mirar a un colibrí, se refería, con incomprensible disgusto, a esta ocasión incomparable, conmovedora, tan reveladora en lo externo de esta necesidad de su espíritu de situarse en distintos planos y no en uno solo, de no colocarse en una situación estática «frente» al otro o a la realidad toda, sino de rodearla, con brazos de amante, aún más, de penetrarse de ella, de hablar y moverse «desde» ella.

Alguna vez escribimos que la sustancia del estilo de Martí era el sacrificio, lo que resulta incomprensible si no lo vemos a la luz del misterio de la caridad. Con frecuencia lo vemos más que hablar «de» un escritor o un héroe, hablar «desde» la perspectiva interna de su elogiado, sin que a veces podamos distinguir cuál de los dos es el que habla en realidad. A veces ese apoderamiento del asunto toma los caracteres de una suplantación. Nada más martiano que este «ponerse en el lugar del otro», que este «salir de sí», de raíz mística, noción no opuesta sino complementaria del «entrar en sí», vivir por sí, ver por sí y desde sí el universo. Cuando en la pasmosa crónica del funeral chino nos dice: «La muerte es azul, es blanca, es color de perla, es la vuelta al gozo perdido, es un viaje», es el sentido que tiene el chino de la muerte y no el suyo propio el que habla por sus labios. No se trata en su caso de búsquedas de tipo estilístico, sino del reflejo en la palabra de todo el sentido de la existencia de aquel que pensó y escribió: «El arte es una forma del respeto», de este respeto entrañable al otro en lo que tiene de distinto, porque para Martí lo que cada hombre tenía de distinto era lo que tenía de original, de creador. Y ya se sabe que lo creador era para él fuente de virtud, fortalecedora del carácter, no lujo privado, sino derecho de todo hombre y verdadera garantía del bien común.

A esa alta temperatura de caridad nos lleva su palabra, que parece inspirada en el tiento fino, en la medida, de nuestro

paisaje clásico, medida que no es avaricia, que tiene entrañas de amor, siendo ese misterio el que revela su palabra, analítica y sintética, visionaria siempre, cuya primera virtud es la de implicarnos, la de arrastrarnos irresistiblemente, convirtiéndolo, en cada uno lo tibio o frío en amoroso y participante.

No fueron las palabras para Martí ni fines en sí mismas ni meros medios. Ni las ve como el arte-purista u orfebre sin alma, ni tampoco como signos huecos, vacíos de realidad, meros vehículos de una idea y a su solo servicio. No es la escisión académica idea-cosa, palabra-cosa, sino, como bien viera Darío, el milagro de su identidad poética, de la criatura viva: *Et verbum erat Deus*. Si hemos interrogado su palabra, es porque quisiéramos hacer sensible al lector suyo a ese «tono Martí» inconfundible, en el cual está contenido más que en las ideas mismas, su pensamiento viviente, esa encendida y justiciera caridad con que se acerca a todo y a todos, como tomando su lugar, ese aire «todo ternura y obligación» que le es propio. Esa volcadura de su espíritu es aún más notable por tratarse de una individualidad tan fuertemente caracterizada como la suya. Hay en Martí como una especie de cortesía entrañable. A manera de esas mariposas que adoptan el color del follaje por donde pasan, se da a veces en su palabra el mismo fenómeno natural que ha sido llamado *cromatismo de adaptación*. Él no contará del mismo modo la historia de un banquero que la de un héroe, y aun lo veremos tratar a cada uno de ellos con procedimientos estilísticos enteramente distintos, todo ello a virtud, no del virtuosismo artístico, sino del *pathos* cordial que da siempre tono y color a su palabra. En su crónica sobre San Martín, por ejemplo, notamos la captación de lo esencial de la figura en la misma estructura de los párrafos con que lo evoca, en sus giros amplios, en cierto tono de grandeza monótona, sugerida en la imagen de la nieve: «Legó su corazón a Buenos Aires y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes». De Sucre en cambio dirá que la prosa que lo cante ha de ser

«apretada y movable como sus batallones cuando daba en ellos el sol». A Juárez, con su rostro de piedra, lo evocará con palabras hechas a su semejanza, macizas y sobrias, de base ancha: «Este nombre resplandece –dice– como si fuera de acero bruñido, y así fue en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe». Y cuando ve que un escultor lo había representado sobre un túmulo, envuelto en un lienzo simple, le reprocha que no es así como habría que representarlo, sino en estatua color de roca «y como roca sentada, con la mirada impávida en la mar terrible, con la cabeza fuerte bien encajada en los hombros; con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste y está allí de guardián impenetrable de la América».

Y si ahora pasamos vertiginosamente al retrato de un banquero sureño notamos cómo, adoptando procedimientos de autor teatral, imita su sintaxis los bruscos cambios de humor del nuevo personaje, la atmósfera de esta California de los comienzos: «Flood fue, como aquellos años, hombre de magia. Mostró el genio desde joven ahorrando con ahínco de su jornal lo que no necesitaba para el pan y el vestido. Oyó lo del oro y fue a verlo. No lo encontró pronto y puso tienda de whisky a real fuerte el vaso. En su tienda se oían chistes y tiros». Nótese cómo la expresión capta rápida los móviles oscuros y azarosos de su decisión de hombre de pocas palabras, «oyó lo del oro». Ya tendremos ocasión de volver a referirnos a esta captación de la atmósfera que después recogerían los *oestes* clásicos, tan distinta al estilo de sus grandes murales suramericanos o sus páginas cubanas. Martí prosigue describiéndonos al socio O'Brien, a la puerta del negocio, «vestido de señor», con lo cual ya nos previene que no lo era, para atraer gente, y a Flood «a medio casar ya con su irlandesa» –frase que nos ahorra la presumible historia–, yendo y viniendo con los vasos, oyendo los cuentos de los mineros, encontrando de modo misterioso el dinero de las excavaciones y enriqueciéndose en pocos meses, concluyendo su biografía con frases cortas y definitivas a manera de epitafio y arquetipo: «Puso ban-

cos y los arruinó. Por acá y por allá hay una gota de sangre en su fortuna. Tomó tanto whisky como había vendido. Levantó un palacio donde no se ve del oro. Murió triste».

No podemos detenernos aquí a ejemplificar de modo suficiente el procedimiento que adopta para abarcar los grandes conjuntos en que interviene una complejidad mayor de caracteres y situaciones, para referirnos sólo a las crónicas, sin rozar siquiera el tema de los discursos. Podemos decir, sin temor a exagerar, que cada una de sus crónicas es un universo con leyes propias, cuya clave podría ser la penetración amorosa de cada realidad en lo que tiene de único y distinto, la unión de la concepción grande y la ejecución detallada, el imposible encuentro de lo particular y lo arquetípico. Tampoco podemos estudiar aquí el milagro de su frase incidental, en la que habría que detenerse con alguna calma. Cientos de retratos acabados o de esbozos geniales pudiéramos extraer nada más que de bracear un poco en ella. A veces le bastan tres o cuatro palabras para evocar un personaje o una época, arte que complementa con el del vasto análisis minucioso de toques pictóricos. Pues esta capacidad suya para incorporarse una situación y hablar desde ella se vio en él complementada por otra de signo inverso, como ya hemos visto que es frecuente en Martí, y es el dominio de lo que llamó, a propósito de su poética, «el arte de las distancias», cuyas implicaciones apenas podemos tratar aquí. No damos tampoco ejemplo de sus figuras en movimiento, de que es muestra el retrato magistral que dejó de Carmencita la Coja, que algunos creyeron la famosa bailarina española de los versos. Pero no podemos resistir la tentación de citar así sea un fragmento de su crónica del político Blaine, en que leemos:

«El ojo es retador, agresivo, frío, viscoso, y más muro que puerta, hecho para citar al combate y gozarse en él, y en ver postrado al enemigo, y no, como otros, para llamar a los hombres y dejar que entren como en casa propia por el palacio del alma. Es ojo que espera a pie, que no se echa atrás, que no se cierra de noche, que ha vuelto cínico y duro de su viaje por las

almas: ojo de esmalte: un diamante negro embutido en marfil: ojo de corso».

Y para terminar esta serie quisiéramos citar brevemente su crónica sobre el rematador de cuadros, porque quizás algunos no estén familiarizados con este Martí doblado en tesigo de ambientes tan distintos, con estos personajes de sordideces a lo Dickens:

«El rematador era, como suelen ser ellos, de aguda mirada: espejuelos, nariz bermeja, barba rala y comida en los arranques: frac: voz que acude con viveza de urraca donde huele compra. No se mueve el rematador de delante de su pupitre, y se ve revolotear, cernirse, posarse en un hombro lejano, abalanzarse una presa nueva, saltar, picotear, a aquella voz. Él sigue el humor del público, que el que solicita ha de lisonjear. Deja reír, porque sabe que la alegría predispone a la largueza, pero no quiere que se hable: “el hablar, señores y caballeros, déjenmelo a mí”. Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita a los rivales. Para él un Tiziano se resume en esto: “Sí, ya sabemos que en este punto es inútil querer vender maestros antiguos”. Su lenguaje es este: aparece el cuadro: “Ea, párense ahí. Buen cuadro, muy buen cuadro”. ¿Cuánto me dan? “¿Cinco mil?”. “¿Tres mil?”. “¿Dos mil?”. “¿He oído mil?”. “¡Mil gracias!”. “Cuadro valioso, muy muy valioso”. “No volverán a ver su igual por el dinero”. Él no florea, no explica, no alaba la mercancía. “Eh? Oí dos mil pesos? ¡Dos mil!...”». Él –prosigue Martí– «recoge en el aire la puesta nueva, ordena con un gesto feliz al rival que haga una puesta mayor: las provoca, las logra, las engasta en su dedo nervioso y erguido, como el caballero del torneo antiguo engastaba las sortijas en su lanza».

Y llegamos al final sorpresivo, con esa típica apertura martiana a otra realidad, con el misterio de las figuras secundarias en los cuadros de Velázquez: «Las puestas silban como si fueran balas: la una da en el aire contra la otra: a cada puesta atrevida el público aplaude: «Al caer, al caer! ¿Quién da más?

¿Cien pesos más? Pues dado!». Las cortinas, como empujadas de adentro por elefantes invisibles, caen sobre el cuadro que se aleja bajo ellas con ruido de triunfador. *A veces, por una abertura del cortinaje, se ve a los gañanes, deformados por la faena como los campesinos de Millet, forcejear con el cuadro en la sombra».*

¿Qué podrá servirnos de llave para entrar en estas dimensiones a veces contradictorias de su palabra y de su pensamiento, del «entrar en sí» y el «salir de sí» martianos? «Es el amor quien ve», escribió una vez. En Martí más importante que la idea de sustancia o de cualidad es la idea de relación, ligada al misterio de la caridad, clave de su vida y de su escritura. Lo suyo no será jamás enfrentarse, eliminar, tomar bando, sino buscar la unión de los contrarios en un punto más alto, como hace el triángulo o la definición clásica de la armonía. Lo extraordinario de la guerra que desató fue el que la hiciera a puros golpes de amor y como medio de establecer una superior armonía. Ya nos detendremos al estudiar su poesía en esta idea del *enlace* que explica la relación de órdenes en apariencia opuestos, vinculado con lo que llamó «la expansión análoga». Veremos cómo nos lleva de la mano a otro de los descubrimientos de su escritura, y es el del símbolo involuntario, y la relación, en fin, de todo esto con el sufrimiento.

En una ocasión escribió Flor Crombet a Martí estas palabras con las que sólo pretendió aludir a su pobreza económica: «Flor se llama Miseria». Ellas siempre nos han recordado involuntariamente esa eterna menesterosidad del amor que acabó por desposeerlo y llevarlo a la muerte. El esplendor de su palabra procede de su desnudez suma, recordándonos en esa identificación de la miseria y la flor las palabras de la Oración del Huerto en que se nos revela que el autor de los cielos estrellados y el niño del pesebre son «una misma cosa». Así nos reunió este amoroso conciliador nuestro la palabra y la obra, el arte y la vida.

Hay un curioso parecido entre la idea de lo artístico en Martí y las que más tarde expresaría Dewey en su obra *El arte como experiencia*.<sup>4</sup> Dewey se sitúa en contra de aquellos que

ven en el arte cosa de museo, «en un pedestal remoto». Cree, por el contrario, que «el mecánico inteligente, comprometido en su trabajo, interesado en hacerlo bien y que encuentra satisfacción en su labor manual, cuidando por sus materiales y herramientas con afecto genuino, está comprometido artísticamente». Lo cual recuerda la idea de Martí de que el trabajo es ya arte. Y creeríamos estar muy cerca del procedimiento empleado en sus Escenas Norteamericanas al leer este párrafo de Dewey: «A fin de entender lo estético en sus formas últimas y aprobadas, se debe empezar con su materia prima; en los acontecimientos y escenas que atraen la atención del ojo y del oído del hombre despertando su interés y proporcionándole goce mientras mira y escucha. Los espectáculos que detienen a la muchedumbre. La bomba contra incendio que pasa veloz; las máquinas que cavan enormes agujeros en la tierra; la mosca humana trepando la torre. El hombre encaramado muy alto en la cornisa, arrojando y atrapando flechas encendidas». Podríamos señalar una página de Martí correspondiente a cada una de estas sugerencias. Este no hacer «una separación del arte de los objetos y escenas de la experiencia ordinaria», tan norteamericano, lo capta y aplica Martí a la descripción de la vida que allí observa. Pero es preciso comprender que busca en este apego al hecho concreto un modo de equilibrar el exceso retórico e imaginativo del hispanoamericano, jamás de sustituirlo. Es justamente el encuentro de ese equilibrio el que acabó por centrar su palabra, que sólo entonces alcanza, a través del sufrimiento, el eje real. La gran contención de la prosa martiana de sus últimos años, en que ya casi nada queda del fastuoso vuelo retórico primero, está ligada a estos oscuros, dolorosos años neoyorkinos, que indirectamente ayudaron al equilibrio prodigioso. Sus cartas, sus últimos diarios, dan testimonio de él.

El realismo español está fundado en la sustancia, el norteamericano en el tiempo: de los dos toma Martí. Lo primero, con su contrapartida quijotesca o americana de imaginación o sueño; lo segundo, llevándolo de la desnudez dolorosa de lo

real al símbolo. ¿Y Cuba? Está detrás de todo lo que escribió y fue. Lo isleño es esa porosidad para recibir todos los aires. Cuba es para él «el fiel de las Antillas», el poder equilibrador. Pero todo equilibrio es doloroso: la balanza y la cruz se corresponden. De aquí que sea también para él, y sobre todo, «agonía y deber», el sitio escogido para el sacrificio. Después de un desierto que duró casi tanto como su vida, toca al fin la tierra amada. En su diario, esta sola anotación: «Dicha grande».

No cabe siquiera hablar de prosa referida a este último diario: vida y poesía ya son una sola cosa. Da lo mismo que nombre la jutía que corre rápida o el cielo estrellado: Nombra los árboles cubanos como si los cantase. Al fin entra «a su verdadera naturaleza». Pues el principal hallazgo de Martí, que en el artículo de Bonalde afirmaba que ni líricos ni épicos podían ser ya los poetas, fue llevar lírica y épica a la vida misma. Ya hemos visto cómo «lo artístico» estuvo, en la expresión más alta a que llegó su palabra, del lado de la vida, cómo vio insuficiente el lirismo para expresar la complejidad del alma moderna, cómo necesitó crear una nueva poesía o ir a la crónica o al diario para reflejarla, mucho más que a los géneros literarios o de ficción. Del mismo modo vemos que lo épico para Martí no fue género caduco ni cosa de cides y roldanes, sino que lo descubre en «el espíritu épico de la independencia», atravesando la América toda y encendiéndola, en lo que llamó, «la homeriada norteamericana», su gran época de creación, con sus hermosos caracteres patriarcales primero, y aun en cada hombre que es «creador de sí», porque «el que ve en sí, es la epopeya», porque «epopeya es raíz». «A Homero leemos, pues ¿fue más pintoresca, más ingenua, más heroica, la formación de los pueblos griegos que la de nuestros pueblos americanos?». «¿A qué leer a Homero en griego –se pregunta– cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?». Todo lo raigal, lo virgen, lo directo, le parece épico, de aquí que lo bíblico y lo griego lo redescubra de nuevo en lo americano. Le parece que la mitología india no es menos delicada que la griega. Lo épico, ¿dón-

de hallarlo mejor que en nuestra desconocida historia americana, desdeñada por los escritores nuestros que van a buscar la copia europea ignorando tanto precioso original nativo? El que repase sus *Apuntes* se asombrará de lo vasto de su curiosidad americana, que va desde la historia hasta la botánica o la filología, su curiosidad por todo lo vivo: ciencia, literatura, política, de todas las épocas: el nombre latino de una mariposa colombiana o una anotación sobre los gramáticos hebreos. Pero se ve que prefiere el puro dato, la oscura reseña histórica de cronistas americanos poco conocidos, todo lo que implica conocimiento directo de vida, como fuente superior de poesía. Cita los libros de los jesuitas expulsados de América, que fueron los primeros desterrados, los primeros que repensaron la América desde el destierro. Ve poesía en «la manera como entran a ser elementos de la frase nombres enteros y decenas de nombres...». Es lo adánico del lenguaje, lo enumerativo americano, presente lo mismo en un Neruda que en un Whitman. Pero Martí no sólo ve lo épico en la historia, y el aliento de lo lírico en la vida, sino que épica le parece siempre la poesía del esfuerzo desigual de cada hombre, la lucha por el decoro, la pobreza heroica. No le parece que en campo alguno se libere batalla semejante a la que se libra en el pecho de un hombre honrado. Todo es batalla invisible y poesía cierta. En la dolorosa vida diaria, en sus talleres, ve «la nueva épica».

Sólo a la luz de esta identificación de vida y poesía puede entenderse la poesía y la vida de Martí. No es posible separar en él al hombre de palabras y el hombre de actos, cuando el sentido de su vida y su originalidad literaria radican en el milagro de esta coincidencia: la palabra, llena de la majestad del acto; el acto, de la palabra. De aquí que pusiera en su misión histórica la carga afectiva que otros ponen en lo personal, el cuidado artístico que otros relegan al arte. De aquí también que más que el patriota que se reverencia o el artista que se admira, sea Martí, sobre todo, uno de los hombres más amados por cuantos lo han seguido de cerca. Su vida, que fue como

él dijera alguna vez, la del servidor más apasionado que pudieran encontrar los hombres, impresiona como una obra de arte. Podemos repasarla, voltearla: no le hallaremos sombra. Todo lo que toca, por la intensidad y delicadeza con que lo vive, diríamos que se vuelve arquetípico: el maestro, el amigo de la infancia, el destierro. Su encuentro con una pálida niña guatemalteca es toda la novela americana, es Amalia, es María. Su muerte en un encuentro oscuro, sin el gran escenario de las batallas bolivarianas, su muerte pobre, será siempre toda la poesía de su isla. Cuando muere está solo con un joven que se llama –azar, sí, pero estremecedor azar– Ángel de la Guardia.

«Un poeta que fuera a la vez un héroe –dice Novalis en su *Enrique de Offerdingen*– sería un enviado de Dios: pero nuestra poesía aún no está a la altura necesaria para producir semejante milagro». Quizás era precisa esa desproporción entre la figura magna y el escenario pequeño. El conocimiento de su vida y su obra hará ver cumplidamente que «semejante milagro» fue el de José Martí.

<sup>1</sup> Rubén Darío. *Poesías completas*, Aguilar, Madrid, 1925, p. 594.

<sup>2</sup> Manuel Pedro González. *Indagaciones martianas*, Universidad Central de Las Villas, 1961, p. 59.

<sup>3</sup> Concha Meléndez. «El crecer de la poesía de Martí», en *Memoria del Congreso de Escritores Marianos*, Ucar García, La Habana, 1953, p. 638.

<sup>4</sup> John Dewey. *El arte como experiencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, pp. 6 y 7.

## Notas sobre *La Nación*, Bartolito Mitre y José Martí\*

*Enrique López Mesa*

Una mañana del mes de septiembre de 1882 –para ser más precisos, la del miércoles 13–, los lectores del diario bonaerense *La Nación* encontraron en su primera plana, con el encabezamiento «Carta de los Estados Unidos», un extenso texto que abarcaba tres columnas, y al pie una firma desconocida para ellos: José Martí. No sospechaban que estaban presenciando el inicio del capítulo argentino<sup>1</sup> de la más brillante serie de crónicas del periodismo hispanoamericano del siglo XIX, que también sería la más prolongada colaboración de nuestro Apóstol con una publicación periódica, incluso con aquellas que fundó o dirigió.

Pero esta conmemoración nos impone abundar en el marco periodístico y humano que acogió los textos de Martí en la aún recién establecida capital federal del país sudamericano. El diario *La Nación* había sido fundado en 1870 por el general Bartolomé Mitre y Martínez (1821-1906), una de las más prominentes figuras rioplatenses de ese siglo, singular mezcla de militar, político y hombre de letras, quien entre 1862 y 1868 había sido el primer presidente de la República Argentina, ya definitivamente unificada. Como paso previo, Mitre había adquirido el periódico *La Nación Argentina*, que se publicara entre el 13 de septiembre de 1862 y el 31 de diciem-

\*Ponencia leída en el Taller «José Martí y el periódico *La Nación*: 120 años después», celebrado en el Centro de Estudios Martianos el 9 de julio de 2002.

bre de 1869, bajo la dirección de José María Gutiérrez, y del cual el propio Mitre había sido colaborador. Para poner en marcha su proyecto, el general creó una sociedad anónima integrada por diez de sus amigos, y logró reunir un capital inicial de 800 000 pesos, en acciones de 25 000 pesos cada una. Mitre adquirió cuatro acciones y después, poco a poco, se fue haciendo de todo el capital.

El primer número de *La Nación* apareció el 4 de enero de 1870 –meses antes del final de la larga guerra contra el Paraguay–, con Mitre como director, una modesta tirada de mil ejemplares y sólo cuatro páginas. En su primer editorial el ex presidente definió al periódico como «una tribuna de doctrina», y en efecto, durante sus primeros años de existencia fue el vocero del Partido Liberal, encabezado por Mitre, y opuesto al gobierno de Domingo Faustino Sarmiento. En abril de 1870 el periódico fue instalado en la propia residencia del general, en la calle San Martín 208 (hoy 336), una gran casa colonial construida en 1785, que en 1869 le había sido donada por suscripción popular.

Tras el fracaso de la sublevación de septiembre de 1874 contra la elección de Nicolás Avellaneda –que frustrara su segunda aspiración presidencial–, Mitre fue encarcelado durante cuatro meses y más tarde tuvo que marchar a un breve exilio. Después de la consabida clausura temporal asumió la dirección interina del periódico José Antonio Ojeda, con el cual *La Nación* se convirtió en un diario comercial moderno, sin por ello dejar de hacer periodismo de opinión. El 16 de julio de 1877 inició la publicación de un servicio cablegráfico de noticias de Europa, proporcionado por la agencia francesa Havas, y a partir de 1881 tuvo corresponsales en importantes ciudades del mundo, entre los cuales se destacaron, además de José Martí, figuras como Rubén Darío y Emilio Castelar. También fue corresponsal el escritor cubano Manuel de la Cruz (1861-1896).

En 1882 se hizo cargo de la dirección del periódico Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del fundador, quien la desem-

peñaría durante todo el período de colaboración de José Martí. Este hecho lo convierte en una figura clave y amerita que nos aproximemos más a su personalidad.

Bartolomé Mitre y Vedia (1845-1900) había nacido en Uruguay, durante un exilio de su padre. En su juventud inició estudios de Derecho que no concluyó. Además de la influencia intelectual paterna, tuvo la oportunidad excepcional de trabajar durante cuatro años como secretario de Domingo Faustino Sarmiento, cuando este fue ministro argentino en Chile, Perú y Estados Unidos (1864-1868). Durante su estancia en New York hizo una pública demostración de apoyo a la causa de la independencia de Cuba, acto que le valió una reprimenda diplomática. Como justificación, el joven Mitre alegó que «siendo hijo de un pueblo libre, no había podido refrenar el justo impulso por la libertad de Cuba».<sup>2</sup>

En esos años junto a Sarmiento también se cimentó en él la típica admiración del liberal latinoamericano decimonónico por Estados Unidos, la visión de este como paradigma de desarrollo económico y de sociedad democrática, plasmación de la idea del progreso en nuestro continente. En 1868, al marchar Sarmiento a Buenos Aires para ocupar la Presidencia de la República, Mitre y Vedia continuó como secretario de la legación argentina en Estados Unidos hasta 1870, año en que renunció a su cargo y regresó a las riberas del Plata para ser cónsul del Uruguay en la urbe porteña. Allí se dedicó al periodismo en el diario fundado por su padre, y durante años fue redactor de la sección A Pesca de Noticias, que firmaba con el seudónimo Argos.

Dirigió *La Nación* a partir de 1882 y se consagró a convertirlo en un gran diario, en lucha contra la competencia, pues en ese año ya circulaban en Buenos Aires 103 publicaciones periódicas, con una tirada mensual conjunta de 1 271 000 ejemplares. En 1885 se inauguró el nuevo edificio del periódico, en la calle San Martín 210 y 212, con máquinas impresoras movidas con vapor, y entre 1887 y 1890 ya *La Nación* alcanzaba una tirada diaria de 35 000 ejemplares. Bartolito Mitre

—como se le conocía habitualmente, para diferenciarlo de su padre— llegó a vivir dentro del edificio del periódico, en una habitación con ventana hacia la sala de impresión, para estar al tanto del más mínimo detalle.

En 1893 tendría que abandonar el cargo por razones de salud, pero continuó colaborando con el diario, así como con *La Ilustración Sud-Americana* y otras publicaciones. También utilizó el seudónimo Claudio Caballero, pero algunos de sus artículos los firmaba simplemente como Bartolito. Además, fue traductor, pues dominaba el latín, francés, inglés, portugués e italiano. Publicó el folleto *Chicago* (Buenos Aires, 1868) y el tomito *Cosas de París* (Buenos Aires, 1886). Un grupo de sus artículos fue recogido póstumamente en el volumen *Páginas serias y humorísticas* (1901), que ha tenido varias reediciones. Está considerado como una de las más destacadas figuras del periodismo argentino del último cuarto del siglo XIX.

El vínculo entre José Martí y Bartolito Mitre lo propició Carlos Carranza, hombre de negocios argentino radicado en New York, en cuya oficina trabajó Martí durante dos años. Carranza era a la vez cónsul general de la República Argentina en aquella ciudad. Fue él quien gestionó —durante una visita suya a Buenos Aires en 1882— el inicio de la colaboración de Martí con *La Nación*, después de haber tomado esta la decisión de dar por terminados sus despachos para *La Opinión Nacional* de Caracas.<sup>3</sup>

Bartolito Mitre comprendió enseguida que había hallado, como él mismo dijera, «the right man in the right place», máxime cuando el Apóstol le había hecho llegar conjuntamente con su primera crónica, y a manera de tarjeta de presentación, algunos ejemplares de las aparecidas en Caracas y el comentario que el colombiano Adriano Páez había publicado en la revista bogotana *La Pluma* acerca de su artículo sobre la muerte del presidente Garfield. Estos párrafos laudatorios los reproduciría Bartolito Mitre en su nota de presentación del nuevo corresponsal.

Pero hubo algo que entonces no supieron los lectores de *La Nación*: la primera crónica de Martí había sido censurada. Una parte del texto –que no conoceremos nunca– fue eliminada. En su carta de 26 de septiembre de 1882, adjuntándole ejemplares del periódico, Bartolito Mitre dedicó seis párrafos a explicarle al cubano los motivos de su decisión: la razón principal era ser consecuente con el punto de vista del periódico acerca de Estados Unidos. Independientemente de las «verdades innegables» que contenían las líneas suprimidas, consideraba su forma «extremadamente radical» y sus conclusiones absolutas. Esto hubiera podido entenderse como un cambio de línea del periódico y el inicio de una campaña de denuncias contra la nación nortea.

El recién estrenado director pedía a su nuevo corresponsal que, sin hacer «desaparecer por completo de sus cartas la censura y la crítica, la exposición de lo malo y de lo perjudicial», equilibrara en ellas las sombras y las luces de aquel gran país.<sup>4</sup> Esa sería la línea por adoptar desde el principio. Aunque no quedaba explícito en la carta, de cierta manera iba implícito que eran preferibles las luces a las sombras.

Este último punto de vista lo sintetizaría Bartolito Mitre el 18 de marzo de 1883, al publicar la segunda colaboración de Martí, y calzarla con una nota a los lectores asegurándoles que Martí los tendría al corriente de «la vida asombrosa» de Estados Unidos y los haría asistir «al espectáculo de la gran nación que es y será por muchos años nuestro modelo». Repetía así, quizás sin saberlo, la expresión que anotara Sarmiento al partir de New York el 23 de julio de 1868, después de despedirse con un abrazo del propio Bartolito: Estados Unidos siempre sería su modelo.<sup>5</sup>

La respuesta de Martí a la carta de Mitre y Vedia fue extremadamente cortés y, a la vez, lo suficientemente inteligente como para dejar el camino expedito en lo tocante a sus futuras críticas: «Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas;—que yo no haré en mis cartas [...] sino presentar las cosas como sean». Su método sería «no adelan-

tar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra», ni «adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso, y conversaciones corrientes no hayan de antemano adelantado».<sup>6</sup>

Comenzaba así la colaboración regular de Martí con el periódico de los Mitre, uno de los grandes voceros de aquella burguesía liberal porteña de la década de 1880, la cual –como dijera Aníbal Ponce– «gobernaba como cosas de familia los negocios del país, pero que sabiendo gustar los más finos matices de la literatura y del arte, ponía siempre una nota de buen gusto lo mismo en sus virtudes que en sus vicios».<sup>7</sup>

Desde su primera crónica, *La Nación* se convirtió en un trampolín para el conocimiento de Martí en el cono sur. Bartolito Mitre le informaba que esta había sido reproducida «en numerosos periódicos»,<sup>8</sup> práctica que se mantendría a lo largo de los años, sin que Martí percibiera remuneración alguna por ello. Por su parte, entre 1883 y 1885, *La Nación* reprodujo más de treinta artículos de Martí tomados de la revista neoyorquina *La América*, que el Apóstol dirigiera en esos años, y facilitó así que llegaran a un público mayor.<sup>9</sup>

En agosto de 1883 Martí le comentaba a Manuel Mercado, su *alter ego* mexicano, que en *La Nación* ya empezaban a quererle,<sup>10</sup> y el 13 de noviembre de 1884 le decía al propio Mercado que el dinero que recibía de *La Nación* lo destinaba a su madre.<sup>11</sup> El convenio original entre Bartolito Mitre y Martí había sido por una crónica mensual, pero en 1885 estas ya eran quincenales. El 8 de agosto de 1887 Martí le comenta a Mercado que el diario porteño le pagaba cuarenta dólares mensuales por ambas crónicas.<sup>12</sup>

Lamentablemente, la antes citada carta de Bartolito Mitre a Martí de 26 de septiembre de 1882 y la respuesta de 19 de diciembre del mismo año son las dos únicas piezas que conocemos del epistolario que obligatoriamente tuvo que existir entre ambos hombres a lo largo de más de ocho años y medio. De ahí que, al igual que en otros aspectos o períodos de la vida de Martí aún insuficientemente investigados, en sus

vínculos con *La Nación* encontremos lagunas e incógnitas, dadas fundamentalmente por la no localización de ese complemento documental imprescindible.

Por ejemplo, por cartas de Martí a Enrique Estrázulas de 20 de octubre de 1887 y 20 de abril de 1888 sabemos que en el primero de esos años la dirección del periódico le había pedido que se trasladara a Buenos Aires, oferta que Martí no aceptó, aunque sin rechazarla del todo.<sup>13</sup> ¿Qué funciones pensaba asignar Bartolito Mitre a Martí en el diario? ¿Era tanta la admiración que sentía por él que prefería perder a su corresponsal estrella en New York para tener un redactor estrella en Buenos Aires?

En 1888 ocurrió otro hecho que merece mención. Hacía dos años que ocupaba la presidencia de la Argentina el doctor Miguel Juárez Celman, quien gobernaba mediante un sistema autoritario que sus oponentes –entre los cuales figuraban el general Mitre y *La Nación*– dieron en llamar el Unicato, en alusión al sobrenombre de El Único que sus alabarderos daban al presidente. El 28 de junio de ese año Martí remitió desde New York una crónica sobre las convenciones nacionales celebradas por los dos principales partidos políticos norteamericanos con vistas a postular a sus respectivos candidatos para las elecciones presidenciales del siguiente 6 de noviembre. El 25 de agosto apareció la crónica en *La Nación*, pero Bartolito Mitre se las ingenió para poner el texto de Martí en función de la política interna, utilizándolo como un arma de crítica contra el Unicato. Con su característico sentido del humor, le dio el título de «Narraciones fantásticas» y sin alterar nada de su contenido le agregó esta irónica nota al pie: «Martí ha querido darnos una prueba del poder creador de su privilegiada imaginación, enviándonos una fantasía, que por lo ingenioso del tema y lo animado y pintoresco del desarrollo escénico, se impone al interés del lector. Solamente a José Martí, el escritor original y siempre nuevo, podía ocurrírsele pintar a un pueblo, en los días adelantados que alcanzamos, entregado a las ridículas funciones electorales, de incumben-

cia exclusiva de los gobiernos, en todo país paternalmente organizado».<sup>14</sup>

De seguro debió mediar una explicación epistolar de Bartolito Mitre a Martí por el inusual empleo de su artículo, pero desconocemos su argumentación y la respuesta del cubano. No obstante, lo cierto es que no se alteró la relación entre ambos, y el 12 de octubre de ese mismo año de 1888, Bartolito Mitre, en su condición de presidente de la Asociación de la Prensa de la Argentina, designó a José Martí representante de ella en Estados Unidos y Canadá.<sup>15</sup> Al año siguiente el propio general Mitre le remitió al Apóstol los tres tomos de su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, con la siguiente dedicatoria: «Al original escritor y pensador americano D. José Martí».

La última de las incógnitas en los vínculos entre Martí y *La Nación* es, precisamente, la terminación de los mismos. Su artículo «El asesinato de los italianos» apareció el 20 de mayo de 1891, sin ninguna nota aclaratoria, lo que nos hace pensar que dicho cese fue repentino. No es aceptable la explicación de que Martí se vio precisado a abandonar esa corresponsalía por el cúmulo de sus tareas políticas, que para entonces ya iban en aumento, pues después de esa última crónica aparecida en *La Nación*, publicó otras ocho en *El Partido Liberal*, de Ciudad México, con el que colaboraba desde 1886. La última fue redactada en New York el 28 de abril de 1892, es decir, dieciocho días después de la fundación del Partido Revolucionario Cubano y treinta y cinco después de la aparición del primer número de *Patria*, cuando a Martí ya sí le era materialmente imposible continuar con su labor de corresponsal del diario azteca.

A manera de ensayo, pudiéramos esbozar dos explicaciones hipotéticas. La primera de ellas se refiere a la polémica entre el embajador argentino Vicente Gregorio Quesada y su hijo Ernesto, por un lado, y el columnista de *La Nación* Julio Lucas Jaimes, quien utilizaba el seudónimo de Brocha Gorda.<sup>16</sup> Martí terció indirectamente en esta polémica desde las

páginas de *La Revista Ilustrada de Nueva York*, justamente en el número correspondiente a mayo de 1891. A los historiadores argentinos corresponde aclarar la filiación política que en aquellos momentos –después de la llamada Revolución del 90, que provocó la renuncia del presidente Juárez Celman y la asunción del vicepresidente Carlos Pellegrini– tenían los Quesada, y cómo vio la dirección del diario este incidente.

La segunda posible explicación se refiere al último artículo en sí mismo («El asesinato de los italianos»), en el cual Martí describe el linchamiento de once inmigrantes italianos que tuvo lugar en New Orleans el 14 de marzo de 1891, acusados falsamente de asesinar al jefe local de la policía. Es una de las crónicas más dramáticas de José Martí sobre la realidad norteamericana. En su testamento literario –carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui de 1 de abril de 1895– la incluyó entre las trece que en aquel momento recordaba como sus mejores crónicas sobre Estados Unidos. Es posible que el contenido de ese artículo haya causado irritación en algunos sectores pronorteamericanos de Buenos Aires, y que el general Mitre –quien entonces aspiraba nuevamente a la presidencia– decidiera prescindir de cuanto pudiera incidir negativamente en sus propósitos.

Una tercera explicación sería la suma de las dos anteriores, y que la conducta de Martí durante el primer semestre de 1891 haya sido lo suficientemente intolerable para los propietarios de *La Nación* como para poner punto final a sus despachos.<sup>17</sup>

Esta incógnita, así como las anteriores, sólo se despejará el día que sea localizado el epistolario Martí-Mitre y el archivo administrativo del periódico *La Nación*. Entonces también tendríamos la explicación de las lagunas que se observan en la frecuencia de las crónicas martianas. Solamente en el bienio 1883-1884 se detecta la ausencia de no menos de nueve crónicas, una de ellas muy relevante. ¿Qué ocurrió con la que sin duda debió ser brillante crónica de José Martí sobre la inauguración del puente de Brooklyn (24 de mayo de 1883) y que él anunciara desde su crónica anterior (14 de mayo de 1883)?

Independientemente de lo antes expuesto, la colaboración con el importante diario porteño durante ocho años y medio tuvo para Martí un balance positivo. Se cumplió el pronóstico que le hiciera Bartolito Mitre en su primera carta: *La Nación* le resultó el medio idóneo para darse a conocer en Hispanoamérica. Además, le deparó el mayor elogio que recibiera Martí en vida sobre su labor profesional.

El 1 de enero de 1887 *La Nación* publicó la crónica de Martí sobre la inauguración de la Estatua de la Libertad, que había tenido lugar el 28 de octubre anterior. Tres días después, el 4 de enero, apareció en la primera plana del diario, con el título «La libertad iluminando al mundo», una carta de Domingo Faustino Sarmiento, dirigida a Paul Groussac, que en aquel entonces formaba parte de la redacción. El gran sanjuanino proclamaba en ella su alta valoración de la crónica martiana y pedía a Groussac la tradujera al francés, para que se conociera en Europa «esta elocuencia sudamericana áspera, capitosa, relampagueadora, que se cierne en las alturas sobre nuestras cabezas». «En español –decía Sarmiento– nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal [...]. Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos».<sup>18</sup> Martí –que también admiraba a Sarmiento, a pesar de estar en desacuerdo con algunos de sus puntos de vista– no pudo evitar sentirse orgulloso por sus elogios y enviar copia de la carta a los amigos más cercanos.<sup>19</sup>

Después del triste desenlace de Dos Ríos, *La Nación* recogió los tributos póstumos de Rubén Darío<sup>20</sup> y Manuel de la Cruz.<sup>21</sup>

El conjunto de las crónicas norteamericanas de José Martí ha sido objeto de no pocos comentarios y análisis, y todo indica que será tema de estudio permanente, pues constituye el núcleo de lo que Juan Marinello definiera como «la creación literaria más ancha, poderosa, original y viviente de las letras

continentales». <sup>22</sup> Una de sus mejores y más sintéticas valoraciones la constituyen las palabras escritas en 1953 por Manuel Pedro González, con las cuales terminamos nuestra exposición: «Sería difícil encontrar en los anales de ningún periódico, artículos más saturados de ideas, más iluminadores, o escritos en un estilo más original y vigoroso. El periodismo jamás ha alcanzado un mayor grado de dignidad o logrado un objetivo más noble». <sup>23</sup>

## Bibliografía no citada en el texto

- AMADEO, OCTAVIO R.: *Vidas argentinas*, 2a. ed., Librería y Editorial La Facultad, Buenos Aires, 1934.
- BELTRÁN, OSCAR RAFAEL: *Historia del periodismo argentino*, Sopena, Buenos Aires, 1943.
- Bibliografía Argentina de Artes y Letras*, nos. 32-35, Buenos Aires, 1968.
- Artes y Letras en *La Nación* de Buenos Aires, 4 de enero de 1870-31 de diciembre de 1899.
- GALVÁN MORENO, C.: *El periodismo argentino*, Claridad, Buenos Aires, 1944.
- HALPERIN DONGHI, TULIO: «Prólogo», en Domingo F. Sarmiento. *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sudamérica*, edición, prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- : *Historia contemporánea de América Latina*, La Habana, Edición Revolucionaria [c. 1991].
- HORNOS PAZ, OCTAVIO: «Breve reseña de *La Nación* desde sus comienzos y su evolución a través del tiempo», tomado de internet, Buenos Aires, 2001.
- LEBEDINSKY, MAURICIO: *La década del 80. Una encrucijada histórica*. Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1967.
- MARTÍ, JOSÉ: *Otras crónicas de Nueva York*, 2a. ed., Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983.
- MITRE Y VEDIA, BARTOLOMÉ: *Páginas serias y humorísticas*, 2a. ed., Biblioteca de *La Nación*, Buenos Aires, 1909.
- PASO, LEONARDO: *Elementos de la evolución histórica argentina*, 3a. ed., Asociación Amigos de la Historia, Buenos Aires, 1988.
- ROCK, DAVID: *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- ROTKER, SUSANA: *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1992.
- SANTILLÁN, DIEGO A. de: *Gran Enciclopedia Argentina*, Ediar, Buenos Aires, 1956-1963.

- UDAONDO, ENRIQUE: *Diccionario biográfico argentino*, Imprenta y Casa Editora Coni, Buenos Aires, 1938.
- YABEN, JACINTO R.: *Biografías argentinas y sudamericanas*, Ed. Metrópolis, Buenos Aires, 1939-1940.
- YUNQUE, ÁLVARO: *Breve historia de los argentinos*, 2a. ed., Ed. Futuro, Buenos Aires, 1960.

<sup>1</sup> Martí inició sus crónicas norteamericanas en el diario caraqueño *La Opinión Nacional* (1868-1892), cuyo fundador, director y propietario fue Fausto Teodoro de Aldrey (1825-1886). El Apóstol comenzó a colaborar con *La Opinión Nacional* durante su estancia en Venezuela (20 de enero al 28 de julio de 1881). Tan pronto se estableció definitivamente en New York fue su corresponsal allí desde agosto de 1881 hasta mayo de 1882, cuando renunció a su empleo a causa de la nueva tendencia política del diario. A diferencia de las que publicara en *La Nación*, las corresponsalías de Martí para *La Opinión Nacional* también cubrían el acontecer europeo. El hecho de que el diario porteño contara con corresponsales en el viejo continente y servicio telegráfico lo eximió de esta tarea.

En 1886 Martí comenzaría a desempeñarse, además, como corresponsal neoyorquino del periódico *El Partido Liberal*, de Ciudad México, para el cual simultanearía los despachos que desde 1882 enviaba a *La Nación*.

A partir de enero de 1889 también remitiría dos cartas quincenales al periódico montevidiano *La Opinión Pública*, cuidando de que sus temas fueran «diversos de los que trate en cartas para otros diarios». José Martí. *Epistolario*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, t. II, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 69.

<sup>2</sup> *Apud*. Adolfo M. Sierra: «Prólogo», en Bartolomé Mitre y Vedia, *Páginas serias y humorísticas*, 3a. ed., Buenos Aires, W. M. Jackson, 1947, p. XVII.

<sup>3</sup> La oficina comercial de Carranza & Co. radicaba en Wall Street no. 60, salón 20. El Apóstol mencionó elogiosamente a Carranza en artículos suyos para *La Nación* y *La América* de 1883, y en el año 1884, con motivo de un viaje de este a México, le entregó una afectuosa carta de presentación para su amigo Manuel Mercado. En agosto de 1884 Martí dejó de trabajar con Carranza. No obstante, las relaciones se mantuvieron, pues en 1888 Carranza le compró mil ejemplares de su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson —que Martí había publicado por cuenta propia—, para enviarlos a Buenos Aires.

<sup>4</sup> *Destinatario José Martí*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual, Casa Editora Abril, La Habana, 1999, pp. 107-109.

<sup>5</sup> Domingo Faustino Sarmiento. *Mi vida*. Texto anotado y ordenado por Julio Noé, t. II, Ángel Estrada Editor, Buenos Aires, 1938, p. 163.

<sup>6</sup> José Martí. *Epistolario*, t. I, p. 258.

<sup>7</sup> Aníbal Ponce. «La vejez de Sarmiento», *Obras completas*, t. I, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1974, p. 326.

<sup>8</sup> *Destinatario...*, p. 107.

<sup>9</sup> La línea de reproducir artículos de Martí paralelamente a la publicación de sus colaboraciones la inició *La Nación* el 10 de diciembre de 1882, con el artículo «Oscar Wilde», que antes había aparecido en *El Almendares*, de La Habana, y *La América*, de Madrid.

<sup>10</sup> J. Martí: *Epistolario*, t. I, p. 267.

<sup>11</sup> *Id.*, p. 286.

<sup>12</sup> *Id.*, t. II, p. 397.

<sup>13</sup> *Id.*, t. I, p. 413 y t. II, p. 23.

<sup>14</sup> J. Martí: *Obras completas*, t. 13, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, p. 335.

<sup>15</sup> *Destinatario...*, p. 173.

<sup>16</sup> El escritor, historiador y diplomático argentino Vicente Gregorio Quesada (1830-1913) publicó en París, en 1890, su libro *Crónicas potosinas; costumbres de la edad medieval hispanoamericana*, en dos volúmenes que compilaban los artículos publicados por Quesada en su *Revista de Buenos Aires* en la década de 1860. En el momento de la aparición del libro, Quesada era ministro argentino en Washington y Martí cónsul de dicha nación en New York. Además, los unía una sincera amistad. Por carta de Martí a Quesada de 20 de junio de 1890 (J. Martí, *Epistolario*, t. II, pp. 208-210) sabemos que el Apóstol escribió un estudio sobre el libro, al que en dicha fecha sólo le faltaban los retoques finales. En carta de 21 de octubre de 1890 Martí le informa a Quesada que su estudio ya va «camino de la prensa» y que considera que es «lo más cordial y vivo» que ha salido de su pluma. (*Id.*, pp. 223 y 224). Lamentablemente ese estudio figura entre las páginas de Martí que no han llegado a nosotros, aun en el caso de que haya sido publicado en su momento.

En ese mismo año de 1890 el escritor y periodista boliviano, radicado en Buenos Aires, Julio Lucas Jaimes (1840-1914) tenía una sección fija en *La Nación*, titulada Brochazos, la cual firmaba con el seudónimo Brocha Gorda. En 1890 y 1891 dedicó algunas de las entregas de su sección a crónicas potosinas, redactadas por él sobre los mismos hechos que habían servido de base a las de Quesada. Al coincidir esto con la aparición del libro del último, Brocha Gorda dedicó su sección de 12 de noviembre de 1890 a criticarlo. Quizás Jaimes, por ser natural de Potosí, se consideraba más autorizado que el bonaerense Quesada para escribir sobre los tiempos coloniales de su villa natal. Cuatro días después, el 16 de noviembre de 1890, y con el título de «Simple aclaración», apareció en la primera página de *La Nación* una carta del también escritor y periodista Ernesto Quesada (1858-1934), hijo de don Vicente Gregorio, dirigida al director del periódico y en la cual respondía las críticas de Brocha Gorda al libro de su padre. En carta a Quesada padre, Martí calificó esta respuesta de «contundente y caballeres-

ca». Brocha Gorda, por su lado, no demoró su contrarréplica, que a Martí le pareció ridícula (*Id.*, p. 241).

Esta era la situación cuando Martí tomó parte indirectamente en la polémica, al propiciarle a Vicente Gregorio Quesada la posibilidad de utilizar la magnífica tribuna periodística que representaba *La Revista Ilustrada de Nueva York*. En el número de mayo de 1891 Martí publicó un artículo anónimo, incluso redactado en tercera persona, pero cuya autoría era transparente, en el cual, tras elogiar a Quesada y a su libro, se refería al incidente y tomaba parte a favor de su amigo. En realidad, el artículo de Martí era la necesaria introducción al lector de una extensa carta de Quesada a él –pero redactada especialmente para ser publicada– explicatoria de la génesis de su obra y refutatoria de los argumentos del agresivo Brocha Gorda, J. Martí, *Obras completas*, t. 7, pp. 379-385.

Estos fueron los hechos. Dieciocho años después, al revivirlos en noviembre de 1909, Vicente Gregorio Quesada tenía plena conciencia del riesgo asumido por Martí al enfrentarse a un columnista de su propio periódico que quizás contara con el favor de la dirección: «Para apreciar la bondad de lo expuesto, preciso es recordar que Martí era corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, a cuya redacción pertenecía entonces Brocha Gorda, y herida la vanidad de este por el juicio de Martí, podía influir para que perdiese ese cargo que le daba algún dinero que, agregado a los emolumentos consulares, le proporcionaba medios para vivir, aunque fuese modestamente». Academia de la Historia de Cuba. *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*, t. III. Recopilación, introducción, notas y apéndices por Gonzalo de Quesada y Miranda, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1933-1935, p. 140.

<sup>17</sup> Tampoco excluimos la posibilidad de una discrepancia interna entre los Mitre –padre e hijo– acerca de la publicación de «El asesinato de los italianos». Otro elemento que ha de tenerse en cuenta es que desde enero de 1889 *La Nación* había comenzado a publicar mensualmente, y paralelamente a las de José Martí, crónicas norteamericanas de Miguel M. Tedín, hombre de negocios argentino radicado en New York y amigo personal de Martí, las que aparecían con el título «Carta de los Estados Unidos». Sin embargo, en los recuerdos sobre Martí que Tedín publicara no dice nada al respecto. Cfr. Miguel Tedín. «José Martí», *Revista Cubana*, vol. 29, julio 1951-diciembre 1952, La Habana, pp. 211-216. (Publicado originalmente en *La Nación*, el 1 de diciembre de 1909).

<sup>18</sup> D. F. Sarmiento, *Obras*, t. 46, Impr. y Lit. Mariano Moreno, Buenos Aires, 1900, pp. 175 y 176. El 25 de febrero de 1887 *La Nación* publicó otro despacho de Martí que también hizo correr la pluma de Sarmiento, pero esta vez de forma crítica, en un texto que permaneció inédito hasta después de su muerte. Sarmiento no compartió los planteamientos de Martí acerca de la independencia de la mujer norteamericana y le recriminó su «conciencia sudamericana, española, latina [...] que quisiera que la mujer surciese calzetos

o las tejiese, como fue la ocupación de Penélope, o de refinar una cría de gallinas *ponedoras*, como la reina de Inglaterra, que se las valía para industria tan femenil. No es que le vituperemos que halle mejor la mujer delicada y de instintos finos, a aquellos remedos de hombres en aspiraciones y empleos, sino que se levanta contra un hecho dominante, que viene avanzando y conquistando terreno». Y agregó otra afirmación que ponía de manifiesto, una vez más, la admiración de Sarmiento por la nación nortea. Según él, a Martí le faltaba «regenerarse, educarse, si es posible decirlo, recibiendo del pueblo en que vive la inspiración, como se recibe el alimento para convertirlo en sangre que vivifica, en trabajo que condensa calor y transforma la materia». Y continuaba: «Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del sur, por un poco más del yanqui, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad cuya colosal estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente colgado de Brookling». Y a la vez lo exhortaba a combatir «al lado de Cleveland, prestándole el apoyo moral de su entusiasmo». No obstante, en ese texto también manifestó su positiva valoración del cubano, por tener «el estilo más desembarazado de ataduras y formas, precisamente porque hace uso de todo el arsenal de modismos y vocablos de la lengua, arcaicos y modernos, castellanos o americanizados, según lo requiere el movimiento más brusco de las ideas, en campo más vasto, más abierto, más sujeto al embate y a nuevas corrientes atmosféricas». (*Id.*, p. 166-173). Pero en el mes anterior a este texto inédito, Sarmiento había tenido otro momento de exaltación de la obra de Martí, aunque en aquella ocasión no trascendiera de la intimidad del hogar. Su nieta, Eugenia Belin Sarmiento, le narró al historiador cubano Emeterio Santovenia que el 28 de enero de 1887, cuando *La Nación* publicó el artículo de Martí sobre el óleo *Cristo ante Pilato* (1881), del pintor húngaro Mihály Lieb Munkacsy (1844-1900), su abuelo la exhortó entusiasmado a que leyera el artículo. *Cfr.* Emeterio Santovenia. «Martí en francés e inglés», *Archivo José Martí*, nos. 19-22, enero-diciembre 1952, La Habana, p. 185.

<sup>19</sup> A Manuel Mercado le escribió: «En paquete separado le mando una carta que acaba de publicar a propósito de mí en Buenos Aires el glorioso y anciano expresidente Domingo Sarmiento. Ya verá qué enormidades dice; pero yo se la envió con placer, para que vea que su amigo no lo deshonra. Si usted cree que *El Partido* deba reproducirla, para que se vea que tiene en casa gente estimada, envíeme algo más de un ejemplar, porque a mi tierra no la he mandado, y así satisfaría el deseo pueril de que se leyese esa exageración en mi tierra. No me diga orgulloso. Pero endulza mis penas el sentirme amado». A Fermín Valdés Domínguez, su «hermano del alma», le dijo: «Te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan

favorables como las tuyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir.—Como hijo que se alegra de que sus padres vean la prueba de que no los deshonra, me alegraría yo, pensando más que en mí en aquello para que pudiera servir yo mañana, de ver republicado allí ese juicio—». Al año siguiente, cuando recibió la noticia de la muerte del prócer argentino, le comentó a Mercado: «Se fue del mundo sin que le llegara noticia de mi agradecimiento. Pero contestarle sobre su estupenda celebración, ¿no era parecer como que me creía merecedor de ella? Y entre vano o ingrato, preferí parecer ingrato, aunque no hay para mí cosa que haga más feo el mundo». Y acto seguido le informaba de su intención de escribir un artículo sobre Sarmiento para *El Economista Americano*. (J. Martí, *Epistolario*, t. I, pp. 375 y 379; t. II, p. 60). Desconocemos si Martí llegó a publicar el artículo, pues la colección de *El Economista Americano* está incompleta. Pero en 1889, desde las páginas de *El Partido Liberal*, le rindió un breve tributo póstumo al escribir: «Sarmiento sentó a la mesa universal a su país, y lo puso a jugar con modelos de escuelas, de máquinas norteamericanas, de ferrocarriles». Es sobradamente conocida la crítica hecha por Martí, en 1891, de la concepción de Sarmiento sobre la antinomia civilización-barbarie, planteada en su *Facundo*. Sin embargo, en ese mismo año Martí lo calificó de «libro fundador». (J. Martí. *Obras completas*, t. 7, p. 59).

<sup>20</sup> Rubén Darío. «José Martí». *La Nación*, 1 de junio de 1895, Buenos Aires, p. 6, columna 1.

<sup>21</sup> Manuel de la Cruz. «Desde Nueva York. José Martí». *La Nación*, 16 de noviembre de 1895, Buenos Aires, p. 3, columna 3.

<sup>22</sup> Juan Marinello. *18 ensayos martianos*, Centro de Estudios Martianos, Ediciones Unión, La Habana, 1998, p. 252.

<sup>23</sup> Manuel Pedro González. *José Martí. Epic Chronicler of the United States in the Eighties*, The University of North Caroline Press, Chapel Hill, 1953, p. 28.

## Martí en *La Nación* de Buenos Aires (1885-1890)\*

*Frida Weber*

*Sus crónicas del terremoto de Charleston, escritas sobre las ruinas, entre las carretas y tiendas de la plaza, a la puerta del bulle frenético, tienen notas durables de sociólogo, rasgos de naturalista, páginas de poema.*

*23 de febrero de 1890*

Estas palabras de Martí sobre las crónicas del orador y periodista Henry Grady se adaptan a sus propios rasgos de periodista, reflejados desde las columnas de *La Nación*, por las que pasa la vida de Estados Unidos con sus alegrías y tristezas, con sus adelantos y sus desventajas. Problemas sociales y luchas políticas, horas de júbilo y momentos de angustia, todo atrae su atención. En todo pone su espíritu amplio y generoso, visible en juicios y observaciones sobre el tema o al margen, y aun en los matices de estilo, o en la manera de disponer el material de cada carta.

Y de esa correspondencia no sólo nos interesa Estados Unidos a través de Martí: en muchos casos hay un cambio de planos, y buscamos a Martí a través de sus crónicas de Estados Unidos.

## Impresiones de Estados Unidos

*Amor: he aquí la crítica.*  
(De la Revista Venezolana)

*Un libro famoso. Jonathan y su continente* es el título de la carta del 24 de mayo de 1889, y allí nos dice Martí cómo debe juzgarse un país: no por lo exterior, pasajero y sin importancia, que nada dice de la verdadera vida de un pueblo; no por el abuso del revólver en el Oeste, o la creencia en brujas, o la facilidad para pedir divorcios; tampoco en forma amable: hay que tener en cuenta que aquel es un pueblo en formación, agregado de millones de seres procedentes de todo el mundo, que no se han consolidado aún: «Cabe, sí, comparar al americano de ahora con el de antes, y ver si el de hoy vale más, como debe de ser...». Y un poco más abajo: «Hay que sentarse sobre el universo y verlo ir y venir, con sus fuerzas que se retuercen, abalanzan y rebotan, como las corrientes y los ríos, para dar juicio sobre este primer ensayo sincero de la libertad humana que acaso fracase porque falte en el amasijo colosal la suma suficiente de las virtudes femeninas».

Dos ideas conviene destacar de este párrafo por el interés que tienen en el círculo de ideas de Martí sobre Estados Unidos: lo que se refiere a la libertad y a la mujer.

¿Cuáles son para Martí las virtudes femeninas que faltan? Tiene de la mujer un concepto muy latino: suavidad, femineidad, actividad dentro del hogar y el matrimonio. La mujer estadounidense le chocó por sus estudios, su injerencia en política, su independencia. De las que estudian dice: «Acaso inspiren más piedad» (10 de agosto de 1887). Mira con un poco de ironía a la que se mezcla en política.<sup>1</sup> Pero intelectualmente ve en la mujer una mayor amplitud mental: «¡Si hay que venir a ver esta tierra, donde de veras el mundo se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y la batalla por la vida, parecen mudar de constitu-

ción mental, ensancharse, crecer los mismos sexos!» (10 de agosto de 1887). Es decir, que la mujer ha variado, dentro de la evolución de la sociedad a que pertenece. Cuando Max O'Rell, el autor de *Jonathan y su continente* censura a la mujer norteamericana, Martí la defiende –será la salvadora del país– (24 de marzo de 1889). Encuentra la verdadera y honda falla en la parte afectiva: poca sonrisa, poca femineidad.<sup>2</sup> Volviendo a la educación de la mujer considera que debe instruirse, no en la misma forma que el hombre, sino para conservar y acrecentar lo que le es distintivo.<sup>3</sup> Así comprenderá y ayudará al hombre: «Sólo el dolor de ver a nuestras mujeres indiferentes a las noblezas del espíritu iguala al gozo, casi perfecto, de verlas padecer y conmoverse a nuestro lado» (4 de septiembre de 1887). Sólo la instrucción puede dar a la generalidad de las mujeres esa comprensión que Martí desea.

Encuentra en Estados Unidos motivos de elogio y de censura, luces y oscuridades, para usar palabras llenas de sentido en su léxico. (*Luz* llega a ser, según los casos, sinónimo de *belleza, virtud, verdad, alegría...*). Uno de los motivos de entusiasmo: Estados Unidos, tierra de la libertad. A veces esa libertad se empaña, pero siempre queda gigante si se la compara con la de otros pueblos, la querida Cuba, por ejemplo.

Lo que la libertad, conquista máxima de la humanidad, es para Martí, nos lo dice líricamente, en arrebató, al describir las fiestas de la inauguración de la Estatua de la Libertad: (1 de enero de 1887): «Terrible es, libertad, hablar de ti, para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira, desde ella, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado». Hasta aquí lo que el hombre sin libertad siente, pero a continuación, el propósito de conquistarla: la acción para conquistar lo admirable: «Del fango de las calles quisiera hacerse, el miserable que vive sin libertad, la vestidura que le sienta. Los que te tienen ¡oh libertad! no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte».

Ahora, en concreto, la libertad en Estados Unidos, y un juicio sintético del país: «De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar... el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan y producen espectáculos de viril y grandiosa indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia» (15 de junio de 1886).

Otro elemento positivo en la tabla de los valores de Estados Unidos es el trabajo. Martí elogia el trabajo: «Trabajar es lo verdadero, y decir sin miedo lo que se piensa: he ahí las dos raíces» (20 de febrero de 1890). (En realidad el mejor elogio de Martí acerca del trabajo es su misma vida). En la tierra del Norte se honra al trabajo, base de la prosperidad del país: «Parece esta tierra decidida a mantener su aristocracia de pueblo trabajador» (15 de diciembre de 1885).<sup>4</sup> Al hablar de Whitman (26 de junio de 1888) dice: «Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho, oíd a Walt Whitman». Lo segundo, consecuencia de lo primero.

Hay en este pueblo grandeza, inmensidad (que hasta en su arte refleja),<sup>5</sup> fuerza, determinación, inquietud.<sup>6</sup> Es el pueblo que domina la naturaleza, que hace volar una isla para despejar la entrada de un río; en resumen, «lleva todo lo de esta tierra un sello tal de enormidad y éxito, que involuntariamente se desea imitar todo lo que se hace en ella» (13 de enero de 1886), como más adelante dirá Rodó para advertirnos contra la imitación involuntaria, *Ariel* (1900).

Pero pasemos al reverso. Es Estados Unidos país de hombres recién llegados e impacientes,<sup>7</sup> «áspero e inculto».<sup>8</sup> A los ricos, Martí les reprocha su «aristocracia de máquinas de coser y vara de medir», pero no por ser tal, sino por renegar de ella, por sus costumbres, su ignorancia y su vida sin sentido.<sup>9</sup> Hay osadía y atrevimiento, se olvida el respeto y el derecho.<sup>10</sup> «Pueblo ávido donde se ve la vida como lotería, y se juega el

honor contra los premios grandes» (16 de agosto de 1889). En un momento nos dice que quizás esa civilización fracase por falta de bondad,<sup>11</sup> pero luego nos va revelando en uno y otro rasgo que la bondad colectiva existe; es pueblo utilitario y egoísta, pero tiene las virtudes que acompañan al trabajo,<sup>12</sup> y es en los momentos colectivamente difíciles cuando se muestra (26 de julio de 1889).

Como los hombres que lo forman, como la humanidad de la que forma parte, tiene Estados Unidos elementos de altura y elementos de suelo, «ala y hocico».<sup>13</sup>

Por ser país aún no enteramente formado, si se establecen comparaciones sólo pueden hacerse con él mismo. Y así Martí, junto a esas observaciones que son como la visión estática del norteamericano, nos da una visión dinámica: Estados Unidos en el tiempo. La Guerra de Secesión divide la historia de Estados Unidos independiente en dos épocas. Conlleva importantes cambios, complejas modificaciones. Contribuye a fortalecer los rasgos de la nacionalidad: «(la guerra)... sustituyó a las ideas convencionales e importadas las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales, la naturaleza...» (27 de septiembre de 1885). Con todo, el triunfo llevó a Estados Unidos por un camino de riqueza viciosa: «veinticinco años después la república sin esclavos ha adelantado de modo que ya empieza a padecer de los vicios de una prosperidad antes desconocida» (8 de abril de 1888). Martí recalca una y otra vez que es la riqueza la que lleva al país por un camino torcido: en lo social y lo político, la ruta que la prosperidad ha elegido es peligrosa, y ante las modificaciones que advierte, la palabra que más usa Martí es *monarquía*.<sup>14</sup>

La política, pequeña, de intrigas, también denuncia fallas en la vida norteamericana de fines del siglo, agitada por problemas internos y ambiciones continentales. El problema industrial aparece, a través de las cartas a *La Nación*, importante en sí y en sus múltiples derivaciones. La base de la política industrial y comercial está en el proteccionismo, y llega un momento en que por la abundancia de productos sin coloca-

ción en el mercado interno disminuyen los dividendos, se paraliza la producción, se disminuye el salario a los obreros, y las huelgas se suceden. Son inmensas como el país,<sup>15</sup> enconadas, dolorosas y sangrientas. Ante ellas Martí, que se siente hermano de los pobres, como de todos los buenos y de todos los que sufren,

*(El alma heroica)... piensa  
en abrazar, como en un haz, los pobres  
y a donde el aire es puro, y el sol claro,  
y el corazón no es vil, volar con ellos...*  
(«Flores del destierro»)

Padece por la miseria de los obreros, sus hijos tristes, sin infancia, sin escuela. Siempre que de este tema se trata se nota la honda tristeza que ese espectáculo le produce, y el verlo en el país que más podría aspirar a dar a todos una relativa felicidad. No considera esta situación como pasajera o modificable con una fácil componenda: de su evolución depende la salvación del país, contra el que se agita la masa obrera.<sup>16</sup>

Y a continuación de esto se presenta la cuestión de la emigración: «La inmigración continúa llegando y el trabajo disminuyendo» (27 de enero de 1888). Los mismos que ayer llegaron, hoy defienden su pan queriendo impedir la llegada de otros. Otros se oponen a la inmigración porque ella trae, a la América sana, humanidad de la vieja y viciada Europa. Para Martí, ni aun por ese motivo debe cerrarse el país a los que llegan de Europa; sería «remedio rudimentario» para los males que se quieren impedir. Reconoce las desventajas, pero considera que debe darse a todo hombre la posibilidad de una mejora, de verdadera vida: «¡Bebe, sediento, aunque me manches la copa! ¡Descansa, peregrino!» (29 de septiembre de 1887).

Asiste Martí a los últimos años, a la desaparición del problema de los indios. Quedan ya pocos, y en cambio los negros van creciendo rápidamente. Una guerra noble les dio libertad. Ahora son libres pero se sienten desterrados, extranjeros, indeseables: viven atacados, separados de los blancos: se

unen, trabajan, se enriquecen «porque el amontonar riquezas es como una patria para el que no la tiene» (16 de agosto de 1887). Y en esa misma carta acaba profético: «Es el albor de un problema formidable».

Cleveland, a quien Martí admira por su política sana, sostiene el libre cambio, y los republicanos el proteccionismo: ganan estas las elecciones presidenciales: desilusión para Martí que esperaba de la reelección de Cleveland un desahogo duradero y firme en estas cuestiones. Con todo, aun en la derrota de Cleveland, él, cubano (¡cuándo conocería Cuba libre elecciones de presidente!), se entusiasma porque el pueblo va a ser gobernado por su elegido. En la elección hubo venta de votos, pero eso no basta para condenar el sistema democrático: son fallas de las primeras elecciones, que sólo el tiempo mejorará.<sup>17</sup>

Los temores que sintió Martí ante la política de los republicanos se confirmaron. Ya en 1890 puede decir: «Alocado con el éxito y corrompido con el uso mercenario del poder, manda en la nación el partido de la victoria» (23 de febrero). Y el 29 de marzo: «El país quiere resultados, y se cuida poco del modo con que se consigan»; había llegado a ser el lema de los republicanos.

Para poder cumplir, con el proteccionismo que sostenían, las promesas formuladas para alcanzar votos, quieren solucionar el problema de la industria vendiendo a los países de América del Sur los productos sin colocación en el mercado interno. Tal es uno de los motivos que llevan a Blaine, secretario de Estado y jefe de los republicanos, a reunir la primera Conferencia Panamericana de Washington. Busca acercarse a América Latina para que se conozca el poderío de Estados Unidos, para insinuarse en la vida y el comercio de esas naciones, para alejar a Europa de los mercados de América. Motivos paralelos en el orden del dominio continental lo guían también al reunir la conferencia.

Martí ve claramente cuál es la posición de Estados Unidos al reunir la conferencia: con pretexto de unión y ayuda, de

mayor conocimiento y relación, lo que busca es su propia ventaja. Estados Unidos es poderoso, pero América hispana se salvará. Martí tiene fe en su América; y aun con la esperanza, fueron estos momentos angustiosos, por su gran amor hacia América y la libertad.

En septiembre de 1889 van llegando los delegados de los países americanos; mas el congreso no será completo. Faltarán Haití, Santo Domingo (debido a la actitud hostil, de conquista o predominio, que con ellos ensaya Estados Unidos), Paraguay. Se prepara a los delegados un viaje por el interior del país para «mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendidez de las ciudades y aquella parte de las industrias que se puede mostrar, a fin de que se les arraigue la convicción a sus pueblos de comprar lo de este y no lo de otros, aunque lo de este sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él haya de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo!» (8 de noviembre de 1889).

El 19 de diciembre aparece en *La Nación* una larga carta enteramente dedicada a la Conferencia Panamericana. Martí ve esos momentos solemnes, decisivos: se le nota hasta en el corte de la prosa: «De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia». Vuelve a hablar del carácter norteamericano, y él, que antes ha dicho que la libertad de Estados Unidos debe ser otra que «la libertad hipócrita del pueblo inglés, con un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos» (2 de agosto de 1889), dice ahora: «La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad, o ponen en riesgo la de nuestra patria».

Para vencer hay que unirse y luchar, no huir. América del Sur debe mantener su total independencia frente a Estados Unidos; nunca podrán marchar por caminos paralelos, su tradición y organización son diversas, la vida se desenvuelve alrededor de diferentes principios, y Martí no se cansa de repetir

que los pueblos del Sur son frente al Norte «pueblos de origen y fines diversos» (20 de diciembre de 1889). Tan extranjera es Europa como Norteamérica: al referirse a la doctrina de Monroe, dice: «¿Se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro?». Más aún: recordando la actitud hostil o indiferente que siempre observa con Estados Unidos, llega a llamarlo el «único enemigo» de América del Sur. En esos mismos momentos, al reunirse el congreso, se habla de negociaciones entre España y Estados Unidos, para permitir a aquella un dominio más seguro en Cuba, o para comprarla este.<sup>18</sup> Estados Unidos se prepara a dar una batalla comercial a Europa, y América debe negarse a ser su aliada.<sup>19</sup>

En todas estas cartas Martí toca asuntos de íntimo interés; es la vida de su América –la nuestra–, y las ideas se suceden rápidas, en largos párrafos, difíciles de desentrañar, articulados apresuradamente, al correr de las ideas. Estamos muy lejos del párrafo corto de la crónica de actualidad o del otro amplio y reposado de las maravillosas crónicas de arte, cargadas de saber y emoción.

Pero la conferencia va a llevar un camino distinto del que le querían imponer Blaine y sus compatriotas (salvo muy pocas excepciones). Los pueblos del Sur unidos la orientarán hacia fines más desinteresados. El temor, la angustia con que se cierra la correspondencia de 1889 y que tan certeramente nos llegan, se va disipando. En la carta del 9 de mayo la esperanza vuelve e irá creciendo hasta traducirse en una sinfonía de entusiasmo cuyos primeros acordes están aquí: aún no se atreve a esperar un triunfo completo, pero ya dice: «No es hora aún de reseñar, con los ojos en el porvenir, los actos y resultados de la Conferencia de América, ni de beber el vino del triunfo...». No es hora aún, pero Martí tiene ya en su espíritu la luz que le permite mirar el porvenir sin que lo oscurezca la angustia. Luego, palabras de sereno entusiasmo que el porvenir no desmentirá.<sup>20</sup>

La nota más aguda de su confianza y entusiasmo la dan estas palabras en que augura un futuro de unión americana: «Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en

América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salgan de la infancia brutal, sólo para estrechárselas tenderán las manos». El verdadero lema de América ha de ser «América para la humanidad». ¡Qué alegría para Martí poder oponer ideas de verdadera libertad, sostenidas por América del Sur, a los principios cerrados y utilitarios del Norte! Junto a la generosidad e idealismo del Sur respira su propio aire.

Lo más importante de la conferencia es el arbitraje.<sup>21</sup> Allí también estará la victoria con el Sur y sólo se la alcanzó con lo que Martí pedía: la unión y la lucha. Y muy gratas debieron sonarle las palabras de Quintana, en las que estaban sus propias ideas: «Ante el derecho internacional americano, no existen en América naciones grandes ni pequeñas: todas son soberanas e independientes: todas son igualmente dignas de consideración y respeto» (31 de mayo de 1890). Norteamérica quería un tribunal de arbitraje inapelable y único de acción continental y compulsiva sobre las repúblicas de América. También en esto fracasan los intentos del Norte y se aprueba (aunque modificado) el proyecto del delegado argentino Quintana, por el cual se declara «eliminada para siempre la conquista del derecho público americano». Pero para conseguir que Estados Unidos firmara el tratado, se alteró el bello proyecto de Quintana, y se redujo la eternidad a veinte años.

Los elogios que se dirigieron a Quintana por su proyecto contra la conquista los aceptó en nombre de su patria. Ya antes Martí alabó el patriotismo de Sáenz Peña, el otro delegado argentino, y ahora las palabras de Quintana hallan completo acuerdo: «Para mi patria acepto estos cariños». Estas palabras le hacen pensar en su situación de desterrado y para *La Nación* escribe: «Un americano sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural y parte indispensable, veía, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza. Las repúblicas, compadecidas, se volvieron al rincón del hombre infeliz y brindaron por el americano sin patria. Lo que tomaron unos a piedad y otros a profecía» (15 de junio de 1890).

Tal fue la primera conferencia en que se reunieron los pueblos de América, tal su ritmo en las crónicas de Martí: empieza en una convocatoria interesada y arbitraria y termina con el triunfo de lo más noble. Martí siguió en todo el latir de aquella conferencia que vio tan decisiva para el porvenir de América, y sus crónicas nos revelan sucesivos estados de espíritu ante las peripecias, avances y retrocesos de las deliberaciones. El comienzo, con el peligro de un fracaso americano, luego el entusiasmo, más tarde la simple relación objetiva de las sesiones, y hasta la nota personal, la que se refiere a él mismo como cubano, puesto que la patria es para Martí el centro en que se ven culminar los valores de su espíritu hecho de amor, ternura, sensibilidad, comprensión, espíritu, en que el corazón está inverosímilmente cerca de la cabeza.

Ante los errores de los países hispanoamericanos y la grandeza de Estados Unidos, Martí nunca se desanimó, y aunque la situación de su América no fuera muy halagüeña, el optimismo no decayó: en 1885 dice que el futuro mostrará lo que pueden esas patrias; en 1890, en la realidad de esos países y especialmente en su unión encuentra motivos para afirmar su optimismo en América «que no ha tenido todavía su fiesta», como dice al escribir sobre las fiestas de la Estatua de la Libertad.

## Martí a través de las cartas desde Estados Unidos

*Todo está dicho ya, pero las cosas,  
cada vez que son sinceras, son nuevas.*

1 de noviembre de 1890

Con motivo de cualquier asunto desliza Martí su sentir personal en ideas surgidas del tema o en reflexiones generales que elevan el tono de todo lo que trata. Y así, en un asunto

que no lo apasiona o que no tiene especial atractivo para un lector a cincuenta años de distancia, son esas reflexiones lo más notable. Son nuevas facetas de su espíritu: nuevas, no inesperadas, porque, leídas unas páginas de Martí, ya podemos intuir su modo de reacción. Esas observaciones no nos dejan perplejos. Encajan perfectamente en el marco de pensamiento que Martí nos ha permitido forjarnos alrededor de unas páginas suyas. Definen lo que era vago y nebuloso, aclaran lo que estaba en sombras.

Muchas de esas reflexiones pueden agruparse alrededor de unos cuantos núcleos importantes: patria, patriotismo, libertad.

La patria libre es para el hombre base de la vida; faltando la patria, la vida se tambalea, pierde su centro, a menos de convertir en centro el libertarla: es lo que sucede en Martí. Considera que todo lo demás se borra ante la importancia de la patria. Para quien tiene una patria esclava, «un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso...» (1 de enero de 1887). Si puede cantar no debe hacerlo: refiriéndose al poeta cubano Sellén, dice su palabra exaltada por Cuba y termina contando que fue soldado, «como el único modo de ser poeta de la patria oprimida es ser soldado...» (1 de noviembre de 1890).

La poesía está en actuar. Varias veces en distinto tono lo dice Martí. En las palabras que Gonzalo de Quesada y Miranda pone al frente del grupo de poesías inéditas que llamó «Flores del destierro»: «Otras cosas podrían hacer: acaso no las hago, no las intento acaso, robando horas al sueño, únicas horas mías, porque me parece la expresión hembra del acto, y mientras hay que hacer, me parece la mera expresión indigno empleo de las fuerzas del hombre». Aun con más ímpetu repite estas ideas en más de un pasaje de las cartas.<sup>22</sup> Años más adelante, en «Flores del destierro», poesías de los últimos tiempos, ante la acción que cada día lo ocupa más y más, pone en su renuncia la nota de resignación:

*Ya no me importa que la frase ardiente  
muera en silencio o ande en casa oscura;  
amo y trabajo: así calladamente  
nutre el río a la selva en la espesura.*

También el patriotismo debe ser acción y no palabra: «Al patriotismo literario hay que oponer el patriotismo activo» (8 de junio de 1890), que es justamente el que busca entre la emigración cubana en Estados Unidos. Aquí acude a menudo a reuniones cívicas, y el recuerdo, el contraste con la patria se hace vivo. Describiendo una conferencia política a la que acuden millares de hombres, exclama: «Envidiosos se volvían a verlos pasar, bebiéndose el llanto, los que no tienen patria» (12 de diciembre de 1888). La conmemoración del centenario de la Constitución de Estados Unidos le hace escribir hermosas páginas terminando con una nota simbólica y emocionada: «Al volver meditabundo después de las fiestas al trabajo interrumpido, alzó los ojos un hombre que venera por su espíritu, su desinterés y su sinceridad al héroe feliz a quien fue innecesaria la ambición, propicia la época y natural la virtud, y vio que a los pies de la estatua, descalzo y fuerte, leía un diario un niño» (22 de junio de 1889).

Desde el destierro la patria aparece atrayente y perfecta. Martí exclama: «Hay un vino en los aires de la patria que embriaga y enloquece» (22 de octubre de 1885). Recuerda la naturaleza tropical, la tibieza del aire y sobre todo la luz. Martí ama la claridad y el sol tropicales, y, desterrado de la patria en que conoció y amó la luz, la añora en esa tierra del Norte, de inviernos largos, negros y fríos. En un brillante párrafo nos dice que para la fiesta de los trabajadores se eligió un día de luz.<sup>23</sup> Y de las fiestas del centenario: «¿Por qué han de describirse en día nublado las fiestas con que celebra Estados Unidos el aniversario de la constitución que los ha hecho gloriosos?». El invierno y el frío lo afean todo: «No hay mujer que parezca bella, ni hombre que parezca joven, en estas mañanas coléricas, criminales, dolorosas, negruzcas (15 de abril de 1887), y sólo la navidad, por la belleza de la fiesta, hace

olvidar la fealdad del invierno».<sup>24</sup> La luz influye en las almas: «Sólo en el Sur, donde ríe el sol, no hay guerra» (15 de abril de 1887).

Pero ese amor de patria no es exclusivista. La patria aparece en primer plano, formando parte de un círculo que es América, y está dentro de la humanidad. Patria, América, humanidad, no se separan, y Martí une la libertad de su patria a la seguridad de América y a la dignidad del mundo. Si la patria fuera eje único o casi único de sus reflexiones, este mismo sentimiento no tendría la intensidad que alcanza rodeado de muchos otros: el dolor por la patria que sufre no cerró su alma, y fue siempre humano y generoso para hombres e ideas.

Rachas de pesimismo y optimismo pasan por sus cartas, pero lo que domina es el optimismo; el pesimismo, pasajero, puede explicarse por determinados motivos ocasionales.

Fundamentalmente cree Martí en la mejora de la humanidad (ver la dedicatoria de *Ismaelillo*). Recuerda la religión de fines de la edad media, cuando en su dirección todo era política e intriga, y viendo en la actual más sinceridad, exclama: «Oh, no; el mundo ha crecido» (4 de septiembre de 1887). Y si el mundo ha crecido con respecto a la edad media, seguirá en ascenso.<sup>25</sup> Los hombres se dejan guiar por los mejores.<sup>26</sup> Ante una grandiosa manifestación de obreros piensa en el magnífico porvenir que auguran.<sup>27</sup>

El hombre lleva en sí elementos de salvación y de condenación: el sentimiento y el interés.<sup>28</sup> Al hablar de Cristo hace resaltar el amor y el desinterés que lo guiaban. De un norteamericano descollante que ha muerto dice: «No tenía aquel desinterés hermoso que es la marca imprescindible de todo gran carácter» (9 de enero de 1886). Y hablando de la política tiene un párrafo perfecto: «De lo que los pueblos se indignan, no es de ver el poder en manos hábiles, sino de que la inteligencia se ponga al servicio de los que les hacen traición, o se emplee en el provecho egoísta de los que la poseen, con daño evidente de aquellos de menos poder intelectual, que son como menores naturales, puestos por la justicia de lo creado, bajo la

tutela de los que vienen al mundo con la fuerza y la responsabilidad consiguiente del talento superior. La ley del talento, como la de la dicha verdadera, es el desinterés. Por su utilidad para los demás se mide a los hombres» (20 de diciembre de 1890). (Podría haber suprimido todo el comienzo y transcribir sólo lo que se refiere al desinterés, sin que perdiera su sentido. Pero el largo párrafo inicial es tan característico del pensar de Martí, y tan hermoso, que sería crimen haberlo suprimido).

Hay circunstancias que desarrollan en el hombre lo peor: el poder, por ejemplo, ¿qué tiene, se pregunta Martí, «que envenena las mejores voluntades?» (25 de febrero de 1887). El dinero, el lujo, enferman a los pueblos.<sup>29</sup> A la vida utilitaria, que desarrolla el amor al dinero, hay que oponer el trabajo poderoso, el espíritu, el amor a los semejantes, poner ternura en todo, no huir de lo doloroso: «El hombre acaba por envilecerse, y la mujer por afearse, cuando no temple de vez en cuando el amor exclusivo a su bienestar con el espectáculo de la desdicha ajena. Sólo es feliz el bueno» (19 de septiembre de 1888).

Es esencial dar a nuestra vida un fin grande y no abandonarlo ante los obstáculos, tenerlo siempre en alto, como guía, aunque no se llegue al fin deseado: «Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está. Ya es bastante grande el que es capaz de serlo» (27 de octubre de 1885). Tiene razón el señor Diez-Canedo cuando dice que Martí vio el triunfo de su causa, que su vida fue un himno ferviente. Aun si no lo hubiera visto, se podría decir que su vida fue un himno ferviente por el fin grande que se propuso y porque nada lo apartó del camino emprendido.

Exalta Martí la veracidad, el cumplimiento del deber, la honradez y ante todo la fe en la vida: «Un pueblo ha de ser columna de virtud, y si no está hecho de ella o no la tiene en su masa en cantidad principal, se desmigaja como un hombre que pierde la fe en la vida, o como un madero roído» (15 de julio de 1886). En esto, en que la vida vale la pena de ser

vivida, Martí no tiene ninguna duda: el hombre tiene una misión: crear.<sup>30</sup> Siente la belleza y la poesía de la vida, el valor de la persona humana; nos habla del hombre arena, burbuja, sometido a la fatalidad que llega a aniquilarlo, y con todo, elevándose.<sup>31</sup> La inteligencia y la virtud elevan al hombre, que es distinto también según la época: «Los hombres son como los tiempos en que viven y se adaptan con flexibilidad maravillosa a su pequeñez o grandeza» (4 de mayo de 1887). Cuando llegan épocas de prosperidad, todo, y también el hombre, se empequeñece: «Y no es porque se haya acabado la tarea, que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un hombre infeliz...». «Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe». Martí nació en época grande y de catástrofe.

Refiriéndose a una pintura de Cristo, dice que el perdón absoluto no cabe en la naturaleza humana. Con repetir las palabras *no cabe*, nos muestra que no se trata de una observación hecha al pasar y sin honda raíz; la tiene, y la prueba está en la explicación: «Él no ve a Cristo como a caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto que no cabe, no cabe en la naturaleza humana: cabe el placer de domar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza» (28 de enero de 1887). Me parece sentir que la infamia se refiere a lo humano social y no a lo personal: la infamia está en los que oprimen pueblos y los guían a su capricho, en los que consciente o inconscientemente obligan a muchos hombres a llevar vidas oscuras sin luz, ni alegría, ni horizontes. A eso se refiere el perdón imposible.

El pesimismo, que a veces lo domina, se explica en Martí por el cansancio del esfuerzo diario para llegar a algo muy deseado pero muy lejano, por la duda que alguna vez llega para todos, por la melancolía que él mismo considera propia de los grandes espíritus, de los genios, de los creadores, de

los que han mirado hondo en la naturaleza.<sup>32</sup> En el fondo de su espíritu estaría la tristeza, la desesperanza de los poetas de su época (Silva, Casal, a veces Gutiérrez Nájera). Pero ese rasgo tan característico de los poetas americanos de fin del siglo disminuye hasta casi desaparecer en el hombre de acción: es la acción la que da entusiasmo, color. La acción patriótica, el ideal ultrapersonal, lo ilumina, y sólo a veces la realidad diaria trae el desaliento. No olvidemos el verso que cita Ventura García Calderón, «desolado y magnífico»:

*Todo el que lleva luz se queda solo.*

Habla del orador a quien los hombres no siguen por mucho tiempo si los lleva a alturas poco corrientes, y esto le sugiere la reflexión: «La vida entera es este grito del mundo al hombre: ¡Baja!, ¡baja! ¡Sé como nosotros! El subir nos fatiga».

Y otra vez refiriéndose a los ancianos dice: «¡La vida cansa tanto!» (11 de octubre de 1888). En la carta publicada el 22 de junio de 1887 sentimos a Martí desilusionado, entristecido; está ante una galería de arte: «La vida es como una cacería, el alma como una cierva, a quien se mata sin dar tiempo para nada». «En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla a la luz tenue..., y llorar sobre ella, acariciarle la cabellera pegada a las sienes y decirle con la voz de los desesperados: ¿Cuándo acabaremos, oh alma?». Momentos de desaliento tal vez por incompreensión de los que están a su lado, quizás por la visión de los cuadros que le recuerdan el artista que en él hay, sin tiempo para cumplirse: con todo, en la misma carta nos habla del «misterio sereno de la vida» y del «domarla».<sup>33</sup> En esos momentos se ha sentido artista capaz de cosas grandes, pero «el hombre que piensa está lleno de deberes».

Su concepción religiosa es muy de su época: es, ante todo, poesía<sup>34</sup> (verdad, belleza, bondad, caridad, justicia, honradez), y luego libertad. Quiere una religión amplia en la que se encuentren todos los que tienen fe, independientemente de divi-

siones y dogmas,<sup>35</sup> verdadera utopía que nos muestra una vez más en el fondo de su alma arraigado optimismo. Que esa religión, poética y espiritual, llene las necesidades del algo superior, ideal suprahumano, que demandan los espíritus.

Las diversas formas religiosas de Estados Unidos, las rivalidades entre las iglesias particulares, la prédica de algunos sacerdotes, hasta un cuadro con la figura de Cristo, son otros tantos puntos de partida para hablarnos de su concepto de la religión y de su religión personal.

(28 de enero de 1887). Habla del Cristo del pintor húngaro Munkaczy, humano y divino. El pintor entendió «que lo divino está en lo humano. Pero el cariño por el dulce error es tan patente, y tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no aparece enteramente hermoso». Poco después, en la carta del 14 de abril –*Cisma católico en Nueva York*–, puntualiza intelectualmente sus ideas acerca del catolicismo: La poesía y la virtud del catolicismo pueden caber dentro del estado moderno sin que peligre la libertad. El catolicismo en sí no es degradante, «sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la iglesia, y la confusión con que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe». «La religión, falsa siempre como dogma a la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía». Y más adelante: «Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar; lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe y a las manos adoradas que nos la dieron». A la aureola que pone en la religión el haberla recibido en la infancia vuelve Martí en otra ocasión.<sup>36</sup>

Considera a la religión estrecha con respecto a la filosofía, y del pastor protestante Beecher dice: «Apenaba verlo luchar entre su hipocresía de sacerdote y el concepto filosófico del mundo, enseñoreado de su espíritu indómito» (26 de mayo de 1887). Los pastores van evolucionando: tienen que hacer-

lo; para conservar su influencia son cada vez más filósofos y libres en su pensar. En la asamblea de clérigos protestantes se ha visto «que no son aquellos levitas de rostro nacarino que iban de casa en casa tomando té y pudín, y poniendo un versículo de Job sobre las heridas matrimoniales; sino son hombres nuevos que ven la religión más como freno social que como dogma» (10 de noviembre de 1889). (¿No parece un clérigo de Dickens?).

También nos dice Martí su palabra sobre la educación. El de maestro es «el empleo más venerable y grato, en aquel dulce empleo de maestro, en que se sirve mejor a los hombres y se padece menos de ellos» (10 de agosto de 1887). Al tener fe inquebrantable en el mejoramiento humano, ve en la educación el arma más certera de mejora, y, cuando la esposa del presidente Cleveland funda kindergartens, se comprende su seguro optimismo: la generación que sigue será mejor que la anterior.<sup>37</sup>

Cito, sin comentario, otras reflexiones aisladas. «Sólo el júbilo que produce entrar en una gran librería es comparable al frío que se siente al entrar en un gran arsenal» (13 de enero de 1886).

Habla de la cárcel de Sing-Sing: «Son más de mil quinientos hombres de tez muerta y mirada viciosa, la mirada viciosa de las cárceles» (12 de febrero de 1888). «Teme el criminal, más que a la muerte, a aquellos sepulcros vivos» (30 de mayo de 1889). Admiración hacia Francia, tierra de la libertad, de los principios nobles y generosos, gratísima a la América del Sur: «El concepto mismo de la libertad, egoísta e interesada en Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!» (1 de enero de 1887). Por este sentimiento está en la línea de sus contemporáneos americanos: Guido Spano (*A la República Francesa*) Gutiérrez Nájera (*Francia y México*), Rubén Darío (*France-Amérique*), etc., como lo está también en el temor a la dominación de Estados Unidos en América española.

## Martí periodista

El periódico tiene algo de sacerdotal,<sup>38</sup> porque en la vida moderna ha llegado a ser guía de millares de hombres; en consecuencia, debe ser tal, que los lleve por el mejor camino y debe tener en cuenta que lo es particularmente para los que de por sí no pueden juzgar.

Con motivo de un escándalo judicial en que algunos diarios defienden a los culpables, dice: «Y se visten de tal argumentación los diarios comprados, que da grima creer que pueda haber criaturas con luz en la frente y canas en la barba, que por dinero abran a los paseantes, como la mujer de la Biblia, esta arca santa de los pueblos, que debe ser la prensa. No hay monarca como un periodista honrado». (28 de marzo de 1886). Para poder ejercer ese sacerdocio es menester, además de las cualidades internas, cierta belleza atractiva: «De la maravilla del *Evening Sun*, el diario de la tarde de a centavo donde siguen juntándose con arte admirable la viveza en la noticia, y la literatura, la literatura gráfica y viva en el estilo, no aquella pompa clásica, jugo de libros y hueca imagería de los diarios inútiles y académicos» (28 de julio de 1887). Tal vez a los diarios americanos falte en general pulimento artístico, pero tienen otras ventajas: variedad, viveza; pero todo, lo bueno y lo malo, llagado por la falta de desinterés.<sup>39</sup>

Las cartas a *La Nación* son testimonio fecundo de cómo era Martí periodista, del interés que ponía en su tarea y la totalidad con que la cumplía.

Según el tema que trate, tal es la disposición de los materiales del artículo y también el estilo. De entre las varias especies de cartas que la actualidad norteamericana o sus propios gustos y andanzas lo llevaban a escribir, se pueden destacar dos: o trata asuntos de ligera importancia y entra directamente a hablar del tema, o, cuando el tema es de suyo importante o lo es para él, comienza con reflexiones de carácter general. Así comienzan las crónicas de arte<sup>40</sup> o el bosquejo de una vida.<sup>41</sup> En la crónica «Invierno norteamericano» (9 de marzo

de 1888) el tema de por sí no es de los más importantes, pero lo trata con el tono de tal, porque toca a su sensibilidad: se trata del invierno que le hace añorar a Cuba, clara y cálida, y por eso comienza con reflexiones acerca del hombre.<sup>42</sup>

Algunas de las cartas son verdaderos artículos de costumbres, por ejemplo, al tratar de un «célebre proceso por cohecho»; podrían considerarse dos partes en la carta: el proceso y las situaciones emocionales que provoca (la madre y la esposa del regidor condenado, las palabras sencillas y arrepentidas de este), o notas pintorescas (el destino de la riqueza y chafalonía del regidor, su desempeño en la lavandería de la cárcel). El cuadro de costumbre está en la segunda parte: nos muestra Martí a los regidores comprando votos y favores, describe a uno que busca popularidad en las mesas de una cervecería, etc.

Las cartas que llama de actualidad, *sucesos de la quincena*, etc., resultan llenas de interés por contarnos hechos de menuda importancia ocurridos hace medio siglo en el otro extremo de América. Martí acumula en cada uno una serie de acontecimientos de resonancia en su día, revelando el rasgo principal de cada uno y pasando sin apoyar mucho al siguiente, y así a veces en larga serie, que, por mucho que lo sea, o lo fuese, no cansaría, porque Martí da a todo su relieve propio: es lo más ligero de esa correspondencia: aligerado el fondo de ideas generales y reflexiones, aligerado el párrafo en adjetivos y en extensión, cada cosa con matiz distinto, con una nota de interés directo: los niños pobres que van a pasear por el río, o los veraneantes y sus preocupaciones superficiales, o la impresión de ver pasar el barco en que pesca el presidente, todo contado con gracia, picardía e intención cuando se trata de los veraneantes y sus preocupaciones, con dulzura y cariño para los niños que van a pasar un día al mar, con seriedad y reflexión al tratar el tema político y económico.

Otras cartas, y especialmente «Un héroe americano: José Antonio Páez», revelan una técnica artística. Hay en Martí el culto de los héroes, de los hombres grandes por el carácter,

por las acciones y especialmente por los móviles de las acciones. Se entusiasma ante Páez, hombre de acción, guerrero noble que no conocía la venganza, que dijo a sus conciudadanos: «Como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen sus armas». Y añade Martí: «Erró después, creyó que el brazo es lo mismo que la frente, vencer lo mismo que juzgar, pelear lo mismo que gobernar, ser caudillo de llaneros lo mismo que ser presidente de la república; pero «¿quién que sea digno de mirar al sol verá antes sus manchas que su luz?... ¡Recuérdese a los héroes!» Comienza la carta con la visión momentánea de las calles de Nueva York, por donde se dirige el cortejo a llevar al muelle los restos de Páez, que van a ser repatriados. Relata luego la vida de Páez y termina la carta con la llegada de la comitiva al muelle. Mientras con Martí recordamos esa vida, el ejército y el cortejo desfilando quedan en segundo plano, y sólo vuelven al primero para dejar los restos en el barco que lo llevará a la patria.

Hay en las cartas de *La Nación* una serie de figuras norteamericanas descollantes en la guerra y en la paz: Grant, Sherman, Garfield, Hendricks, Logan... Se destaca entre todas, coloso en cinco columnas de *La Nación*, Grant. Le dedica dos cartas. En la primera, más breve, con motivo de los funerales recuerda los rasgos más salientes del general: en un párrafo sintetiza lo que fue en la guerra: «Una capa nueva podría hacerse a la tierra con los soldados que perdió en una sola batalla; pero expulsó de sus cuarteles del Oeste a los confederados; pero forzó el paso de Mississippi; pero entró en Vicksburg inexpugnable; pero jamás tuvo que hacerse atrás; pero acorraló al ejército enemigo contra el manzanar donde se le rindió Lee» (20 de septiembre de 1885). No disimula Martí los errores de Grant, sobre todo en la presidencia, ni lo condena, y nos explica por qué su pueblo hizo de él un héroe.<sup>43</sup> En la carta publicada el 27 de septiembre detalla la vida de Grant, y para darle todo su valor y hacerlo comprender mejor en sus aciertos y errores estudia las causas y el desarrollo de la Guerra de Secesión, y aún le queda tiempo para dar

en el cuadro rapidísimo su parte de luz a la figura de Lincoln. La vida de Grant es así, el motivo de una breve historia de la guerra y de la época. Entre los rasgos más característicos de Grant señala: «(exterminó al enemigo) sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia»; y casi al terminar la carta: «Pero vino a la postre su enfermedad, a cerrar de luminosa y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue, de propia fuerza y por la magnitud, de sus servicios, innegable y definitivamente ilustre».

A veces recalca Martí lo que quiere señalar con observaciones y glosas, otra relata de tal modo que el comentario sería inútil. Habla de las huelgas, y el artículo termina así: «Los hombres, los diez mil hombres, se volvieron a sus tugurios sin comida caliente y sin carbón, siempre en silencio. La compañía cotizaba sus acciones a 67 el año pasado, y este año las cotiza a 135». Esta manera suele encontrarse al final de los artículos; es perfecta por su claridad e intención. Ningún comentario diría mejor lo que Martí piensa. En «Bailes, política, huelgas» (30 de marzo de 1889) opone maneras de vida para mostrar diferencias sin decir que es eso lo que más le interesa.<sup>44</sup>

En el estilo pone Martí su fuerza personal, y resalta más si se le compara con la manera de escribir en España y América en aquella época. La renovación comienza ya, en Martí como en Gutiérrez Nájera. En Martí el estilo no es uno, sino múltiple, cambia según el tema y el interés personal que pone en él. Hay el estilo de Martí objetivo, cronista, y el del Martí inspirado, lírico, cuando el asunto le hiere directamente, cuando está en el círculo de los que le interesan; y es muy frecuente, porque –lo hemos visto– todo lo que es grande, hermoso, bueno, lo hiere.

En este sentido lo característico de su estilo es la emocionada reacción personal ante lo que relata, emoción clarísima en sus imágenes, en su sintaxis, en su vocabulario; resulta más potente porque escribía al correr de la pluma, y las ideas

pasaban al papel en el orden mismo en que llegaban a su mente: así lo parecen ratificar la posición de las frases intercaladas dentro de las oraciones: «Aquella huelga... encendió las esperanzas, esponjadas y vaporosas como la estopa, de las muchedumbres obreras del país» (6 de junio de 1886). Para incluir una idea importante que en ese momento llega, se abre como un paréntesis y luego continúa la idea principal.

Otro rasgo que como las ideas intercaladas contribuye a formar la fisonomía particularísima del estilo de Martí es la posición del sujeto dentro de la oración. En una proporción elevadísima de casos el sujeto va en posición final o por lo menos después del verbo. «Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes...» (25 de febrero de 1887). Habla de *Ramona*, la novela de Helen Hunt Jackson en defensa de los indios. Aun cuando califica las páginas, lo que más le interesa es el efecto del libro, y por eso va en el primer lugar, que es, por lo general, el más destacado. La misma explicación vale para muchos casos de inversión. Otras veces está pensando en algo referido a un sujeto; él tiene presente ese sujeto, y sólo al final, después de decir todo lo importante, viene el sujeto; o el pensamiento ha seguido un ritmo tan rápido que parecería importuna la interposición del sujeto. «A la isla de Bedloe, donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclópeo la escultura» (1 de enero de 1887). Otras veces, en cambio, la posición final destaca al sujeto, por no ser su colocación habitual: «(de las religiones surge) más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la naturaleza» (1 de abril de 1887). Colocada al final, y sus calificativos antes, al llegar tiene el sujeto una importancia especial. Esto es el análisis que podemos hacer de lo que es síntesis emocional.

Los gramáticos reprocharon a Azorín el uso y abuso de los pronombres. Como tendencia está ya en Martí, y su uso se explica siempre porque la persona a la que se refiere se destaca por algún motivo: «Él pudo ser la maravilla: un hombre libre que vive en una época grandiosa... Él era sano, caminador,

laborioso, astuto, fuerte; él había levantado su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la naturaleza una poesía familiar...; él, semejante en todo esto a su nación... él usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de becerro; él perteneció en su estado nativo al bando de colonos, que se oponía a la esclavitud» (26 de mayo de 1887). Es la personalidad múltiple y fuerte del pastor Beecher, eminente entre los eclesiásticos, la que le lleva a la repetición del pronombre, con el cual va como remachando rasgos característicos. Todos los ejemplos de repetición del pronombre son coincidentes en su significado.<sup>45</sup>

El estilo y el lenguaje de Martí son riquísimos. Las imágenes, por su abundancia y sus características, dan muchas veces la sensación de que Martí piensa por imágenes. Sus puntos de comparación son lo humano<sup>46</sup> y más frecuentemente la naturaleza: «Un canto de iglesia sube por entre los pinos, lento y bello como el humo de las hojas secas que queman en otoño» (16 de julio de 1886).<sup>47</sup> La fantasía anima sus imágenes, sus comparaciones, su adjetivación: habla del pintor que «nació en una fortaleza, en los tiempos en que los rusos devastaban a Hungría, y todo el bello país de selva y viñedos parecía una copa de colores quebrada por el casco de un caballo» (28 de enero de 1887). Esa misma fantasía unida a un poder de ver realmente lo hace renovar viejas expresiones: «Un obispo alzó la mano comida por los años» o, «en su alma, que la muerte, la guerra y la orfandad habían vestido, cual una cámara fúnebre, de sombras».

Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas: retumban y purifican como el viento; elaboran sin conciencia como los insectos y las arenas de la mar» (6 de mayo de 1887). Como estas son las imágenes de Martí, poéticas, llenas de significado, riquísimas, no sólo palabras hermosas. A veces parece un poco retórico, y observado de cerca resulta todo lo contrario. El siguiente pasaje es perfecto en ese sentido: «Charles Dana, el amigo constante de la libertad, imagina publicar

un diario de la tarde de a centavo, un *Evening Sun* incisivo y resplandeciente, donde la vida entera en sus fases variadas y movibles se desborde de los párrafos vivos y robustos como champaña bueno en copas de oro labradas a martillo» (21 de mayo de 1887).

A veces la comparación se extiende y se complica hasta formar un cuadrado.<sup>48</sup> La imagen compleja en que se reúnen varias sensaciones diversas no es lo corriente en Martí, como no lo es en el romanticismo. Baudelaire preconizará la belleza de las mezclas (*Correspondances*). «Estas tardes de oro cálido del otoño» (color y temperatura que unidos evocan el matiz de las tardes de otoño), o más compleja aún en «un telón del color silencioso del anochecer».

La misma belleza e intención preside la adjetivación: «árboles petrificados en las montañas en el silencio activo de los siglos» (25 de septiembre de 1886) o «Ella (la nieve), como ejército ya en fuga que vuelve sobre el triunfador en inesperada acometida, vino de noche y cubrió de nieve la ciudad soberbia» (adjetivo muy meditado y muy en consonancia con la opinión de Martí sobre el poderío de Estados Unidos) (15 de abril de 1888).

Va a realizarse en Estados Unidos una exposición, y todas las ciudades quieren ser su asiento, todas menos Baltimore que «con sus modales clericales, no quiere para sí la feria, no, sino para Washington, que está a la puerta de Baltimore, y le manda los huéspedes que no puede acomodar» (9 de octubre de 1889): aquí el adjetivo nos introduce a la ironía del párrafo. No es caso único.<sup>49</sup> Otra forma irónica la tenemos en el siguiente caso: «Los repartidores de boletos de cada candidatura, hombres de alquiler, a cinco pesos por día con la traición en los ojos, y los boletos en un saco blanco» (14 de diciembre de 1888). Ligando ideas distintas como si fueran de igual naturaleza, o sea, adaptando a moldes equivalentes en los que se vacían habitualmente iguales contenidos de pensamiento, cosas completamente distintas y que al estar unidas parecerían repelerse, consigue que el contenido no sólo sea irónico,

burlón, sino que adquiriera un matiz ambiguo, tamizado, apresurado, con un poco de pena y otro de sátira.

El párrafo tiene la extensión que pide la idea que está desarrollando, desde el extenso y amplio hasta el de dos o tres palabras.

Estos rasgos, y tantísimos que se me habrán pasado, dan a la prosa de Martí un aspecto nuevo: a ella llevó su instinto magnífico de orador: «Martí es siempre el orador», dice Max Henríquez Ureña. Pero no el orador ampuloso, cargado de palabras innecesarias, sino el hombre elocuente por riqueza de pensamiento y de emoción.

Si el arte ennobleció la vida de Darío:

*Y si hubo áspera hiel en mi existencia,  
Melificó toda acritud el arte.*

el amor a la patria, a América, a los hombres, a la libertad y a la verdad hicieron de Martí el más humano de los héroes y de los poetas de América.

## Bibliografía

*La Nación*. 1885-1890.

JOSÉ MARTÍ: *Páginas escogidas*, Edición Garnier, París, 1919.

—: «Flores del destierro», versos inéditos, publicados por Gonzalo de Quesada y Miranda en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1932, vol. XXX, no. 3.

GONZALO DE QUESADA Y MIRANDA: *Martí periodista*. La Habana, 1929.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO: «Heredia y Martí», en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, 1932, vol. XXX, no. 2.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *Martí en Sur*, Buenos Aires, 1932.

JORGE MAÑACH: *Martí, el Apóstol*. Madrid, 1933.

<sup>1</sup> Las mujeres que han elegido por candidato a la presidencia, a una leguleya de Washington, a Silvia Lockwood, que anda en triciclo (28 de julio de 1888).

- <sup>2</sup> De esta mujer sesuda e independiente, de esta mujer redimida, de esta mujer que sería perfecta si supiera ser tierna, de esta mujer que no sabe sonreír, de esta mujer nueva de Estados Unidos parece ser tipo cabal la hermana del presidente, Rosa Elizabeth Cleveland (1 de agosto de 1887).
- <sup>3</sup> «Pero lo que hay que inquirir es la función de las mujeres en el mundo: y educarla de modo que sin que el hombre tenga que desdeñarla por nula o ignorantona, viva feliz y en digna libertad en su función sublime—que es la madre—. Hay azadas y aromas» (13 de septiembre de 1890).
- <sup>4</sup> «El trabajo es romántico. La vida es romántica. Sólo la necesidad no lo es. El que seca el romance seca la vida. El trabajo es piadoso. ¿Quién da más limosna, quién tiene el corazón más blando que los trabajadores?» (22 de noviembre de 1888).
- <sup>5</sup> «El norteamericano... en sus lienzos como en sus edificios, como en sus negocios, como en sus vías de comunicaciones—cual a lo suyo natural—a lo grandioso» (13 de marzo de 1888).
- <sup>6</sup> «(Cleveland) vio claro, habló claro, obró claro. Este país fuerte confió en este hombre fuerte. Este país libre aplaudió a este político libre. Este país determinado admiró a este gobernante determinado. Este país inquieto se encariñó con este enérgico moderador». (30 de junio de 1888).
- <sup>7</sup> «Con las avalanchas que de año en año caen del mundo sobre esta caldera, y con lo vivo del fuego en este país afanado y libre, este país de hombres recién llegados e impacientes, en este país de esfuerzo propio y vida sola...». (17 de noviembre de 1887).
- <sup>8</sup> (17 de noviembre de 1887).
- <sup>9</sup> (2 de noviembre de 1888).
- <sup>10</sup> «...y su conformidad con su pueblo en aquella condición de atreverse a todo sin miedo, sin respeto ni derecho, que es nota del carácter de los norteamericanos» (24 de febrero de 1887).
- <sup>11</sup> «...en esta jornada grandiosa—que estallara acaso por falta de bondad—... (4 de mayo de 1887).
- <sup>12</sup> «Más que a cualesquiera otros convienen estas embestidas de lo desconocido a los pueblos utilitarios, en quienes, como ayer se vio, las virtudes que el trabajo nutre bastan a compensar, en las horas solemnes, la falta de aquellas que se debilitan con el egoísmo» (27 de abril de 1888).
- <sup>13</sup> Por un lado es ala el hombre que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala» (16 de octubre de 1887).
- <sup>14</sup> «La república popular se va trocando en una república de clases» (17 de mayo de 1888). «Y lo que se ve es, que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que... la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno, con el espíritu de clases de la monarquía, vuelven a las formas monárquicas. ¡La república llana y castiza, que no resiste, en verdad, con la buena fortuna que debiera! (28 de febrero de 1889).  
«De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada. Esta república por culto desmedido de la riqueza, ha caído, sin

ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos» (1 de enero de 1888).

<sup>15</sup> «En Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo y como el país: colosal y súbito» (4 de junio de 1886).

<sup>16</sup> «Y en un país industrial que lleva en sí los gérmenes de un terrible conflicto, hay que sacrificar el provecho desordenado de unos pocos a la necesidad de salvar la nación, por un sistema de tributos cómodos y naturales, de la ira de la masa obrera» (27 de enero de 1888).

<sup>17</sup> «...aunque no ha venido el que debía, lo que importa por sobre todas las batallas de los héroes es este ejercicio pacífico de la voluntad de la nación: ¡el triunfo del espíritu público es lo que importa!».

Y hablando de los defectos del sistema democrático, dice Martí: «Vigílese al gusano; pero no, porque lo trae con su belleza, se desprecie o maldiga de la rosa» (14 de diciembre de 1889).

<sup>18</sup> «...al adversario común (Estados Unidos), que pudo mostrar su pasión por la libertad ayudando a Cuba a conquistarla de España, en vez de ayudar contra la libertad a España» (20 de diciembre de 1889).

<sup>19</sup> (24 de enero de 1890) en el mismo sentido.

<sup>20</sup> «La conferencia de naciones pudo ser, a valer los pueblos de América menos de lo que valen, la sumisión humillante y definitiva de una familia de repúblicas libres, más o menos desenvueltas, a un poder temible e indiferente, de apetitos gigantescos y objetos distintos. Pero ha sido, ya por el clamor del corazón, ya por el aviso del juicio, ya por alguna levadura de afuera, la antesala de una gran concordia» (9 de mayo de 1890).

<sup>21</sup> «Es el día dramático de la conferencia. Va a discutirse el proyecto de arbitraje. La conferencia ha sido como esas cajas chinas que tienen muchas cajuelas, una dentro de otras, y a cada una que se quita queda otra cajuela, hasta que en la última sale el misterio de la caja, que es el arbitraje» (31 de mayo de 1890).

<sup>22</sup> «¡La justicia primero y el arte después! ¡Hembra es el que en tiempos sin decoro, se entretiene en las finezas de la imaginación, y en las elegancias de la mente! Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho es ponerse al servicio de ella. Todo el fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera» (3 de marzo de 1889). En el mismo sentido, lo social y humano, antes que el arte (7 de mayo de 1886).

«Escribir es, en cierto modo, tarea de hembra. No se debiera escribir con letras, sino con actos» (29 de abril de 1888).

<sup>23</sup> Y no se ha escogido el día cuando el frío hostil cierra las almas, como cierra la noche las flores sensibles; no cuando el cielo está negro y ceñudo; no cuando caen las hojas, sino cuando, en símbolo de la humanidad oreada, lo viste todo de fiesta el natural aire azul de septiembre, cuando el sol desvía de la tierra sus rayos más crueles, como si así la fiesta del trabajo indicase que el hombre deja atrás sus mayores torturas» (23 de octubre de 1887).

- <sup>24</sup> «¿Quién no regala en estos días únicos en que no es triste la nieve?» (12 de febrero de 1888).
- <sup>25</sup> «Acá, como en casi todas partes, pueden todavía más los intereses que la justicia» (15 de agosto de 1886).
- <sup>26</sup> «Donde luce un espíritu sincero los hombres se congregan y siguen el camino como detrás del manso la majada» (4 de septiembre de 1887).
- <sup>27</sup> «Allí se curaban los enfermos de ver tanto hombre sano. ¡Qué robustez! ¡Qué viril ingenuidad! ¡Qué encanto en aquellas sonrisas! ¡En aquellos pasos, qué anuncio!» (23 de octubre de 1887).
- <sup>28</sup> (16 de agosto de 1887).
- <sup>29</sup> «Así mueren los pueblos, como los hombres cuando por bajeza o por brutalidad prefieren los goces violentos del dinero a los objetos más fáciles y nobles de la vida. El lujo pudre» (22 de noviembre de 1888).
- <sup>30</sup> «El hombre ha de crear: ideas o hijos» (10 de noviembre de 1889).
- <sup>31</sup> «¡Con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de alas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan a tumbos ciegos en un rayo de sol! ¡Pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe, pronto a la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos! ¡Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol, pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos de la naturaleza que ayuda a levantar!» (14 de octubre de 1886).
- <sup>32</sup> «La noble tristeza de los creadores sombreaba la frente de aquel joven glorioso (22 de junio de 1887). ...Hebbel que se le pareció (a Burns) en lo sencillo y profundo, aunque no en la melancolía, que Hebbel supo domar, como que era menor su genio» (4 de febrero de 1889).  
«Tiene en sus ojos la melancolía inefable de los que han mirado tenazmente en lo hondo de la naturaleza» (25 de septiembre de 1886).
- <sup>33</sup> «¿Dónde mejor que en aquel nocturno espacio están representadas la pregunta incesante del hombre y el misterio sereno de la vida? ¡Domémosla de jóvenes, y luego de bien curtidos y desnudos, volvamos a ti, naturaleza!» (22 de junio de 1887).
- <sup>34</sup> «Las religiones en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente» (4 de septiembre de 1887).
- <sup>35</sup> «Porque el cristianismo siente como el morir, en los umbrales de la iglesia nueva donde con el cielo por techo se sentará el Cristo católico junto al Cristo hindú, con Confucio de un lado y Votan de otro, sin más clérigos que el sentimiento del deber, ni más candelabros que los rayos, ni más incensario que los cálices de las flores: y en esta agonía del dogma de la cristiandad» (8 de junio de 1890).
- <sup>36</sup> (4 de septiembre de 1887).

- <sup>37</sup> «Pan no se puede dar a todos los que lo han menester; pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen; en cada calle un kindergarten; el hombre es noble y tiende a lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza; la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela; la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad. ¿A quién ir con la frente coronada de palacios, y los gusanos hasta las rodillas?» (8 de junio de 1890).
- <sup>38</sup> «Los periódicos mismos que debían ser los verdaderos sacerdotes» (14 de abril de 1887).
- <sup>39</sup> «...a los diarios americanos falta, por lo complejo y rápido de la vida, aquel barniz de arte y como trabazón de todas sus porciones que los hace gratos de ver como un mueble fino y se agradece como una caricia; pero son tan varios sus asuntos, tan idóneo cada escrito para su tema, tan vivos y recientes los sucesos que narran, tan bien compuestos y jugosos los editoriales, las descripciones tan literarias de puro fieles, tan francas y pintorescas... (falta) el desinterés que falta también en la nación: el calor humano que consiste en verse a la vez como parte del mundo, y no por sobre él o mirándolo como fuente de noticias» (24 de marzo de 1889).
- <sup>40</sup> (22 de junio de 1887).
- <sup>41</sup> «Parece que la libertad, dicha del mundo, puede transformar la misma muerte. Ella hace posible el decoro del hombre» (26 de mayo de 1887).
- <sup>42</sup> «El hombre es feo pero la humanidad es hermosa. La humanidad es alegre, paciente y buena» (9 de marzo de 1888).
- <sup>43</sup> «...verdad que tuvo detrás de sí... un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu».  
«La nación de los hombres ha empezado, y este muerto, a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino para ella».
- <sup>44</sup> Otros casos: el explorador Stanley, que recorrió África, estudió sus ríos, creó posesiones europeas destruyendo la paz y vida primitiva de los negros: «Pero se ve, cuando habla, la agonía de la marcha, el abejeo del campamento, el tronco secular que cae envuelto en sus festones. El cielo húmedo y pavoroso. Y el hombre duro y egoísta» (26 de diciembre de 1890).  
Para dar idea de la tragedia de la inundación de Johnstown opone la vida tranquila y feliz de antes («mientras los hombres horneaban el metal, las mujeres atendían a sus hogares primorosos, o cosían en los portales») al cuadro de desolación que dejó tras sí la inundación: «Johnstown es un ataúd» o «nadie llama a otro de modo que se le oiga. Nadie habla alto» (26 de julio de 1889).
- <sup>45</sup> «...Él oye de lado... él conoce sus tiempos que son de fuerza plena...: él ha visto de la otra América cosas que no debía ver» (17 de abril de 1889).  
Habla de Blaine, avasalladora personalidad política.

Habla Martí de sí mismo; no ya en *La Nación*, sino en una carta privada: «Yo sé un inglés bárbaro, y estas cosas me aparecían juntas y me oprimían el corazón. Pero yo tengo confianza en mi energía, y en estos afectos ardientes que involuntariamente inspiro». Más abajo: «Escribí temblando mi revista artística. Yo sabía que escribía en español con palabras inglesas. Yo no he tenido nunca confianza en mí mismo. Yo no creía nunca que el vigor de mis ideas, mi única esperanza en este trance, pudiera traslucirse» (Carta citada por Gonzalo de Quesada y Miranda). En esa lucha entre la esperanza y la duda, el yo apoya la responsabilidad de la esperanza.

<sup>46</sup> «Las mejillas son cuevas, los ojos ascuas o plegarias» (19 de septiembre de 1888).

<sup>47</sup> «Las conversaciones, como pájaros en jaula apretada, se sofocan» (27 de enero de 1888). «Su vida fue un lirio» (29 de abril de 1888).

«...cuando tocan sus músicas selváticas, tiene de crin de corcel revuelta por la tempestad, y de voz de flor, y de reclamo de paloma» (28 de enero de 1887).

<sup>48</sup> «Pero era lo común su discurso como un fusco bosque por cuyos árboles de escasa altura suben cuajadas de flores las enredaderas, ya la roja campánula, ya el blanco jazmín, ya la lipomea morada» (26 de mayo de 1887).

<sup>49</sup> «¡Y esa *pícaro* prensa que todo lo exagera! El presidente nada hizo, sino lo que con los extranjeros de distinción se suele hacer, sobre todo si el extranjero se ha puesto en peligro de morir bajo la enseñanza de la república, por más que lo probable sea que lo que el conde buscaba no era *morir de veras*, sino adquirir renombre militar y cierto aire de republicano, que son *enseres de primera necesidad* en el equipo de un pretendiente a la corona de Francia» (1 de diciembre de 1890).

## Aventuras y transgresión de una escritura y de una lectura\*

*Susana Rotker*

Redescubrir las crónicas modernistas, especialmente las de José Martí, no es sólo hacerle justicia a una vasta producción literaria que transformó la prosa hispanoamericana, o participar del rescate que sólo en estos últimos años –luego de casi un siglo de indiferencia– permite recurrir a ella para rastrear el impacto que la modernización iba a producir en el sistema cultural de toda una época.

Redescubrir las crónicas implica la aventura de la transgresión. Porque no son sino transgresiones y aventuras aceptar que una nueva literatura pueda surgir desde un espacio periodístico, o preguntarse nada menos qué es un género y, peor aún, qué es la literatura, por qué un texto es arte y otro no. Es más fácil el intento de aprehender la renovación modernista desde la poesía, no sólo porque se cuenta con el apoyo de la historia literaria, sino porque se produjo dentro de marcos muy apropiados de acuerdo con las categorías estéticas más oficializadas.

Pero la crónica es un producto híbrido, un producto marginado y marginal, que no suele ser tomada demasiado en serio ni por la institución literaria ni por la periodística, en ambos casos por la misma razón: el hecho de no estar definitivamente dentro de ninguna de ellas. Los elementos que una recono-

\*Tomado de *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1991.

ce como propios y la otra como ajenos sólo han servido para que se la descarte, ignore o desprecie precisamente por lo que tiene de diferente.

Es curioso que la crónica modernista surja en la época en que comienza a definirse la especialización de los oficios y de los discursos. Los políticos se hacen cargo del discurso del estado, la literatura delimita su autonomía dentro de la estética y el periodismo va definiendo su espacio: su premisa es ser el testimonio objetivo de los hechos fundamentales del presente. Esta premisa establece un pacto de lectura: aunque parezca increíble lo que se cuenta, es un acontecimiento totalmente real, lo opuesto de lo que se supone literario; lo que se cuenta puede o no parecer real, pero jamás ocurrió como tal fuera de la imaginación del autor.

En cambio, la crónica suele concentrarse en detalles menores de la vida cotidiana, y en el modo de narrar. Se permite originalidades que violenten las reglas del juego del periodismo, como la irrupción de lo subjetivo. Las crónicas no respetan el orden cronológico, la credibilidad, la estructura narrativa característica de las noticias, ni la función de contestar las seis preguntas básicas: qué, quién, cuándo, dónde, cómo, por qué.

La crónica, como el periodismo, no inventa los hechos que relata; pero su manera de reproducir la realidad es otra. Los textos enviados por Martí como corresponsal en Nueva York no se adhieren a una representación mimética, pero su subjetivismo no traiciona a la realidad, sino que se le acerca de otro modo, para redescubrirla en su esencia y no en la gastada confianza en la exterioridad.

Martí retrata los acontecimientos a través de mecanismos como la analogía, el simbolismo, el impresionismo, el expresionismo, la musicalidad, con una abundancia de imágenes que son construcciones de su pensamiento, y no existen como tales sino dentro del espacio textual. El resultado es una crónica que no saca al lector de la dimensión de la realidad de los hechos, sino que introduce en ese plano un modo

de percepción que lo mitologiza o trascendentaliza sin perder el equilibrio referencial.

La relectura de las crónicas modernistas es un aporte a los estudios sobre el período literario, sobre todo si logra develar a José Martí como el fundador de una nueva escritura. Pero también ha sido uno de los objetivos de esta investigación el cuestionario de las pautas de lectura por lo que revelan acerca de las relaciones entre arte y sociedad.

A través de la crónica como punto de inflexión entre el periodismo y la literatura, se descubre que la forma de interpretar o de construir la autonomía de los discursos ha producido deformaciones en los modos de estimar sobre todo la esfera literaria. Lo factual ha quedado para otras disciplinas, como si lo estético y lo literario sólo pudieran aludir a lo emocional o imaginario, como si lo literario de un texto disminuyera en relación con el aumento de la referencialidad, como si los otros discursos escritos estuvieran eximidos de ser también representaciones elaboradas, configuraciones de mundo, racionalizaciones, elaboraciones que encuentran tal o cual forma de acuerdo con la época. Se ha confundido el referente real con el sistema de representación, como si lo objetivo de un texto fuera la verdad y no una estrategia narrativa.

No puede desecharse esta disociación entre el mundo de los acontecimientos verdaderos y la creación como uno de los motivos que implican las acusaciones de torremarfilistas contra los escritores del modernismo. Porque, como se ha visto, es distinto analizar la toma de conciencia sobre el acto poético como definición del campo propio del discurso literario, y otra cosa es creer que esa toma de conciencia es estetizante en un sentido peyorativo: deformadora de lo real, indiferente al acontecer, embellecedora del *statu quo*. La toma de conciencia permite crear códigos, que a su vez generarán la capacidad de percibir –a través de ellos– la realidad de un modo nuevo.

La autonomía del lenguaje poético se definió por su capacidad para evocar respuestas: primero, la percepción de la

belleza, luego la pura contemplación del texto sin consideraciones externas, finalmente la valoración del modo en que fue construido. Y esto, por supuesto, no se invalida si lo representado es referencial. Tanto es así que ya se ha visto que incluso en el hibridismo de las crónicas se encuentra esa nueva manera de trabajar y comprender la escritura. La voluntad modernista de la de forma o la autonomía no significa en absoluto un divorcio con la vida, sino la defensa del valor propio de cada palabra, de las inacabables potencialidades de la expresión y las significaciones.

En las crónicas de José Martí está ya muy claro este nuevo modo de entender la escritura. No importa que en este caso los textos también hayan sido producidos con una intención moralizadora: esta consideración pertenece a otro orden. Las palabras tienen una doble significación: la transparente y centrífuga que caracteriza al periodismo, pero, como en la poesía, también se resignifican de acuerdo a como las relaciona entre sí la escritura misma.

La autonomía literaria representó una ruptura con el sistema escriturario tradicional, y no sólo, por supuesto, en América Latina. Pero la crónica es una ruptura por sí misma, aún más fuerte porque desde el comienzo cuestiona y participa de esa autonomía, contradiciéndola y reforzándola, aportando criterios que los escriturarios apenas comienzan a explicar un siglo después. Pero fueron la prosa y la poesía modernistas las primeras en comprenderlo y elaborarlo en este hemisferio.

Las crónicas martianas no sólo participan de esa revolución en el manejo de la palabra, sino que muestran cuán estereotipada era y sigue siendo la comprensión del lenguaje poético. Porque aún hoy se caracteriza a la poesía por esa potencialidad de rescatar las palabras de su significado habitual para revelar sus múltiples significaciones posibles, de acuerdo con la habilidad en la técnica de la escritura. Nada más opuesto, en teoría, que un poema y una crónica periodística. No obstante allí, en las crónicas de Martí, allí donde la selección temática y la construcción textual dependen de las

jerarquizaciones de la actualidad y la referencialidad, allí donde las frases se han escrito con la premura del periodismo y la supuesta impureza de un trabajo asalariado que para colmo va dirigido a un lector concreto, masivo y con ciertas exigencias y expectativas que respetar; allí está lo que hoy se califica como *lenguaje poético*.

Detrás de estas categorizaciones acerca de lo literario se encierra un mecanismo de distribuciones del poder. La creación queda fuera del mundo productivo, útil, para adquirir un valor de placer intelectual o espiritual. El ordenamiento de la imagen de mundo se hace desde espacios diferentes del discurso escrito: el de la historia, el de la Academia, el del periodismo, el de la ciencia. Pero la rigidez de esta separación disfraza la realidad de la escritura: no hay texto que no responda a un proceso de selección, a un principio ordenador. No significa esto que todo discurso escrito sea literatura, puesto que la literatura se construye sobre el trabajo con el lenguaje como valor primero; significa que se instaura una escritura que aleja a los hombres de la conciencia de que aquello que lee no es incuestionable, no es «lo real» sino una representación.

Los procedimientos como la poetización de lo real forman parte de la «literariedad» y de la condición de prosa poética de las crónicas modernistas. La nueva poética produjo también un género literario, es decir, un método de conceptualización de la realidad, de composición y orientación externa e interna, que en este caso oscila entre el discurso literario y el periodístico conformando un espacio propio.

La caracterización de la crónica modernista incluye además de lo ya referido, la selección de temas de actualidad, la tendencia a lo fragmentario y a la visión de lo múltiple, sin por ello perder la coherencia comprensiva y atractiva para el lector. Hay en ella estilización del sujeto literario, descripción a través de imágenes que expresan una idea, una enorme gama de recursos estilísticos, estilo referencial y autorreferencial con frecuentes reflexiones sobre la literatura en sí, la ciudad como escenario y la cultura como propiedad natural.

Escribir para los modernistas no era ni imitar ni repetir. Para que un texto sea literario, tiene que contar con un índice de originalidad, opuesto al cliché: su valor es la forma de decir. Y esa forma no indica sólo la elaboración estética. Lo dijo muy claramente Rubén Darío, quizás el más acusado de torremarfilista: Los clichés en la expresión acompañan a los clichés mentales. Por eso el modernismo fue tan significativo en la transformación literaria y social de fin de siglo, restringido en su área de influencia desde la poesía, pero no desde el periodismo.

A la literatura en cuanto arte no se le puede ver como una categoría separada del proceso social que lo contiene: es un acto de solidaridad histórica y participa en la multiplicidad de la práctica cultural, como decían Barthes y Williams. Todo texto es a la vez escritura de un subtexto ideológico o histórico *previo*, un diálogo de antagonismos sociales, como decía por su parte Jameson.

Por eso resulta tan apasionante la lectura de las crónicas de José Martí. No es por desmerecer su obra poética, pero sus crónicas obligan a tomar conciencia de todo lo que convive dentro de la escritura. En su «impureza» dentro de las divisiones de los discursos, es decir, en su marginalidad con respecto a las categorías establecidas, está lo que él aspiraba en la literatura: romper con los clichés, permitir nuevas formas de percepción. Al insistir en la originalidad y en la no repetición, encuentra el modo de la ruptura real: confrontar todo lo aprendido con la experiencia propia es ponerlo en duda, revisarlo y sólo dejarlo cuando se ha confirmado que no se trata de una pura convención o transformarlo en otra forma de verdad.

Las crónicas de Martí son producto de ese proceso. Pueden incluir muchos sistemas de representación, pero en el resultado de la confrontación y en la mixtura personal está su novedad, su originalidad. La estética que propone no es imitación de nada: sobrepasa los esquemas de los que salió, fundando un nuevo modo de relacionar en Hispanoamérica los elementos del lenguaje y de la realidad.

Originalidad, para Martí, equivalía a autenticidad. Por eso insistió tanto en que cada época tiene su lenguaje, como lo tiene cada creador. La poética modernista dio por primera vez voz propia a la literatura hispanoamericana, pero lo que resulta interesante es la dinámica de esa voz propia a través de las crónicas. Porque su importancia es quizás, más que la ruptura con las tradiciones, su valor como fundadora de una escritura.

Vista así, la hibridez de la crónica no es peyorativa, sino la expresión más ajustada a una concepción poética. Como decía Medvedev/Bajtin, el género es la expresión total y no sólo un aspecto más. José Martí, en el prólogo al «Poema del Niágara» concluye que el lugar de las ideas era el del periodismo: el espacio de lo no permanente, de la comunicación, de los públicos mayoritarios, el único lugar que permite la entrada de la vida, justamente el único asunto legítimo en la cultura finisecular.

En cada época de crisis los agentes en pugna tratan de reconstruir una unidad vehiculando un sistema de narración, decía Laclau. Y en esa época en que la heterogeneidad discursiva era una tensión desestabilizadora, época de rupturas epistemológicas, Martí crea un espacio de condensación y de lucha, donde el idealismo se asienta en lo real, donde sobre el yo ordenador gravitan la historia y la inmediatez, donde se intenta reconstruir algún tipo de armonía.

Un espacio de condensación es un encuentro dialéctico no resuelto ni estático. La crónica es ese espacio por excelencia, porque en ella se encuentran todas las mezclas convertidas en una unidad singular, autónoma y tan contradictoria como su época.

La crónica propone una nueva épica con el hombre moderno como protagonista, narrado a través de un yo que quiere asumir en sí al universo, un yo colectivo que procura expresar la vida entera y a través de un sistema de representación nuevo que pueda relacionar las distintas formas de existencia, explorando e incorporando al máximo todos los recursos co-

nocidos que perfeccionen la técnica de la escritura. Cada idea se expresa a través de una imagen: un artificio que no imita la vida, sino que la interpreta.

La crónica es un laboratorio de ensayo permanente, el espacio de difusión y contagio de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección consciente del lenguaje, con el trabajo con imágenes sensoriales y los símbolos, con la mixtura de lo extranjero y lo propio, de los estilos, de los géneros, de las artes, de la democracia y la épica, la naturaleza y la realidad social e íntima, el dolor decadente de parnasianos y simbolistas y a la vez la fe en el futuro, la armonía cósmica, el liberalismo, la duda como sistema que anuncia ya al hombre anfibio de la modernidad.

Su hibridez insoluble, sus imperfecciones como condición, su movilidad, su cuestionamiento social e institucional, su sincretismo y esa marginalidad que no termina de acomodarse en ninguna parte, son la mejor voz de una época que a partir de entonces sólo sabe que es cierta la propia experiencia, que se mueve disgregada entre los acelerados ritmos urbanos y la información constante, sin otra tradición que la del cuestionamiento y que, como los modernistas, vive en busca de la armonía perdida, en pos de alguna belleza.

# Fábula del bazar americano: Martí y la cultura del consumo\*

*José Miguel Marinas*

*¡Todo lo olvida Nueva York en un instante!*

JOSÉ MARTÍ

Cuando hablamos de la cultura del consumo nos referimos, por lo común, a dos tipos de prácticas sociales: los hábitos de los usuarios que conforman su demanda y, en un sentido más amplio, la mentalidad que acompaña a las sociedades cuya construcción de identidades gravita en torno a los significantes, mitos y proyecciones que el mercado posindustrial provee. El presente artículo trata de dar cuenta de algunos rasgos del nacimiento de esta segunda acepción de la cultura en el contexto norteamericano de finales del XIX, de la mano de algunas de las visiones que un analista de excepción –el José Martí corresponsal de varios diarios latinoamericanos– acuñó de manera tan crítica como brillante. Estos hábitos y representaciones, ingredientes fundamentales de la cultura, se completan con las correspondientes formas de *identificación*, la aparición de nuevos estilos de vida, nuevos sujetos sociales: el cambio en las mentalidades, el nacimiento de nuevas formas de siquismo. Notemos, sin embargo, que al declarar cómo cambian las pautas y sus razones, Martí va elaborando en este corpus textual<sup>1</sup> una posición moral propia y muy matizada

\* Tomado de *Temas*, no. 29, La Habana, abril-junio de 2002.

acerca del universo observado: ese pueblo, plural y complejo, de Estados Unidos de la época, que le suscita apreciaciones heterogéneas. Por un lado, le sorprende lo emergente de esa «humanidad nueva que hierve, que lo que ha venido amalgamándose durante el siglo, ya fermenta: ya los hombres se entienden en una Babel» (1887); por otro, ya ha dejado más que una semilla de duda, en la carta a Mitre (19 de diciembre de 1882), ante lo que no le parece «que sea de buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí—o pule solo de un lado a las gentes—y les da a la par aire de colosos y de niños».<sup>2</sup>

La aproximación de Martí a este universo del protoconsumo tiene, de entrada, una ventaja didáctica, ejemplar. No estamos ante un tratadista en microeconomía, ni ante un sociólogo, en el sentido de una disciplina a la que le faltaban algunas décadas para asentar el barrunto comtiano. Pero sí nos encontramos ante un descubridor. Quien viene de fuera, como detalla lúcidamente Georg Simmel, quien mira la vida de las ciudades como extranjero, percibe más el hacerse, en lo que tiene de punta y emergente, calibra la convención de lo que pasa por natural, con más agudeza que quien es vecino de siempre. A condición, añadiré, de que quien enseña a mirar sea alguien de la capacidad de admiración de Martí. Este se autorretrata diciendo: «Era maravilloso, y esto lo dice quien no usa en vano la palabra *maravilla*».<sup>3</sup>

El comentario de algunos puntos de esta aportación martiana, el señalar las mutaciones culturales que recoge en ella, se enmarca, en mi caso, en una trayectoria más amplia en la que trato de reconstruir el nacimiento de la cultura del consumo, antes de la llamada *pauta del consumo de masas*.<sup>4</sup> En efecto, desde mediados del XIX —de creer a autores clásicos como el Marx de *La forma fétiche de la mercancía*, y el Walter Benjamin del *Libro de los pasajes*— la sociedad del capitalismo de producción industrial se va rodeando de múltiples modos de presentación y de intercambio, dictados por un mercado en expansión no solo cuantitativa, sino también, so-

bre todo, operante de una mutación cualitativa: el nacimiento de la primera sociedad de consumo.

Los sujetos y los objetos, los espacios y los tiempos experimentan un cambio radical en la medida en que –por la vía del fetiche– se dan como espectáculo, como jeroglífico y, en términos más globales, como fantasmagoría. Es el momento, en Europa y en Estados Unidos, de las exposiciones universales, de los nuevos comercios que prometen tener toda mercancía existente o soñada, y que tal repertorio nunca se acabará. Es el momento de las calles que se abren para formar los pasajes comerciales, con los que caminar y ver mercancías es una experiencia nueva, frente a la concentración en el tiempo y el espacio del mercado (central) de las antiguas urbes.

## Entrada en el bazar

Quien compone estos textos es un hombre joven. En 1882, momento en el que escribe a Mitre para comprometer su colaboración como corresponsal, tiene veintinueve años. En 1893, fecha de la Exposición de Chicago, cumple cuarenta. De la intensa evolución de su conciencia política hay abundantísimas muestras en la rica literatura martiana.<sup>5</sup> Sin embargo, el Martí analista de la vida cotidiana requiere tal vez una atención especial en este momento en que la cultura del consumo muestra sus formas más capilares y renovadas de domesticación; precisamente porque el cronista desarrolla un método de análisis sumamente interesante. Destacar su estilo y propósito en estos escritos de madurez es algo importante para entender el contexto, lo que rodea esta serie de trabajos y artículos enviados en forma de crónicas desde Nueva York, pero también su modo de mirar críticamente tal contexto.

Si lo nombro como *fábula del bazar* es, precisamente, para indicar que en este momento se inaugura un repertorio de imágenes públicas y de discursos que circulan y se consumen

tanto o más que las propias maquinarias y mercancías, inventos y modas expuestas en el mercado: *fábula* es un hablar que produce admiración, que alegoriza lo que está pasando, aquello que no comprendemos y nos fascina. De lo que se habla es de ese nuevo mundo de las mercancías que se da como espectáculo en calles comerciales, en establecimientos que cumplen la fantasía del bazar oriental de la antigüedad –prometen que hay de todo lo imaginable y que nunca se marchitará–, en ferias de los modernos productos y luego en exposiciones universales, semilla de la globalización espectacular. Todo eso, en su haz y su envés, nos conduce a la reflexión que Martí propicia como primera virtud de su estilo. Nos sitúa ante la pregunta acerca del sentido de los procesos que ocurren en otros países, en ese mismo momento en el que se está dando una transición entre el capitalismo de producción y las incipientes formas de lo que más tarde será denominado el *capitalismo de consumo*. El tiempo del movimiento obrero y de las ferias del mundo. Del nacimiento de las masas y de la formación de nuevas clases, de las quiebras y emergencias en las identidades de género, de etnia, de edad.

Si tratamos de precisar el lugar desde el que Martí escribe, tenemos que hacer referencia a su estilo.<sup>6</sup> Los estudios sobre el estilo martiano son también legión, pero quisiera recordar que en muchos de sus comentaristas aparece bien señalado lo que es cuño y crisol de su prosa neoyorquina: la atención simultánea al *proceso* y al *acontecimiento*. Esto constituye, más que una retórica, una metódica. Lo que Martí hace es el análisis de la ideología en su acción en la vida cotidiana. Como ocurrirá más tarde en los mejores casos de la crítica de la cultura –como en los ejemplos de Walter Benjamin en *El libro de los pasajes*, como Barthes en su análisis de la cultura de consumo de la segunda posguerra mundial en sus *Mitologías*–, lo narrativo se junta a lo argumentativo como vía más flexible y directa del análisis ideológico y semiológico de un mundo formidable y cambiante.

Este modo de escribir y de mirar era una característica del joven Martí que, además de temprano y alto poeta, es un narrador consumado desde sus años del exilio madrileño. La abigarrada y casticista apariencia de la metrópoli que lo encadena primero y luego lo destierra, es anotada en cuadros de sorprendente eficacia.<sup>7</sup> El vigor de su posición moral y de su escritura es apreciado, como es de sobra sabido por interlocutores de gran nombre y posición.

Lo que quiero destacar es la formación de un estilo que le sirve en las crónicas norteamericanas. Precisamente porque este es uno de sus legados más preciosos. No invita a imitar una manera de componer, enseña más bien un procedimiento de análisis, en el que combina la crítica radical con la visión de lo concreto. Es lo que Enrique José Varona caracteriza diciendo que Martí «dio valor a cada situación de su vida, precio a cada trabajo».<sup>8</sup> Esta mirada que junta la cualidad –dice Gabriela Mistral– de ver, vivir «lo trascendente mezclado con lo familiar»,<sup>9</sup> o, en precisa apreciación de Marinello, «el molde culto no agobia las potencias libérrimas de la alusión y de la vecindad arbitraria y eficaz».<sup>10</sup> Tal modo peculiar apunta a una capacidad que Benjamin nombra, desarrollando un término de críticos sociales como Baudelaire o Balzac, como *iluminación*. «No se vive –dirá Martí de su tarea– sin sacar luz en familiaridad con lo enorme».<sup>11</sup> En esta iluminación se muestran de modo instantáneo, en un indicio menudo, los elementos que componen el sentido de un proceso más complejo. Por ello Martí cuando habla de la sociedad norteamericana, combina una enorme miscelánea de detalles y avatares (supuestamente, lo más rico de la tarea del cronista ameno) con interpretaciones expresadas mediante metáforas y alegorías nuevas y brillantes, en las que el sentido de lo no sabido aún, de lo no formado todavía aparece y sorprende. «Asesinatos misteriosos, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida; ¿qué son esas burbujas de una hora, comparadas a los grandes sucesos en los que se ve

cambiar el mundo? Ciertamente es que suceden en estos Estados Unidos *menudencias muy interesantes*». (10 de abril de 1887).<sup>12</sup>

Toda la miscelánea obedece a una doble estrategia: verlo todo y poner cifra allí donde hay abigarramiento y montón. La mercancía se presenta como jeroglífico, no deja ver su interior y su proceso, y esta forma mercancía se ha extendido a toda forma de relación social. Se trata, por lo tanto, de descifrar el jeroglífico: de ir más allá de la clasificación de los acontecimientos en relevantes (según un modelo) y los relegados al grupo de lo banal. Las formas de vida adoptan la forma mercancía: es lo que hacen en la sociedad norteamericana del momento sin saber bien del todo cuáles son sus propósitos y cómo afecta a cada sujeto. La ciudad, los espacios y los tiempos del trabajo y del consumo se convierten en un texto que dice cosas nuevas: «Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda, las almas dan sonidos como los más acordes instrumentos»,<sup>13</sup> tras los que se esconden fenómenos que no se saben decir, pero que ocurren. Esta fusión de lo cotidiano y de la interpretación tiene condensaciones como esta: «No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda».<sup>14</sup>

Esta es la gran capacidad de componer alegorías con nuevos hechos para explicar –en metáfora o en metonimia– el sentido de tendencias que emergen entre la crisis del antiguo régimen y la pujanza de la industrialización y el consumo ostentatorio. Figurar, pertenecer, consumir de manera conspicua son hábitos que la nueva sociedad norteamericana va desarrollando sin captar del todo su norte. Como Thorstein Veblen contará de forma analítica y teórica unos pocos años más tarde,<sup>15</sup> por debajo de la pauta del ahorro y del enriquecimiento, de la acumulación y de la movilidad ascendente, la sociedad norteamericana trata de darse a sí misma como espectáculo, a través de las pautas de consumo y de vida urbana. La ostentación, más allá de cubrir las necesidades básicas, se convierte en criterio de pertenencia de clase, pero, a partir de ella, toda la sociedad va entrando –por vía de la emulación,

del «consumo visual»– en una dinámica nueva que formará más tarde la esencia de la sociedad de consumo de masas. El universo cerrado del consumismo.

En esta ritualización interesada del presente entra Martí, quien no deja de apuntar todo lo que puede romper, como acontecimiento, tal cierre ritual. Por eso sigue y compone una poderosa fábula que es también la leyenda que se teje sobre una ciudad, sobre un país; en este caso, sobre una forma de presentación ante el mundo.

Este universo inaugura muchos procesos en torno a los que aún se sigue fabulando. De todos los posibles, propongo atender tres: los cambios en la presentación de las mercancías (las exposiciones universales como nuevo modo del mercado); el cambio en los sujetos sociales: los nuevos estilos de vida y las configuraciones de los sujetos; y, por último, la nueva idea del tiempo en los nuevos espacios urbanos. Por debajo de esos pasos, apuntamos a una transformación mayor: la transición entre un mundo de la mercancía regido por la forma fetiche –las mercancías no sólo como útiles, sino como espectáculo– a otro regido por el simulacro, en el que la moda (lo que está de moda, no sólo la vestimenta) expresa una ruptura en la concepción de la historia y la temporalidad.

## El nuevo rostro de la mercancía: exposiciones universales

Martí se mueve, como la propia sociedad que lo acoge en este tiempo, entre tres mundos de vida: el antiguo régimen, que tiene la peculiaridad norteamericana y neoyorquina de un paso pionero a la democracia como tensionada forma de vida –tal como indican las lúcidas crónicas de Tocqueville y más cercanos a Martí, las de los viajeros cubanos<sup>16</sup> y que se reparte entre la imitación de las marcas de nobleza del pasado y la difícil integración de los múltiples tipos de migrantes; en se-

gundo lugar, un formidable y rápido proceso de industrialización, que establece una forma de cultura económica y social a la que llamamos *capitalismo de producción*, y de la que hay abundantísimas muestras en los trabajos de Martí. Este oscila entre la fascinación por lo enorme del proceso y la dramática domesticación y segmentación de las nuevas clases sociales; y, en tercer lugar, las primeras señales de un capitalismo de consumo, evidentemente no en el sentido del consumo de masas de la segunda posguerra mundial, sino de una entronización espectacular de la mercancía, realmente de consumo elitista, pero por primera vez dada como escenario vital, urbano y doméstico, para las multitudes.

Las contradicciones entre estos tres modos de cultura, uno en declive –pero con larga mano todavía–, otro pujante y en expansión, y un tercero poniendo semillas que darán fruto sorprendentemente rápido, aparecen también en Martí, en sus contenidos y hasta en la estructura misma de sus crónicas. Pero encuentra su emblema y lugar de estudio en una institución que acompaña la vida cotidiana que él registra: las exposiciones universales. Vale la pena destacar en algunos puntos la importancia de este fenómeno, pues nos ilustra bien sobre el contexto de la crítica martiana. Las exposiciones universales europeas y las americanas se erigen en un enorme proceso de emulación y rivalidad intercontinental, pero también en la formación, por primera vez, de un mercado mundial que se exhibe ante todos los potenciales consumidores.

Los antecedentes de la estancia de Martí en Nueva York son importantes, pues de esta mutación más silenciosa que notoria –su efecto se verá más a largo plazo– da testimonio la Exposición Universal de Filadelfia, denominada Centennial International Exhibition.<sup>17</sup> Esta exposición cambiaría, en buena parte, la relación del público con los bienes del consumo. Lo que Benjamin llamará la conversión de la mercancía en espectáculo. En su libro sobre los pasajes comerciales parisinos de esta misma época martiana, indica: «Las exposiciones universales fueron la escuela superior en la que las masas excluidas

del consumo aprendieron la identificación con el valor de cambio. «Verlo todo, no tocar nada».<sup>18</sup>

Esta cualidad se suma a la de la competición entre las potencias. El anticipo de Nueva York, y su Feria de 1853,<sup>19</sup> tiene el valor de réplica de la pionera de Londres 1851. Incluso hay una reproducción del emblema de las exposiciones universales: el palacio de cristal. Celebrada por iniciativa privada en el Reservoir Park, con una extensión de 1,6 hectáreas, fue visitada por 1 150 000 personas. Aunque los estudiosos señalan su «balance financiero negativo», constituye un precedente de la teatralización de la técnica y sus productos, y el inicio en el contexto americano del hábito de representar el poderío económico en la forma de espacio de consumo.

Filadelfia 1876 tiene el mismo carácter de afirmación nacionalista y demostración ante el mundo de los posibles países consumidores. El mundo como mercado global se instaura plenamente en ese momento. Esta muestra tiene el objetivo de conmemorar el centenario de Estados Unidos. Con 150 hectáreas, en Fairmont Park, fue inaugurada por el presidente Ulysses Grant, con trece campanas gigantes, cien cañones y un coro de 800 cantantes interpretando el *Aléluya* de Haendel. En ella se presentó el motor más grande del mundo (56 toneladas) y, de entre las 56 naciones participantes, una, Francia enseñó un objeto curioso: un enorme brazo con una antorcha. Sería el anticipo del regalo mayor: la Estatua de la Libertad. La crónica que Martí compondrá para la inauguración de la estatua, celeberrimo texto, contiene el mismo aire grandioso y plural con el que la feria de Filadelfia se estableció. «La emoción era gigante. El movimiento tenía algo de cordillera de montañas. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme [...] itodos revelan una alegría de resucitados! ¿No es este el pueblo, a pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? [...] Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres» (29 de octubre de 1886).<sup>20</sup>

Esta característica de exaltación de lo común, de los ideales de libertad básicos, inspira paradójicamente la competen-

cia y emulación de Filadelfia 76: 30 864 expositores de numerosos países, más diez millones de visitantes, son magnitudes nunca vistas en el mundo,<sup>21</sup> como ocurrirá, en mayor medida, en la exposición que Martí acompaña en sus preparativos: Depew, el consejero de los ricos, vuelve de Chicago con las manos en el cielo, porque «va a ser grandiosa aquella exposición». Pero el carácter agrícola y ganadero del mismo Chicago y de buena parte de la Unión, hace antes a Martí testigo de las ferias a la manera del antiguo régimen: las ferias de ganado. Seleccionó dos testimonios muy interesantes: la Feria de Vacas, reseñada el 9 de mayo de 1887, que se celebra nada menos que en Madison Square. Dice Martí, irónico: «Es bien que los ricos de Nueva York, los mismos que han regalado estos días al Museo del Parque Central cuadros famosos, organicen para estímulo de la industria una exhibición que va a ser célebre, de vacas lecheras [...] los caballeros del queso y de la mantequilla, con los labios rasos y la barba en halo, que han venido de los condados en que se produce la leche para ver cuál vaca da más; si la de Jersey, la Gernesey, la de Holstein o la de Ayrshire: ellos hablan de May Ann, la triunfadora, la vaca de Ontario que vale veinte mil pesos y es hasta hoy la que más mantequilla ha dado de sus ubres. En Madison Square sucede todo eso, sobre la arena misma que hace pocos domingos cubrían los católicos fervorosos».<sup>22</sup>

El otro ejemplo es de las ferias de septiembre (22 de septiembre de 1887). Si en la anterior hay una determinación desde la industria, en estas se reseña la determinación desde lo político. Son acontecimientos en los que, a la vez que se presentan novedades productivas, se celebran encuentros en los que los *lobbies* políticos locales echan sus anzuelos: «De tres días a una semana dura en cada una la fiesta; por los caminos no se puede andar, llenos de carruajes; mercan, curiosean, entran en rifas, se empeñan tercamente en salir con ventaja en los juegos fraudulentos que allí, ilo mismo que en nuestras tierras!, llevan, disimulando la ruleta, los estafadores. Son grandes áreas, casi siempre alambradas y como ex-

posiciones al aire libre, donde el tablado para el baile se alza, jamás desierto, entre un concurso de pollos y un ventorrillo de salchichas. Una cuadra está llena de máquinas y útiles agrícolas, y el que quiera adelantar su campo venga acá en septiembre, a ver las ferias, porque allí las casas rivales tienen en juego todo su muestrario; uno ara, otro trilla, otro descascara, otro muele el maíz, otro desmenuza el forraje, otro saca azúcar. En el concurso de las viandas ganó una calabaza, de doscientas cincuenta libras, cultivada por los presos de la Penitenciaría de Essex». <sup>23</sup>

Este panorama, entre rural y ya marcado por la dinámica industrializadora, se ve integrado y superado por el magno acontecimiento de la Exposición Colombina de Chicago, 1893. Tiene, dice Martí el 17 de diciembre de 1891, «milla y media frente al agua y doce edificios colosales, y tres veces más campo que la de París, y un palacio por cada Estado de la República, menos este Nueva York rencoroso, que es preciso que se deje deshelar el corazón y mande su palacio como los demás». <sup>24</sup> Es llamativo el comentario, por la información y por cómo evalúa. De su propio estilo había dicho Martí que «de mí no pongo más que mi amor a la expansión y mi horror al encarcelamiento del espíritu humano» (carta a Mitre, antes citada). Por ello se aprecia su entusiasmo, pero no esconde la crítica a lo cicatero. Ya en crónica anterior, del 3 de febrero de 1890, analiza en detalle la tensión a la que envuelve el aparente fasto de interés común: «Ni se habla mucho del plan de la exposición de 1892, que más parece rehuida que deseada, porque los que la piden en el salón en alta voz, la minan en voz baja, en los corredores, y están republicanos y demócratas viendo cómo la ahogan antes de nacer, porque ambos tienen para 1892 el quehacer de la elección de Presidente, y en cuanto a los republicanos del Estado de Nueva York, que tienen el poder en la legislatura, “antes matarán la feria que consentir que el alcalde de Nueva York y sus demócratas se alcen con su crédito”, “antes que Depew, el político urbano, el republicano de las aristocracias, venga a ser el director general de la exposi-

ción con detrimento de su rival Platt, el republicano de oficio, que en la legislatura es quien maneja los títeres».<sup>25</sup>

De esta exposición que, al decir de Bertrand, no fue más que un pretexto, pues en realidad era una proyección de lo que sería la vida del siglo xx, hay que destacar dos datos: uno, el elevado número de visitantes (¡27 millones y medio, entre el 1 de mayo y el 31 de octubre!) y otro, la participación específica de Cuba en un repertorio de invitados, entre los que está España, pero también un plantel de entidades coloniales. En lo cualitativo, la atracción más novedosa es una noria gigantesca, la Ferris Wheel (36 cabinas, de 60 personas cada una, a 240 pies del suelo), pero más importantes son un piso deslizante mecánico, el *kinetograph* de Edison –precursor del cine–, y el primer tren elevado eléctrico.<sup>26</sup>

¿Cuál es el significado profundo de estos acontecimientos que Martí registra? En síntesis, el advenimiento de un nuevo modo de distribución y de consumo, con el consiguiente cambio en las pautas de ciudadanas y ciudadanos, y en las expectativas de las nuevas masas de consumidores.

Como ocurre, desde un poco antes, en el panorama europeo,<sup>27</sup> la mercancía se dota de una nueva aura, al mismo tiempo que la obra de arte, como Benjamin muestra, la va perdiendo, precisamente por su reproductibilidad técnica. El aura de la mercancía es su ambivalencia como tal objeto: la escasez que conceptualmente define su precio y la abundancia con que comienza a exhibirse. Pero también lo es su otra ambivalencia, en cuanto al destinatario: la inmediatez y la distancia. Es algo cotidiano, próximo, y a la vez ajeno, no sólo por su precio; es un utensilio y al mismo tiempo, como dice Marx, algo demoníaco, cargado de poderes insospechados. Estas cualidades contradictorias y simultáneas le vienen de presentarse en calidad de fetiche, es decir, de ser un elemento cuya posesión otorga un poder no previsto, no incluido en el precio: el de representar a quien lo frecuenta, algo que supera la mera utilidad, la satisfacción de una carencia material.

Las mercancías se exponen por primera vez y con carácter universal, omniabarcante, en la Primera Exposición Univer-

sal de Londres, en 1851. La llamada The Great Exhibition (la primera guerra mundial es la Gran Guerra) ocupa por primera vez un espacio ingente –Hyde Park–<sup>28</sup> y un tiempo dilatado para convertirse en la primera feria del mundo. Promovida por una comisión real, da lugar a una gran innovación, el Palacio de Cristal, y luego a la concentración de los productos más nuevos, más exóticos y más técnicos, tres cualidades que forman el color peculiar del bazar occidental. Pero no es sólo presentación de lo producido, es también inicio inconsciente y pausado de la cultura del simulacro: la exposición reúne una enorme cantidad de reproducciones de los principales monumentos: fachadas, estatuas, frisos, que permiten al visitante apropiarse, *in effigie*, del panorama universal del arte.

Algo más que utilidad hay en este escenario, que será visitado por los británicos, incluidos los provincianos, y también por los representantes de los cuatro puntos cardinales de la tierra. A ella confluyen nobles en fase de reciclaje industrial y asociaciones de trabajadores que celebran en su recinto las primeras reuniones internacionales.<sup>29</sup>

El modelo traspasa todas las ciudades principales y, sobre todo, viene a instalarse en la imaginación del nuevo consumidor de espectáculos, o de mercancías como espectáculos. «Así como el mercado de Bagdad tiene su bazar, tiene Berlín su ferial para colmar todos los anhelos posibles», dice Frank Hessel en su *Spazieren in Berlin*.<sup>30</sup> Londres cuenta con dos exposiciones, 1851 y 1862, que inauguran el estilo grandioso que emularán las grandes ferias mundiales de París de 1855 –en la que por vez primera las mercancías aparecen con su precio– y 1867 –en la que Víctor Hugo redacta un manifiesto a los pueblos de Europa.<sup>31</sup> Viena (1873) y Berlín (1875) toman los relevos más importantes, hasta llegar a las del siglo xx, encabezada por la de 1900, en París, que se consolida como primer templo de la moda. Uno de sus pabellones principales lleva el lema *Fils, Tissus, Vêtements*. La rivalidad entre ciudades, además de canalizar una forma de nacionalismo industrializado, intenta cumplir un ideal al que se suman arte

y técnica –uno de los temas que Benjamin explora con mayor detalle– llegando, incluso, a reformar el espacio de exposiciones, de todo tipo, en el futuro.<sup>32</sup>

Estos eventos fundantes tienen sus antecedentes en la peculiar transformación del universo urbano entre la aparición de los nuevos espacios de ocio, conspiración, y protoconsumo público (las arcadas, los cafés<sup>33</sup> del entorno del Palais-Royal parisino) y el disciplinamiento de los espacios de la producción (la fábrica y los nuevos canales de distribución).<sup>34</sup> La gran transformación se visualiza en la radicalmente nueva manera de presentación de las mercancías en los espacios de venta y, consiguientemente, en el nuevo modo de interacción entre los sujetos del mercado.<sup>35</sup> Quien vende puede promover mercancías que no ha producido y que son de factura lejana en todos los sentidos del término. Esta distancia y disponibilidad incrementa el aura, el carácter en cierto modo mágico de las más exóticas, pero también de las más banales.

## Los nuevos sujetos sociales y el mercado

Las tres culturas –del antiguo régimen, del capitalismo de producción y del incipiente consumo ostentatorio– dan como resultado un espacio de identidades múltiple, en el que las clases sociales nuevas, el proletariado urbano y la burguesía industrial se refuerzan con y contra otros segmentos sociales de poderosa presencia, que reciben la estigmatización desde el poder: migrantes, indígenas, mujeres, y un largo etcétera que Martí recorre en muchos de sus artículos neoyorquinos.

Martí, como ya hemos visto, señala la pujanza del trabajo y de productividad industrial como motor de los nuevos tiempos. «Es la época serena de la glorificación y el triunfo del trabajo. Y cómo se acelera, afina y simplifica el trabajo en Nueva York [...]. En la tierra, en la calle Broad, paralela a Broadway, un centenar de trabajadores levantan mármoles,

abren canales, suspenden pisos, encajan puertas, ruedan máquinas, mueven pescantes a la luz eléctrica». <sup>36</sup> Pero, al mismo tiempo, señala cómo las nuevas clases sociales se constituyen en hormas disciplinantes para sus miembros y para aquellos que, procediendo del campo o de otras tierras, ven en ellas la paradoja de su inserción subordinada y de su exclusión de una república que, en lo formal, a todos alberga. Este proceso cristaliza en un espacio en el que las mercancías han adquirido un estatuto nuevo; una nueva forma de darse, que Marx analizó como jeroglífico: las nuevas relaciones de producción no son transparentes, se dan distorsionadas bajo el manto de la mercancía expuesta. «Por consiguiente, el que los hombres relacionen, entre sí, como valores los productos de su trabajo, no se debe al hecho de que tales cosas cuenten para ellos como meras envolturas materiales de trabajo homogéneamente humano. A la inversa: al equiparar [...] como valores sus productos heterogéneos, equiparan recíprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben, pero lo hacen. *El valor, en consecuencia, no lleva escrito en la frente lo que es. Por el contrario, transforma a todo producto del trabajo en un jeroglífico social.* Más adelante los hombres procuran descifrar el sentido del jeroglífico, desentrañar el misterio de su propio producto social, ya que la determinación de los objetos para el uso como valores es producto social suyo a igual título que el lenguaje». <sup>37</sup>

Las consecuencias de este fenómeno, en lo que hace a la fundación del mito del bazar, son varias, pero señalo dos especialmente relevantes. Por un lado, la representación integradora de las clases sociales en conflicto; por otro, la domesticación del nuevo sujeto social en un escenario marcado por la publicidad que resalta lo frutivo más que lo útil. La configuración de los sujetos de la futura sociedad de consumo arranca, pues, de este nuevo escenario, el de las exposiciones y del nuevo comercio. Las exposiciones, dice Gideon en *Bauen in Frankreich* (1929), «hacen presentes todas las regiones e incluso, en una retrospectiva, todas las épocas. Desde la agricultura a

las minas, tras la industria, las máquinas cuyo funcionamiento se mostraba, las materias primas en bruto o transformadas, hasta el arte y los oficios artísticos. Así se expresa esta notable necesidad de síntesis prematura que es propia del siglo XIX en otros terrenos: la obra de arte total. Abstracción hecha de motivos sin duda utilitarios, quería hacer surgir la visión del cosmos humano sumergido en un movimiento nuevo».<sup>38</sup>

Este fragmento lo recoge y comenta Walter Benjamin con una sentencia condensada y certera: «Esta síntesis prematura expresa también la tentativa por cerrar sin cesar el espacio de la existencia y de la evolución. Para impedir la “ventilación de las clases”».<sup>39</sup>

Desde la Inglaterra de la Expo51 a la de Estados Unidos, el intento exigido por la reproducción del sistema capitalista es la integración disciplinada de las clases. Como indica Clin Matthew, «la sociedad británica llega a ser altamente cohesionada, con su plétora de clubes y sociedades (incluida la invención del fútbol asociado, en 1863, y la primera liga, en 1888, para las masas populares), pero no integraron, no esperaban integrar a gente de diferentes clases [...]. Las relaciones de clase eran a la vez estables y segregadas».<sup>40</sup>

Las posibilidades de integración, incluso de formación de una clientela mundial, o de un foro internacional para la propia parroquia, surgen en el nuevo espacio del consumo mostrando que el punto fructivo es la otra cara de un proceso más complejo y completo de refundición y de invención de las identidades sociales. En esta tarea, pensar la realidad en términos de clase social se ve conceptualmente cotejado por la aparición de otros dos conceptos: el consumo conspicuo (Veblen) y la estilización de la vida (Weber, Simmel). Las mercancías me representan, las mercancías son la materia prima de mi estilo moral.

Las mercancías, como universo, proponen modos de renovación y creación de identidades a las nuevas capas productivas. El modelo espectacular lo generan las clases que se dan a sí mismas como espectáculo. El concepto de *consumo conspicuo* es también visual, espectacular. Es una pauta vestimentaria u

objetual destinada a entrar por los ojos de los iguales, los burgueses de porte que remeda al versallesco en *La edad de la inocencia*, pero, de manera cada vez más inmediata, por los ojos de las masas populares. El estilo alto se convierte en modelo y en norma, la estilización de la vida se da como espectáculo y como forma principal de ser en el presente; todos han de imitarlo, en su medida posible. La estilización reproduce por otro camino –y también encubre disimulándola con nuevos ropaje– la explotación.

Esta falta de ventilación, que Benjamin critica como sinónimo del cierre, expresa de manera vigorosa lo que está en juego en la cultura del momento. En la transición y la crisis de crecimiento, y de conflictos no previstos, del capitalismo de producción incipiente, la apertura del escenario del bazar mundial va a ir instaurando un nuevo espacio-tiempo, un nuevo ritmo, exterior y, lo que es más importante, interior. El surgimiento del presentismo y de la aproximación frutiva, estetizante, a las cosas, comienza a instaurarse en ese primer momento de la publicidad, del espectáculo.

Es la exclusión disfrazada de seducción, de participación imaginaria, que se generaliza en las grandes exposiciones universales que superan el comercio local de manera definitiva.

*Cada industria exponiendo sus trofeos  
En este bazar del progreso general,  
Parece poseer la varita de las hadas  
Y enriquece el Palacio de Cristal.*

*Ricos, sabios, artistas, proletarios,  
Cada uno trabaja para el común bienestar  
Y uniéndose como nobles hermanos,  
Quieren todos la dicha de cada cual.<sup>41</sup>*

Los representantes de los trabajadores van a estos encuentros para ver el estado de la cuestión, el avance de las técnicas que conviene vigilar. Los ciudadanos van a familiarizarse por la vía espectacular con un mercado mundial que rompe con lo

peculiar. De este giro mental surgen otras dos nuevas figuras, ejemplo de todo el itinerario que no es posible aquí más que apuntar: la moda y la publicidad. En principio, estos fenómenos afectan de arriba abajo, en la burguesía y la pequeña burguesía; pero la diseminación de los objetos de consumo en la constitución de las identidades es notoria en todas las capas sociales. Como indica el historiador Hobsbawn, esta base estaba sentada desde el umbral de la industrialización: «Los objetos expresaban su precio, y en una época donde la mayoría de los objetos domésticos se producían aún, en su mayor parte, con métodos artesanales, la manufactura fue, con mucho, el índice del precio, conjuntamente con el empleo de materiales caros. El precio también significaba bienestar, que ello era visible y experimentado. Así pues, los objetos eran algo más que simples útiles, fueron los símbolos del estatus y de los logros obtenidos. Poseían valor en sí mismos como expresión de la personalidad, como programa y realidad de la vida burguesa e incluso como *transformadores* del hombre. En el hogar se expresaban y concentraban todos. De ahí su abigarramiento interior».<sup>42</sup>

Martí, en la posición del acogido y del luchador contra un cierre de la vida moderna que excluye y somete, registra con enorme sensibilidad los motivos de los trabajadores y de los migrantes. Una de las primeras estampas –del 12 de marzo de 1882– recoge con viveza la mezcla de ambos procesos, migración y proletarización: «De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí ya odia. Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor. Mas si medra penosamente, y mientras no medra, vierte en los que le cercan el odio que le llena. De vivir exclusivamente para el laboreo de una fortuna, viene que sea desnudo y formidable el apetito de poseer, envilecedor en los hombres cultos y tremendo en los hombres ignorantes [...]. En esta tierra se libraré la batalla social tremenda. Más que prever vengamos a ver. No tienen los ojos espacio para todo lo que salta a ellos. Ya es el guía de la raza negra que muere.

Ya son mineros y ferrocarrileros que se alzan en demanda del monto de sueldos. Ya son californianos avarientos, que tienen celos de los chinos sobrios, y exigen en el calor de los motines, que se ponga coto a la venida de los chinos». <sup>43</sup>

Estas mismas tensiones son seguidas en numerosos lugares de las crónicas, que no podemos ahora cotejar. Bastaría la severa denuncia a los gremios que, una vez establecidos, se cierran ante los que postulan mejores condiciones de vida (incluyendo a sus hijos y las nuevas generaciones), como la que hace en diciembre de 1883. Y, más adelante, las brillantes y lúcidas crónicas de las huelgas de 1886: «Dicho sea con dolor: aunque las estadísticas del trabajo en 1885 revelan el hecho temible de que un 7,5% de las industrias de Estados Unidos han estado sin empleo durante el año por falta de consumo; aunque el malestar y la ociosidad forzosa que esta penuria crea entre los trabajadores, enconan sus males [...] aunque se esparce por la nación [...] la orden de los trabajadores [...] así extreman los comerciantes sus fiestas y banquetes cuando están prontos a declararse en quiebra». <sup>44</sup>

Los conflictos de pertenencia son emblemáticos en muchos casos de inmigrantes integrados. Especialmente llamativo es el de los alemanes, con motivo del conflicto de lealtades ante la guerra por Hawaii (3 de febrero de 1890): «Norteamericanos somos desde que pusimos el pie en Norteamérica hasta que en el suelo de Norteamérica nos acostemos a descansar en la tumba». <sup>45</sup>

Pero, con todo, uno de los motivos más interesantes y que anuncian la verdadera consistencia de la cultura del consumo —que detallamos luego al hablar de la idea de tiempo— es el nacimiento de un nuevo sujeto: la masa. El contexto del ejemplo que aduzco es el del debate por el voto femenino (10 de abril de 1887): «Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado, “las masas” como se llaman a sí mismos, de otro lado “las clases”—“los ciudadanos”, republicanos o demócratas—; los partidarios de la “Ley y el Orden”». <sup>46</sup>

Frente a las agrupaciones en conflicto que sustituyen e integran, excluyendo con nuevos modos, a las antiguas agrupaciones basadas en el clan y la comunidad,<sup>47</sup> surgen ahora otras, en virtud del género: es interesante el intento de equilibrio que Martí despliega ante la realidad de las nuevas ciudadanas, productoras y consumidoras: «No es que falte a la mujer capacidad alguna de las que posee el hombre, sino que su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores. Aquí hay damas banqueras, ferrocarrileras, empresarias de ópera: a tanto llega la variedad y la importancia de su acción que casi todos los diarios han fundado recientemente en sus ediciones semanales una sección sobre “Lo que hacen las mujeres”, o “Mujeres distinguidas”, o “Las mujeres en el comercio y en la política”».<sup>48</sup>

Pero Martí ve surgir una nueva muchedumbre que es algo más que mero incremento demográfico. Se trata de una configuración que el consumo establece, precisamente en sus nuevos escenarios urbanos, en sus nuevos espacios. La masa, que tendrá su auge como sujeto social a final del siglo XIX y se asentará —entre domesticada y terrible— en el siglo XX, supone una nueva realidad con un tiempo nuevo, precisamente el tiempo de la moda. Los supervivientes del antiguo régimen —las etnias con su difícil acomodo— se verán desplazados por el surgimiento de un nuevo sujeto bifronte: el hombre de la muchedumbre.

## La masa, el instante, la moda

Martí es enormemente sensible a las señales de un mundo nuevo que emerge en las ciudades. El giro teórico lo consolidó Simmel en su trabajo «La metrópoli y la vida intelectual» (1903) cuando afirma tajantemente que la ciudad no es una entidad espacial con consecuencias sociológicas, sino una entidad sociológica que se forma espacialmente.<sup>49</sup> Esta perspectiva, que

integra sin disolver la interacción social territorializada en una suerte de organicismo etológico, tiene un hilo conductor, larvado pero sugerente, en el elenco de autores que, en la estela de Marx, Simmel y Weber, llegan a leer los espacios urbanos como poblados de significaciones y metamorfosis de sentidos en los que la cultura no es un mero epifenómeno.

La ciudad genera no sólo un repertorio nuevo de lugares, nudos, modos de edificar, sino también –en la medida en que todos esos nuevos signos necesitan ser integrados en una mirada que interprete y oriente– una fisonomía. Esta es una palabra testigo que aparece en los escritores del medio siglo XIX. El primero de ellos es, sin duda, Charles Baudelaire, el gran inspirador de las lecturas de la ciudad que emprenden Benjamin y los sociólogos de la cultura urbana de este siglo.

Pero el antecedente que Martí saluda, en numerosas ocasiones, en sus crónicas es uno de los primeros y más despiadados retratistas de la cultura elitista norteamericana: Edgard Allan Poe. La conexión Poe-Baudelaire no se le escapa a Martí en su semblanza de Edison, «cuya mirada se escapa como los felinos, parece que lleva escrito en la pupila un cuento de Edgar Poe o una estrofa de Charles Beaudelaire [*sic*]». <sup>50</sup> El antecedente de esta nueva temporalidad y del nuevo sujeto, leído por Martí, es el famoso cuento de Poe, «El hombre de la multitud», <sup>51</sup> en el que, por primera vez, siguiendo una rara intuición, el Poe nómada se sumerge en las ciudades de la primera industrialización norteamericana. <sup>52</sup> Lo llamativo de este breve relato es la perspicaz y temprana llamada –¡estamos en 1839!– sobre un mundo de nuevas capas sociales que se dan a la mirada y a la acción como un nuevo sujeto: la multitud. Este ente, un tanto amenazador, pide una actividad de discernimiento. <sup>53</sup> La fenomenología social que Poe recorre resulta interesante porque inicia una semiología de la vestimenta, de las actitudes y del uso de los espacios que no es complementaria al relato, sino su núcleo mismo. La figura del viejo vagabundo –*flâneur* para Baudelaire–, que día y noche está

en medio del paisaje urbano, le sirve para componer el nuevo sujeto sintomático: «Y cuando llegaron las sombras de la segunda noche, y yo me sentía cansado a morir, enfrenté al errabundo y me detuve, mirándolo fijamente a la cara. Sin reparar en mí, reanudó su solemne paso mientras yo, cesando de perseguirlo, me quedaba sumido en su contemplación. –Este viejo –dije por fin– representa el arquetipo y el genio del profundo crimen. Se niega a estar solo. *Es el hombre de la multitud*».<sup>54</sup>

Pero allí donde Poe detiene su apunte, poderoso y suscitador de inagotables comentarios, Baudelaire –traductor de Poe– va a tomar el material de su indagación, tanto en verso como en su excelente prosa crítica acerca de los eventos de la ciudad y de sus nuevas figuras. «Sería vano seguir a este hombre –concluye Poe– pues nada aprenderé sobre él y sus acciones. El peor corazón del mundo es un libro repelente [...] que no se deja leer». Este cierre literario del relato se ve contradicho por las indagaciones sobre la ciudad que siguen la estela de ese hombre de la multitud. Precisamente ahí, en lo que no se deja leer, porque no hay código para hacerlo, van a encontrar aliciente el propio Baudelaire y, sobre todo, Walter Benjamin en su *Passagenwerk*, en el que las figuras de los márgenes, los nuevos derrotados de la gran mutación, son el libro en el que se lee lo más importante: constituyen la nueva fisonomía de la ciudad que se erige no sobre un diseño pulcro e ilustrado, sino sobre los costos y las heridas de la llamada *modernización*.

Este antecedente del paisaje neoyorquino martiano es desarrollado en el contexto europeo por Baudelaire, cuyas caracterizaciones han llegado también al intenso huésped de Manhattan. La fisonomía baudeleraiana<sup>55</sup> arranca de la voluntad de «aplicar a la descripción de la vida moderna, más bien de *una* vida moderna y más abstracta, el procedimiento que A. Bertrand ha aplicado a la pintura de la vida antigua, tan extrañamente pintoresca [...]. Pero sobre todo de donde nace este ideal que me obsesiona es *de la frecuentación de las ciudades enormes, del cruce con sus innumerables relaciones*».<sup>56</sup>

Esta fisonomía que surge con una voluntad de rigor –es terminología anatómica, tiene antecedentes ilustres como Lavater<sup>57</sup>– se aplica como ideal del nuevo urbanista: la idea que el hombre se hace de lo bello –dice Baudelaire en su célebre proclama «Le peintre de la vie moderne»<sup>58</sup>– se imprime en todo el atuendo, arruga su ropa o la estira, redondea o afila el gesto, e incluso penetra sutilmente, a la larga, en los rasgos de su rostro.<sup>59</sup> Pero sobre todo sirve para hacer el inventario de los nuevos sujetos que son la guía de la mutación. La invitación de Baudelaire es a contemplar los seres misteriosos que viven «por así decir, de los detritos de las grandes ciudades». «Aquí tenemos al hombre encargado de recoger los residuos de una jornada de la capital. Todo lo que la gran ciudad arroja, todo lo que ha perdido, todo lo que ha desdeñado, todo lo que ha roto, él lo cataloga, lo colecciona. Compulsa los archivos del desorden, el *cafarnaum* de los excesos. Hace una selección, una elección inteligente, junta, como un avaro un tesoro, las basuras que, remachadas por la divinidad de la Industria, se convertirán en objetos de utilidad o de gozo».<sup>60</sup>

La formación de una serie de segmentos que no se dejan nombrar desde la estratificación del antiguo régimen es la primera consecuencia en el orden de la transformación de las identidades urbanas. Como vemos, es la nueva relación con el proceso de la economía, del consumo, la que marca estos perfiles. Ello no quiere decir que surjan, por primera vez, en la historia basureros, vagabundos, prostitutas o paseantes en corte. Lo que muestra el lector de Baudelaire que es Walter Benjamin, es que por primera vez estas figuras sociales expresan en sí la mediación del mercado, el carácter del fetichismo de la mercancía, que rige no sólo las transacciones económicas, sino toda relación social. «No le es dado a cualquiera darse un baño de multitudes: gozar de la muchedumbre es un arte; y sólo este puede dar, a expensas del género humano, un banquete de vitalidad a quien un hada ha insuflado en su cuna el gusto del travestismo y de la máscara, el odio del domicilio y la pasión del viaje».<sup>61</sup>

La atención por los márgenes supone, más que una mirada estetizante –que puede caber en lecturas superficiales de estos autores– una reflexión profunda sobre el modo de *segmentación social* que se opera en la ciudad protoconsumista. Este es el paso mayor que se anuncia en los últimos trabajos neoyorquinos de Martí: el tiempo del simulacro y la consagración del instante como tiempo propio de la cultura del consumo. En esta Nueva York que «todo lo olvida en un instante», se ve troquelado en su interior por otro tiempo: precisamente el del instante. El tiempo del progreso, de la producción que ha ido formando y decantando, en innumerables afanes y conflictos, las clases sociales que se enfrentan y se agrupan, deja paso a una nueva inmediatez. El mercado espectacular, las modas que no son sólo de vestimentas y, lo que es más fuerte, el simulacro, terminarán implantando una realidad que, por atractiva y poco a poco naturalizada, acabará teniendo un mayor poder domesticador. Con estas anotaciones en el margen de Martí, que evidentemente no hace teoría general del tiempo, pero da pie a una reflexión sobre la heterocronía de nuestra época, concluiré estas notas.

El fragmento que más impresiona en esta ferviente disposición de tiempos, estaciones, temporadas (incluidas las de las ferias y las óperas) que son las que no en vano se llaman *crónicas*, tal vez sea el de la escrita el 25 de abril de 1889.<sup>62</sup> En él aparece el diagnóstico más certero: «¡Todo lo olvida Nueva York en un instante!».

Hay que decir que la estofa menuda que le sirve de material alegórico a Martí tiene que ver con los avatares de una ciudad en la que hay obras en la vía, se muere el administrador de correos, hay incendios y un larguísimo etcétera que se prolonga en la totalidad de sus noticias. Lo que aquí se apunta está en consonancia con ese espacio urbano que Poe levantó y que marca un tiempo casi circular: no hay noche ni día como los de antes, no hay medición del tiempo, pese a que el de la producción –con sus estadísticas– se erige como imprescindible. Lo que hay es un eterno retorno de la mercancía. Se

podría decir, robándole la expresión a Deleuze,<sup>63</sup> un eterno retorno de lo diferente, puesto que es mandato del mercado renovar –o dar la impresión imaginaria de ello– todo lo que hay cada día.

Para ello hay dos mecanismos que esta cultura pone en marcha: la moda y el simulacro. La moda, porque cumple un proceso de domesticación inconsciente. El simulacro, porque instaura una nueva realidad que tiene un tiempo propio. El que Veblen llamó *ceremonial del consumo*. El de los rituales que Martí desmenuza.

Esta cualidad de disciplinar que tiene el nuevo tiempo del consumo, la consagración del instante, es señalada con precisión por Louis Aragon en su célebre *Le paysan de Paris*, publicado en 1925. Cito un pasaje un poco amplio porque en él se prueba una idea que antes lancé: que los emergentes que Martí, entre otros pioneros, levanta, encuentran su sedimentación cultural más rotunda en el período de entreguerras. «No nos engañemos. Esta esencia de lo absoluto es propagada por los amigos del orden establecido. Con el beneplácito de las mismas autoridades lo distribuyen clandestinamente ya sea en forma de libros o de poemas. Es la excusa ingenua de la literatura lo que les permite ofrecerte este fermento destructivo y hace ya tiempo que su utilización se ha convertido en algo universal [...], líate la manta a la cabeza y compra, compra, compra la condenación de tu alma; finalmente estarás perdido; porque aquí reside el mecanismo para poner patas arriba tu alma. Líate la manta a la cabeza, porque aquí comienza el reino de lo instantáneo».<sup>64</sup>

Esta referencia, más allá de consagrar moralistamente escasez alguna o de postular una necesidad de desprendimiento inexplicable, es relevante, a mi entender, porque vincula muy claramente dos valores que aquí recorreremos: la circularidad y la autorreferencialidad del escenario del consumo. Condenado a renovarse cada día, a hacer nuevas todas las cosas cada mañana, so pena de perder capacidad de fascinación, el universo del consumo clausura así su perfil y muestra su límite, aque-

llo que no confiesa en ninguna de las manifestaciones de seducción publicitaria o supuestamente racionalizadoras, incluidos los argumentos microeconómicos del preferidor individual.

Martí recorre en numerosas viñetas la presencia de las modas como indicadores de estatus, e incluso de lo que está de moda. Uno de los más apreciados, a mi juicio, es el de la crónica del febrero de 1888, precisamente porque en él se arraciman el sentido de la representación de las nuevas clases y la conciencia de lo efímero del mercado. Además de la extrañeza que a él mismo le causa justificar su atención a tanto detalle aparentemente banal: «Pero ¿quién pensaba en esto, a no ser algún observador convencido de la necesidad de estudiar las raíces de las cosas, al detenerse, llegado el turno en aquel pueblo de carruajes, ante el camino entoldado y alfombrado que lleva a las damas del estribo del coche a la entrada del palacio? Algunas, aunque pocas, vienen de sombrero. Otras, que llegan a pie, traen el calzado fuerte, y las zapatillas de baile en la mano, envueltas en papel de China. A su vestuario los hombres, donde les atienden criados de librea; a la sala de billar las señoras, que es su vestuario, desde cuyas puertas abiertas, sin más guardián que dos pajes que reparten la tarjeta de baile, divisan los caballeros impacientes una animada escena: deja caer una beldad de la espalda desnuda su talma de armiño: una camarera arrodillada descalza las botas “de sentido común” a la dama que vino con ellas por temor al frío: una se empolva el cabello, otra saca de su caja redonda de marfil un abanico japonés, otra cambia diez veces de puesto un lunar».<sup>65</sup>

Estas maneras que Veblen lleva a teoría, son consideradas por Martí como «estudiar las raíces de las cosas». El estilo emergente de la moda, que marca una nueva mentalidad y se da como ficción de una nobleza que no existe. Esa es la reflexión que años más tarde, en el contexto europeo, dará para la reflexión de Simmel en un retrato inmarcesible de las señales que ya apuntaban en el Nueva York de finales del XIX: «El predominio que la moda adquiere en la cultura actual —penetrando en territorios hasta ahora intactos, y en los ya poseí-

dos intensificándose, es decir intensificando el *tempo* de su variación— es puramente concreción de un rasgo psicológico propio de nuestra edad. Nuestra rítmica interna exige que el cambio de las impresiones se verifique en períodos cada vez más cortos. O, dicho de otro modo: el acento de cada estímulo o placer se transfiere de su centro sustancial a su comienzo o su término. Comienza esto a vislumbrarse en los síntomas más nimios; por ejemplo en la sustitución, cada vez más generalizada, de los cigarros por los cigarrillos; se revela en la manía de viajar que sacude la vida del año en el mayor número posible de períodos breves, con la acentuación de las despedidas y los recibimientos. Es específico de la vida moderna un *tempo* impaciente, el cual indica, no sólo el ansia de rápida mutación en los contenidos cualitativos de la vida, sino el vigor cobrado por el atractivo formal de cuanto es límite, del comienzo y del fin, del llegar y del irse. El caso más compendioso de este linaje es la moda, que, por su juego entre la tendencia a una expansión total y el aniquilamiento de su propio sentido que esta expansión acarrea, adquiere el atractivo peculiar de los límites y extremos, el atractivo de un comienzo y un fin simultáneos, de la novedad y, al mismo tiempo, de la caducidad [...]. Su cuestión no es “ser o no ser”, sino que es ella a un tiempo ser y no ser, está siempre en la divisoria de las aguas que van a lo pasado y a lo futuro y, merced a ello, nos proporciona durante su vigencia una sensación de actualidad más fuerte que casi todas las demás cosas». <sup>66</sup>

Esta ambivalencia desemboca en la generalización que Simmel hace del fenómeno de la moda. Lo realmente importante es que crea un nuevo tiempo social. La moda inventa el instante. «Por esto, entre las causas del predominio enorme de que hoy goza la moda, es una creciente pérdida de fuerza que han experimentado las grandes convicciones, duraderas e incuestionables. Queda el campo libre para los elementos tornadizos y fugaces de la vida. El rompimiento con el pasado en que la humanidad civilizada se ocupa sin descanso desde hace un siglo, aguza más y más nuestra conciencia para la actualidad. Esta acentuación del presente es, sin duda, una

simultánea acentuación de lo variable, del cambio, y en la misma medida en que una clase es portadora de la susodicha tendencia cultural, se entregará a la moda en todos los órdenes, no sólo en la vestimenta».<sup>67</sup>

La moda es un simulacro, pues nada de lo natural o de lo producido tiene que ver con ella. La moda vestimentaria es también alegoría de ese otro proceso más profundo y silencioso: la conversión en mercancía de lo simulado. Para el itinerario de Martí, bastaría un ejemplo apasionante y estruendoso: la crónica sobre el circo de Buffalo Bill (junio de 1884). Ese Nueva York que «distrae sus alarmas y pesares con bailes, fiestas extrañas y novedades estupendas», asiste a una ficción que será modelo de todo espectáculo del consumo que se pretenda en el futuro. Lo que ocurre es que Martí, con destello de genialidad, mira desde las bambalinas: en este circo se persiguen, a tanto la entrada, los mismos vaqueros y los mismos indios que no mucho antes lo hacían en las praderas del Oeste. La diferencia es que eso ahora es un simulacro. Todos lo saben, pero entran gozosos en el ritual, con la venia del mercado.

La rueda del mercado está representada en los caminadores incesantes que, en la pista del hipódromo de Madison (28 de abril de 1884), serán temprana alegoría de la llamada *industria del deporte* (otro simulacro) o, salvadas las distancias, de la nueva alegoría de la rueda del consumo: las incesantes pasarelas de la moda.

## Colofón de ida y vuelta

*Duerme mal, el espíritu despierto.*

Seguramente sigue siendo instancia que interpela la vigilancia visionaria de Martí. Es posible aprender de esa manera de acercarse a los fenómenos de la nueva sociedad que, en su

pujanza, pone las semillas de la exclusión. Que domestica seduciendo.

Es cierto que el Martí político es el más grande, el más granado. Pero también está el Martí de la crítica de lo cotidiano, el que se pone como escritor de urgencia, como reportero, para dar testimonio de las nuevas señales. Este repertorio poderoso de acontecimientos fundantes que marcan el paisaje urbano del Nueva York que se prepara para ser cabeza del imperialismo y, al mismo tiempo, raro crisol de sueños y proyectos de los migrantes. Escaparate de la riqueza y barra natural de la exclusión para los más.

Lo importante es la enorme lección que articula en sus escritos, la que fue llamada *década fecunda* para su proyecto político y la emancipación de Cuba, es evidente. Pero también para un modo de analizar lo banal, que habría de esperar al fin de siglo para convertirse en doctrina y no mera sensibilidad.

Hacia 1900, como es sabido, se arraciman las obras visionarias. Entre otras, *La teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen, donde la América que Martí desmenuza encuentra una lectura tan cabal como desmesurada es su entraña; pero también *La interpretación de los sueños*, que posibilitó otra mirada de ver el revés de lo cotidiano. La utilidad se ve desplazada por el valor social del despilfarro, la necesidad se codea con y se envuelve en el lenguaje de la ensoñación. Las clases sociales que se constituyen en la confrontación, las nuevas formas de identidad nacional, de género, de edad se ven amenazadas por un nuevo sujeto proteico y peligroso que es la masa. Como el delicado visionario Walter Benjamin pronostica del *flâneur* —el girovagante de la gran ciudad dispuesta como escenario del consumo espectacular— este se convertirá en un nuevo tipo de sujeto que hará de comparsa en los vaivenes de los nacionalismos europeos de las dos guerras mundiales.

Entre el instante como enajenación que cuaja en la sensibilidad del fin de siglo y la moda como dictamen de pertenencia a la esencia de la sociedad no articulada (el individuo y la masa serán sus dos polos, sustantivados, abstractos, sin mediación).

nes concretas), Martí despliega una sensibilidad que mira más allá de las semillas del tiempo. Es capaz de entrever en el acontecimiento la mutación que traerá nuevo cierre, nueva institución: la de un mundo industrial que desarrolla y a la vez pone barreras.

De este modo, aun contando con las peculiaridades del itinerario de lo que me estoy atreviendo a llamar *el bazar americano*, hay también una reflexión de ida y vuelta. La que va de las formas no sólo neoyorquinas de la época, sino de los primeros grandes almacenes (*El Encanto de La Habana, Fin de Siglo*) que prendieron –no sé si paradójica o lógicamente– en los proyectos de los grandes almacenes madrileños de la década del treinta del siglo xx. Del encanto al desencanto podemos ir, si no hacemos memoria común. Como Foucault enseñó, también cabe una exploración crítica de las instituciones de lo cotidiano, aquellas que crecen en los márgenes de las rutinariamente llamadas *corrientes principales*. Este es un momento en el que los medios de formación de masas mundiales producen un efecto, no sé si premeditado o inadvertido en su extensión: la dificultad de preservar las historias peculiares. Las historias que articulan y dan peso a la dinámica de la Historia, a la que la razón posmoderna ha intentado poner en una suspensión de su contundencia. Como quiera que sea, la memoria implica también –como sabían aquellos estudiosos del folclor (el saber de los pueblos)– que en los tiempos en que Martí pasaba ya al patrimonio común de la conciencia libertaria, la atención a la memoria de las cosas puede ser ocasión de autorreconocimiento y, por tanto, de mejora moral, de autopoiesis.

La cautela de Martí es que, en su tensión ética, entiende –dice en el *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*– que «el sueño es culpa, mientras falta algo por hacer: es una desertión». Se trata de no adormecerse. No dormir para poder no olvidar que –como Freud vio, y como Ernst Bloch destacó, más cerca de nuestro momento– el ensueño es realización anticipada,

en jeroglífico, de un deseo. Esa mirada vivaz sobre el deseo de los nuevos urbanistas *yankees* y migrantes que Martí retrata con pasión y minucia, para mostrar que ese proceso mismo no es inefable ni individual: que está arraigada en la misma construcción de la cultura.

Esta es la enorme síntesis que agolpa en el célebre ensayo, que ya es canción, y que quizás podemos releer ahora como una despedida del mundo que iba a remover, y señalamiento de un eje de conflicto entre lo creador y el escenario fascinante y tremendo de la ciudad: «Éramos una visión con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio mudo nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura».<sup>68</sup>

A ella, a la cultura en sus formaciones espectaculares, domesticadoras, es posible enfrentarse mostrando su revés, su proceso de distorsión. Como el psicoanalista zuriqués Mario Erdheim advierte, es posible evitar caer en una lectura puramente estética de las crisis, en una fenomenología fruitiva de lo que son señales que vienen del corazón de los conflictos.<sup>69</sup>

Así, pese a que la llamada *cultura del consumo* se basa en el olvido y en la fantasmagoría de una renovación permanente de lo mismo, cabe sacar lección de este modo de mirar: nada olvidamos de instante en instante.

<sup>1</sup> Las referencias están espigadas de los cuatro tomos que abarcan la década de 1883 a 1893, año de la Exposición Universal de Chicago. En la edición de sus obras, son los que llevan el acápite «En Estados Unidos». José Martí. *Obras completas*, t. 9-12, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963, ambos inclusive.

- <sup>2</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 9, pp. 15 y ss.
- <sup>3</sup> *Id.*, t. 5, p. 250. Recojo esta cita en Varios. *José Martí. Obra y vida. Monográfico de poesía*, Ministerio de Cultura, Ediciones Siruela, Madrid, 1995.
- <sup>4</sup> La idea de estas notas vino en la recopilación de materiales para mi trabajo *La fábula del bazar: orígenes de la cultura del consumo*, Machado Libros, Madrid, 2002. En él me he ceñido al contexto europeo desde el Marx del fetichismo de la mercancía hasta el período de entreguerras. Anotar fragmentos martianos ahora es fruto de un descubrimiento, en mí lamentablemente tardío, y por ello un tanto azacaneado, lo que exige dos acotaciones para conjurar otros dos riesgos: mi pretensión es decir algo sobre el contexto, o mejor el contrapunto, europeo de Martí y no dar luz nueva alguna sobre su estudiadísima obra (en este caso equivaldría, como dice el refrán español, a «querer llevar hierro a Bilbao»); la segunda acotación es el radical carácter de mero apunte que esto tiene. Aprovecho para agradecer a Jorge Luis Acanda su invitación, su paciencia y su conversación siempre lúcida.
- <sup>5</sup> Uno de los trabajos más recientes, en esta línea, es la selección que, con el título *José Martí y el equilibrio del mundo*, acaba de publicar el Fondo de Cultura Económica, edición prologada por Armando Hart y selección y notas del Centro de Estudios Martianos de La Habana, México, 2000.
- <sup>6</sup> Roland Barthes nos proporciona una pista para describir este fenómeno: entendi que la escritura se forma en la dialéctica del estilo (lo significativo del mundo interior, biográfico, corporal incluso del escritor) y de la lengua (como repertorio de sentidos socialmente instituidos). Esta vieja noción apareció en su temprano trabajo *El grado cero de la escritura*, Seuil, París, 1965.
- <sup>7</sup> Pueden verse las muestras de este proceso en las cartas a Miguel Viondi (Santander, 13 de octubre de 1879; Madrid, 29 de noviembre del mismo año) y los relatos de las calles (muy del tipo de los apuntes de *El rastro* de Ramón Gómez de la Serna), incluso una velada de flamenco de gran precisión documental; en Varios. *José Martí. Obra y vida. Op. cit.*, pp. 60 y ss.
- <sup>8</sup> Enrique José Varona. «Discurso pronunciado en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, 14 de marzo de 1896», en *José Martí y el equilibrio del mundo. Op. cit.*, p. 49.
- <sup>9</sup> *Id.*, p. 48.
- <sup>10</sup> *Id.*, p. 52.
- <sup>11</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, p. 105.
- <sup>12</sup> *Id.*, t. 11, p. 183. La cursiva es nuestra.
- <sup>13</sup> *Id.*, p. 99.
- <sup>14</sup> *Id.*, p. 79.
- <sup>15</sup> Thorstein Veblen. *Teoría de la clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974. Cotejar los hallazgos de este certero crítico de la opulencia norteamericana con las crónicas de Martí merecería un trabajo monográfico, precisamente por la proximidad de muchas de sus perspectivas; sobre todo, que el consumo de las élites marca una pauta de *representación de las identidades de estatus*, como nunca antes.

- <sup>16</sup> Hay una excelente recopilación crítica en Rafael Hernández (comp.). *Mirar el Niágara. Huellas culturales entre Cuba y Estados Unidos*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2000.
- <sup>17</sup> Por la documentación de que disponemos, vemos que hay un antecedente, la propia Feria Mundial de Nueva York (1853-1854) dedicada a los Works of Industry of all Nations. Una síntesis cuidada es la elaborada por el profesor Jacques Bertrand, de la Universidad de Quebec. Una bibliografía muy completa de las exposiciones universales es la *International Exhibitions, Expositions Universelles and World Fairs, 1851-1951. A Bibliography*, a cargo de A. Geppert, J. Coffey y T. Lau, Universidades de Florencia, Fresno y Cottbus, disponible también en internet.
- <sup>18</sup> Walter Benjamin. «Das Passagen Werk», en *Gessamelte Briefe*, v. VI a y b, Surhrkamp, Frankfurt, 1995.
- <sup>19</sup> Entre las muchas innovaciones que traen las exposiciones universales están las de tipo científico: Quételet convoca este mismo año de 1853 el Primer Congreso Internacional de Estadística a partir de los datos de la Expo de Londres 1851, así como en 1895 se desarrolla la Convención Internacional del Metro, en París. Los sistemas de medida y de cuantificación de los comportamientos sociales serán patrimonio y método de control en el capitalismo de producción. Véase a este respecto el interesante trabajo de Jesús Ibáñez. *Más allá de la sociología: el grupo de discusión*, Siglo XXI, Madrid, 1983.
- <sup>20</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, pp. 99-115.
- <sup>21</sup> Londres (1851) tuvo seis millones; París (1867), 6 800 000; Viena (1873), más de siete.
- <sup>22</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, p. 208.
- <sup>23</sup> *Id.*, p. 307.
- <sup>24</sup> *Id.*, t. 12, p. 506.
- <sup>25</sup> *Id.*, p. 383.
- <sup>26</sup> La rivalidad que apunta Martí da lugar a una «tornaferia», el invierno siguiente, en San Francisco, en la que se ensaya la iluminación eléctrica.
- <sup>27</sup> Retomo elementos de mi trabajo *La fábula del bazar: orígenes de la cultura del consumo. Op. cit.*, cap. 2.
- <sup>28</sup> El espectáculo mayor, además de las mercancías y obras de arte, fueron, sin duda, las propias masas. Entre el 1 de mayo y el 11 de octubre pasaban alrededor de cincuenta mil personas diarias por el recinto, con picos de más de cien mil –concretamente 109 915 el martes 7 de octubre– a partir del verano. Este espacio, cerrado luego y destruido el palacio, dio origen a una réplica en Sydenham, en el sur de Londres, con un recinto mayor y un gigantesco palacio de cristal que contenía escenarios mucho más exóticos que el primero. Véase J. Auerbach. *The Great Exhibition. A Nation on Display*, Yale University Press, Boston, 1999, pp. 148 y ss.

- <sup>29</sup> La Asociación Internacional de Trabajadores data de 1862, fecha de la Segunda Exposición Universal de Londres. Allí hablaron los trabajadores ingleses y franceses para mutuo esclarecimiento. En la de París de 1867 piden unánimemente el desarme. Véase Walter Benjamin. *Op. cit.* Con todo, esta tesis –la de la fundación de la AIT en Londres 1862– es matizada diciendo que se trata de «una visita dotada de una gran significación». De hecho asisten 759 trabajadores elegidos como representantes.
- <sup>30</sup> Frank Hessel. *Ein Flâneur in Berlin*, Das Arsenal, 1984, p. 27. Redición de la obra *Spazieren in Berlin*, de 1929.
- <sup>31</sup> Walter Benjamin. *Op. cit.*
- <sup>32</sup> Walter Benjamin. «Las exposiciones de industria como esquema secreto de construcción de los museos. El arte: productos de la industria proyectados en el pasado», *Das Passagen Werk. Op. cit.*
- <sup>33</sup> La institución del café como escenario de la nueva sociedad requeriría un tratamiento monográfico. Una buena caracterización es la obra clásica de Robert Burnand. *La vie quotidienne en France en 1830*, Hachette, París, 1943. Enumera los del Palais-Royal, el Café des Quatre Colonnes, el de la Rénaissance, en la Plaza de la Bolsa, por el que desfila todo París, el Café des Ambassadeurs en los Campos Elíseos. A esto añade un análisis temprano de los cambios en la moda. Véase pp. 135 y ss. y el capítulo v, «Couturières et tailleurs».
- <sup>34</sup> Véase K. Hetherington. *The Badlands of Modernity: Heterotopia and Social Order*, Routledge, Londres, 1997, pp. 19 y 20.
- <sup>35</sup> C. Baudelot, R. Establet y J. Malemort en *La petite bourgeoisie en France* (Masperó, París, 1981, pp. 25 y 26) centran en el paso del taller a la tienda moderna la mutación originaria del protoconsumo y la consiguiente génesis de la pequeña burguesía contemporánea.
- <sup>36</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 9, p. 45.
- <sup>37</sup> Karl Marx. «El carácter fetichista de la mercancía y su secreto», *El capital. Crítica de la economía política*, v. I, Ed. de Pedro Scaron. Siglo XXI, pp. 87-91.
- <sup>38</sup> Gideon. «Bauen in Frankreich», citado por Walter Benjamin. *Op. cit.*
- <sup>39</sup> Walter Benjamin. *Op. cit.*
- <sup>40</sup> Clin Matthew, *The Nineteenth Century*, Oxford University Press, 2000; especialmente el capítulo titulado «Consumption and Recreation», pp. 56 y ss.
- <sup>41</sup> *Le Palais de Cristal ou les Parisiens à Londres*, obra estrenada en París el 26 de mayo de 1851, en Walter Benjamin. *Op. cit.*
- <sup>42</sup> Eric Hobsbawm. *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 241 y ss.
- <sup>43</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 9, pp. 277 y ss.
- <sup>44</sup> *Id.*, t. 10, p. 393.
- <sup>45</sup> *Id.*, t. 12, p. 386.
- <sup>46</sup> *Id.*, t. 11, p. 184.
- <sup>47</sup> Son tantas las referencias a los grupos étnicos de los norteamericanos originarios –los «indios»– que Martí recoge, que no sabría cuál elegir ahora. Uno

de los más centrales es la crónica del 3 de enero de 1887, con motivo de la ley de ciudadanía de los indios.

<sup>48</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, p. 135.

<sup>49</sup> Georg Simmel. «La metrópoli y la vida intelectual», *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona, 1986. Véase también David Frisby. *Sociological Impressionism. An Reassessment of Georg Simmel's Social Theory*, Heineman, Londres, 1881, cap. 3.

<sup>50</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, p. 165.

<sup>51</sup> Edgar A. Poe. «El hombre de la multitud», *Cuentos I* (versión de Julio Cortázar), Alianza Editorial, Madrid, 1980, pp. 246 y ss.

<sup>52</sup> Sobre la condición nómada de Poe —que transita de sur a norte a través de las ciudades: Richmond, Charlottesville, Baltimore, Filadelfia, Lowell, Boston, sin olvidar Nueva York y Washington y, en interesante correlación, transita también por las diversas capas sociales— véase el excelente ensayo de Georges Walter. *Poe*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1995. La figura del artista como *gentlemen of elegant leisure* anuncia el sujeto del consumo conspicuo de Thorstein Veblen.

<sup>53</sup> «Al acercarse la noche, la afluencia aumentó, y cuando se encendieron las lámparas pudo verse una doble y continua corriente de transeúntes pasando presurosos ante la puerta. Nunca me había hallado a esa hora en el café, y el tumultuoso mar de cabezas humanas me llenó de una emoción deliciosamente nueva [...]. Miraba a los viandantes en masa y pensaba en ellos desde el punto de vista de su relación colectiva. Pronto, sin embargo, pasé a los detalles, examinando con minucioso interés las innumerables variedades de figuras, vestimentas, apariencias, actitudes, rostros y expresiones» (Edgar A. Poe. *Op. cit.*, p. 247).

<sup>54</sup> *Id.*, p. 256. Cursiva de Poe.

<sup>55</sup> Por dar una muestra, en *Spleen de Paris*, aparecen referencias; en VI, «Chacun sa chimère»: «Caminaban con la fisonomía resignada de quienes están condenados esperar siempre»; IX, «Le mauvais vitrier»: «Porque esta fisonomía le resultaba irresistiblemente simpática»; X, «À une heure du matin»: «¡Por fin la tiranía del rostro humano ha desaparecido y no sufriré más que por mí mismo!», Charles Baudelaire. *Spleen de Paris, Oeuvres complètes*, Ed. Robert Laffont, París, 1980, pp. 165-170.

<sup>56</sup> Charles Baudelaire, carta (circa 1860) a Arsène Housaye, director del diario *La Presse*. Prólogo a su *Spleen de Paris*. *Op. cit.*, p. 161.

<sup>57</sup> Charles Baudelaire. «Los signos fisiognomónicos serían infalibles si los conociéramos todos y bien», en «Choix de Maximes consolantes sur l'amour», *Oeuvres complètes*. *Op. cit.*, p. 313. Véase el excelente trabajo de Julio Caro Baroja. *La cara, espejo del alma. Historia de la fisiognómica*, Círculo de Lectores, 1987, p. 244. «Tampoco es fácil determinar hasta qué grado la expresión de los hombres y mujeres de nuestros días ha experimentado (o está experimentando) cambios sustanciales a causa de factores relacionables con el desarrollo del maquinismo, de una técnica que produce más ruidos, más

olores, más velocidades forzosas de movimiento, más agresividad en unos y más temor en otros».

<sup>58</sup> Charles Baudelaire. «Le peintre de la vie moderne», *Oeuvres complètes. Op. cit.*, p. 790.

<sup>59</sup> Honoré de Balzac, que merecería un recorrido detallado por sus visiones de las ciudades, compuso una «Théorie de la démarche», en *Dime cómo nadas, te drogas, vistas y comes... y te diré quién eres*, Tusquets, Barcelona, 1998, p. 47. Es un gracioso manual –además de un magnífico documento– del fisonomista urbano. Comienza precisamente con esta sentencia: «La manera de andar es la fisonomía del cuerpo».

<sup>60</sup> Charles Baudelaire. «Du vin et du hachisch», *Oeuvres complètes. Op. cit.*, p. 218.

<sup>61</sup> Charles Baudelaire. «Les foutes», *Spleen de Paris*, cap. XII. *Op. cit.*, p. 170.

<sup>62</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, p. 203.

<sup>63</sup> J. Deleuze. *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 1980.

<sup>64</sup> Recogido en R. Durgnat. *Luis Buñuel*, Fudamentos, Madrid, 1973. Cita liminar.

<sup>65</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 11, pp. 393 y ss.

<sup>66</sup> Georg Simmel. «Filosofía de la moda», *Cultura femenina y otros ensayos* (trad. de E. Imaz, J. Pérez Bances, M. G<sup>a</sup> Morente y E. Vela), Austral, Buenos Aires, 1938.

<sup>67</sup> *Id.*

<sup>68</sup> José Martí. *Op. cit.*, t. 6, p. 19.

<sup>69</sup> Mario Erdheim. *Die gesellschaftliche Produktion von Unbewusstheit*, Suhrkamp, Frankfurt, 1984, pp. 109 y ss. Nos ayuda a ver la importancia que en la Viena de fin de siglo, pero también en la crítica de la cultura actual tiene la denegación esteticista de la realidad.

# Catástrofe y descripción en una Escena Norteamericana martiana

*Salvador Arias*

El 31 de mayo de 1889 una terrible inundación azotó al pequeño pueblo de Johnstown, situado en los montes Alleghanys, en el estado de Pensilvania. La rotura de un dique que contenía las aguas de una presa, debido a torrenciales lluvias ocurridas en las montañas, hizo que una gigantesca ola arrasara el valle donde estaban esa ciudad y otras pequeñas villas, destruyendo todo lo que encontró a su paso. El desastre costó más de dos mil doscientas vidas, y de ellas 777 quedaron sin identificar nunca. Las pérdidas materiales alcanzaron los diez millones de dólares. Nueve días después José Martí se dedicó a contar el suceso en una de las Escenas Norteamericanas que enviaba al periódico *La Nación* de Buenos Aires.<sup>1</sup>

Como era usual en él, se informó primero bien sobre el asunto, cosa que no le debe haber sido difícil, por la amplia cobertura que la tragedia recibió en la prensa, según se colige del propio texto martiano. Aquí, a diferencia de otras Escenas Norteamericanas, en las que agrupaba y sintetizaba numerosas y variadas noticias bajo un denominador común, el proceso fue el inverso, y el hecho de la inundación se expandió por toda la crónica, tal como correspondía a su magnitud.<sup>2</sup>

Esa magnitud del hecho lo llevó a enmarcar el texto dentro de un pensamiento filosófico trascendente, que colocaba al hombre frente a las fuerzas naturales desencadenadas. El

hombre así quedaba empequeñecido, pero no impotente, ante esa naturaleza casi deificada, siempre dispuesto a emprender de nuevo la lucha, en su empeño por lograr una armonía universal, sobreponiéndose a las grandes catástrofes. Esta idea, que se encuentra tantas veces en Martí y muy señaladamente en sus *Versos libres*, domina toda la crónica, aunque sólo se manifieste expresamente en dos ocasiones.<sup>3</sup>

La primera, al final de la exposición del hecho que cuenta, terminando el segundo párrafo del texto, para introducir al lector dentro del tono apocalíptico en el que desarrollará la catástrofe: «Se baja la cabeza, como si pasase la cólera invisible. ¿Qué son los afanes del hombre ante las fuerzas animadas del mundo? Se va arrodillado aunque parezca que se va de pie. Las hormigas parecen gigantes. Un orgulloso es un imbécil».

La ubicación del hombre como un ser ínfimo en el universo parece implacable, pero aquí no sólo da el tono tremendo que requieren las descripciones que siguen, sino que deja sentada una premisa, cuyo corolario enlazará con el final del texto, la otra ocasión cuando el tema general (especie de superobjetivo) aparece explícitamente: «La vida es un deber y en otra parte se entenderá lo que no se puede entender aquí: la tierra renace, y el hombre renace: cuando un sol se apaga en el cielo, se enciende otro sol: nada muere sino para el que olvida, y el que puede olvidar, merece ver a los suyos morir. Un hombre que tiene un muerto debajo de la tierra, ha de ser bueno, para no avergonzar al muerto. Los que no podemos explicar el mundo, debemos acatarlo. Mi hijo se me murió en la inundación: mi hijo, hijo de mi alma. Mi hijo subió volando de la inundación, y está vivo en mi alma. Lo que hay que hacer aquí es preguntar si vamos a reconstruir la ferrería de Cambria. ¡Y vamos!»<sup>4</sup>

Debe precisarse que las palabras anteriores las pronuncia un trabajador como oración en un púlpito de tierra removida, a pleno cielo, el domingo siguiente a la inundación. Y que la gente lo escucha de pie, «con la cabeza baja cuando le habla-

ban del horror, irguiendo la cabeza, como el caballo de pelear, cuando le hablaban de repararlo». Esto enlaza con el comienzo mismo de la crónica, cuando se pinta el domingo feliz, antes de la tragedia, en Johnstown, con sus iglesias –la católica, la episcopal, la presbiteriana, la anabaptista– compitiendo en la altura de sus torres. Esas mismas iglesias, que después, «arrolladas» por la ola terrible, «venían dando tumbos, una con un funeral, otra con unas bodas». Tras la ola, «de una iglesia salen cincuenta [muertos]».

En un momento Martí se detiene en el caso de una madre que pone a su quinto hijo en una balsa en la que ella no cabe. «¿Y cuidará ahora Dios de mí?», le pregunta el niño. Y Martí responde categórico: «¡No! ¡Dios no cuidó!». Otro ejemplo es aún más directo: «Una mujer viene ojeando de cara en cara: “¡Oh, lo que yo lo quería! ¡oh, mi buen marido! ¡cura que me engañaste, dónde está Dios ahora! ¿Conque tu iglesia está asegurada? ¿Si crees tanto en Dios, por qué aseguras tu iglesia? ¿Yo te pago lo que quieras, cura, por una póliza del cielo para el alma de mi marido!”». Si el tema central es el hombre frente a Dios-Naturaleza, es evidente que los intermediarios –léase iglesias convencionales– no son estrictamente necesarios. De allí la grandeza épico-cósmica del final ya mencionado, con la oración al aire libre del trabajador que perdió a su hijo.

## II

Martí tenía la facilidad de organizar sus crónicas en una forma que ha de creerse instintiva, porque estos artículos periodísticos escritos a vuelapluma, con la premura del envío regular, no le permitían obviamente largas y cuidadosas preparaciones sobre temas particulares que no fuesen las provenientes de su amplia formación cultural. Pero cuando abordaba un tema cualquiera, todas las partes se iban ordenando, engarzando unas en otras con precisión artística y coherencia ideológica, para conseguir los efectos, nunca gratuitos ni frívolos, que se proponía. En fecha bastante cercana a la redacción de la crónica que analizamos, comentando un libro de

autor argentino, Martí expresaba: «Rara vez usa Piaggio de la imaginación para invenciones, que es su empleo vano y censurable, sino para componer las partes de su trabajo, de modo que no choquen, sino que se ayuden a brillar, o para que lo real se vea mejor en un símbolo». <sup>5</sup> Esta crónica martiana que comentamos es un ejemplo de lo anterior. Todo lo que cuenta se supone real (aunque por supuesto, también utiliza la imaginación para darle más fuerza a ciertas anécdotas basadas en hechos leídos), pero la imaginación la utiliza, sobre todo, para componer las partes y darle valor simbólico a ciertos elementos, que refuerzan la idea central, ayudan a darle unidad al texto y elevan lo contado a un plano de mayor trascendencia ética-estética.

Aunque Martí habló en una ocasión más bien despectivamente de los «motivos» («Los motivos, los abominables y ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música» <sup>6</sup>), en sus Escenas Norteamericanas utiliza una técnica muy similar al *leitmotiv* que por su época preconizaba un autor operático que bien conocía: Richard Wagner. Y en Martí, esos «motivos conductores» van adquiriendo valor de símbolos. Ya señalamos el caso en el párrafo inicial de la crónica, de los orgullosos templos arrasados por la inundación. Como contraposición a ellos expresaba entonces: «No era la iglesia el edificio mejor, sino la biblioteca de los artesanos, con sus salones cómodos y apetecibles, la escalera ancha, y los muros de piedra». Y el penúltimo párrafo de la crónica termina con la frase: «Ya han limpiado de escombros la biblioteca de los obreros, que no se vino abajo».

Este tema señalado del *obrero*, bien y repetidas veces presentado desde el comienzo, tiene un sensible recordatorio en la parte central del texto, cuando al remover el ramaje «descubren, con las manos en cruz y el sombrero de paja en la cabeza, a la hija del pueblo, la gracia del valle, a Catalina la obrera, que iba por las casas comiendo los dulces y alegrando los corazones; no la quieren poner, no, en la litera, sino en un ataúd nuevo, y se la llevan en hombros». Personalmente, sien-

to un hálito lírico y un ritmo específico (incluso una tendencia octosilábica) en esta descripción, en la cual pudiéramos encontrar ecos no muy lejanos de «La niña de Guatemala». Otros elementos que adquieren valor simbólico, esta vez ambivalentes, son los *ferrocarriles*, destructores en un momento pero salvadores después, y el *puente*, en donde se concentran cosas terribles, pero por donde vendrá también el socorro.

Al centrarse en un solo hecho, pero visto desde distintos enfoques, Martí hará un uso abundante de la descripción a través de la crónica. La narración como forma elocutiva pierde presencia porque, como ya hemos visto, Martí además pone reiteradamente a hablar en primera persona a los actores de esta gran tragedia real, con lo que alcanza un particular efecto dramático –aunque no superior al que consigue con las descripciones–, que por cierto, parece haberlo animado también a poner a hablar a los personajes en primera persona, como efecto dramático, en la segunda parte de su versión de un poema de Helen Hunt Jackson, el bien conocido «Los dos príncipes», que compone paralelamente con esta crónica.<sup>7</sup>

En el primer párrafo de la crónica nos había descrito la vida feliz que llevaba el pueblo antes de la inundación, sobre todo un domingo. Que continúa en el segundo párrafo, donde a continuación narra sucintamente la tragedia ocurrida, para culminar con las frases apocalípticas que ya señalé. Después, narra cómo el país se ha movilizó para ayudar a reconstruir a Johnstown. Aquí llega, apenas poco después de la primera página, al límite temporal del hecho que cuenta. El final de la crónica, siete páginas después, no irá más allá de ese momento, sino que termina antes. Martí explica que para la ayuda de los damnificados se recogen dos millones de dólares «en ocho días», que son los que han transcurrido entre la catástrofe y el instante en que escribe. Después volverá en dos ocasiones al comienzo de la inundación para narrarla desde distintos ángulos. Y luego detenerse, haciendo hincapié en ciertos detalles relevantes, en la descripción, no menos impactante, de lo que dejó a su paso la ola terrible, y la dramática desolación de los cuatro primeros días después de la catástrofe.

Aunque Martí coloca el hecho en el plano «hombre frente a la naturaleza», deja bien claro también que los culpables directos de la magnitud del desastre son los miembros «del club de magnates que mantenían el lago para su placer de pescar, y le cerraron las compuertas para que no se escapasen los peces», los mismos que ahora «miran de entre la fronda, turbados como criminales, el dique roto y el lago vacío».

### III

La descripción como forma elocutiva predomina en todo el texto, pero lo que admira en Martí es la maestría con que utiliza variadísimos recursos para ajustarlos a los requisitos de hechos contrastantes, desde la cotidiana tranquilidad hasta la terrible tragedia, que parece dominar el texto, mas culminando en una dolorosa y solidaria serenidad. La tragedia la prepara mediante la antítesis con los párrafos iniciales. Pues no menor es la maestría de Martí en las oraciones con las que suele comenzar sus crónicas. Esto lo pudo asimilar de la mejor prensa estadounidense de entonces, aunque eso también lo había teorizado para el cuento corto moderno Edgar Allan Poe a mediados de siglo: en los textos no muy largos el comienzo es uno de los aspectos de mayor peso, por su capacidad de aprehender al lector y ubicarlo rápidamente dentro del corazón temático de lo que sigue. La calidad de un texto relativamente breve (cuento, poema corto, crónica, etc.) depende mucho de su arranque. Así, esta crónica comienza de la siguiente forma: «Escondida entre las colinas fértiles, al pie del lago que recoge las aguas de la montaña, vivía feliz la ciudad de Johnstown, con sus casas limpias en lo llano del valle, y la riqueza de sus herrerías famosas».

Como el experimentado periodista que Martí era, este comienzo jugaba con el encabezado de la crónica: «Johnstown. El valle, el torrente.—Espectáculos de la calamidad.—La reconstrucción». Así que cuando habla enseguida del feliz, limpio y rico pueblo, el lector establece la comparación con lo que ya se anunció, y esta tensión incita y prepara la lectura. Aquí las

palabras iniciales de la crónica son lo menos inocente que pueda imaginarse, en el sentido de la función que el intencionado descriptor les hace cumplir. La primera palabra nos da la razón primordial de la magnitud de la tragedia: «Escondida». Y después, lo que será precisamente la causa de esa tragedia: «Al pie del lago que recoge las aguas de la montañas».

Hemos visto cómo, desde el primer párrafo, nos había anticipado elementos que volverán posteriormente al texto ya con tintes simbólicos, a veces verdaderos *leitmotiv*: las iglesias, la biblioteca de los artesanos, los obreros, los ferrocarriles, el hierro y el acero, el domingo de reuniones... Cierta observación, como de pasada, nos explica algo que tendrá trascendencia en el texto: «Trepaban por los cerros, como huyendo del martilleo, las casas más ricas», que serán las que escaparán de la inundación. Debe observarse que cuando describe, Martí suele poner en función más de un sentido, aparte del tradicional de la vista. Así, además del «martilleo», «bufaban los fuelles» y, singularmente, «voceaban las chimeneas», con lo que dotaba de una eficaz *banda sonora* al cuadro de «gente feliz» descrito.

En el párrafo siguiente ajusta más el foco a lo cotidiano doméstico y nos acerca, en un momento muy preciso –las dos de la tarde– a hombres, mujeres y niños, esos que volvían «muertos del hambre que da la salud, pidiendo las cerezas de la tarde, o el pan con mermelada». Llevado el lector a este detalle que produce una fácil empatía, viene la información escueta de lo que pasó: «Llovió la semana entera, se hincharon los ríos y salieron de madre; en Johnstown y en todo el valle estaba la inundación por encima de las aceras; con la fuerza de los torrentes del monte, cedió el dique de tierra que sujetaba las aguas del lago; lamió, en dos horas de furia, la catástrofe del valle; y hoy no quedan de los ocho pueblos de Comemaugh más que cinco mil muertos enterrados en el lodo, a la luz de las piras, de ruinas humeantes».<sup>8</sup>

Aquí está la noticia completa del material de la crónica en su forma primaria. Pero de allí, como hemos explicado en

parte ya, partió el dotado periodista para dar riqueza, dramatismo, belleza y trascendencia al texto. Y una de las formas más singulares que utilizó fue la doble descripción para ampliar lo que aquí es sólo una breve frase: «Lamió, en dos horas de furia, la catástrofe del valle».

#### IV

Las dos descripciones son temporalmente paralelas, es decir, comienzan y terminan en el mismo momento, pero cada una tiene características particulares y complementarias. Duplicando un poco lo hecho más brevemente al comienzo, pero en dimensiones mucho mayores, la primera descripción del torrente da una visión general, mientras la segunda se concentra más en seres humanos específicos. Pues en la primera personifica *el torrente que vino del lago* como «un murallón que se movía, un murallón ciclópeo de doscientos pies por la cabeza, de setenta de alto», que «rompió», «se llevó», «peló», «arrancó», «deshizo», «tropezó», «echó», «aventó», «inundó», «clavó», «volcó», «despedazó», «desató». Y «se erguía», «se bajaba», «se levantaba», «se venía encima», «bailando», «se encrespaba», «giraba», «se abría», «metía», en un terrible movimiento verbal constante, rápido y arrasador.

El periodista no renuncia a utilizar símiles poéticos, más bien ya lexicalizados, pero estos son sólo los necesarios para reafirmar sus propósitos: «como una hoz» cercenó los bosques, «como granos de arena» aventó en la ferrería «los cubos de hierro», «desató los vagones como quien rompe una cinta», «como conchas nadaban los edificios, y como cáscaras se rompían». La presencia humana en esta descripción se da efectiva y dramáticamente en fugaz forma sonora, que no deja de tener audacia dentro de la prosa de la época: «como de golondrinas que cruzan volando se oían los gritos en el rugir del torrente». Y luego «los agonizantes, asiéndose del aire, pasaban como relámpagos» en ese hecho imposible de atrapar lo inasible. En esta dinámica descripción verbos y símiles llevan la primacía y los adjetivos apenas existen. Cuando aparecen,

son de una precisión admirable. Hacia el comienzo deja bien claro que el dique que se rompió era «flojo y desatendido». En el centro de la descripción, el torrente es «negro y rugiente».

Un recurso que también utiliza Martí con efectividad es el de las enumeraciones de sustantivos, que más o menos a veces parecen caóticas (un recurso que utilizará mucho la poesía de la primera mitad del siglo XX, que Martí parece preludear en esta prosa suya anticipadora): «volaban por el aire puertas, vigas, torres, pórticos»; «metía los puñados de muertos, los troncos de árboles, los pianos, las estufas», para finalizar: «¡Y al puente todo, muertos y moribundos, máquinas, muebles, árboles, animales, casas!». Si se repara bien, lo caótico es sólo aparente, pues guiado por una innata tendencia suya, los sustantivos pueden ser considerados palabras en pleno tránsito simbólico.

El ritmo es entrecortado, frenético, marcado sobre todo por frases cortas separadas por punto y coma, dentro de cuatro bloques unidos por punto y seguido. Al final estos últimos acortan las frases para terminar en una exclamativa concluyente. A pesar de que Martí, por supuesto, no vio el torrente, y que pudo seguramente leer muchas descripciones que trataban de reconstruirlo, resulta sin duda de un realismo muy personal la forma en que culmina esta descripción: «Se ponía el muro de filo y avanzaba, delgado como una hoja. O se encrespaba por detrás, como si quisiera echarse encima de las olas del frente. Giraba en remolinos [...]. Se abría por los lados [...]». Indudablemente, «con la imaginación se ven cosas que no se pueden ver con los ojos».<sup>9</sup>

Luego viene un pequeño intermedio, en donde rápidamente se vuelve al momento antes de la inundación: «Las mujeres estaban en sus casas, que son su vida. Los hombres lejos, ganando con su sudor el pan que no podía quedar a medio cocer». Después presenta a personas que inútilmente trataron de anunciar la inundación. El ingeniero que avisó que el dique comenzaba a ceder. El jinete heroico que recorría el valle dando a conocer el peligro y las dos telegrafistas, la madre Ogle y

su hija, que hasta el último momento estuvieron mandando telegramas. Aquí Martí introduce un recurso que va a utilizar en su segunda descripción del torrente: transcribir frases supuestamente dichas por los personajes. Así dice la madre Ogle: «¡Todavía, hija, todavía hay tiempo para otro telegrama!».

Entonces comienza de nuevo a describir los horrores que produjo el torrente, pero ahora centrado en las reacciones de los seres humanos, despavoridos, asiéndose a lo que pueden y a veces realizando acciones sin sentido. Ampliando algo que también había dicho en el párrafo introductorio sobre las «familias de diez hijos» que habitaban la ciudad, Martí hace énfasis en este fragmento precisamente en cómo se van desintegrando estas familias debido al torrente: la madre de rodillas cogida de sus manos con los hijos, dos esposos que se abrazan, una madre que se hunde para dejar a la hija la balsa que no aguanta a las dos, o la otra que pone su quinto hijo en la balsa en que ella no cabe. El hermano que renuncia a salvarse para morir con la hermana. Un padre que al llegar a lugar seguro se le muere la hija que lleva en brazos.

Otra vez los verbos ayudan a dar la dramática rapidez del momento, pero ahora desde un punto de vista menos épico, más bien referidos a seres humanos: «echaron», «oscilan», «flotan», «asidos», «choca», «abrazan», «corre», «deslizándose, saltando, encabritando» (estos tres sí referidos al torrente), «cantando», «hundirse», «besa», «prende», «se le muere». En esta descripción primero predominan los dos puntos y luego las frases exclamativas. Y entre ellas, los lamentos sueltos de las víctimas: «¡Jesús, amante de mi alma!». «¿Y cuidará ahora Dios de mí?». «¡Adiós mi padre!». Aquí existe un mayor acercamiento a lo que antes sólo habían sido gritos «como de golondrinas que cruzan volando». Ambas descripciones paralelas, como había señalado antes, se complementan. Quizás en la segunda, con la presentación de pequeños hechos (acciones) y con los parlamentos intercalados, se acerque más a una narración, pero en eso Martí está hilando con finura su

material, para continuar contando a sus lectores la catástrofe de Johnstown.

## V

Pasado este momento horrible y rápido, cuando el torrente se abalanza sobre el pueblo, que hace a Martí detenerse en la sucesión temporal de los hechos, la narración continuará cronológicamente, aunque siempre muy entremezclada con elementos decididamente descriptivos. Entre estos, existen dos momentos que queremos destacar. Uno lo podríamos considerar arquetípico de la creatividad martiana en este campo. Ocurre al final del anochecer del tercer día después de la inundación. Aquí los elementos simbólicos extraídos de la realidad que selecciona el autor se iluminan y oscurecen, irrumpen en el silencio, se deforman y se agrupan en enumeraciones aparentemente caóticas, con una visión que a veces pudiéramos llamar impresionista, otras expresionista y a veces hasta cubista, con un recuerdo para la *Guernica* de Pablo Picasso. Una de esas sintéticas frases concluyentes martianas cierra el fragmento con su asociación entre el color verde y la siempre salvadora esperanza humana: «Llega la noche para el Comemaugh antes que para el resto del mundo, porque la anticipan los vahos espesos de la tierra y el corazón horrorizado de los moradores. Chispean por los cerros las luces de las casas salvadas. En lo hondo del valle la negrura silente mueve al más bravo a pavor. Pujan a lo lejos, al pie de las ruinas macizas del puente, las máquinas inútiles. De hora en hora estalla, horadando la masa de escombros, una carga de dinamita, que echa por el aire vigas, chimeneas, camas, ventanas, caballos sin cabeza, agigantados sobre el cielo nuboso por la luz eléctrica. Cruza de cuando en cuando por lo hondo del valle una luz verde».<sup>10</sup>

En esta crónica de tanto aliento épico los personajes suelen ser anónimos, o mejor dicho, constituyen un protagonista colectivo que rara vez se personaliza bajo un nombre, como la madre Ogle o Catalina la obrera, que son más bien símbo-

los de las víctimas de la tragedia. A diferencia de lo que solía presentar en sus crónicas, las figuras reales con nombre y apellido están ausentes, excepto una: Clara Barton. Sin embargo, este personaje histórico tiene una connotación alegórica que la vertebra a lo que hemos llamado *superobjetivo* de esta crónica: la capacidad del hombre de sobreponerse a las más adversas circunstancias y luchar por restablecer la armonía demasiado desequilibrada.

Clara Barton<sup>11</sup> reunía una serie de cualidades que la hacían merecedora de la mayor simpatía por parte de Martí. Maestra, cuando la Guerra de Secesión estadounidense ejerció como enfermera voluntaria hasta en los mismos campos de batalla. Fundadora y primera presidenta de la Cruz Roja estadounidense, también ejerció su labor humanitaria durante la guerra francoprusiana (1870) y organizó la Cruz Roja en su país, de la cual fue la primera presidenta (1881). Representó a Estados Unidos en la Asamblea de Ginebra (1884), en donde defendió su iniciativa de que la Cruz Roja tuviese el derecho de intervenir oficialmente, para prestar auxilio, no sólo en tiempos de guerra, sino ante cualquier catástrofe o calamidad. Así lo hace durante la inundación en Johstown, y Martí la destaca como símbolo de la solidaridad activa en una hermosa y rápida *etopeya*.

Etopeya, que según los antiguos moldes retóricos, es la descripción del carácter, acciones y costumbres de una persona. En siete líneas condensa su visión física y espiritual de este singular personaje. Antes de presentárnosla, Martí hace la transición en una frase intencionada: «Las mujeres son ahora primero; y las más débiles, las privilegiadas». Pero mujer primera, mas no débil, en la ayuda a los damnificados es esta Clara Barton, a quien inicialmente describe «en su campamento de la Cruz Roja» a través de su vestimenta: «La cruz al brazo, el gorro de enfermera, y sobre el traje gris el delantal resplandeciente». Luego la pinta en acción, con sus médicos y sus ayudantes, «con tiendas claras y su corazón benigno», descripción de elementos sencillos de distinto orden, que al unir-

los nos dan su quehacer. Y después los cuatro sintéticos epítetos seguidos: «viva, elocuente, fea, muy hermosa». En estos últimos dos, aparentemente contrapuestos, Martí proclama un concepto ético-estético que aparece repetidas veces en sus textos. Y luego la razón de la extrema simpatía, esa que la ligaba al propio proceder martiano: «Está allí para morir, si es menester, cuando con el fuego del sol cunda la peste de los cadáveres insepultos». El carácter descriptivo de la etopeya se ratifica en el final del fragmento, con un detalle que sugiere ese especial toque femenino al cual Martí era tan sensible: «Está allí Clara Barton cosiendo, cosiendo cortinas de muselina blanca para la tienda de las mujeres».

El arte de la descripción es piedra de toque en los grandes narradores de todos los tiempos. Sin embargo, cuando hablamos de *narradores* se suele pensar, sobre todo, en novelistas. A pesar de los esfuerzos reivindicativos alrededor de *Amistad funesta* y quizás *Ramona*, de hecho José Martí no parece ser esencialmente un novelista, como él mismo expresó. Sin embargo, es un gran *narrador*, uno de los más importantes en lengua española de su época. En este trabajo he tratado de analizar un momento de esa capacidad que poseía para el género: ¿cómo englobar estos textos sólo como periodismo?

Alejo Carpentier postulaba que «el periodista y el escritor se integran en una sola personalidad», entre los cuales sólo advertía una diferencia de «estilo», que consideraba «elíptico» en el periodista y «analítico» en el novelista.<sup>12</sup> Sin embargo, en Martí, a quien el propio Carpentier consideraba «el más grande de los periodistas latinoamericanos de todos los tiempos», la riqueza de sus crónicas, que la época permitía tuviesen bastante flexibilidad en cuanto a la extensión, lo hacen máximo exponente de lo que certeramente Susana Rotker ha llamado la épica por excelencia del momento modernista.<sup>13</sup> Más que en sus novelas y cuentos es en sus crónicas, sobre todo en las Escenas Norteamericanas, donde podemos encontrar la talla inmensa del Martí *narrador*. Hoy día, cuando los límites genéricos se han desdibujado, es necesaria una relectura

de estos textos martianos, que no es improbable se adscriban a eso que, en un sentido más restringido, había propuesto el propio Carpentier: «el periodista es el novelista del futuro».

<sup>1</sup> La crónica se encuentra en el t. 12, pp. 225-235 de las *Obras completas* de José Martí, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991. Todas las citas de Martí se harán por esta edición.

<sup>2</sup> Aunque Martí habló en sus Escenas... de varias catástrofes ocurridas en Estados Unidos, sólo a dos dedicó crónicas completas: el terremoto de Charleston en 1886 (*Op. cit.*, pp. 63-76), y la inundación en Johnstown. Se puede hacer un paralelo entre ambas, aunque en esta última se concentra más en la misma catástrofe, pues el terremoto de Charleston le da pie a interesantes consideraciones sobre los negros, así como revisa varias hipótesis científicas acerca de su posible origen.

<sup>3</sup> Dicha idea, pero menos dominante estructuralmente, se encuentra presente también en «El terremoto de Charleston», cuando habla de que estas desdichas «hay que verlas desde lo alto de los cielos», pues son indispensables «para el equilibrio de la creación», ya que el hombre es ipobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe, pronto a la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos! ¡Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol!: ¡pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos, de la naturaleza que ayuda a levantar! (*Op. cit.*, t. 11, p. 66).

<sup>4</sup> *Loc. cit.*, p. 235.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, t. 7, p. 362.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, t. 10, p. 135,

<sup>7</sup> «Los dos príncipes» se publicó en el número de *La Edad de Oro* correspondiente a agosto de 1889 (*Op. cit.*, t. 18, pp. 372 y 373). Martí había escrito su crónica sobre Johnstown el 9 de junio de ese mismo año. En la segunda parte del poema –la muerte del hijo del pastor– es donde más se aparta del original de Helen Hunt Jackson. Particularmente en las imprecaciones de la pastora: «¿Por qué tiene luz el sol?», «¡Pajarito, yo estoy loca, / llévame donde él voló!», las cuales hacen recordar algunas de las frases que Martí pone en boca de las víctimas de la inundación, así como puede hablarse de una atmósfera luctuosa común a ambos textos.

<sup>8</sup> *Op. cit.*, t. 12, pp. 227 y 228.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, t.18, p. 381.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, t.12, p. 233.

<sup>11</sup> Clara Barton (1821-1912). En 1898, a solicitud del presidente estadounidense McKinley, se ofreció para prestar ayuda a los reconcentrados en Cuba.

Pero se ha señalado que vino a la isla en un barco con alimentos, y el mismo mando de las tropas norteamericanas no la dejó socorrer a los cubanos hambrientos, por razones «militares».

<sup>12</sup> Alejo Carpentier. «El periodista: un cronista de su tiempo», en *Conferencias*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1987, pp. 270-277.

<sup>13</sup> Susana Rotker. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1991.

## Un proyecto martiano esencial: *La Edad de Oro*\*

*Salvador Arias*

Martí siempre acarició proyectos de redactar él solo una revista mensual. En octubre 28 de 1888 le confiesa a Enrique Estrázulas: «¿Sabe que ando dando vueltas a la idea, después de dieciocho años de meditarla, de publicar aquí una revista mensual, *El Mes*, o cosa así, toda escrita de mi mano, y completa en cada número, que venga a ser como una historia corriente, y resumen a la vez expedito y crítico, de todo lo culminante y esencial, en política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo? Si es, no será a la loca, sino con esperanza razonable de éxito».

Y se entusiasma tanto con la idea, que le pide a Estrázulas que no se la comunique a Tejera, «porque sin querer pudieran salirme al camino con una idea semejante a esta, aunque no esta misma, los que tienen más dinero que yo, que no tengo más que el saco a sudor puro de la noria».<sup>1</sup>

Otro proyecto que lo atraía, para emplearse «donde pueda ser útil», era «mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando ascienda a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy largo», según le decía a Mercado.<sup>2</sup> Esos intereses se enmarcaban dentro del ambicioso proyecto cultural que para Hispanoamérica estaba madurando José Martí.

\*Tomado de *Un proyecto martiano esencial: La Edad de Oro*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001.

Por eso, cuando su amigo, el rico brasileño Aarón Da Costa Gómez le propone la idea de una revista para niños, estaba exactamente preparado para una empresa a la cual contribuían también factores emocionales nada desdeñables: la ausencia de su hijo Pepe y la presencia de María Mantilla.

Según la propia referencia martiana a Da Costa Gómez, en carta a Manuel Mercado, parece que la amistad con el brasileño databa de su estancia mexicana anterior a 1876, pues cuando le habla del «editor» de *La Edad de Oro*, «que en esto pone un serio capital», le recuerda que se trata de «aquel caballero modesto que representaba a la Compañía de Seguros de la New York cuando tenía yo la fortuna de estar cerca de usted, y daba Guasp aquellos dramas de Peón, que no tenían concurrente más asiduo, ni comprador más tempranero, que Da Costa Gómez».<sup>3</sup>

Los Da Costa Gómez eran tres hermanos originarios del Brasil, que se dedicaron al comercio en la zona del Caribe, amasando una buena fortuna. Según algunas fuentes, Aarón debe haber coincidido también con Martí en Venezuela, en donde los hermanos hasta le hicieron préstamos al gobierno.<sup>4</sup> Los Da Costa Gómez poseían barcos para su tráfico comercial, con centro de operaciones en islas caribeñas como Curaçao, St. Thomas y las Islas Vírgenes. Aarón, que vivió y murió soltero, ya en 1886 se encontraba en Nueva York y era propietario de una tipografía que llevaba su nombre –77 William St.–, en donde se publicaba la revista *La Ofrenda de Oro*, órgano de la Sociedad de Seguros sobre la vida, La New York Life Insurance Company, la misma que representara en México y que se anuncia en la contraportada de todos los números de *La Edad de Oro*. Desde 1881 Martí estaba colaborando en *La Ofrenda de Oro*. Un cuadro del pintor alemán Edward Magnus titulado *La Edad de Oro*, reproducido en la primera página del número inicial de la revista martiana había aparecido en el ejemplar de *La Ofrenda...* correspondiente a 1 de diciem-

bre de 1883 y obviamente, debe ser el origen del nombre de la publicación, que según Martí «es título de Da Costa».<sup>5</sup>

Muy conocida es la causa directa por la cual Martí decide no seguir publicando *La Edad de Oro*, expuesta con claridad en su carta a Manuel Mercado fechada el 26 de noviembre de 1899: «Le quiero escribir con sosiego, sobre mí y sobre *La Edad de Oro*, que ha salido de mis manos—a pesar del amor con que la comencé—porque por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del “temor de Dios”, y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así, en tierras tan trabajadas por la intransigencia como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. Lo humilde del trabajo sólo tenía a mis ojos la excusa de las ideas fundamentales. La precaución del programa, y el singular éxito de crítica del periódico, no me han valido para evitar este choque con las ideas, ocultas hasta ahora, o el interés alarmado del dueño de *La Edad*. Es la primera vez, a pesar de lo penoso de mi vida, que abandono lo que de veras emprendo».<sup>6</sup>

El incidente con Da Costa Gómez surge durante la segunda quincena de octubre, cuando ya debió estar preparado el número de noviembre. El 17 de octubre, al aludir a *La Edad de Oro* entre sus ocupaciones, en carta a Tedín, no parece existir nada que haga presagiar su cese inmediato. Algo ha ocurrido ya el 31 de octubre, cuando en carta a Félix [Sánchez] Iznaga habla «del apuro en que me ha puesto Da Costa, ya arrepentido, pero con quien no veo manera de advenimiento final que me dé derecho para trabajar en la empresa con la misma fe».<sup>7</sup> Llama la atención que hable de que Da Costa está «ya arrepentido», pero que él ya no tendrá «la misma fe» para seguir trabajando en la empresa.

Sobre el incidente se han formulado algunas preguntas no con respuestas claras, como la que encuentra sorprendente la reacción del editor, al parecer ante un cuarto número que no

añadía nada nuevo al contenido ideológico de la revista, la cual no hablaba ni remotamente del «temor de Dios» desde sus mismos inicios.<sup>8</sup> Quizás la reacción de Da Costa se debiera a la acumulación de opiniones de cierto tipo de lectores, económicamente influyentes, habituados a los cánones «morales» de las revistas para niños escritas entonces en español, sobre todos los números de la revista («miedo de comercio»).

También pudiera sorprender que Martí, acostumbrado a esos reparos de editores ante sus textos (recuérdense las peticiones de Mitre sobre suavizar sus críticas a Estados Unidos en sus crónicas a *La Nación*),<sup>9</sup> no hubiese utilizado recursos válidos, que bien sabía manejar, para seguir expresando lo que quería. En el cese de *La Edad de Oro* estamos frente a una actitud radical que trata de preservar la «pureza» de un proyecto cuyos aspectos éticos eran primordiales. Sin embargo, octubre de 1889 supone en Martí, como ya hemos visto, la voluntad expresa de emprender una actividad revolucionaria más directa y perentoria, para lo cual se convertía en necesidad urgente la publicación de un periódico de combativa militancia. Pudiera conjeturarse si, de no haber existido el reparo de Da Costa, hubiera podido seguir Martí dedicándose a la redacción completa, cada mes, de un número de *La Edad de Oro*. Cualquiera que fuese la respuesta tendría relativa importancia, pues en cualquier caso lo que cuenta es que Martí pudo redactar un grupo de textos que sobrepasan la efimeridad de una revista para hoy inscribirse entre lo más renovador y vigente escrito en lengua española a finales del siglo XIX.

<sup>1</sup> José Martí. *Epistolario*, t. II. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 60.

<sup>2</sup> *Id.*, p. 117.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Es de señalar que Edgardo, un sobrino de Aaron, hijo de su hermano Eduardo, fue a establecerse en Honduras, en donde trabó amistad con exiliados cubanos como Antonio Maceo, Flor Crombet y Eusebio Hernández, hasta el punto de que al estallar la guerra del 95 se incorporó a ella. Fue considerado un veterano de la guerra y se casó con una santiaguera. Murió en La Habana en marzo de 1946, atropellado por un tranvía, y su hija, Clara Da Costa Gómez de Llampallas vivía aún en La Habana hacia 1953. José de J. Núñez y Domínguez. «Huellas de Martí en América», en *Memoria del Congreso de Escritores Marianos*, Publicación de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y el Monumento de Martí, La Habana, 1953, pp. 208-221.

<sup>5</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 9, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, La Habana, pp. 15-18. Ver Ricardo Hernández Otero. «Colaboración martiana en *La Ofrenda de Oro* (notas sobre un artículo desconocido de José Martí)», en *Anuario L/L*, La Habana, no. 7-8, 1976-1977.

<sup>6</sup> José Martí. *Epistolario*. *Op. cit.*, p. 163.

<sup>7</sup> *Id.*, p. 147.

<sup>8</sup> Ver al respecto José Fernández Pequeño. «*La Edad de Oro*: reflexiones para una observación y una duda», en *Acerca de La Edad de Oro*, Centro de Estudios Marianos-Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 343-356.

<sup>9</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 9. *Op. cit.*, pp. 15-18.

## *Patria*: «órgano del patriotismo virtuoso y fundador»\*

*Ibrahim Hidalgo Paz*

Aun antes de que el Partido Revolucionario Cubano quedara constituido, José Martí y sus más cercanos colaboradores se propusieron dar vida a un medio adecuado para la difusión de los principios y fundamentos del aparato político que se organizaba: un periódico que sistemáticamente llevara en sus páginas el mensaje de aliento y combate para lo cual ya eran insuficientes los discursos y las cartas; se propusieron levantar una trinchera de ideas, que en aquellos momentos iniciales era más importante que las trincheras de piedra. Así surgió *Patria*, del corazón y el pensamiento de la vanguardia cubana y puertorriqueña, el 14 de marzo de 1892. El presente estudio abarca desde esta fecha hasta el 17 de junio de 1895, cuando aparece en sus páginas la confirmación de la caída en combate de nuestro Héroe Nacional.

El Maestro no estaba solo en la realización del periódico; junto a él, derrochando virtud y trabajo, se hallaban redactores y operarios que en las noches, cuando se imprimía, ponían sus fuerzas en tensión para hacer posible la salida de *Patria*. Los más decididos auxiliares del Delegado fueron Sotero Figueroa y Gonzalo de Quesada, quienes se alternaban en la dirección en ausencia de Martí; colaboradores cercanos eran Benjamín Guerra, Abelardo Agramonte, Ramón Luis Miran-

\*Tomado de *Incursiones en la obra de José Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1989.

da, Rafael Serra, Antonio Vélez Alvarado, Francisco Gonzalo Marín, Juan Fraga, Emilio Leal y Federico Sánchez. Podemos comprobar la importancia que concedían a esta labor, tanto los emigrados como los cubanos que residían en la isla, por el gran número de trabajos que llegaban a la mesa de redacción, para los cuales no bastaba el espacio: «Todo un periódico se nos queda en páginas. La acción rebosa, y las simpatías y ayuda. Quedan en tipo biografías, caracteres, recuerdos, noticias. *Patria* está agradecida y descontenta de no poder dar cuanto tiene»,<sup>1</sup> dice un suelto publicado el 4 de junio de 1892; otros, de contenido similar, encontraremos a lo largo del período que estudiamos.

Ninguna publicación cubana hecha en Estados Unidos tuvo tanta acogida y repercusión como la que fundó el Maestro, y que vio la luz cuando *El Yara*, editado por José Dolores Poyo en Cayo Hueso desde 1878 –con esporádicas interrupciones–, podía considerarse como el decano de la prensa independentista en el extranjero; y *El Porvenir*, de Nueva York, encabezado por Enrique Trujillo, se hallaba en su segundo año de existencia. La publicación dirigida por Martí se impuso, sin duda, no sólo por la excelente calidad de sus escritos y el dinamismo que supo imprimirle el Maestro, sino porque era considerada por la mayoría de las emigraciones y los cubanos radicados en la isla como el órgano del Partido Revolucionario Cubano, al cual se sumaban, desde que fue aprobada la idea de su creación, los clubes existentes y los que surgían al influjo del llamado martiano. No pretendía nuestro Héroe Nacional que *Patria* asumiera la función que casi desde su nacimiento le atribuían, pues era contradictorio que antes de que se constituyera oficialmente la nueva organización, un periódico tomara tal responsabilidad para sí, sin que nadie se la confiriera. Aclarar esto tenía, en el período de creación del partido, una gran trascendencia, pues las pugnas entre personalidades, desde la etapa de los gloriosos Diez Años, hizo de las emigraciones un campo propicio para el divisionismo. Todos sabían que Martí había propuesto la fundación del nuevo apa-

rato político, y que encabezaba la Comisión Recomendadora de las Bases y los Estatutos Secretos del Partido Revolucionario Cubano; si él permitía que se le atribuyera a su periódico un deliberado interés por convertirse en órgano de la institución que se gestaba, cualquier malintencionado podría iniciar una campaña –como hizo Enrique Trujillo– en la que tras formulaciones más o menos veladas se insinuaba que el Maestro creaba una organización con el solo objetivo de encumbrar su persona, para erigirse en centro absoluto y acaparar toda la falsa gloria de un dictador demagogo. Nada más alejado de la limpia actuación de José Martí.

Por otra parte, después de proclamada la fundación del partido, tampoco era conveniente atribuirle a *Patria* el carácter de órgano de este, pues con ello asumiría una tarea que pondría en situación de desventaja a los demás periódicos de las emigraciones, portavoces de los revolucionarios de las localidades que les habían dado vida. Debe tenerse en cuenta, además, que si el nuevo vehículo informativo asumía el carácter que le señalaban, cuanto publicara sería considerado declaración oficial, lo que impondría limitaciones en cuanto a los temas por tratar y moderación en el tono. Era necesario evitar estas dificultades para que las nuevas concepciones organizativas político-militares pudieran hacerse presentes en todos los terrenos sin arriesgar las múltiples posibilidades de actuación existentes en aquel país, y sin generar celos de localidad o persona alguna.

Es por ello que en su segunda entrega Martí incluye en el periódico un pequeño artículo titulado «*Patria*: no “órgano»», en el cual agradece el saludo que le dedicara *El Porvenir*, pero niega la afirmación de que «viene a llenar la misión de órgano» del partido. El carácter confusionista de estas palabras no escapa a quien conozca la posición que mantenía Enrique Trujillo contra Martí y su obra política, pues era evidente que no podían asumirse las tareas «de un partido que está aún en creación», hasta tanto no fueran elegidos sus dirigentes. Martí señala que *Patria* surge «de la voluntad y con los recursos de

todos los revolucionarios cubanos y puertorriqueños conocidos en New York», para expresar lo que está enraizado en todos los patriotas puros.<sup>2</sup>

No obstante, días después de constituida la organización, el Delegado se ve precisado a escribir un artículo en el cual analiza la iniciativa del club Ignacio Agramonte, radicado en Tampa, de nombrar al periódico órgano de dicha asociación y solicitar que las demás hicieran igual nombramiento. Después de agradecer el gesto, Martí pide al club tampeño que abandone su proyecto, pues si bien «abrir al desorden el pensamiento del Partido Revolucionario Cubano sería tan funesto como reducir su pensamiento a una unanimidad imposible en un pueblo compuesto de distintos factores», el partido hallaría el modo de lograr la unidad ideológica de sus integrantes mediante la propaganda y publicación oportunas «sin ceñir sus varias asociaciones a una obligación que, por roces de detalle, o por la independencia local, o por simpatías de personas, pudiera a alguna de ellas parecer excesiva o pesada»; para *Patria* «es premio grande el de ser *órgano del patriotismo virtuoso y fundador*».<sup>3</sup>

## Propósitos de *Patria*

Tarea ciclópea era levantar un pueblo del rescoldo aún humeante de una guerra fracasada, entre cuyas cenizas continuaban vivos los recelos, las frustraciones y las dudas, aumentadas por los intentos infructuosos atizados por la labor corrosiva de los agentes del colonialismo español.

Para luchar contra la mala herencia, para exaltar las glorias del pasado y marcar la senda hacia el futuro se creó *Patria*, que se proponía contribuir a la organización de los cubanos y puertorriqueños en el extranjero; mantener la amistad que unía a las agrupaciones independentistas entre sí y a todos los hombres dispuestos a luchar por la emancipación de

sus pueblos, sin distinciones de clase o de raza; explicar las características peculiares de nuestros países, sus fuerzas, capacidades y errores; «fomentar y proclamar la virtud donde quiera que se la encuentre»; mantener la guerra que anhelan los héroes de la pasada contienda y los hombres que aún no han empuñado el fusil;<sup>4</sup> salvar esta colisión inevitable del desorden inoportuno; poner en la revolución el espíritu de justicia que «nuestros revolucionarios señoriales» desconocieron en la guerra grande;<sup>5</sup> levantar el corazón humilde «sin enajenar el corazón soberbio»; salvar esta obra de la rivalidad y la traición; evitar el éxito de la campaña española de oponer a los cubanos de la isla contra los emigrados, y a los nuevos luchadores contra los veteranos; devolver la confianza del cubano en su propia capacidad para gobernarse por sí, sin dependencia ni tutela de nadie;<sup>6</sup> «para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden».<sup>7</sup>

Estos objetivos se expresan en artículos, noticias y comentarios que aparecen en todo el periódico, y una parte de ellos los encontraremos en secciones fijas o que se mantienen durante varios números.<sup>8</sup> Podemos considerar entre las primeras la que ocupa las columnas de la izquierda de la página inicial, donde se reproducen semanalmente las Bases del Partido Revolucionario Cubano, la relación siempre creciente de los clubes patrióticos que se adhieren a ellas, y el Directorio del Partido; «Comunicaciones oficiales», en la cual se insertan las circulares y noticias de interés general que las asociaciones desean poner en conocimiento del público; «Los clubes», con información acerca de las nuevas agrupaciones y de las ya existentes; «En casa», dedicada fundamentalmente a reseñar en forma amena y sencilla «los trabajos y méritos de los puertorriqueños y cubanos, y la vida social de los ricos y de los pobres», pero en cuyos párrafos se expresan, además, la condena al cubano vil, la nota cordial dirigida al español y al autonomista honestos de paso por Estados Unidos, la alusión a

los vicios políticos que corroen a este país del Norte y las ansias de expansión que lo caracterizan, la referencia al vínculo indisoluble entre los pueblos de la América nuestra, e incluso la expresión del internacionalismo martiano.

Entre las secciones más o menos esporádicas se hallan «Afirmaciones y deducciones», en la cual se comentan declaraciones oficiales del gobierno madrileño, noticias de la metrópoli y de las islas oprimidas; y «Apuntes sobre los Estados Unidos», que, a pesar de publicarse sólo en cuatro números del año 1894, contribuyó a revelar la verdadera entraña de la nación estadounidense.

Hay, además, escritos que abordan temas similares en cada número, y que por ello podrían ser considerados como secciones del periódico, aunque no tienen un título que los defina como tales. Entre ellos se encuentran biografías de los cubanos y puertorriqueños representativos de nuestros grandes caracteres; revalorizaciones históricas del pasado reciente de ambos países; comentarios sobre la situación política y económica de estas islas; relatos y anécdotas de la guerra grande; notas necrológicas; comentarios de libros; discursos; y las crónicas que Martí envía –o que redacta a su regreso– desde los distintos pueblos y ciudades a los que acude en su misión pública y conspirativa.

## Intento de periodización

No todos los objetivos de *Patria* reciben un tratamiento uniforme ni se encuentran en cada número editado en los más de tres años durante los cuales Martí dirigió la publicación. Esta responde a las necesidades que dicta el momento histórico por que atraviesa la lucha, lo cual explica el énfasis mayor o menor en determinados temas, y la exposición diáfana o velada de la estrategia política del partido, lo que, como es obvio, se halla presente a lo largo de todo el período estudia-

do. Intentaremos esbozar las etapas en que, a nuestro entender, pueden encontrarse diferencias significativas en determinados aspectos, aunque en momento alguno se abandona la actitud combatiente.

### Primera etapa: desde la fundación de *Patria* hasta octubre de 1892

La primera fase de la vida del periódico está enmarcada por el reflejo en sus páginas de la culminación de dos momentos del proceso de consolidación del proyecto político de José Martí: la proclamación del Partido Revolucionario Cubano y la adhesión de los militares más representativos de la Guerra de los Diez Años.

Varias ediciones de *Patria* recogen las crónicas y artículos dedicados al 10 de abril de 1892; a la vez, el equipo de redactores, con su director al frente, refleja en sus escritos los pasos de avance de la unidad de las emigraciones, lograda en medio de la lucha ideológico-política contra la campaña española, que con el apoyo de la prensa reaccionaria e impulsada por los espías y agentes del colonialismo, tendía a provocar la división entre los cubanos que habitaban en la isla y los que se encontraban en el extranjero, y entre los veteranos y los civiles. Martí comprende que es urgente mostrarle al país la solidez de los planes revolucionarios, que es necesario convencer a muchos de que el nuevo sacrificio no iba a ser en vano, por lo que publica en *Patria* la declaración de apoyo al programa del partido de un grupo de prestigiosos veteranos, bajo el título «Los jefes cubanos y el Partido Revolucionario».<sup>9</sup> A este éxito se une, poco después, el resultado de su gira por Santo Domingo y otros países caribeños: en las crónicas al respecto se hace evidente la unanimidad de criterios entre el Delegado y el general Máximo Gómez. Era sabido que con la adhesión de este se

garantizaba la del general Antonio Maceo. Tras ambos adalides marcharían las huestes del Ejército Libertador.

El partido, fundado para organizar la guerra necesaria, ya contaba con el núcleo fundamental de las fuerzas políticas y militares capaces de hacerla realidad. Y *Patria* lo proclamaba, para regocijo de los que aspiraban a la libertad, y temor de sus enemigos.

Junto con estos temas centrales, el periódico presta especial atención a Puerto Rico, lo que se refleja desde su primera entrega, en la que aparece el manifiesto «Al pueblo puertorriqueño» del Club Borinquen; en las sucesivas ediciones serán publicados artículos, comentarios, noticias, análisis históricos y crónicas de diversos autores de la isla antillana.

Además de denunciar la entraña contrarrevolucionaria del autonomismo, *Patria* revela la esencial coincidencia ideológica entre las supuestas soluciones esgrimidas por esta agrupación política y los anexionistas,<sup>10</sup> y pone de manifiesto en múltiples formas el rechazo de los luchadores por la verdadera independencia a estas vías antinacionales.

En esta etapa sólo aparecen esbozados los complejos asuntos que afrontaba la dirección revolucionaria. También está expuesta, aunque sin el desarrollo con que se argumentará más tarde, la importancia continental de la guerra a que estaba abocada la isla antillana: «peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana [...]. Es cubano todo americano de nuestra América».<sup>11</sup>

## Segunda etapa: desde noviembre de 1892 hasta diciembre de 1893

En las últimas semanas de 1892 y durante el año 1893, en las páginas de *Patria* se libran dos combates fundamentales: contra el autonomismo y contra todo intento prematuro y aislado de un alzamiento en armas.

Al menor indicio de concesiones del poder colonial, los autonomistas desarrollan con brío campañas tendentes a demostrar la posibilidad de que el país alcanzara por la vía pacífica las mejoras que necesitaba. En el periódico del 26 de enero se recogen noticias y crónicas de la reunión pública de los cubanos que viven en Nueva York, efectuada el domingo anterior, en la cual se pronunciaron unánimemente contra aquella política insuficiente, incapaz y nula.

La campaña contra este enemigo de origen cubano y mente madrileña se complementa con la exposición consecuente de los principios independentistas en artículos en los cuales se demuestra que sólo mediante la guerra podían alcanzarse realmente las aspiraciones de los hijos de las Antillas oprimidas; a la vez se analiza la causa de las proposiciones del gobierno colonialista, que no se halla en la débil actitud del Partido Autonomista, sino en el temor al Partido Revolucionario Cubano, presente no sólo en la emigración, sino también en la isla, por su arraigo entre las masas: «cuantas reformas transitorias alcance Cuba, se deberán al activo concurso de nuestro partido, cuyo lógico y natural radicalismo le hace ocupar el primer puesto en el orden político-filosófico, aunque no está oficialmente establecido en Cuba [lo cual] viene a demostrar la eficacia de nuestros ideales».<sup>12</sup>

El temor a la actividad del partido en el exterior y a las que promueve en el interior explica las aparentes concesiones de España, como las reformas propuestas por el ministro de Ultramar Antonio Maura, que los pusilánimes aceptaron como suficientes para rechazar el programa independentista. *Patria* contesta que no son reformas lo que requiere la sociedad cubana, sino transformaciones profundas que solamente se alcanzarán mediante la destrucción de los lazos que impone la metrópoli; la guerra es el único recurso que queda a los cubanos, quienes no sólo padecen la opresión política, sino también la miseria económica, la ruina del comercio y la industria, impuestos despiadados, exacciones abusivas. Lo único que sobraba a los cubanos después de ser esquilados de tal

forma era el patriotismo, y «la falta única de nuestros jefes y de nuestras masas es su virtud. ¡Con ella venceremos!». <sup>13</sup>

La otra pugna se refleja en el periódico de forma más velada, pues está latente en las filas revolucionarias: es el enfrentamiento entre el criterio martiano de que sólo con la guerra *ordenada* podían alcanzarse los objetivos propuestos, y la tendencia impetuosa de varios patriotas de la isla, finalmente aprovechada por los espías y provocadores al servicio de España.

El alzamiento de Purnio y Velasco, en Oriente, a finales de abril, y el de Cruces y Lajas, en Las Villas, en los primeros días de noviembre, fueron tomados como pretexto por los enemigos de la revolución para promover rastreras campañas en las que acusaban al Delegado y a la organización de suscitar aquellas acciones infructuosas, ante cuyo fracaso dejaban abandonados a su suerte a quienes se lanzaban contra la metrópoli. *Patria* respondió con la verdad revolucionaria: en ambos casos el partido negó haber ordenado esos alzamientos, pero puso en tensión sus fuerzas para apoyarlos en caso de que pudieran afianzarse y extenderse, lo que no sucedió. A la vez, las columnas del periódico recogían la decisión de las emigraciones de ir al combate en respuesta al llamado de sus hermanos cuando estos decidieran iniciar la *guerra necesaria*. Esto último era muy importante destacarlo, por lo cual Martí recomienda a Sotero Figueroa: «Insistamos un día y otro que todo depende de la Isla; que de ella es la voluntad; que aunque todo lo tuviésemos pronto, la decisión será de la Isla. Así es, y así ganamos tiempo y adelantamos bajo cubierta». <sup>14</sup>

Además de estos dos grandes aspectos de la estrategia política del partido, se abordan otros no menos importantes. El llamado a la guerra acentúa en esta etapa el tratamiento del problema social cubano. Se reitera la falsedad del temor a una guerra de razas, se exaltan las virtudes del hombre de piel oscura y se muestra en anécdotas, crónicas y notas la hermandad surgida entre negros y blancos en las penalidades de la guerra y el exilio, el dolor del fracaso, el trabajo codo con

modo para ganar el sustento, y el optimismo compartido en la preparación de la nueva contienda. Por otra parte, se expone en múltiples artículos la necesidad del equilibrio entre los intereses de las clases sociales en aquellos momentos de gestación de una guerra en la que todos debían participar, cuando se echaban las bases de un orden social totalmente distinto y opuesto al de la colonia.

Durante estos meses, es notable la insistencia en que la gestión organizativa del partido, sus métodos electivos, su práctica política, iban consolidando la democracia en la conciencia y las tradiciones de la masa de cubanos residentes en el exilio, lo que constituiría la base para evitar la repetición en nuestro país de las dificultades e injusticias que habían sucedido a las guerras libertadoras de los primeros decenios del siglo en Hispanoamérica. Esto situaba al movimiento revolucionario de Cuba como parte y continuación del resto del continente, pero con la posibilidad de superar aquellos males debidos a la diferencia de época y a la composición social de nuestro país.

Americanismo y antimperialismo están unidos en las páginas de *Patria*. Pero advertimos que existen diferencias de matices y de profundidad en los numerosos trabajos en los cuales se aborda el expansionismo de Estados Unidos, el injerencismo de esta nación en las de Hispanoamérica, y la tendencia anexionista. Los análisis más completos, sin lugar a dudas, son los que hace José Martí, pero todos los autores, de una forma u otra, en mayor o menor medida, contribuyen a alertar sobre el peligro que representaba para la nacionalidad cubana y para nuestra verdadera independencia, la actitud de los políticos y de los monopolios estadounidenses.

Tal afirmación podemos confirmarla al leer –entre otros textos– el brevísimo comentario y los párrafos del libro *Vida del libertador Simón Bolívar*, que el periódico incluye «porque son oportunos»; el análisis del mensaje del presidente Cleveland al Congreso, repleto de asuntos referentes a los países de la América Latina, y de interés especial para España

y Cuba; y la reproducción de una correspondencia de Juan Bonilla al periódico *La Igualdad*, de La Habana, en la cual el joven tabaquero de Cayo Hueso expone que Estados Unidos busca solucionar sus males internos mediante una «política vigorosa, guerras injustas, conquistas, anexiones, robo», lo que pone en peligro las libertades y riquezas de Hawai, Canadá, Cuba y el resto de los países hispanoamericanos.<sup>15</sup>

### Tercera etapa: de enero de 1894 a enero de 1895

El nuevo período se inicia con la muestra más brutal, para los emigrados en Estados Unidos, de las entrañas podridas del sistema político-económico de aquel país que muchos habían aceptado como ejemplo de democracia y justicia. El conflicto obrero de Cayo Hueso, de posible solución local, había servido a los representantes de los intereses yanquis y españoles en el islote para establecer compromisos con las autoridades colonialistas de Cuba, a fin de aplastar no tan sólo una huelga de proporciones limitadas, sino el movimiento patriótico desplegado en aquella porción del territorio norteamericano, cuyo progreso se debía por entero al esfuerzo de los cubanos.

En las ediciones de *Patria* de enero aparecen noticias y comentarios acerca de estos hechos, que demostraban palmariamente la confabulación contra los revolucionarios cubanos. El gobierno español veía crecer el partido y unirse a los emigrados, por lo que multiplica el espionaje, procura introducir la división en los clubes, intenta corromper a los que vacilan, y apela a la ayuda facilitada por los industriales y comerciantes yanquis para arruinar la colonia cubana de Cayo Hueso.<sup>16</sup>

El incidente y sus consecuencias determinan la apertura de una campaña de denuncia contra los vicios que corroen a la sociedad estadounidense, y de los apetitos expansionistas de aquel país. Presentada por el contundente artículo «La verdad

sobre los Estados Unidos», escrito por el Maestro, *Patria* inicia la sección «Apuntes sobre los Estados Unidos. (Traducidos de los periódicos y libros norteamericanos)», que aparece en las entregas del 23 de marzo, 10 de abril, 18 de mayo y 14 de julio de aquel año. Otros trabajos persiguen el mismo fin, y de ellos destacaremos la «Introducción» al libro de José María Céspedes y Orellano *La Doctrina de Monroe*, reproducida en la edición del 27 de enero, en la cual podemos leer: «Estados Unidos del Norte se proponen dominar toda la América, como Napoleón Bonaparte se propuso dominar toda la Europa».

Paralelamente, en esta etapa alcanzan mayor frecuencia y amplitud los análisis acerca del vínculo indisoluble entre Cuba y la América nuestra, y se hace aún más explícita la denuncia del peligro que representa el codicioso vecino del Norte para el resto del continente y el equilibrio del mundo, como podemos comprobar en «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América», que aparece el 17 de abril de 1894. A estas consideraciones se unen las noticias y comentarios acerca del estado de guerra existente en Filipinas y Marruecos, y la situación interna de España, donde Cataluña, Galicia y Aragón, entre otras regiones, luchaban por su autonomía.<sup>17</sup> Cada vez se hace más evidente para los revolucionarios radicales que la lucha de Cuba forma parte de los movimientos anticolonialistas que se libran en el mundo. El desarrollo consecuente de este criterio lleva hacia el internacionalismo, que encuentra expresión en la palabra del Maestro: «Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer».<sup>18</sup>

En esta parte del período que estudiamos, queda deshecha, por la propia torpeza de España, la ilusión de reformas alentada por el plan de Maura. El 5 de diciembre de 1894 las Cortes dejan claramente expuesta su posición al respecto en la voz de Sagasta, quien replicó a los defensores del autonomismo diciendo «que España gastaría su último peso y derramaría su última gota de sangre antes de abandonar la Isla». De

esta forma, volvía a presentarse a los miembros del Partido Autonomista de la isla la pregunta que les planteara *Patria* el 14 de julio anterior: «A los que decían que si las reformas de Maura no se realizaban se abstendrían de seguir garantizando la tranquilidad pública y dejarían al país que resolviera sus propios destinos, es ocasión de preguntarles: ¿Y ahora?». <sup>19</sup>

El descrédito de las ideas de reforma era de tal magnitud, que en esta etapa el tono de los ataques a los autonomistas es menos severo, y sin dejar de condenar la actitud de los españolizantes declarados, se hacen intentos para atraer a las filas de la revolución a los elementos que por su honestidad podían colocarse junto a ella.

El fracaso de las pretensiones autonomistas contribuía a desarrollar las condiciones subjetivas necesarias para hacer posible la revolución, cuyas bases objetivas estaban dadas desde tiempo atrás por la situación económica deplorable que padecía la isla, y que el periódico se encargaba de divulgar, para conocimiento de las emigraciones y de todas las regiones de Cuba, a las que el régimen colonial y sus defensores intentaban mantener desinformados.

El programa del partido encuentra campo propicio para exposiciones más radicales, y a través de *Patria* va perfilándose con mayor nitidez la república a que aspiraban los cubanos: independiente de España y sin compromisos que la aten a país alguno, realmente democrática, sin discriminación racial, abierta al comercio con el mundo; un sistema político en el que impere la justicia y donde la educación y la cultura fuesen patrimonio de todos los ciudadanos. Tal forma de gobierno, como expresa Martí en las columnas del periódico, no podría alcanzarse sólo con la guerra contra la metrópoli: «En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que, en sus continuas renovaciones, y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano». Este artículo, «Los pobres de la tierra», fue complementado con otro, no

escrito por el Maestro, en la siguiente entrega del periódico bajo el título «Los pobres-ricos y los ricos-pobres», en el cual se exaltan las virtudes de los que ganan su sustento con el trabajo y todo lo dan a la patria, a la vez que se critica el egoísmo de los indiferentes y soberbios.<sup>20</sup>

El carácter popular de la revolución que se gesta no se oculta a nadie, y la prédica martiana encuentra eco en los múltiples trabajos, en los que no se incita a la lucha de clases, sino a evitar su enfrentamiento en momentos en que la unidad era un arma poderosa ante los enemigos de la patria. Sin negar este principio, encontramos en *Patria* artículos como «Cubanos», en el cual se expresa:

«Penétrese nuestro laborioso pueblo que es el que sufre más que ninguna otra clase los rigores de la dominación española,— que la independencia no ha de ser tan estéril que no traiga el mejoramiento material del obrero. Del mismo modo que la Revolución Francesa ensanchó la esfera de acción de la clase media, la república cubana ha de presentar mejor campo de acción a las aspiraciones de nuestros obreros; y las ideas sociales que entrañan la transformación del trabajo, la armonía entre el propietario y el obrero, la abolición de funestos arbitrios y otras saludables mejoras, se irán haciendo lugar, a despecho de los que aún lloran la abolición del trabajo servil».<sup>21</sup>

Finaliza la etapa con las noticias aparecidas en el número del 19 de enero de 1895 acerca de la detención y registro de los vapores Lagonda, Amadís y Baracoa, y el embargo de un depósito de armas y pertrechos: era el Plan de Fernandina, abortado por la delación de un traidor y el proceder anticubano del gobierno yanqui. El periódico da como fuentes diversos diarios de Nueva York, según los cuales el destino de las embarcaciones y el armamento pudiera haber sido Venezuela, Centroamérica, Colombia o Cuba. Sin afirmar que lo descubierto era obra de los revolucionarios antillanos, pues hacerlo equivalía a denunciar la labor del partido ante las autoridades estadounidenses, concluye: «Y si hubiera sido, suponiendo que ese esfuerzo hubiera sido para Cuba, la isla juzgaría por él

qué servidores tiene: ¡y *Patria* sabe con qué bravura, y con qué resurrección, respondería a este quebranto pasajero el invencible corazón cubano!».<sup>22</sup> No era una simple nota optimista, sino el convencimiento de que el revés se convertiría en victoria.

#### Cuarta etapa: de febrero a junio de 1895

La tarea de la prensa revolucionaria durante las primeras semanas de 1895 era contribuir a la confusión del enemigo, aturcido por la magnitud de los preparativos bélicos descubiertos en el país del Norte. *Patria*, además de encubrir la acción del Delegado y sus compañeros de lucha, continúa activamente las campañas de esclarecimiento de la política del partido, y de atracción de todos los elementos útiles para la guerra, cuyo inicio era ya inminente. Sobre estos temas, y acerca de la labor para incrementar el tesoro de la organización, gira el contenido de los números anteriores al levantamiento armado del 24 de febrero.

Con el estallido de la guerra se entra de lleno en la nueva etapa del periódico, que como un organismo vivo acelera el ritmo de su existencia, lo que se refleja, incluso, en la alteración de sus ediciones, que pasan a una frecuencia de salida irregular y dinámica,<sup>23</sup> y adoptan nuevas secciones, en las cuales distribuye los materiales que llegan a las mesas de los redactores: «Noticias de la guerra», «Las noticias en España», «Últimas noticias» y «¡De Cuba Libre!»; las tres primeras parecen responder a una recomendación de Martí, escrita en Montecristi, y que reitera a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, un mes más tarde. En otra carta, el Delegado les hace una valiosa observación respecto de la primera de las secciones mencionadas, la cual tenía como subtítulo «Extractos y comentarios»: «una pequeñez que extirpar, con mano firme, y es el tono burlón o jocoso de los comentarios sobre la guerra. La guerra es grave, y nosotros, y se espera de nosotros gravedad».<sup>24</sup>

La crítica encuentra acogida, y en la entrega del 1 de mayo se aprecia un cambio en el tono, e incluso el día 13 desaparecen los comentarios y varía el título de la sección por «Noticias de la guerra. (Extractos de la prensa americana)».

En estos meses podemos apreciar la compenetración entre Martí y sus más cercanos colaboradores en la publicación, donde encontraremos hechos realidades los lineamientos políticos que el Maestro expresara en su carta del 10 de abril, y que por las dificultades de las comunicaciones posiblemente llegara a sus destinatarios unos veinte días después.<sup>25</sup> Los criterios estratégicos de la publicación no varían en lo esencial, lo que prueba, además, el arraigo del programa del partido en la conciencia del pequeño equipo de revolucionarios encargados de la elaboración del periódico.

Desde que se conoció en Nueva York que Cuba estaba en pie de guerra, *Patria* dedica sus columnas a divulgar los actos de apoyo de las emigraciones al Partido Revolucionario Cubano, y la disposición de cubanos, puertorriqueños y hombres de otras nacionalidades a colaborar económicamente con el desarrollo de la lucha, y a partir hacia la manigua para incorporarse a las huestes mambisas. Se instaba a imitar estos ejemplos. A la vez, se acentuaba la campaña tendente a incorporar a las filas independentistas a los españoles y cubanos honestos que hasta entonces se habían mantenido alejados de la causa de la mayoría del pueblo de la isla; o a lograr que se mantuvieran neutrales durante la guerra, sin prestar ayuda de ningún género a las fuerzas del enemigo colonialista. Ni siquiera el Manifiesto del Partido Autonomista hizo variar la política de atracción dirigida a la masa de este, cuyos dirigentes se empeñaban en mantener su actitud contrarrevolucionaria, acorde con su posición clasista, y negados a aceptar la evidencia de que las nuevas y apresuradas reformas prometidas por España eran la respuesta temerosa al descubrimiento del Plan de Fernandina.<sup>26</sup>

El apoyo del pueblo norteamericano y de las naciones hispanoamericanas constituyó un objetivo de atención especial

por parte del periódico. Era necesario garantizar la continuación del funcionamiento de los clubes revolucionarios en territorio de Estados Unidos, donde podrían adquirirse armas y preparar expediciones si se lograba impedir que las actividades legales del partido fueran objeto de persecución. Esto determina que *Patria* divulgue las manifestaciones de simpatía hacia la guerra de Cuba por parte de ciudadanos y de varios periódicos estadounidenses, así como las resoluciones adoptadas por las legislaturas de algunos estados, en las cuales pedían al gobierno federal que se reconociera la beligerancia de los cubanos.<sup>27</sup>

De importancia semejante en lo inmediato, y mayor en lo futuro, era el logro de la solidaridad hispanoamericana, que comenzó a materializarse en la República Dominicana –en coincidencia no casual con la presencia allí del Delegado del partido–. De acuerdo con la orientación de este, *Patria* publica el «Acta de instalación del club General Cabrera», de Dajabón, la cual expresa que «en cada pueblo de América debe haber, y habrá dentro de poco, una agrupación semejante», cuyo objetivo era ayudar moral y materialmente a la guerra de Cuba; también el periódico da a conocer el «Acta de instalación del Centro Capotillo», de Montecristi, de propósitos similares al anterior, y cuyo texto señala que la revolución de la mayor de las Antillas no podía considerarse extraña «a los sentimientos de ningún dominicano, porque ella era la causa de todos los hombres de buena voluntad esparcidos por la superficie de la tierra».<sup>28</sup>

Los puertorriqueños del exilio habían expresado su apoyo a los cubanos en los primeros actos públicos que se efectuaron en territorio estadounidense, y en mayo *Patria* publica el manifiesto «A los puertorriqueños», en el cual Ramón Emeterio Betances llama a sus compatriotas a prepararse y alzarse en armas contra la metrópoli. Periódicos y personalidades de Venezuela, Costa Rica, México, Chile, Perú, Ecuador, expresaron sus simpatías hacia la lucha de los cubanos y su disposición de colaborar con ella.<sup>29</sup> Este movimiento solidario se de-

bía, en parte, a la tradición internacionalista que caracterizó las guerras de independencia americanas, pero su carácter sería inexplicable a fines del siglo XIX si no tuviéramos en cuenta la labor personal de José Martí, quien supo ganar para Cuba el respeto, la admiración y el cariño de miles de hispanoamericanos que lo conocieron personalmente o a través de su obra escrita como periodista y poeta, revolucionario siempre.

En la etapa que ahora comentamos, las páginas del periódico reproducen seis documentos de nuestro Héroe Nacional, entre los que se encuentra la carta-manifiesto dirigida «Al Director de *The New York Herald*» –previamente dada a conocer por este diario estadounidense y reproducida en *Patria* el 3 de junio. Tal como lo orientara el Delegado a Gonzalo de Quesada, el *Manifiesto de Montecristi* se publicó en hoja aparte, lo que anuncia *Patria* en un suelto del día 1 de mayo.<sup>30</sup>

Para quienes compartieron penalidades y alegrías, optimismos y fracasos junto a aquella extraordinaria personalidad, resultaba muy difícil admitir la desaparición física del Maestro, por lo que encontraremos gran incertidumbre y contradicciones en las páginas del periódico desde el momento en que se tuvo información acerca del combate de Dos Ríos. En la entrega del 23 de mayo se incluye la versión de los partes oficiales españoles, que dan por muerto a Martí, pero se comenta que ya con anterioridad las autoridades colonialistas habían propalado infundios similares acerca de otros jefes revolucionarios. El 3 de junio, en la primera plana, se expresa la opinión de que la noticia sobre la muerte del Delegado «ha sido una grosera superchería»; pero la página 3 incluye extractos de noticias de periódicos de Estados Unidos referentes al encuentro armado en que él cayera. No es hasta el 17 de junio que se admite la dolorosa realidad: una carta de Mariano Corona confirma lo que ya todos temían, y *Patria* informa oficialmente: «Al entrar en prensa el presente número recibimos la cruel certidumbre de que ya no existe el apóstol ejemplar, el maestro querido, el abnegado José Martí».<sup>31</sup>

Nuestro Héroe Nacional cayó en combate como un soldado de la revolución. Él se había propuesto que también el periódico fuera un combatiente, y logró que sus páginas participaran en la lucha político-ideológica por la libertad de Cuba y de nuestra América. Ya lo había dicho en la primera salida de la publicación: «Eso es *Patria* en la prensa. Es un soldado».<sup>32</sup>

<sup>1</sup> «Patria», *Patria*, Nueva York, 4 de junio de 1892. En lo adelante no se consignará el lugar de edición.

<sup>2</sup> José Martí. «*Patria*: no “órgano”», *Patria*, 19 de marzo de 1892, *O. C.*, t. 1, pp. 337 y 338.

<sup>3</sup> José Martí. «Generoso deseo», *Patria*, 30 de abril de 1892, *O. C.*, t. 1, pp. 424-426.

<sup>4</sup> José Martí. «Nuestras ideas», *Patria*, 14 de marzo de 1892, *O. C.*, t. 1, pp. 315 y 318.

<sup>5</sup> José Martí. «Al *Diario de la Marina*», *Patria*, 10 de noviembre de 1894, *O. C.* t. 3, pp. 351 y 352.

<sup>6</sup> «Dos años», *Patria*, 23 de marzo de 1894.

<sup>7</sup> José Martí. «Nuestras ideas», cit. en no. 4, *O. C.*, t. 1, p. 322.

<sup>8</sup> El propio Martí nos da su opinión acerca de las secciones de que constaría el periódico: «En *Patria* publicaremos “La situación política” que refleje, de adentro y de afuera, cuanto cubanos y puertorriqueños necesitan saber del país; los “Héroes” que nos pintarían los que no se han cansado aún de serlo; los “Caracteres” de nuestro pueblo, de lo más pobre como de lo más dichoso de la vida para que no caiga la fe de los olvidadizos; la “Guerra”, o crónica de ella, en relación unas veces, en anécdotas otras, por donde a chispazos se vea nuestro poder en la dificultad y nuestra firmeza en la desdicha; la “Cartilla revolucionaria” donde se enseñará, desde el zapato hasta el caer muerto, el arte de pelear por la independencia del país: a vestirse, a calzarse, a curarse, a fabricar cápsulas y pólvora, a remendar las armas. Contará *Patria* los trabajos y méritos de los puertorriqueños y cubanos, y la vida social de los ricos y de los pobres. Se verá la fuerza entera del país en sus páginas». [«Patria», *Patria*, 14 de marzo de 1892, *O. C.*, t. 1, p. 324].

<sup>9</sup> José Martí. «Los jefes cubanos y el Partido Revolucionario», *Patria*, 3 de septiembre de 1892, *O. C.*, t. 28, pp. 307-309.

<sup>10</sup> Al respecto, Martí le escribe a Serafín Sánchez: «los anexionistas, con el pretexto del rumor expedicionario, hechos un pan con los autonomistas, que andan por acá merodeando». [José Martí. Carta a Serafín Sánchez de agosto 18 de [1892], *O. C.*, t. 2, p. 120].

- <sup>11</sup> José Martí. «En Casa», *Patria*, 18 de junio de 1892, *O. C.*, t. 5, p. 375.
- <sup>12</sup> «Afirmaciones y deducciones», *Patria*, 1 de julio de 1893.
- <sup>13</sup> «¡Adelante!», *Patria*, 9 de septiembre de 1893.
- <sup>14</sup> José Martí. Carta a Sotero Figueroa de 9 de [junio] de 1893. *O. C.*, t. 2, p. 354.
- <sup>15</sup> «Bolívar y Cuba», «El mensaje del presidente Cleveland» y «La política yanqui», *Patria*, 31 de octubre, 5 de diciembre y 13 de noviembre de 1893, respectivamente.
- <sup>16</sup> Ver, entre otros materiales: «El conflicto del Cayo», «Maquinaciones» y «Obreros importados», *Patria*, 16 y 20 de enero de 1894, respectivamente.
- <sup>17</sup> «Desastres y engaños» y «España en Filipinas», *Patria*, 16 y 23 de junio, respectivamente; el segundo título se repite en la edición del 4 de agosto de 1894.
- <sup>18</sup> José Martí. «En casa», *Patria*, 26 de enero de 1895, *O. C.*, t. 5, p. 468.
- <sup>19</sup> «La escena en el Congreso», «¿Y ahora?», *Patria*, 8 de diciembre y 14 de julio de 1894, respectivamente.
- <sup>20</sup> José Martí. «Los pobres de la tierra», *Patria*, 24 de octubre de 1894, *O. C.*, t. 3, pp. 304 y 305; «Los pobres-ricos y los ricos-pobres», *Patria*, 30 de octubre de 1894.
- <sup>21</sup> «Cubanos», *Patria*, 25 de agosto de 1894.
- <sup>22</sup> «Los tres vapores», *Patria*, 19 de enero de 1895.
- <sup>23</sup> Se publica sólo cuatro días después del 26 de marzo; a partir del 15 de abril las salidas son el 20 del propio mes, los días 1, 4, 13, 16 y 23 de mayo y 3, 10, 17 y 25 de junio de 1895. (Los editores de *Patria* tuvieron la intención de darle una frecuencia semanal, pero por diversas causas hubo momentos en que las salidas se vieron alteradas, como por ejemplo en marzo-mayo y septiembre-noviembre de 1893, enero, marzo y octubre de 1894, y marzo-mayo de 1895).
- <sup>24</sup> «Embellezcan y regularicen a *Patria*: mucha noticia ahora», dice en misiva a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, de 26 de febrero de [1895]. Ver las cartas a los mismos destinatarios, fechadas 25 de marzo y 10 de abril de [1895], en *O. C.*, t. 4, p. 75, 108 y 122, respectivamente.
- <sup>25</sup> En esta carta, el Delegado expresa: «Y siempre los mismos puntos principales: capacidad de Cuba para su buen gobierno,—razones de esta capacidad—, incapacidad de España para desenvolver en Cuba capacidades mayores,—decaencia fatal de Cuba, y alejamiento de sus destinos, bajo la continuación del dominio español, diferencias patentes entre las condiciones actuales de Cuba y las de las repúblicas americanas cuando la emancipación,—moderación y patriotismo del cubano negro, y certeza probada de su colaboración pacífica y útil,—afecto leal al español respetuoso—concepto claro y democrático de nuestra realidad política; y de la guerra culta con que se la ha de asegurar. Eso cada día, y en formas varias y en el periódico todo». (Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, Montecristi, 10 de abril de 1895, *O. C.*, t. 4, p. 122).

- <sup>26</sup> «Noticias en España», *Patria*, 18 y 26 de marzo y 15 de abril; «Noticias de la guerra» y «De Madrid», *Patria*, 15 de abril y 4 de mayo de 1895, respectivamente.
- <sup>27</sup> «Resoluciones presentadas a la Legislatura de Albany» y «Los Estados Unidos y Cuba. Florida, New York, Pensylvania, apoyan el movimiento separatista», *Patria*, 4 y 18 de mayo de 1895, respectivamente.
- <sup>28</sup> Ver las orientaciones del Delegado acerca de la publicación de estos documentos en José Martí. Carta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, *O. C.*, t. 4, p. 109. Los textos «Acta de instalación del Centro Capotillo» y «Acta de instalación del club General Cabrera», se hallan en *Patria*, 30 de marzo de 1895.
- <sup>29</sup> «El Partido Revolucionario en Hardman Hall» y «Citación y meeting», «A los puertorriqueños», «Simpatías de América», *Patria*, 4 de marzo, 4 y 23 de mayo de 1895, respectivamente.
- <sup>30</sup> José Martí. «Al Director del *The New York Herald*», y carta a Gonzalo de Quesada de 18 de marzo de [1895], *O. C.*, t. 4, pp. 151-160 y 112-114, respectivamente; «Manifiesto del Partido», *Patria*, 1 de mayo de 1895. La carta al *Herald*, el *Manifiesto de Montecristi* y dos circulares publicadas en *Patria* están firmadas conjuntamente con el general Máximo Gómez.
- <sup>31</sup> «Última hora», «Nuestro Martí» y «Noticias de la guerra», «¡De Cuba Libre!» y «Última hora», *Patria*, 23 de mayo, 3 y 17 de junio de 1895, respectivamente.
- <sup>32</sup> José Martí: «A nuestra prensa», *O. C.*, t. 1, p. 322.

## En Casa: semillero de una nueva ideología\*

*Ramón de Armas*

El 28 de abril de 1893, en una de las varias etapas de un importante recorrido de trabajo revolucionario, que lo llevó a Filadelfia, Atlanta, Nueva Orleans y Cayo Hueso, José Martí hallaba tiempo para instruir a Gonzalo de Quesada y Aróstegui —quien, en tales casos, compartía con Sotero Figueroa la responsabilidad de la edición de *Patria*—: «y los En Casa, que pueden volver, para la circulación local, límelos como desearía limarlos yo, a fin de que las semillas se salven por el arte con que se dicen».<sup>1</sup>

Resultaría en realidad aventurado tratar de precisar, por el contexto, si al hablar de «circulación local» Martí tenía en mente, en general, a la emigración cubana y puertorriqueña en Estados Unidos, o si contemplaba solamente la de Nueva York, ciudad en la que veía la luz, semanalmente, *Patria*.

Pero lo verdaderamente trascendente parece radicar, más bien, tanto en la alta valoración implícita en su interés por la reaparición de las notas breves o «suelos» que conforman la sección En Casa, como en lo que realmente constituye la definición por el propio Martí de la función y la especificidad de «los En Casa»: un semillero de ideas, de ejemplos, llamados a oportuna germinación. Veámoslo más en detalle.

La sección En Casa había comenzado a publicarse en el segundo número de *Patria*, el 19 de marzo de 1892, y Martí

\*Tomado de *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, sept.-dic. de 1982.

la escribe por primera vez para el tercer número del periódico, o sea, para el correspondiente al 26 de marzo.

Fue durante el primer año de existencia de *Patria* que la sección apareció con mayor frecuencia, y pudiera incluso decirse que se publicó con determinada constancia hasta fines de marzo de 1893. Pero, a pesar de ello, durante ese período de un año los En Casa aparecieron solamente en 44 de los 55 números de *Patria* entonces publicados. En veinticuatro ocasiones la sección había sido escrita por José Martí; en las restantes había sido escrita por colaboradores del periódico.

El análisis del período en cuestión evidencia que hay coincidencia casi perfecta entre la presencia de Martí en Nueva York y la publicación de los En Casa debidos a su pluma. Sucedió muy pocas veces –solamente en cinco ocasiones– que Martí estuviera en Nueva York, y que la sección fuera escrita por otros colaboradores. Ello da, sin duda, certera medida –la de su dedicación y atención personales– de la importancia que Martí atribuía a mantener la sección.

Durante los nueve restantes meses de 1893 –y no obstante el claro llamado de Martí a Gonzalo de Quesada–, En Casa sólo se publicaría tres veces más, siempre escrita por colaboradores. Se trata, ciertamente, de una etapa (de abril a julio y de septiembre a diciembre) durante la cual Martí se vería obligado a un extenso viajar por América Central, por el Caribe, y dentro del propio Estados Unidos.

En 1894, aunque En Casa ya sólo saldría diecinueve veces, en once ocasiones había sido escrita por José Martí. Las dos últimas veces que Martí escribió la sección fue para los números correspondientes al 19 y el 26 de enero de 1895. En ambas oportunidades lo hizo a pesar de circunstancias excepcionalmente difíciles para la revolución: en el primer caso, porque sólo una semana antes, el día 12, había comenzado a materializarse –con la detención del vapor Lagonda por las autoridades norteamericanas– la traición a la expedición alistada para salir desde el puerto de Fernandina; en el segundo caso, porque estos –sus últimos En Casa– saldrían publicados sólo cin-

co días antes de que embarcara hacia Santo Domingo a reunirse con Gómez y marchar, desde allí, a la guerra de Cuba.

No parece quedar lugar a dudas acerca de la importancia que Martí atribuyera a los *En Casa*, y la atención que les dedicara a estas breves notas que, como hemos señalado, él mismo definiera como «semillas» a cuya preservación aspiraba.

Cabría, sin embargo, apuntar –y es justo hacerlo– que todo *Patria* puede ser también considerado un inagotable e incuestionable semillero de ejemplos y de ideas. Serlo estuvo entre sus propósitos expresos, y en alguna ocasión Martí destacaría –hablando precisamente del periódico y de su función– que «un teclado tiene muchos marfiles, y el pedal apoya este o aquel, según quiera prolongar un sonido puro, o ligarlo, o sofocar otro agrio».<sup>2</sup>

De ese modo, todo *Patria* fue un constante e intencionado transmisor de aquellos elementos formadores con que Martí quiso destacar y estimular determinadas conductas, actitudes y posturas. Se trata, en realidad, de una función conscientemente adoptada desde los inicios mismos de la publicación, y que el propio Martí argumenta: «El elogio oportuno fomenta el mérito; y la falta del elogio oportuno lo desanima».<sup>3</sup> Y aún más: «El vicio tiene tantos cómplices en el mundo, que es necesario que tenga algunos cómplices la virtud. Se puede ser, y se debe ser cómplice de la virtud. Al corazón se le han de poner alas, no anclas».<sup>4</sup>

Pero hubo, además, otras muy fuertes y determinantes razones para que *Patria* abundara en el necesario encomio y en el destaque oportuno de los ejemplos. Y en explicarlo fue muy preciso y definitivo José Martí: «Cuando consuela a los tristes, cuando proclama el mérito desconocido, cuando levanta el ejemplo ante los flojos y los descorazonados, cuando sujeta a los hombres en la vida de la virtud, lo loable es la alabanza. Y cuando a un pueblo se le niegan las condiciones de carácter que necesita para la conquista y el mantenimiento de la libertad, es obra de política y de justicia la alabanza por donde se

revelan, donde más se las niega, o donde menos se las sospecha, sus condiciones de carácter».<sup>5</sup>

De ahí que en todo *Patria* ocupe un lugar especialísimo el realce de los más meritorios rasgos del carácter de cubanos y puertorriqueños, y de los merecimientos revolucionarios de ambos pueblos. En este realce –y a ello nos referiremos en particular algo más adelante– será de más frecuente presencia el ejemplo discreto y continuado de los antillanos más humildes, de los hijos del trabajo. Como definitivamente sentenciará el periódico con palabras de Martí: «Es cobarde quien ve el mérito humilde, y no lo alaba. Y se ha de ser abundante, por la ley de equilibrio, en aquello en que los demás son escasos [...]. Cesen los soberbios, y cesará la necesidad de levantar a los humildes».<sup>6</sup>

Pero se trata aquí de delimitar *de qué manera específica* llenó la sección En Casa aquella función de semillero a la que Martí aludiera, dentro del propósito general que en ese mismo sentido tuvo la totalidad del periódico *Patria*. Y trataríamos de definir esa especificidad señalando, sobre todo, que la sección estaba encaminada a destacar –tomándolas de la actividad práctica cotidiana de cubanos y puertorriqueños– las numerosas manifestaciones concretas de aquellos principios revolucionarios e ideas políticas y sociales que *Patria* –o que es lo mismo, José Martí– se planteó transmitir y enraizar.

Tal es, sin lugar a dudas, su principal aspecto diferenciante: los En Casa siempre se referirán –y en la mayor parte de los casos lo harán con mención de nombres y apellidos– a cubanos y puertorriqueños individualizados, a miembros concretos de la emigración antillana en Estados Unidos, o a visitantes de ambos pueblos de paso por alguna de las principales ciudades. Harán también mención de actividades de clubes y sociedades de emigrados. Y siempre será para transmitir y difundir aquellas posiciones, conductas, actitudes y merecimientos personales que mejor expresen y ejemplifiquen los principios, filiaciones, postulados e ideas que encontramos en innumerables artículos de análisis o de divulgación general

del propio *Patria*. Consideramos esta, obviamente, como función de importancia mayor.

Debe señalarse, antes de continuar, que existe una diferencia claramente perceptible entre el contenido de los En Casa –generalmente extensos– debidos a la pluma de Martí y los muchos más breves escritos por otros colaboradores. Aunque *todos* recogen aspectos concretos de la vida diaria de la emigración antillana en Estados Unidos, estos últimos no logran, en la mayoría de los casos, trasponer el carácter de una reseña tipo «crónica social», a la vez que el tratamiento de las noticias que ellos ofrecen no siempre llega a tener plena intencionalidad, o carga político-ideológica.

Un análisis de los En Casa escritos por Martí (el 53% de todos los publicados hasta su muerte) permite evidenciar que la sección tenía para nuestro Héroe Nacional objetivos muy concretos que pudieran ser enunciados, en nuestra opinión, como queda recogido en los siguientes puntos:

1. Formación de una conciencia de *suficiencia nacional* mediante el sensible y muy enfático destaque de aquellos rasgos del carácter de cubanos y puertorriqueños que garantizan sus éxitos en los planos social, laboral, cultural e incluso empresarial, y que evidencian y hacen incuestionable, sobre todo, la capacidad de ambos pueblos para el gobierno propio. Resulta natural, desde luego, la pertinencia de algunos ejemplos.

Así, cuando habla del trabajo que sobre Venecia ha publicado en el *World* de Nueva York, en lengua inglesa, un muchacho cubano de quince años, Martí señala que el suyo «es mérito que revela la firmeza mental y aptitud de adaptación por donde los pueblos retardados como el nuestro pueden entrar a la vida en condiciones de permanencia con los pueblos maduros».<sup>7</sup>

O cuando menciona cubanos de temple y ancho corazón, cubanos que «se echaron al monte diez años», afirma: «De estos hombres se hace un pueblo, aunque hoy lleven un mote en política y mañana lleven otro, el pecado no está en equivocarse de ruta, y creer que sea remedio lo que no lo es, sino en

perpetuar el carácter flojo e indeciso de la colonia, cuya soberbia y nulidad entorpecerían el trabajo creador y distinto de la república. Y porque tenemos estos hombres puede Cuba ser libre. No podría serlo si no los tuviera. En la ciudad los tenemos, y en el campo. En Cuba los tenemos, y en la emigración».<sup>8</sup>

Es constante su labor; y es constante su alabanza de los que, tanto en lo pequeño como en lo mayor, demuestran poseer los rasgos de carácter que harán viables la obtención y mantenimiento de la independencia y del nuevo ordenamiento republicano.

De modo similar se refiere –y recordemos que sólo citamos ejemplos tomados casi al azar de entre los muchos posibles– a los éxitos de una estudiante cubana en planteles norteamericanos, que son para Martí «una victoria modesta, de tantas como en el seguro de nuestros hogares van creando el pueblo nuevo que ha de suceder al que hoy agoniza y se desordena en nuestra patria».<sup>9</sup>

Y transmite, en todo momento, la seguridad más plena en los firmes hijos de nuestros pueblos: sobre un puertorriqueño de méritos y renombre, sentencia: «¡Hombres así se han de poner de ejemplo a los que dudan del poder de nuestros pueblos para alzarse y mantenerse por sí propios! ¡De fijo que un hombre así no duda de su pueblo!».<sup>10</sup>

2. Énfasis en la defensa de los trabajadores –concepto que en Martí no excluye a las laboriosas y empobrecidas capas de los pequeños propietarios del exilio–, y evidencia de la filiación y toma de partido junto a ellos.

Si bien desde su primer número *Patria* había proclamado «la fe en los humildes»<sup>11</sup> como uno entre los principales elementos que moverían las ideas del periódico, los *En Casa* serán sistemáticamente reiterativos de esta postura, y abundarán del modo más enfático en el destaque de las virtudes de los hijos del trabajo.

En ellos hablará Martí, como ejemplo, de Carolina Rodríguez –la anciana que «gana el jornal de que vive, y las limosnas que acaso ya no puede hacer, en su silla de cuero,

frente a su barril de despalilladora»–, y sentenciará: «¡De los tabaqueros, suelen hablar con desdén los que no tienen el valor del trabajo, ni el de ganar con sus manos, sea cualquiera la labor, una vida libre y honrada!».<sup>12</sup>

En ellos –al mencionar por sus apellidos a «dos conocidas familias del Camagüey, empobrecidas por la revolución»– se apuntará, como uno de los más positivos resultados de la frustrada Guerra de los Diez Años, que «nuestra guerra disminuyó el número de hijos mimados, y de hombres de adorno; a nuestra guerra debemos una generación de hombres laboriosos, de hombres útiles a la patria». <sup>13</sup>

En los En Casa se delimitarán posiciones y se calificarán actitudes: «¡Anda de moda hacerle hocico, entre los encharolados, a la humildad de nuestro pueblo, que ha mantenido la llama en el altar, y aun los que pasan por patricios esperan la hora de adularla en falso cuando ya se le vea todo el poder, o de sofocarla, so capa de servirla, por la alianza aviesa con la gente pontificia, la gente de alma floja!». <sup>14</sup>

En los En Casa se dejarán sentadas pautas de conducta de inconfundible signo: «¡Cuándo más bella nuestra mujer, a no ser que fuese al caer en el sepulcro libre de la guerra, que cuando con los dedos helados del destierro halla de su tarea para comprar el pan y el carbón; cuando, arrebuja en la manta la noble vejez, va la señora de antes a su barril de despalillar; cuando [...] ayuda con su industria al ejemplo y dicha de la casa desterrada, y al crédito que con la prueba de su virtud gana el país!». <sup>15</sup>

En los En Casa se dejará sentada, también, la enorme confianza –avalada por los hechos del Cayo– en la capacidad de fundación y realización de nuestros hombres y mujeres más humildes: «En vano la vida áspera los acorrala en ocasiones, o se les cierra: ellos, a puño de trabajador, se abren paso por la vida. En vano nuestras preocupaciones mismas nos salen al paso, desluciendo por una minimez la verdadera grandeza: el carácter, pujante y respetado, triunfa del desierto y la noche de la vida extranjera». <sup>16</sup>

Pero en ellos, sobre todo, se sentarán principios: «Es la verdad que en alguna casa santa, de padre de ocho criaturas, de ancianas enfermas, se quitó de la mesa el pan que se dio a Cuba: si lo olvidase Cuba mañana, *Patria* tiene manos de justicia que le escribirían el sacrificio en la frente a la madre ingrata!».<sup>17</sup>

Porque, ciertamente, en aquella coyuntura de la revolución cubana por la independencia, «unos daban pesos, y otros daban miles». Y, también ciertamente, estaba claro el carácter de la obra: «por sobre intrigas y traiciones, compraremos, con el trabajo de pobres y de ricos, la república justa». Pero quedaba inmediatamente dicha la causa de que ello pudiera ser así, y se definía: «Hay ricos que tienen aún alma de pobre». <sup>18</sup>

3. Desde estas posiciones tomadas junto a los hombres y mujeres del trabajo, los En Casa realizan una *labor de captación* de aquellos que en el aparato conceptual de Martí son designados con el nombre genérico de *los ricos*, y que parecen haber correspondido, fundamentalmente, a la burguesía industrial y a las capas profesionales afines, incluyendo, en algunos casos, a sus propios voceros políticos.

Así, los En Casa destacarán, por ejemplo, que «este apellido de Cordero sabe pelear en la guerra hasta que las piernas se le quedan en muñón; y en la paz, en la incompleta paz del extranjero, levantar una industria. ¡Estos son cubanos! De los gruñones, de los descontentos, de los impotentes no hay que sacar modelos. ¡Estos son los modelos!». <sup>19</sup>

O postularán, al narrar los éxitos de un abogado cubano –de rica familia y famoso apellido– con bufete en Nueva York, que «ocasión es lo que necesita el cubano para distinguirse». <sup>20</sup> O comentarán el paso por dicha ciudad de dos cubanos conocidos, sin que Martí vacile en afirmar sobre un importante dirigente autonomista: «Uno es Gabriel Millet, más convencido que nosotros de la eficacia de la política de paz, pero no menos deseoso que nosotros del bien de su país». <sup>21</sup>

Pero quizás esta función asumida por los En Casa se haya hecho particularmente evidente en el siguiente fragmento, cuando después de dejar establecido el trascendente postula-

do de que «para la paz queremos la guerra» y «para el trabajo queremos la república», Martí discurre: «De cambiar de alma se trata, no de cambiar de vestido. La opinión de un hombre sobre los métodos, lentos o violentos, de obtener la felicidad del país, no nos importa tanto como su capacidad para aumentar la producción legítima del país, en concordia con sus distintos habitantes; porque el que le aumenta a un país la producción política, sea o no dado a los métodos políticos, ese le aumenta la libertad. Y el mérito de un cubano de Cuba, sea de la guerra pasada o de la venidera, sea por carácter o inclinación menos dado a la guerra que nosotros, u opuesto a ella, sea o no amigo vehemente de nuestros recursos y soluciones, nos enorgullece tanto como el mérito de un cubano de fuera de Cuba.—Este es nuestro modo de decir que ha pasado por Nueva York, en uno de sus viajes, de negocios, el productor cubano, sagaz y cordial, José Pujol».<sup>22</sup>

Pensamos que estos tres aspectos que hemos mencionado, y que hemos ilustrado con algunos de los innumerables posibles ejemplos, constituyen los aspectos principales —los temas mayores— alrededor de los cuales los En Casa de José Martí realizan su constante labor de divulgación y formación, a través de la utilización, como ya hemos mencionado, de la referencia concreta a cubanos y puertorriqueños individualizados.

Todo ello, desde luego, en un contexto en el que está siempre subyacente, como elemento constante, la ininterrumpida y paciente tarea de construir una sólida unidad entre las diversas clases y sectores existentes en la emigración; entre blancos, negros y mestizos; entre la generación veterana de la Guerra Grande y la nueva generación de futuros guerreros; entre las emigraciones de las distintas ciudades norteamericanas; entre los cubanos «de dentro» y los del destierro.

Estarán de igual modo presentes, con determinada frecuencia, temas medulares de la ideología martiana como el antimperialismo y el latinoamericanismo, y muy notables elementos de lo que hoy caracterizamos como *internacionalismo revolucionario*.

En este sentido, los En Casa fueron vehículo de muy importantes formulaciones, siempre vinculadas, siguiendo el estilo de la sección, a la referencia individualizadora. Así, por ejemplo, saluda En Casa el paso del poeta guatemalteco Domingo Estrada por Nueva York: «Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente [...] peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana. Otros crecen, y tenemos que crecer nosotros. En los viveros de los pescadores, se ve cómo el pez recio y hambrón, cuando se le encaran juntos los peces pequeños, bate el agua con la cola furibunda, y deja en paz a los peces pequeños. Es cubano todo americano de nuestra América».<sup>23</sup>

Allí serán mencionados y encomiados –con nombres y apellidos– hijos de otros pueblos de nuestra América que defienden a Cuba y Puerto Rico, que luchan codo a codo por ellas, o que cayeron en las luchas libertarias precedentes. Y allí, al comentar la creación de una revista literaria en Santiago de Cuba por el dominicano Manuel de Jesús Peña (quien «quiere que le conozcan mejor el país en que nació, y en que los cubanos se ven como en casa propia, porque ambas sangres han corrido juntas contra el mismo tirano»), quedaría dicho para siempre, como suma de definiciones y posiciones internacionalistas de nuestro Héroe Nacional: «Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer».<sup>24</sup>

Tales son, en nuestra opinión, las semillas a que se refería Martí cuando aspiraba a que los En Casa fuesen adecuadamente «limados» por Gonzalo de Quesada, a fin de que el mensaje prevaleciera, auxiliado «por el arte con que se dicen».

Esta última fue, ciertamente, idea a la que Martí se refirió en más de una ocasión, puesto que «la verdad llega más pronto a donde va cuando se la dice bellamente».<sup>25</sup> Pero los En Casa fueron ejemplos salvados. Fueron semillas de una nueva ideología, profundamente revolucionaria y humana, que desde la sencillísima sección hizo esparcir y logró sembrar –para

su venturosa germinación en el largo y heroico proceso de nuestro posterior devenir revolucionario— nuestro José Martí.

<sup>1</sup> José Martí. *Obras completas*, t. 2, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, p. 315. (La cursiva es nuestra).

<sup>2</sup> *Id.*, t. 5, p. 347 (3 de abril de 1892).

<sup>3</sup> *Id.*, t. 1, p. 369 (3 de abril de 1892).

<sup>4</sup> *Id.*, p. 370.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Id.*, t. 5, pp. 409 y 410 (28 de enero de 1893).

<sup>8</sup> *Id.*, p. 393 (27 de agosto de 1892).

<sup>9</sup> *Id.*, pp. 425 y 426 (9 de marzo de 1894).

<sup>10</sup> *Id.*, p. 389 (13 de agosto de 1892).

<sup>11</sup> *Id.*, t. 1, p. 323 (14 de marzo de 1892).

<sup>12</sup> *Id.*, t. 5, p. 417 (24 de marzo de 1893).

<sup>13</sup> *Id.*, p. 361 (7 de mayo de 1892).

<sup>14</sup> *Id.*, p. 353 (16 de abril de 1892).

<sup>15</sup> *Id.*, p. 394 (27 de agosto de 1892).

<sup>16</sup> *Id.*, p. 405 (21 de enero de 1893).

<sup>17</sup> *Id.*, pp. 449 y 450 (10 de noviembre de 1894).

<sup>18</sup> *Id.*, p. 450.

<sup>19</sup> *Id.*, p. 379 (25 de junio de 1892).

<sup>20</sup> *Id.*, p. 385 (2 de julio de 1892).

<sup>21</sup> *Id.*, p. 386 (9 de julio de 1892).

<sup>22</sup> *Id.*, pp. 368 y 369 (28 de mayo de 1892).

<sup>23</sup> *Id.*, pp. 375 y 376 (18 de junio de 1892).

<sup>24</sup> *Id.*, p. 468 (26 de enero de 1895).

<sup>25</sup> *Id.*, t. 1, p. 325 (14 de marzo de 1892).

## Anexo

### Carta a Bartolomé Mitre y Vedia

*New York, 19 de diciembre de 1882*

*Señor y amigo:*

*Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta, sólo en lo cuerda igual a lo generosa, de 26 de septiembre último. Me pareció un rayo de mi propio sol, y palabra del alma;—ni me parece ahora que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta. No hay bien como el de estimar,—y acaso sea este hoy mi único placer. Queda, pues, dicho que leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite que me empeñe, y que el gozo fue tanto porque vi mis pensamientos en los suyos, cuanto porque penetró usted en los míos. No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión. Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o—pule sólo de un lado, las gentes,—y les da a la par aire de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador,—entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuan-*

*tas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, —aquí mismo a veces— aletargado, —cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos, ¿urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de los hombres.*

*Siendo esa mi manera de pensar, bien hizo usted, pues, en mermar de mi primera carta, —por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido, —lo que pudiera darle, por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. Y esto creo que se lo dije en carta, al enviarle mi correspondencia, a nuestro amigo benevolentísimo el señor Carranza, y le rogué que pidiera a usted perdón por ello. Ahora ya sé que ando entre gentes de alma noble, y que me siento a buen festín, y no tengo sino dejar salir el alma, en la que tengo fe. Y fío en que la he de hacer sentir, por cariñosa y por humilde. No me parecen definitivas sino las conquistas de la mansedumbre.*

*Me dice usted que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras. Y esta es para mí la faena más penosa. Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran. Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada. No tema usted la abundancia de mis cen-*

*suras que se desvanecen delante de mi pluma, como los diablos delante de la cruz. Yo sé que es flaqueza mía; pero no puedo remediarlo. Suelo ser caluroso en la alabanza, y no hay cosa que me guste como tener que alabar;—pero en las censuras, de puro sobrio, peco por nulo. Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas; que yo no haré en mis cartas—pues va dicho sin decirlo que acepto el honor de escribirlas para La Nación,—sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. Mi método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo, hasta tres meses hace que cesé en ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia,—cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra,—porque no parezca mi boca temeraria;—y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso y conversaciones corrientes, no hayan de antemano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión—y mi horror al encarcelamiento del espíritu humano. Sobre este eje, todo aquello gira. ¿No le place esta manera de zurcir mis cartas? Ya las verá sinceras,—con lo que usted, que lo es tanto—no me las tendrá a mal.*

*Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso, mi modo general de ver; y puesta por delante mi alegría de hallar a tanta distancia un corazón vecino,—le pediré perdón por no haber aprovechado el correo anterior para responder su carta, y por no comenzar con mi correspondencia hoy la serie definitiva de las mías para el periódico. Pero después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién hecha, que es toda de usted. Y primero las ansias de aguardarlos, y los miedos de que no viniesen, y luego las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación,—me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en*

*esto no fui nunca, ni quiero yo ser, gente de letras. Sino a calor del espíritu, que me deja sin fuerzas para obras menores cuando me lo solicita y concentra toda obra mayor. Ahora mismo le escribo, sin papel apenas en que dejar caer estos renglones, y muy entrada ya la noche fría, fatigado de un día muy laborioso, de todo lo cual le pido excusa. Pero ya con buena parte de los míos a mi lado, y calmado el afán de verlos venir, me doy sin tardanza a mi nueva sabrosa tarea. Y cada mes, como ustedes bondadosamente me lo piden, comenzando por el próximo enero, y por el vapor directo, o el primero que en el mes salga, le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, suceda en este. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena. Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir. De prosistas, hay muchedumbre, pero ninguno heredará a Motley. Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James. Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman, y apunta un crítico bueno, Clarence Stedman. Esta noticia se me ha salido de la pluma, como a un buen gustador se va derechamente, y como por instinto, una golosina.*

*Réstame sólo, por ser contra mi voluntad, tiempo de poner punto a esta carta, darme los parabienes de haber hallado en mi camino a un caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida. Escribiré para La Nación fuera de todos los respetos y discreciones necesarias en quien sale al público—como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella. Por lo generosa, y bien sé cuán valiosa es la hospitalidad que en La Nación venerable me brinda,—tengo las manos llenas de gracias.*

*La estimo vivamente, y haré por pagarla. Ojalá sienta usted en esta carta el cariño y efusión con que se la escribe su amigo y servidor afectuoso*

*José Martí*

Carta a Manuel Mercado

(Fragmentos)

*New York, 13 de noviembre*

*Ahora, ¿querrá usted ayudarme? ¿Querrá usted ponerse de mi lado, a ver si puedo, recogiendo labores de aquí y de allá, ya en los periódicos de aquí, ya en los de fuera, evitar el uncirme de nuevo, con estos pensamientos que me quemán y estas visiones blancas que me empujan, a una mesa de comercio, en que me iría muriendo; por ser en ellas constantes la brusquedad y el egoísmo, de los que cada muestra y palabra me dan en el corazón, que no sé ya cómo me vive?—De este pensamiento era del que le hablaba desde hace dos años, pensando siempre en una manera de arreglar mis labores, de modo que me permitiesen trabajar en mis propias vías, que es el único modo de dar fruto. Porque si no, me muero de vergüenza, y me parece que desobedezco a la voz de adentro, y falto a mi deber, y seré juzgado, puesto que traje en mí acciones y palabras buenas que no dí, como un desertor y un criminal.—Trabajo para un gran diario de Buenos Aires; pero este sueldo va a mamá. Si logro arreglar este género de vida, y fijar mi plan, trabajaré, como en este mismo instante, para el Sun de aquí, para el que escribo en francés iyo, a quien usted corrigió una vez, con dulzura de evangelista, un envoyerai por un enverrai!—Lo que le pido es esto, y se lo pido urgentemente, y como a usted pudiera yo con más eficacia pedírselo. Me va en ello, ahora, el enderezamiento de mi vida, que de aquí a un mes sería angustiosa; y, después, me va en ello la fuerza de mi inteligencia, y la salud del alma:—Dos cosas se me ocurren, y una la tenía pensada mucho tiempo ha: ¿vendría bien para el Diario Oficial de México, con una remuneración que sin ser excesiva, compensase en algo la labor, de 50 a 100, según el tiempo empleado, una especie de redacción constante de asuntos norteamericanos, estudiados, sin comentarios comprometedores, en cuanto, y ahora es mucho e importantísimo, hiciesen relación a todos los pueblos de nuestra raza, y en especial al mexicano? Alerta se ha de estar allí a todo*

*esto, sin que por eso se parezca alarmista. Ese sería el mejor modo de ir haciendo opinión y previsión, sin alararlos.*

*Cada semana saldrían de aquí las cartas y documentos que fueran del caso. O cada semana una carta. O una noticia especial de cada asunto que se refiriese a las relaciones de este país con los nuestros, por actos directos o indirectos. Ya sé que no es de amonidades ni literaturas el Diario Oficial: ni sienta bien como lugar de expresión de opiniones extremas, que yo cercenaría, y haría de modo que los lectores las dedujesen por sí, sin ir en esto a más de lo que el Diario desease.—Un centinela de la casa propia, con todo el cuidado de quien sabe el peso y alcance de toda palabra oficial: este sería yo en esto.*

*Y mi otro plan es este: He imaginado sentarme en mi mesa a escribir, durante todo el mes, como si fuese a publicar aquí una revista: Sale un correo de New York para un país de los nuestros: escribo todo lo que en este haya ocurrido de notable: casos políticos, estudios sociales, noticias de letras y teatros, originalidades y aspectos peculiares de esta tierra. Muere un hombre notable: estudio su vida. Aparece, acá o en cualquier otra parte del mundo, un libro de historia, de novela, de teatro, de poesía: estudio el libro. Se hace un descubrimiento valioso: lo explico, luego de entenderlo. En fin, una revista, hecha desde New York sobre todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos; pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios. Siete, ocho, diez, yo no sé cuántos, porque usted sabe que ni el corazón ni la mano se me enfrían, tendría el periódico que entrase en mi plan, como parece que uno en el Uruguay, El Siglo, y otro en Chile, El Mercurio, entran: de estos artículos, unos serían de crítica, otros de bibliografía, otros de biografía, otros, los que interesarían más acaso, correspondencias sobre varias materias. Por ferrocarril le mando copia de la última que he escrito, en que describo el día y la noche de elecciones. Naturalmente, ese trabajo, que es más que el de un redactor diario asiduo, no lo podría hacer para un periódico solo, a menos que no compensase por sí solo el tiempo empleado en él, como tres años ha hice con La Opinión de Caracas, lo que abandoné por ser condición para continuar aquella labor que consintiese el alabar en ella las*

*abominaciones de Guzmán Blanco. Con \$120 me basta para la vida: tengo probabilidades de que los periódicos que le he dicho de Montevideo y Santiago tomen esta serie de trabajos, que se publicarían en el periódico de cada país a un mismo tiempo; y eso me habilita a ofrecer toda esa labor por \$40 oro americano al periódico mexicano que viese utilidad en ella. Usted me cuidaría, por serme vital, de la constancia de la paga. ¿No ve que me debe estar dando vergüenza hablarle de esto? Creo esto realizable, y acaso lo del Diario, aunque más fácilmente lo otro.—*

*Por poco me propongo dar mucho; que no por mío ha de valer, sino porque será de cosas de interés, nuevas y vivas. Siéndome esta labor grata, ¡qué diligencia no pondré yo en ella!—que no he perdido nada de la que usted me conoció, sino que la tengo crecida, por el disgusto que los trabajos nimios del comercio me causan, y el agradecimiento con que vería el poder librarme de ellos,—y por ser estas labores que reúnen a la vez la animación, la hermosura y el desinterés que me son esenciales, en cuanto hago y veo, para la vida.*

*José Martí*

Carta a Manuel Mercado

(Fragmentos)

22 de marzo de [1886]

*Ahora, a otra cosa, también egoísta. Hace ya como un año que le hablé de ella, de un modo general, pero esta vez, ha de ir de veras.—De tal manera tengo hoy dispuestos mis quehaceres, tiempo y obligaciones, que me es absolutamente imprescindible, si no me quiere ver en una agonía que mi carácter hace mayor—crearme una pequeña ayuda mensual de \$50, a cambio, naturalmente, de un trabajo que valga mucho más. Esto si se lo indiqué yo a Pablo Macedo; y en la forma práctica en que lo propongo, lo creyó él muy hacedero, como yo lo creo también sinceramente. Ya usted sabe que yo tengo la mano muy hecha a escribir sobre cosas de este país para diarios de afuera; que en la América del Sur me han hecho casi popular, en cinco años de esta labor, mis estudios y análisis sobre las cosas de esta tierra, y su carácter, elementos y tendencias; y que con tan buena fortuna he andado en esto que, no sólo he puesto en su lugar ciertas aficiones excesivas que en nuestros países se sienten por este, sin entrar jamás en denuncias ni censuras concretas, sino que—y esto me halaga más—mis simples correspondencias me han atraído el cariño y la comunicación espontánea de los hombres de mente más alta y mejor corazón en la América que habla castellano.—México necesita irremisiblemente un origen de información constante y sereno sobre los elementos, acontecimientos y tendencias de Estados Unidos. Es incomprendible que no lo tenga ya; y el periódico que lo inaugure, responderá a una necesidad práctica y generalmente sentida, y ganará fama de útil y prudente, más los provechos que recibe el que da al público lo que el público desea.—*

*Pues ese servicio, bien en cuatro correspondencias al mes,—bien en dos, que permitirían acaso estudiar mejor los problemas, es el que propongo hacer, por \$50 oro americano al mes. Firmemente creo que los repondría en interés y en utilidad al periódico que los pagase. La Nación de Montevideo, me paga \$25 por cada corres-*

*pondencia. La Opinión Nacional hasta que me pareció bien separarme de ella, me pagaba \$100 por dos. Pero para México, sobre tener más gusto en escribir y en volver a mi público, tengo en cuenta el estado actual de las finanzas, y el deseo de hacer el plan posible. Excusado es advertirle, pues me conoce, que allá irán cuartillas sin reparo, ni relación con el sueldo.*

*Macedo me habla de dos diarios en que yo mismo había pensado antes de verlo. El Partido Liberal en el que me sería muy grato escribir, por andar en él, según entiendo, Villada a quien quiero, y D. Manuel Romero Rubio, que me sirvió una vez de prudente evitafrascas,—y El Nacional que parece también emprendedor.—Nada más le digo. De mí para usted le confieso que con esto me salva, aunque no lo parezca, de verdadera angustia; y me atrevo a urgirle con empeño a que me ayude, como Pablo Macedo de acuerdo con usted me ofrece,—porque lo que ofrezco es mercancía útil y superior por su importancia, salvo en cuanto tendría mío,—a lo que pido por ella. —Pónganse, pues, mis dos amigos el sombrero, y no vuelvan a casa sin dejarme el alma contenta.*

*José Martí*



## Índice

- Ojeada al periodista José Martí* 11  
Pedro Pablo Rodríguez
- José Martí: ¿un gacetillero anónimo en la *Revista Universal*? 29  
Ana María Álvarez Sintés
- Evolución estilística de las crónicas martianas (1875-1882) 49  
Mercedes Serna Arnaiz
- Revista Venezolana* de José Martí 61  
Salvador Morales
- Nueva York en Caracas. Las crónicas norteamericanas  
de José Martí para *La Opinión Nacional* 85  
Pedro Pablo Rodríguez
- Sección Constante: vértigo y servicio 108  
Mayra Beatriz Martínez
- «Definir, avisar, poner en guardia...». Visión martiana  
de Estados Unidos en *La América* 135  
Pedro Pablo Rodríguez
- La América*: ¿periódico de anuncios? 157  
Carmen Suárez León
- Discurso y cultura de la nación moderna, o el deseo  
de la perfección 169  
Iván A. Schulman
- El escritor 204  
Fina García Marruz
- Notas sobre *La Nación*, Bartolito Mitre y José Martí 230  
Enrique López Mesa
- Martí en *La Nación* de Buenos Aires (1885-1890) 246  
Frida Weber

- Aventuras y transgresión de una escritura y de una lectura 278  
Susana Rotker
- Fábula del bazar americano: Martí y la cultura del consumo 286  
José Miguel Marinas
- Catástrofe y descripción en una Escena  
Norteamericana martiana 322  
Salvador Arias
- Un proyecto martiano esencial: *La Edad de Oro* 337  
Salvador Arias
- Patria*: «órgano del patriotismo virtuoso y fundador» 342  
Ibrahim Hidalgo Paz
- En Casa: semillero de una nueva ideología 364  
Ramón de Armas
- Anexo 375
- Carta a Bartolomé Mitre y Vedia 375
- Carta a Manuel Mercado 379
- Carta a Manuel Mercado 382



